EDUCACIÓN SIBERIANA

NICOLAI LILIN

Basada en la experiencia personal del autor, esta novela relata la extraordinaria historia de los urcas, una insólita comunidad de bandidos siberianos que tienen el dudoso honor de ser los únicos oponentes a Stalin que fueron deportados desde Siberia en lugar de hacia Siberia, destino de miles de víctimas del régimen soviético. Recibida con efusivo entusiasmo por Roberto Saviano, la primera edición se agotó en pocas horas y desde entonces se ha convertido en uno de los libros del año en Italia.

Los urcas fueron expulsados por el dictador ruso a la Transnistria, una larga franja entre Moldavia y Ucrania, aún hoy una tierra de nadie —en 1990 declaró su independencia, pero ningún estado la reconoce—, asolada por la corrupción, el crimen organizado y el contrabando.

Y precisamente allí nació y se crió Nikolái Lilin, en el seno de una gran familia que se enorgullece de no reconocer otra autoridad que la de sus ancianos, obligando a sus miembros a respetar un estricto código de conducta que les permite definirse a sí mismos como «criminales honestos». Con un profundo sentido de libertad y justicia, y exaltando valores como la lealtad, la humildad y la generosidad, los urcas no sólo prohíben las drogas, la violación y el desprecio hacia los débiles, sino que incluso castigan estos delitos con la muerte. Y como símbolo tangible de una ética tan peculiar, los tatuajes se presentan como un libro misterioso cuyas páginas custodian un lenguaje que nunca debe pronunciarse.

Apasionante y desgarradora, pero no exenta de sentido del humor, Educación siberiana es una gran epopeya personal relatada con una voz enormemente cercana y cautivadora.

Nicolai Lilin

Educación Siberiana

ePub r1.1
Titivillus 10.08.15

Título original: *Educazione siberiana*
Nicolai Lilin, 2009
Traducción: Juan Manuel Salmerón

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

«Unos gozan la vida, otros la sufren,
nosotros la combatimos».

ANTIGUO PROVERBIO
DE LOS URCAS SIBERIANOS

Sé que no se hace

Sé que no se hace, pero estoy tentado de empezar por el final.

Por aquel día que recorríamos las habitaciones de un inmueble en ruinas disparando contra el enemigo casi a bocajarro, por ejemplo.

Estábamos agotados. Los paracaidistas se relevaban, pero nosotros, los saboteadores, llevábamos tres días sin dormir. Seguíamos adelante como las olas del mar, para evitar que el enemigo descansara, maniobrara, se organizara contra nosotros; combatiendo, siempre combatiendo.

Aquel día Zapato y yo subimos al último piso para inutilizar la última ametralladora pesada y lanzamos dos bombas de mano.

En medio del polvo que caía del techo e impedía ver nos hallamos frente a cuatro enemigos que, al igual que nosotros, daban vueltas como gatitos ciegos en una nube de polvo grisáceo, sucio, que olía a escombros y humo.

Allí en Chechenia nunca había disparado tan de cerca contra nadie.

A todo esto, en la primera planta, nuestro capitán había hecho un prisionero y abatido a ocho enemigos él solo.

Zapato y yo salimos del edificio completamente aturdidos. El capitán Nosov estaba ordenando a Mosca que vigilara al prisionero árabe mientras él, Cucharón y Cenit bajaban a inspeccionar el sótano.

Me senté en la escalera junto a Mosca y frente al árabe que, asustado, intentaba decir algo. Mi compañero no lo escuchaba, estaba rendido y se caía de sueño, como todos. En cuanto el capitán se dio media vuelta, Mosca sacó la pistola del chaleco, una Glock austríaca, uno de sus trofeos, y con expresión desdeñosa le pegó dos

tiros, en la cabeza y el pecho.

El capitán se volvió y sin decir nada lo miró con pena.

Mosca se sentó junto al cadáver y, acometido de un repentino desfallecimiento, cerró los ojos.

El capitán se quedó mirándonos como si sólo entonces nos reconociera de verdad y dijo:

—Muchachos, ya está bien. Todos a los coches, a retaguardia a descansar.

Uno tras otro, como zombis, echamos a andar hacia los vehículos. Sentía la cabeza tan cargada que, si me hubiese detenido, estoy seguro de que me habría estallado.

Dejamos el frente y volvimos a la zona que nuestra infantería tenía controlada. Nos dormimos al instante, no tuve tiempo de quitarme el chaleco ni las bolsas atadas al cinturón, caí como un muerto.

Al poco me despertó Mosca dándome en el pecho del chaleco con la culata del Kaláshnikov.

Abrí los ojos despacio, con desgana, y miré a un lado y otro; no recordaba dónde estaba ni lograba enfocar la mirada.

Mi compañero tenía cara de cansancio y masticaba un trozo de pan. Fuera estaba oscuro, era imposible saber la hora. Consulté el reloj pero no veía los números, todo parecía envuelto en niebla.

—¿Qué pasa? ¿Cuánto hemos dormido? —pregunté a Mosca con voz fatigada.

—Hemos dormido un huevo, hermano… Y creo que ahora nos tocará estar despiertos un buen rato.

Me llevé las manos a la cara, quise cobrar fuerzas para levantarme y empezar a pensar. Necesitaba dormir más, no podía con mi alma. Tenía el uniforme sucio y húmedo, el chaleco apestaba a tierra y sudor, estaba hecho un guiñapo.

—Arriba, tíos, en marcha… Que nos necesitan —dijo Mosca, tratando de despertar a los demás.

Estaban todos extenuados, no querían levantarse. Pero entre quejas y maldiciones acabaron poniéndose en pie.

El capitán Nosov se paseaba con el auricular pegado a la oreja, acompañado de un soldado que, con la radio de campo a cuestas, lo seguía como un animal doméstico. Enfadado, repetía a alguien por el auricular que era el primer descanso que nos tomábamos en tres

días, que estábamos exhaustos. Fue en vano, pues de pronto, con una voz que parecía tabletear, Nosov dijo:

—¡Sí, mi coronel! ¡A sus órdenes, mi coronel!

Es decir, que nos mandaban de nuevo al frente.

No quise ni pensarlo.

Me acerqué a un bidón lleno de agua que había allí y metí las manos: estaba fresquísima y sentí un escalofrío. Hundí la cabeza y, conteniendo la respiración, la mantuve sumergida.

Abrí los ojos y lo vi todo oscuro; me asusté, saqué deprisa la cabeza y respiré hondo.

Aquella oscuridad me produjo una extraña impresión; me dije que así podía ser la muerte, algo oscuro y sin aire.

Me quedé contemplando el interior del bidón, donde vi oscilar mi reflejo mientras pensaba en lo que había sido mi vida hasta ese momento.

La gorra de ocho triángulos y la navaja automática

En Transnistria, febrero es el mes más frío. Sopla un fuerte viento y el aire es tan helado que casi escuece la cara; la gente va por la calle abrigada como una momia y los críos, enfundados en mil prendas y con bufandas que les llegan a los ojos, parecen muñecos.

Nieva mucho, los días son cortos y oscurece muy pronto.

Vine al mundo ese mes. Era tan poca cosa que en la antigua Esparta me habrían eliminado sin dudarlo. En cambio, me metieron en una incubadora.

Nací un mes antes de lo debido y salí con los pies por delante, aunque en mí había muchas más cosas irregulares. Una amable enfermera le dijo a mi madre que debía hacerse a la idea de que yo no viviría mucho. Mi madre lloraba mientras un aparatito le extraía la leche que habían de darme en la incubadora. No debió de ser un momento feliz para ella.

Desde mi nacimiento, y quizá por costumbre, he dado innumerables disgustos y privado de muchas alegrías a mis padres (a mi madre, mejor dicho, porque mi padre pasaba de todo, hacía su vida criminal, robaba bancos y permanecía mucho tiempo en la cárcel). No sé las trastadas que haría de niño. Pero es natural, me crié en un barrio de mala fama donde se establecieron los criminales expulsados de Siberia en los años treinta; vivía en Bender entre ellos, y los habitantes de mi criminalísimo barrio formábamos una gran familia.

De pequeño los juguetes no me interesaban. Mi diversión a los cuatro o cinco años era pasearme por casa esperando a que mi abuelo o mi tío desmontaran y limpiaran las armas; lo hacían con gran esmero y cariño, y muy a menudo, pues tenían muchísimas. Mi tío decía que las armas son como las mujeres, que si no las acaricias bien se te traban y te traicionan.

En mi casa, como en los demás hogares siberianos, las armas se guardaban en sitios muy concretos. Las pistolas «propias», esto es, las que los criminales siberianos llevan siempre encima y usan a diario, se dejan en el estante del llamado «rincón rojo», que es donde se cuelgan los iconos de la familia así como las fotos de los parientes muertos y de los que están en la cárcel. Dicho estante se halla cubierto con una tela roja y en él siempre hay varios crucifijos siberianos. Cuando un criminal entra en una casa, enseguida se dirige al rincón rojo, deja la pistola en el estante, se santigua y coloca un crucifijo encima. Esta antigua tradición garantiza que en los hogares siberianos no se usen armas; de lo contrario, sería imposible seguir viviendo en la casa en cuestión. El crucifijo es una especie de sello que sólo se quita cuando el criminal abandona la casa.

Las pistolas propias, llamadas «amante», «tía», «tronco», «cuerda», no significan gran cosa ni tienen mucha importancia, son simples armas, no objetos de culto como la «pica», la navaja tradicional; son, en definitiva, instrumentos del oficio.

Además de las pistolas propias, en las casas de los criminales siberianos hay otras armas, divididas en dos grandes categorías: las «honestas» y las «pecaminosas». Son «honestas» las que solamente se emplean para cazar en el bosque. Según la moral siberiana, la caza es una práctica purificadora que devuelve al ser humano a la condición en que se hallaba cuando Dios lo creó. Los siberianos nunca cazan por placer, sino para alimentarse, y solamente en los bosques de su patria, en la taiga. No practican la caza en lugares donde puede conseguirse comida sin matar animales salvajes. En una semana de cacería en el bosque, los siberianos no suelen matar más que un jabalí; se pasan el tiempo caminando. En esta práctica no cabe otro interés que el de la supervivencia, circunstancia que influye profundamente en la ley siberiana y constituye un fundamento moral de humildad y sencillez, así como de respeto a la

libertad de cualquier ser vivo.

Las armas honestas que se usan para cazar se guardan en un lugar especial llamado «altar», junto a los cinturones historiados de los dueños de la casa y sus antepasados. De estos cinturones siempre penden cuchillos de caza y bolsas con talismanes, objetos mágicos del paganismo siberiano.

Las armas pecaminosas son las empleadas con fines criminales. Suelen guardarse en el sótano y en escondites en el patio. Todas las armas pecaminosas llevan grabada en algún punto la imagen de una cruz o un santo, y han sido «bautizadas» en iglesias siberianas.

Las armas preferidas de los siberianos son los fusiles de asalto Kaláshnikov. En jerga criminal, cada modelo, calibre y tipo de munición reciben un nombre, y no se usan abreviaturas ni siglas. Por ejemplo, el viejo AK 47 calibre
7,62
se denomina «sierra», y sus proyectiles, «cabecillas». El más moderno AKS calibre
5,45
con culata plegable se llama «telescopio», y sus balas, «astillas». También las diversas clases de proyectiles tienen nombres jergales: los de cabeza negra con el centro desequilibrado se llaman «chichas»; los de cabeza blanca capaces de perforar vehículos blindados, «clavos»; los de cabeza blanca y roja, explosivos, «chispas».

Lo mismo vale para el resto de las armas: los fusiles de precisión se llaman «caña de pescar» u «hoces», y si llevan silenciador integrado, «látigo». Los silenciadores se denominan «zapatón», «terminal» o «gallo del bosque».

Según la tradición, las armas honestas y las pecaminosas no pueden estar en la misma estancia; en caso contrario, el arma honesta se contamina y ya no puede usarse jamás, pues trae mala suerte a la familia. Entonces hay que destruirla siguiendo un ritual específico: se la entierra envuelta en una sábana sobre la que haya dado a luz una mujer. Según las creencias siberianas, todo lo relacionado con el parto está cargado de energía positiva, porque los recién nacidos son puros y se hallan libres de pecado. Se cree que la pureza tiene el poder de conjurar la desgracia. Allí donde se entierra un arma contaminada se planta un árbol, para que, si la

maldición se activa, destruya el árbol y no se extienda.

En casa de mis padres había armas por todas partes, mi abuelo tenía un cuarto lleno de las de tipo honestas: fusiles de varios calibres y marcas, cuchillos y munición de diferentes clases. Sólo podía entrar allí acompañado de un adulto, y una vez dentro procuraba quedarme todo el tiempo posible. Cogía las armas, las examinaba de arriba abajo y hacía tantas preguntas que al final me decían:

—¡No preguntes más! Ten paciencia, cuando seas mayor podrás probarlas todas…

Y, claro está, estaba deseando ser mayor.

Miraba encantado a mi abuelo y mi tío manejando las armas, y al tocarlas me parecían criaturas vivas.

Mi abuelo me llamaba a menudo, me sentaba enfrente de él y, poniendo sobre la mesa una vieja Tókarev, pistola bonita y potente, que se me antojaba el arma más fascinante del mundo, me decía:

—¿Ves esta pistola? Pues no es una pistola normal, sino mágica. Cuando ve a un policía cerca le dispara sola, sin que haya que apretar el gatillo…

Como yo creía realmente en los poderes de aquella arma, una vez que los policías hicieron una redada en casa monté una buena.

Ese día mi padre acababa de regresar de un largo viaje a Rusia central, donde había estado desvalijando furgones blindados. Habíamos cenado toda la familia y algunos amigos íntimos, los hombres seguían sentados a la mesa hablando de asuntos criminales y las mujeres estaban en la cocina fregando los platos mientras entonaban canciones siberianas y recordaban entre risas historias pasadas. Estaba sentado junto a mi abuelo en el banco, bebiendo una taza de té caliente y escuchando a los adultos. A diferencia de lo que sucede en otras comunidades, en la siberiana los niños son respetados y se conversa en su presencia de cualquier tema, sin misterio ni reserva.

De pronto oímos gritar a las mujeres, y luego voces nerviosas; y en unos segundos la casa se llenó de hombres con la cara tapada que nos apuntaban con Kaláshnikov.

—¿Tú qué miras, puto viejo? ¡Te digo que mires al suelo! —gritó

uno de ellos con voz de loco, acercándose a mi abuelo y apuntándolo con el fusil.

Yo no estaba asustado, aquellos hombres no me daban miedo: el hecho de estar con toda la familia me infundía valor y me sentía el ser más fuerte del mundo. Pero me irritaba el modo como aquel hombre trataba a mi abuelo. Los policías habían rodeado nuestra mesa y nos encañonaban con sus armas. Al cabo de unos segundos mi abuelo, sin mirar al policía pero con la cara bien alta, llamó a mi abuela:

—¡Svetlana! ¡Svetlana! Ven un momento, querida, que has de transmitir unas palabras mías a esta basura…

Según las normas de conducta criminales, un siberiano no puede hablar con un policía. Le está prohibido dirigirle la palabra, contestar a sus preguntas y tener cualquier trato con él. El criminal debe comportarse como si los agentes no existiesen, y usar de intermediaria a una mujer de la familia o próxima a ella, siempre que sea de origen siberiano. El delincuente comunica a la mujer lo que quiere decir en lengua criminal, y ella lo repite en ruso al policía, aunque éste lo haya entendido todo perfectamente. Cuando el agente responde, la mujer se vuelve y lo traduce de nuevo en nuestra lengua. El criminal no debe mirar al policía a la cara, y si lo menciona debe referirse a él en términos despectivos como «basura», «perro», «gallina», «cobarde», «bastardo», «aborto»…

Aquella noche el más anciano del cuarto era mi abuelo: a él correspondía, según las normas de conducta criminales, el derecho de hablar; los demás debían permanecer callados o, si querían intervenir, pedirle permiso. Mi abuelo era bien conocido por su talento para resolver situaciones críticas.

Entretanto mi abuela, trapo de colores en mano, había acudido de la cocina. Detrás de ella, mi madre, agitadísima, miraba a mi padre con aire acongojado, como si estuviera muriéndose.

—Esposa querida, que Dios te guarde, dile a este mierda que en mi casa, mientras yo viva, nadie andará amenazando con un arma, ni a mí ni a mis amigos… Pregúntale qué quieren y, por amor de Dios, que bajen esos chismes, o alguno saldrá agujereado de aquí.

Mi abuela repitió al policía las palabras de mi abuelo y, aunque el agente había asentido con la cabeza dando a entender que lo había entendido, ella, por respeto a la tradición, no calló hasta que

lo hubo traducido todo. Era una especie de recitado, de teatro, pero había que terminar la representación por pura dignidad criminal.

—¡Al suelo! Tenemos una orden de arresto contra…

El policía no pudo acabar la frase porque mi abuelo, con una sonrisa amplia y un tanto maligna, es decir, con su sonrisa habitual, lo interrumpió.

—¡Por los clavos de Cristo, que murió y resucitó por nosotros, pecadores! —dijo a mi abuela—. Svetlana, cariño, pregunta a esta estúpida y a sus amigas si es que vienen de Japón.

Mi abuelo se había referido a los policías en femenino, que es el recurso que los delincuentes usan para humillarlos. Todos los criminales soltaron una carcajada.

—No me parecen japoneses, o sea que no tienen madera de kamikazes… —prosiguió mi abuelo—. ¿Por qué creen que pueden presentarse armados en pleno Río Bajo e irrumpir en casa de un criminal honesto que está compartiendo unos momentos de alegría con otra buena gente?

Las palabras de mi abuelo estaban convirtiéndose en lo que los criminales llaman «canción», es decir, en esa última forma de comunicación con los policías que consiste en hablar el criminal como si estuviese razonando para sí. Expresaba en voz alta lo que pensaba sin cuidarse de contestar posibles preguntas ni de mantener contacto alguno. Se procede así cuando se quiere demostrar al policía que se está diciendo la pura verdad y que no existe escapatoria.

—¿Por qué veo gente deshonesta con la cara tapada? ¿Por qué viene esta presencia oscura a deshonrar mi casa y la buena fe de mis familiares y amigos? ¿Por qué acuden estos hijos de Satanás a este barrio de gente sencilla y humilde, sierva de Nuestro Señor y de la Madre Iglesia ortodoxa siberiana, y hieren el corazón de nuestras amadas esposas y queridos hijos?

Entretanto había entrado un policía y le había dicho a su superior:

—Mi capitán, con su permiso…

—Diga —repuso el otro, un hombre bajo y macizo con una voz que parecía proceder del más allá. Apuntaba con el fusil a la nuca de mi padre, quien con cínica sonrisa seguía bebiendo su té y masticando con no poco ruido los caramelos de nuez hechos por mi

madre.

—¡Estamos rodeados de gente armada, han bloqueado todos los accesos y tienen de rehén a la patrulla que vigilaba los vehículos!

En la estancia se hizo el silencio, tan tenso y prolongado que sólo se oían dos ruidos: el que hacía mi padre al mascar los caramelos y el leve silbido que producían los podridos pulmones de mi tío Vitali.

Miré el rostro de un policía que tenía cerca: por los orificios de la capucha vi que estaba pálido y sudaba. Me recordó la cara de un cadáver que mis amigos habían sacado del río meses antes: de piel blanquísima, las venas se le veían negras y los ojos parecían dos hoyos profundos y sucios. Y en la frente tenía un orificio: le habían disparado en la cabeza. Aquel policía no tenía ningún agujero, pero creo que en ese momento los dos pensamos lo mismo: cómo le quedaría una buena brecha en la frente. Esta idea no me causaba impresión alguna, pero en cambio mi encapuchado parecía muy preocupado.

En esto se abrió la puerta de la calle y seis hombres, uno tras otro y desplazando bruscamente al policía que acababa de dar el fatal parte, irrumpieron en la estancia, todos amigos de mi padre y mi abuelo. El primero era el tío Viga, guardián de nuestra zona; los otros, sus ayudantes más cercanos. Mi abuelo, haciendo ya caso omiso de los agentes, se levantó y fue a recibir a los recién llegados.

—¡Por santo Cristo y por todos los parientes benditos! —exclamó Viga, abrazando a mi abuelo y estrechándole la mano con afecto—. ¡Abuelo Boris, gracias al cielo que todos estáis bien!

—¡Ya ves qué tiempos, Viga! ¡No puede uno estar tranquilo ni en casa!

Mi tío empezó a referir a mi abuelo lo ocurrido, aunque en realidad se dirigía a los policías:

—¡Pero no desesperemos, abuelo Boris! Aquí estamos todos contigo como siempre, en los buenos y en los malos momentos… Sabes, mi querido amigo, que sin nuestro permiso nadie entra ni sale del barrio, menos aún si trae malas intenciones… —Se acercó a la mesa y uno tras otro fue saludando a todos los criminales, besándolos en la cara y expresándoles el típico deseo siberiano—: ¡Paz y salud a todos los hermanos y hombres honestos!

—¡Muerte y maldición a los policías y los cobardes! —

contestaban ellos, como manda la tradición.

Los agentes no podían sino asistir impotentes a aquella emocionante salutación, con los fusiles bajados y abatidos.

Los ayudantes de Viga, por intermediación de las mujeres, instaron a los policías a abandonar la casa.

—Esperemos que ahora los polis aquí presentes abandonen este hogar y no vuelvan nunca jamás. Tenemos a sus compañeros, a los primeros que cogimos, y no los soltaremos hasta que hayan salido del barrio… —explicó Viga en tono plácido y reposado, tanto que de no ser por lo que decía se habría creído que estaba contando un cuento o una fábula para dormir a un niño.

Los agentes estaban aterrados, por la ventana veían el patio lleno de gente armada hasta los dientes.

Nuestros amigos les hicieron pasillo y uno tras otro empezaron a desfilar cabizbajos.

Yo no cabía en mí de alegría, me daban ganas de bailar, gritar, cantar, expresar algo importante que no acababa de entender. Sentía que pertenecía a un mundo fuerte y toda la fuerza de ese mundo crecer en mi interior.

Y sin saber ni cómo ni por qué, salté del banco y corrí como una exhalación a la sala de estar, al rincón rojo. En el estante, sobre un pañuelo carmesí con bordados de oro, vi las pistolas de mi padre, mi tío, mi abuelo y los invitados. Sin pensármelo, eché mano de la mítica Tókarev de mi abuelo y corrí detrás de los policías apuntándolos. No sé exactamente qué me pasaba por la cabeza en aquel momento, sólo que experimentaba una especie de euforia, de gozo de vivir. Los policías iban saliendo despacio. Me planté delante de uno y lo miré a la cara: tenía los ojos cansados y como inflamados, una mirada triste, desolada. Recuerdo que por un instante sentí sobre mí el peso de su odio. Lo miré a la cara y apreté el gatillo con todas mis fuerzas, pero no logré desplazarlo ni un milímetro. La pistola me pesaba cada vez más y me costaba sostenerla en alto.

—¡Ven aquí, pie descalzo! ¿No sabes que en casa no se dispara? —me dijo mi padre, echándose a reír.

Los policías salieron y fueron escoltados por un grupo de criminales hasta los confines del barrio. Cuando la escolta volvió, también el coche de los policías rehenes partió, precedido, eso sí,

por otro conducido por hombres de Viga que rodaba despacio para que los policías no pudieran acelerar y la gente los increpara a voluntad mientras los acompañaban a las afueras del barrio en una especie de desfile de la victoria. Alguien había atado a la trasera del coche policial una cuerda que arrastraba todo tipo de prendas interiores: bragas, calzoncillos, sujetadores, toallas, trapos y hasta una camiseta, contribución de mi padre a la obra denigratoria. Una multitud había salido de sus casas para contemplar aquel espectáculo de serpenteante ropa íntima, y los críos corrían tras el vehículo lanzándole piedras.

—¡Vaya con los asquerosos polizontes! ¡Mira que venir al Río Bajo a robarnos los calzoncillos! —gritaba alguno, entre silbidos e improperios.

—¿Para qué los querrán? Seguro que el gobierno les ha cerrado el grifo y se han quedado hasta sin eso.

—¿Y qué hay de malo, hermanos, en ser pobre y no poder comprarse ni siquiera un par? Si vienen con honradez y como hombres de bien, a cara descubierta, nosotros le regalamos a cada cual un buen par de calzoncillos siberianos…

—¡Claro que se los regalamos! Pero que avisen antes, para que se los llenemos…

La gente bromeaba y reía. El abuelo Castaña había cogido un acordeón de su casa y seguía el coche tocando y cantando, mientras algunas mujeres bailaban. Con toda la potencia de su voz, alzando la cabeza tocada con una gorra de ocho triángulos y cerrando los ojos como un ciego, entonaba una vieja canción siberiana que reza así:

¡Dime algo, hermana Lena; tú también, hermano Amur![1]
He recorrido mi tierra a lo largo y a lo ancho,
asaltando trenes y haciendo cantar mi fusil,
¡sólo la vieja taiga sabe a cuántos policías he matado!
¡Y ahora que estoy en apuros, ayúdame, Jesucristo,
ayúdame a empuñar mi pistola!
¡Y ahora que hay policías por doquier, madre Siberia,
madre Siberia, sálvame la vida!

También yo corría y cantaba, alzándome sin cesar la visera de la gorra de ocho triángulos, que era demasiado grande y se me calaba hasta los ojos.

Pero al día siguiente se me pasaron las ganas de cantar, porque mi padre me azotó con su manaza. Yo había violado tres reglas sagradas: coger un arma sin permiso de un adulto; tomarla del rincón rojo, retirando la cruz que mi abuelo había puesto encima (sólo aquel que pone la cruz sobre el arma puede quitarla); y por último, tratar de disparar en casa.

Con el culo y la espalda escocidos por la tunda paterna, fui, como siempre, a que me consolara mi abuelo. Me escuchó con gesto muy serio, pero de vez en cuando le retozaba en los labios una sonrisita que significaba que quizá mis problemas no eran tan graves como parecían. Me habló largo rato, aunque en sustancia vino a decir que yo había cometido una soberana estupidez. Y cuando le pregunté por qué motivo la pistola mágica no había disparado ella sola a los policías, me contestó que la magia sólo funciona cuando el arma se usa con inteligencia y permiso de los adultos. Empecé a sospechar entonces que mi abuelo me contaba cosas que tenían poco que ver con la realidad, porque no me hacía ninguna gracia la idea de que la magia solamente funcionara con el permiso de los mayores…

Desde ese día empecé a confiar menos en la magia y a observar más las manos de mi tío y mi abuelo cuando manipulaban las pistolas; y pronto descubrí la función de esa parte importantísima del mecanismo de cualquier arma que se llama «seguro».

En la comunidad siberiana se aprende a matar desde pequeño. Nuestro concepto de la vida está muy ligado a la muerte, y a los niños se les enseña que el riesgo y la muerte son elementos propios de la existencia, y que por tanto quitar la vida o morir es algo normal si hay un buen motivo. Enseñar a morir es imposible, porque nadie ha sobrevivido a la muerte ni telefoneado desde el más allá para contar cómo es. Pero enseñar a convivir con la amenaza de la muerte, a «tentar la suerte», no es difícil. Muchas leyendas siberianas se refieren a enfrentamientos mortales entre criminales y miembros de las fuerzas públicas, de los riesgos que a

diario corren los criminales dignos y honestos, de la fortuna de quienes salen con vida y se llevan el botín, y de la «fausta memoria» de quienes, por el contrario, acaban muriendo por no dejar a los compañeros en la estacada. Con estas leyendas, de pequeños aprendemos los valores que dan sentido a la vida de los criminales siberianos: respeto, valentía, amistad, entrega. Hacia los cinco o seis años, los niños siberianos muestran una determinación y una seriedad envidiables incluso en comparación con los adultos de otras comunidades. Y sobre estos sólidos cimientos descansa la educación para matar, para actuar físicamente contra un ser vivo.

El padre suele llevar consigo al hijo desde pequeño a fin de que asista a la matanza de bestias de corral, como gallinas, ocas y cerdos. El niño se acostumbra así a la sangre y se familiariza con la muerte. A los seis o siete años se le ofrece la oportunidad de sacrificar por sí mismo a un animal pequeño. Se trata de un proceso educativo en que no caben sentimientos errados como el sadismo o la cobardía. Al niño se lo educa y cría de manera que sea plenamente consciente de sus actos, de los motivos que los provocan y los significados profundos que encierran.

Cuando se sacrifica un animal de mayor tamaño, como un cerdo, un buey o una vaca, al niño se le permite ejercitarse en el cadáver a fin de que aprenda a acuchillar como es debido. Muchas veces mi padre nos llevaba a mi hermano y a mí a un matadero y nos instruía en el manejo del cuchillo contra los cuerpos de los animales que colgaban de los ganchos. Con tales ejercicios, una mano pronto se vuelve experta y decidida.

Hacia los diez años el niño pasa a formar parte del clan de los menores y colabora activamente con los delincuentes de la comunidad siberiana. Esta circunstancia le ofrece por primera vez la ocasión de afrontar diversas situaciones de la vida criminal, y los chicos mayores enseñan a los pequeños cómo comportarse en tales casos; así, entre riñas y peleas con menores de otras comunidades, los chicos van curtiéndose.

A los trece o catorce años, muchos chavales siberianos tienen ya antecedentes penales y han estado en cárceles para menores, una experiencia importantísima y aun fundamental en la formación del carácter y la visión del mundo de cada cual. A esa edad muchos siberianos cargan ya sobre sus hombros con algún tráfico ilegal, un

homicidio o al menos una tentativa de homicidio. Y todos son capaces de comunicarse con el resto de la comunidad criminal, así como de observar, transmitir y salvaguardar las bases y principios de la ley criminal siberiana.

—¡Ven aquí, pie descalzo! ¡Y tráete un cuchillo! —me llamó mi padre un día desde el jardín.

Cogí un cuchillo de cocina, el mismo con que mataba ocas y gallinas, y corrí al jardín. Bajo un nogal grande y viejo estaban sentados mi padre, su amigo el tío Alexandr, al que todos llamaban Hueso, y mi tío Vitali. Hablaban de palomas, la pasión de cualquier criminal siberiano. El tío Vitali tenía una entre las manos, le desplegaba un ala y se la mostraba a mi padre y a Hueso, explicándoles algo.

—Nikolái, hijo, mata una gallina y llévasela a tu madre. Dile que la limpie y prepare con ella un caldo para esta noche, que el tío Hueso se queda a hablar un rato.

«Hablar un rato» significa que los varones de la familia se pasan la noche comiendo y bebiendo hasta caer rendidos. Cuando los hombres «hablan un rato» nadie ha de molestarlos, cada cual se dedica a sus cosas como si el lugar donde están reunidos no existiera.

Corrí al gallinero, que estaba al fondo del jardín, y agarré el primer pollo que vi: era uno como cualquier otro, de plumaje rojizo, bastante robusto y muy tranquilo. Con él bien sujeto me dirigí a un tocón que había cerca, el que usábamos precisamente para cortar el pescuezo a pollos como aquél. El animal no intentaba escapar ni parecía inquieto, al contrario, miraba a un lado y otro como si fuéramos de paseo. Lo coloqué en el tocón asido por el cuello y cuando alcé el cuchillo dispuesto a descargar el golpe mortal, el bicho empezó a forcejear con tanto brío que se me escurrió de las manos y huyó, dándome de paso un fuerte picotazo en la cabeza. Perdí el equilibrio y caí de culo. ¡Me había derrotado un pollo! Al punto pensé en mi padre y compañía, que habían presenciado el espectáculo. El tío Vitali reía, y también Hueso esbozaba una especie de sonrisa; mi padre, en cambio, estaba muy serio, se había puesto en pie y venía hacia mí.

—¡Levántate, canalla! ¡Y trae acá ese cuchillo, verás cómo se hace!

Se fue derecho al pollo, que estaba escarbando en el suelo a unos metros del lugar donde se había desarrollado la comedia, y cuando estuvo cerca se agachó cual tigre presto a saltar sobre la presa. A todo esto el animal seguía tan tranquilo, hurgando en la tierra por razones que sólo él conocía. Sin embargo, cuando mi padre se abalanzó sobre él, el pollo escapó rapidísimo, aunque no sin antes propinarle un picotazo en la cara, justo debajo del ojo.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡Si casi me deja tuerto! —exclamó mi padre.

Mi tío y Hueso se levantaron del banco dispuestos a acudir en su ayuda. Vitali metió la paloma en la jaula, que colgó a unos metros del suelo, fuera del alcance de nuestra gata *Murca*, muy aficionada a cazar palomas, por lo que siempre estaba rondando a mi tío, que se pasaba el día trapicheando con ellas.

Los tres adultos intentaron dar caza al pollo, que sin perder la calma escapaba una y otra vez. Al cabo de un buen rato de inútil persecución, los tres estaban sin aliento y descansaban mirando al animal, que, con la misma tranquilidad de antes, volvía a escarbar la tierra entregado a sus asuntos de pollo. Mi padre me sonrió y dijo:

—Pues que viva. Ya no lo mataremos; lo dejaremos suelto en el jardín y que haga lo que quiera —decidió, sonriéndome.

Por la noche conté lo ocurrido a mi abuelo, que se rió mucho. Al final me preguntó si estaba de acuerdo con la decisión paterna.

—¿Y por qué dejar suelto a ese pollo y no a los otros? —le contesté.

—Porque sólo quien realmente aprecia la vida y la libertad y lucha hasta el final por ellas merece vivir libremente… Aunque no sea más que un pollo —repuso mi abuelo sonriendo.

—¿Y si todos los pollos hicieran como él? —inquirí tras reflexionar un momento.

—Entonces —contestó tras una larga pausa— habría que renunciar a cenar pollo…

La libertad es sagrada para los siberianos.

Cuando tenía seis años, mi tío Vitali me llevó a conocer a un amigo suyo al que yo nunca había visto, porque cuando nací estaba en la cárcel cumpliendo una larga condena. Se llamaba Alexandr, pero mi tío lo llamaba Rizo.

Rizo acababa de salir libre ese mismo día, después de quince años de prisión. Era costumbre siberiana que los primeros que fueran a visitar a un recién liberado llevaran consigo a los niños: se consideraba de buen augurio y portador de buena suerte para la vida futura, libre y criminal. Con esta presencia infantil se daba a entender a quienes habían estado largo tiempo aislados que su mundo seguía teniendo porvenir, y que lo que habían hecho, sus ideales y su educación criminal no habían sido ni serían olvidados. Yo, claro está, entonces no comprendía nada de eso, y sólo sentía curiosidad por conocer al personaje.

En nuestro barrio todos los días iba alguien a la cárcel o salía de ella, y por tanto no nos extrañaba ver a un hombre que había estado encarcelado; nos habíamos criado en la eventualidad de acabar también allí nosotros y estábamos acostumbrados a hablar del tema como de algo absolutamente normal, igual que otros hablan del servicio militar o de lo que serán de mayores. Sin embargo, en algunos casos la figura de estos presos cobraba a nuestros ojos caracteres heroicos y se convertía en un modelo que imitar: queríamos vivir una existencia como la suya, plagada de aventuras y fascinación criminal, como las que oíamos contar a los adultos y luego nos contábamos entre nosotros, alterándolas deliberadamente de manera que acababan pareciendo fábulas o cuentos fantásticos. Eso era Rizo: un ser mítico, uno de esos modelos con que se alimentaba nuestra joven imaginación. Se decía que, siendo aún menor de edad, ya había sido aceptado como ladrón en una de las bandas más famosas de nuestra comunidad, compuesta por ancianos criminales siberianos con autoridad y mandada por otro personaje legendario, conocido de todos con el nombre de Taiga.

Este Taiga era un perfecto ejemplo de delincuente siberiano puro: hijo de padres criminales, de pequeño había participado en asaltos de trenes blindados y asesinado a muchos policías. Se contaban toda suerte de historias fabulosas que lo presentaban como un delincuente sabio y poderoso que desarrollaba a la

perfección actividades ilegales y, al mismo tiempo, como una persona humilde y comprensiva que ayudaba a los débiles y castigaba la injusticia.

Taiga conoció a Rizo, por entonces un muchacho huérfano, siendo ya viejo, y a su manera lo ayudó, enseñándole la ley y la moral criminales, hasta que muy pronto el joven fue para él como un nieto. También es verdad que Rizo supo ganarse su estimación.

Un día el chico y otros cinco criminales de la banda se habían visto rodeados por la policía; no había escapatoria, porque eran de la vieja escuela siberiana y no se dejarían atrapar vivos, resistirían hasta la muerte. Compadecidos de él, que era tan joven, sus compañeros le propusieron escapar, ofreciéndole una salida segura; pero él, por consideración, se negó. Estaban seguros de que morirían, los policías estrechaban más y más el cerco; pero entonces Rizo tuvo una idea: con la metralleta escondida a la espalda, echó a correr despavorido hacia los agentes, dando gritos y pidiendo ayuda, como si se hubiera visto envuelto en la refriega por azar y nada tuviera que ver con los delincuentes. Los policías lo dejaron pasar, y cuando se halló tras ellos abrió fuego y se los cargó a todos. Por aquella acción, con la que había salvado a sus compañeros, Rizo se había convertido en miembro fijo de la banda de Taiga, con los mismos derechos que los criminales adultos. Para los críos era un ejemplo: un menor que hace valer su palabra como la de un adulto no es cosa que se vea a diario.

A Rizo lo encarcelaron luego por intento de asesinato contra un policía, cuando tenía unos treinta años. No había pruebas ni testigos, pero lo empapelaron por «pertenencia a banda criminal», imputación para la cual bastaba incautar un par de pistolas en la vivienda del reo y que éste tuviera algunos antecedentes penales: si llegaba a un acuerdo con las fuerzas del orden, el juez podía elevar la condena hasta veinticinco años por varios cargos. La justicia en la Unión Soviética no era ni mucho menos ciega, al contrario, a veces parecía que nos observase a todos con lupa.

Mi tío era amigo de Rizo, porque en la cárcel formaban parte de la misma «familia»: como mi tío había salido antes que él, un día fue a ver al viejo Taiga, ya moribundo, para darle recuerdos del nieto adoptivo. Antes de morir, Taiga bendijo a mi tío y le pidió que el primer hijo varón que naciera en su familia se llamase como mi

bisabuelo, Nikolái, que de joven había sido su amigo y fue fusilado por la policía a los veintisiete años. El primero en nacer, cinco años después, fui yo.

Nos trasladamos a pie, no quedaba lejos, a una media hora de camino. Rizo no tenía casa propia, vivía en la de un viejo criminal llamado Cocido que habitaba en los confines del barrio, casi en el campo, cerca de donde el río describía un amplio meandro y se perdía en el bosque.

El cancel estaba abierto. Era verano y hacía bastante calor; en el patio, bajo un parra que daba una grata sombra, estaban sentados Cocido y Rizo bebiendo *kvas*, un refresco hecho a base de pan negro y levadura. El olor del *kvas* era fortísimo y, en la atmósfera quieta y calurosa, se percibía enseguida.

En cuanto entramos, Rizo se levantó de la silla y corrió hacia mi tío: se abrazaron y besaron tres veces en la cara, como se estila aquí.

—¿Conque aún eres capaz de morder, viejo lobo? ¿No te han saltado los polis todos los dientes? —le dijo Rizo, como si quien acabara de salir de prisión fuera mi tío y no él.

Pero yo sabía por qué lo decía. En el último año de cárcel mi tío se había visto en un serio aprieto: por una cuestión de honor, por defender a un viejo criminal al que un policía había pateado, agredió a uno de los guardias y éstos se vengaron infligiéndole torturas inhumanas: después de apalearlo lo dejaron mojado a la intemperie toda una noche en pleno invierno. Mi tío enfermó y sobrevivió de milagro, pero su salud se resintió; desde entonces padecía asma crónica y tenía un pulmón muy mal, por eso decía mi abuelo que había sacado de la cárcel a medio hijo, ya que el otro medio se había quedado allí pudriéndose.

—¡Y tú ya no eres joven! ¡Estás hecho un vejestorio! ¿Dónde has pasado tus mejores años? —le contestó mi tío, mirándolo con afecto. Estaba claro que eran buenos amigos.

—¿Y quién es este pie descalzo? ¿No será hijo de Yuri? —Rizo me miraba con una sonrisa sesgada.

—Sí, es mi sobrino. Le hemos puesto Nikolái, como quiso el viejo Taiga, que la tierra le sea leve como una pluma…

Rizo se había inclinado hacia mí, tenía su cara ante la mía y me miraba fijamente a los ojos, y yo a él. Sus ojos, muy claros, casi transparentes y un poco azulados, no parecían humanos. Yo seguía mirándolos intrigadísimo, como si de un momento a otro fueran a cambiar de color.

Al final me puso la mano en la cabeza y me revolvió el pelo, y yo le sonreí como a uno de la familia.

—Será un asesino, es de nuestra casta, que el Señor lo ayude.

—Es listo… —aseguró mi tío, orgulloso—. Kolima, hijo, recita a Rizo y a Cocido la poesía del ahogado.

Era la preferida de Vitali. Siempre que se emborrachaba y quería salir a matar polis, mis abuelos, para procurar impedirlo, me mandaban que le recitara aquel poema. Yo lo declamaba y él se tranquilizaba al instante, guardaba la pistola y decía:

—Bueno, bien, mañana mataré a esos cerdos asquerosos; otra vez, Nikoláí…

Así que yo lo recitaba una y otra vez hasta que se quedaba dormido. Entonces mis abuelos entraban en el cuarto y se llevaban la pistola.

Era una poesía del mítico Pushkin. Trata de un pobre pescador que un día saca en las redes el cuerpo de un ahogado y, por miedo a las consecuencias, vuelve a echarlo al agua. El fantasma del ahogado empieza entonces a aparecérsele por las noches, pues hasta que no entierren su cuerpo bajo una cruz su espíritu no hallará reposo.

Era una historia bonita y a la vez terrorífica, no sé por qué le gustaba tanto a mi tío.

No me daba vergüenza recitar en público, al contrario, me encantaba, me hacía sentir importante.

Tomé aire y me lancé a declamar el poema, procurando imprimirle gran patetismo y acompañándome de gestos:

—«Entraron en casa los hijos, llamaron alarmados al padre: “¡Padre, padre! En nuestras redes ha caído un muerto”. “¿Qué decís, demonios?”, contestó el padre. “¡Ah, qué críos! Ya os daré yo muerto… Mujer, tráeme el abrigo, vamos a ver. Bueno, ¿dónde está ese muerto?” “¡Allí, padre!” Y, en efecto, a la orilla del río, donde habían puesto a secar las redes, yacía en la arena un cadáver: un cuerpo horrible y contrahecho, hinchado y azulenco…».

Cuando acabé, aplaudieron. Mi tío parecía el más contento de todos.

—¿Qué os decía? Es un auténtico genio —dijo acariciándome la cabeza.

El viejo Cocido nos invitó a sentarnos a la mesa bajo la parra con ellos y fue por dos vasos para nosotros.

—Dime una cosa, Kolima, ¿tienes pica? —me preguntó Rizo.

Al oír esa palabra mis ojos brillaron y me puse alerta como un tigre al acecho: todavía no tenía pica, tampoco ninguno de mis amigos, pues no se suele poseer hasta los diez o doce años.

Se denomina «pica» a la histórica arma de los criminales siberianos, una navaja automática de hoja larga y fina que se halla vinculada a muchos hábitos y ceremonias de nuestra comunidad criminal.

No es posible comprarla ni tenerla por voluntad propia, hay que merecerla.

Cualquier criminal joven puede recibir de regalo una pica de un adulto, siempre que no sean parientes.

Una vez regalada, se convierte en un objeto de culto personal, como la cruz cristiana.

Tiene también poderes mágicos, y muchos.

Cuando alguien está enfermo, sobre todo si sufre, se le pone bajo el colchón una pica abierta, con la hoja fuera, porque es creencia que el filo corta el dolor y lo absorbe como una esponja. Y cuando esa hoja se clave en un enemigo, el dolor absorbido pasará a la herida y lo hará sufrir aún más.

El cordón umbilical de los recién nacidos se corta con una pica que haya pasado abierta una noche en un sitio donde duerman gatos.

Cuando dos criminales pactan algo importante, como treguas, amistades o hermandades, se practican un corte en la mano con una pica, que funciona a la manera de testigo y es guardada por un tercero: quien traicione el pacto será apuñalado con esa pica.

Cuando muere un criminal, un amigo suyo rompe su pica; una parte, la hoja, se pone en el ataúd, generalmente bajo la cabeza del difunto, mientras que el mango lo conserva la familia. Cuando quieren comunicarse con el muerto, pedirle consejo o milagros, los parientes sacan el mango y lo colocan en el rincón rojo, debajo de

los iconos. El muerto es así una especie de intermediario entre los vivos y Dios.

Una pica sólo conservará todos sus poderes mientras esté en manos de un delincuente siberiano que la emplee respetando las reglas de la comunidad criminal; si una persona indigna se apropiase de una pica ajena, ésta le traería mala suerte, de ahí nuestro dicho de que «perder la pica pierde al mal dueño».

Cuando un criminal se encuentra en peligro, su pica puede avisarlo de muchas maneras: la hoja salta sola de improviso, o se calienta, o vibra; hay quien cree que también pita.

Que una pica se rompa significa que en algún sitio hay un muerto que no halla reposo; entonces se hacen ofrendas a los iconos o se reza por deudos o amigos difuntos, se visita el cementerio, se recuerda a los muertos y sobre todo se habla de ellos a los niños.

Por todo eso, mis ojos empezaron a echar chispas cuando Rizo me preguntó si tenía una: es un premio que los adultos otorgan a los menores, algo que los vincula a ambos para siempre.

Aquella pregunta significaba que algo extraordinario iba a ocurrirme, a mí, un crío de seis años. Un mítico criminal pensaba regalarme una pica, mi primera pica. No lo esperaba, jamás me lo habría imaginado, pero así era, allí tenía de pronto la posibilidad de poseer aquel objeto sagrado que para quien ha recibido la educación criminal siberiana forma parte del alma.

Quise ocultar mi emoción poniendo cara de indiferencia, aunque no creo que lo consiguiera, pues los tres me miraban sonriendo, seguramente pensando en cuando les habían regalado su primera pica.

—No, no tengo —contesté con tono duro.

—Pues espera, que ahora vuelvo… —Rizo se levantó y entró en casa.

Yo no cabía en mí de alegría, era como si en mi interior tocase una orquesta, estallasen fuegos artificiales, se alzasen mil voces eufóricas; me sentí como ebrio, a punto de explotar.

Rizo volvió al poco, me cogió la mano y me puso en ella una pica; la pica.

—Para ti, que el Señor te ayude y tu mano se vuelva fuerte y decidida… —Por su modo de mirarme era evidente que también él estaba contento.

Yo en cambio contemplé mi pica sin dar crédito: aquello pesaba y era más grande de lo que había imaginado.

Tras bajar una especie de palanquita, quité el seguro y apreté el botón. El ruido del mecanismo me sonó a música, como si el metal hablase. La hoja salía de golpe, instantánea, con una fuerza inmensa, y enseguida se quedaba quieta, recta, demostrando su firmeza. Era curioso ver cómo aquella cosa extraña, que cerrada parecía un objeto de escritorio de principios del siglo XX, al abrirse tomaba la forma clara, simple y definitiva de un arma preciosa, sutil, llena de gracia y encanto y, desde luego, no exenta de nobleza.

El mango era de hueso negro, como llamamos al de los cuernos del gamo, que son marrón oscuro, casi negro; llevaba una cruz ortodoxa de hueso blanco taraceada en el centro y era tan largo que debía empuñarlo con ambas manos, como si fuera una espada de caballero medieval. También la hoja, de un solo filo, era larguísima y relucía como un espejo. Era un arma fantástica y yo me sentía en la gloria.

Desde aquel día mi autoridad aumentó notablemente entre mis amigos. Durante una semana vinieron a verme montones de chavales de todo el barrio para que se la enseñara, y mi casa se convirtió en una especie de lugar santo al que acudían como en peregrinación. Mi abuelo los hacía pasar al patio y les ofrecía refrescos. Como mi abuela no daba abasto para preparar *kvas*, hice correr la voz de que se agradecían las ofrendas líquidas y preferiblemente frescas, y así, quien quisiera ver al primer crío de seis años en feliz posesión de una auténtica pica debía traer algo de beber.

Estaba de lo más ufano y pagado de mí mismo, pero al poco me entró una especie de extraña depresión; me había cansado de contar cien veces al día la misma historia y enseñar la pica a todo dios. Y como siempre que tenía problemas o penas, me fui a ver a mi abuelo Kuzia.

Kuzia era un criminal anciano que vivía en el barrio, en una casita junto al río. Era un viejo muy fuerte, con el pelo aún oscuro y el cuerpo cubierto de tatuajes, hasta la cara. Solía llevarme al jardín

para enseñarme el río y me contaba cuentos e historias de la comunidad criminal. Tenía una voz profunda, pero hablaba en tono quedo, tranquilo, por lo que me parecía que su voz llegaba de lejos, no de sus labios. Lo más impresionante eran sus ojos: azules pero de un tono sucio, borroso, salpicado de verde; no parecían pertenecer a su cuerpo, como si no fueran parte de él. Eran penetrantes y cuando los clavaba en uno con calma, sin nerviosismo, parecían rayos X: en su mirada había algo realmente hipnótico. Una larga cicatriz, recuerdo de su juventud como delincuente, le surcaba la parte izquierda de la cara, llena de arrugas.

Pues bien, fui a verlo y se lo conté todo, dejando claro que me gustaba tener la pica, pero que mis amigos me trataban de manera distinta. Que hasta mi querido amigo Mel —él y yo estábamos, como decimos nosotros, «cortados con la misma hacha»— se comportaba como si yo fuera una especie de santo ante el cual había que mostrarse bueno y amable.

Mi abuelo Kuzia se echó a reír, aunque sin malicia, y me dijo que no daba la talla de santo.

A continuación me soltó uno de sus discursos. Me aconsejó que me comportara con naturalidad. Me dijo que el hecho de poseer una pica no me volvía distinto de los demás, que simplemente había tenido la suerte de encontrarme en el momento justo en el sitio adecuado, y que si así lo había querido Nuestro Señor, debía estar dispuesto a asumir la responsabilidad. Como me sucedía siempre, después de hablar con él me sentí mejor.

Me enseñó las viejas normas de conducta criminal, que en los tiempos modernos, según él, habían cambiado, lo que lo tenía preocupado, porque aseguraba que todo empieza por detalles que parecen irrelevantes y al final acaba perdiéndose la identidad.

Para que lo entendiera me contaba un cuento, una fábula siberiana que ilustraba precisamente la falta de identidad de los hombres que emprenden un mal camino atraídos por falsos beneficios.

La fábula trataba de una manada de lobos que atravesaba un mal momento y llevaba mucho tiempo sin comer. El jefe tranquilizaba a sus compañeros y les pedía que tuviesen paciencia y esperasen, pues tarde o temprano se presentaría un grupo de jabalíes o ciervos, tendrían una caza abundante y se llenarían la

panza. Un lobo joven, que no quería esperar, discurrió otra solución más rápida, y decidió salir del bosque para pedir comida a los seres humanos. El lobo viejo trató de disuadirlo, diciéndole que si pedía comida a los hombres cambiaría y dejaría de ser un lobo. Pero el animal joven no hizo caso y replicó con desdén que lo importante era llenar la tripa, aun a despecho de las normas. Y acto seguido partió para el pueblo.

Los hombres lo alimentaban con sobras, y cada vez que el joven lobo se sentía ahíto pensaba en regresar al bosque con sus congéneres, mas entonces le entraba sueño y posponía el retorno. Y así siguió, hasta que olvidó completamente la vida en manada, el placer de la caza, el gusto de compartir la presa con sus compañeros…

Y empezó a salir a cazar con los hombres, a quienes ayudaba en vez de a los lobos, junto a los que había nacido y se había criado. Un día, estando de caza, un hombre disparó a un viejo lobo, que cayó herido, y cuando el joven lobo trataba de apresarlo con las fauces para llevárselo a su amo, reconoció al anciano jefe de la manada. Abochornado, no supo qué decir.

—He vivido como un lobo digno, cazé mucho y compartí mis presas con mis hermanos, y por eso ahora muero dichoso —dijo el lobo viejo, pronunciando sus últimas palabras—. Tú, en cambio, vivirás una vida ignominiosa, solo, en un mundo al que no perteneces, porque preferiste llenar la panza a llevar una vida de lobo libre y digno. Ahora eres un ser sin dignidad. Allá donde vayas te tratarán con desprecio, pues no perteneces ni al mundo lobuno ni al humano… Así aprenderás que el hambre viene y pasa, pero la dignidad, una vez perdida, ya no vuelve.

Lo que más me gustaba era el final, porque las palabras del lobo viejo eran todo un compendio de filosofía criminal, y mi abuelo las pronunciaba como si plasmara en ellas su propia vida, su modo de ver y entender el mundo.

Recordé la fábula años después, en el tren que me llevaba a la cárcel de menores. Un guardia empezó a repartir rodajas de embutido. Todos teníamos hambre y muchos se arrojaron voraces sobre aquella pitanza. Pero yo la rechacé, y al chico que me preguntó por qué le conté la historia del lobo indigno. No lo entendió, mas cuando llegamos a nuestro destino y formamos en el

patio de la cárcel, el guardia que nos había dado el embutido comentó que antes lo había metido en el váter.

Por eso, según la regla criminal, cuantos comieron de él se «contagiaron» y pasaron a la casta más baja de nuestra comunidad, siendo automáticamente despreciados por todos incluso antes de ingresar en la cárcel. Aquélla era una de las bromitas que gastaban los polis a los reclusos, usando la regla criminal como arma contra los delincuentes mismos, y les funcionaba mejor con los menores, pues muchos de éstos no sabían que un delincuente honesto no puede aceptar nada de un polizonte.

—De un poli, un criminal digno sólo recibe mamporros, y aun ésos tratará de devolvérselos cuando pueda —solía decir mi difunto tío.

Gracias al repentino aumento de mi autoridad entre mis amigos, empecé a hacer una especie de propaganda de las enseñanzas de mi abuelo Kuzia. Él estaba contentísimo, porque de esa manera, por medio de uno solo, llegaba a los demás y a todos impartía la base educativa que nos permitiría relacionarnos con el mundo al modo siberiano, así como recibir y transmitir sus valores e ideales. Por algo a los chavales del barrio del Río Bajo nos llamaban los de «educación siberiana», nombre que habían recibido los exiliados siberianos por su fidelidad a las tradiciones criminales y su mentalidad ultraconservadora, que los diferenciaba de otros grupos.

Las comunidades de delincuentes de mi ciudad, sobre todo las de gente joven, se distinguían entre sí por una determinada prenda o por la forma de llevarla. También usábamos símbolos, que nos identificaban como miembros de esta o aquella banda, barrio o grupo. Muchas comunidades marcaban su territorio con pintadas y leyendas, aunque esto estaba muy mal visto entre las comunidades poderosas y antiguas. En nuestro caso, por ejemplo, los mayores siempre nos prohibían escribir o dibujar en las paredes, porque decían que era de sinvergüenzas y maleducados. Mi abuelo Kuzia me explicó un día que nuestra comunidad criminal no tenía ninguna necesidad de afirmar su realidad, que existía sin más y que la gente lo sabía no porque viera una pintada en la pared de su casa, sino porque notaba nuestra presencia y sabía que podía contar

siempre con nuestra ayuda y comprensión. Lo mismo valía para las personas: por legendario que sea un criminal, no dejará de comportarse como el más humilde de los seres.

En otros barrios no era así. Los miembros de las bandas del Centro llevaban colgantes de oro de determinada forma, por los que se sentían representados. Por ejemplo, la banda dirigida por un joven delincuente apodado Pirata, que había instituido una especie de culto a su persona, se distinguía de las demás por lucir unos colgantes con forma de calavera y dos huesos, como las banderas de los corsarios. Otra banda del barrio de la Estación obligaba a sus miembros a usar ropa negra, para dejar clara su voluntad de pertenecer a la casta Semilla Negra. Los ucranianos del barrio del Balka, en cambio, vestían como americanos, o mejor dicho, como afroamericanos; cantaban canciones que parecían sin sentido, pues pronunciaban las palabras tan rápido que no se entendía ni jota, y por todas partes dibujaban cosas raras con aerosoles; un día, uno de ellos pintó no sé qué en la pared de la casa de un anciano exrecluso del barrio de Ribera, y por eso un criminal joven, vecino del viejo, le pegó un tiro. Recuerdo que comenté el caso con mi abuelo Kuzia: en mi opinión, le dije, matar por ese motivo era injusto, porque siempre puede pedirse un resarcimiento por la ofensa o el desprecio, o si no darle al ofensor unas hostias, porque un palo bien dado alecciona. Pero mi abuelo no estaba de acuerdo: replicó que yo era demasiado humano, demasiado humano y demasiado joven. Me explicó que cuando un muchacho toma mal camino y no quiere escuchar a sus mayores, acaba perjudicándose a sí mismo y a los demás. Los jóvenes ucranianos estaban poniendo en peligro a muchos chavales de otros barrios que los imitarían, ya que ser maleducado siempre es más fácil y atractivo que seguir la senda de la buena educación: comportándose como se comportaban, los ucranianos no hacían sino cuestionar el poder criminal y el orden de la ciudad, y por eso era necesario tratarlos con severidad y rigor, a fin de que entendieran adónde podía llevar el desobedecer las tradiciones.

—Además —añadió mi abuelo—, ¿por qué quieren parecer negros americanos y no, digamos, coreanos del norte o palestinos? Yo te diré por qué: por la mierda que el diablo nos manda a través de la televisión, el cine, los periódicos y todas esas porquerías que

una persona digna y honesta nunca toca… América es un país maldito olvidado de Dios, y debemos rechazar cuanto venga de allí… En cambio, esos estúpidos que juegan a ser americanos, dentro de poco empezarán también a vociferar como monos…

Mi abuelo odiaba lo americano porque, como buen criminal siberiano, se oponía a todo lo que ostentaba un gran poder. Cuando oía hablar de quienes emigraban a América, de los muchos judíos que en los años ochenta habían huido de la Unión Soviética, decía sorprendido:

—Pero ¿cómo pueden decir que se van a América en busca de libertad? Nuestros antepasados se refugiaron en el bosque, en Siberia, no se marcharon a América. ¿Qué sentido tiene, además, huir del régimen soviético para ir a parar al americano? Es como el pájaro que escapa de una jaula y voluntariamente se mete en otra…

Por estas razones, en el Río Bajo estaba prohibido todo lo estadounidense. Los coches americanos, que circulaban libremente por el resto de la ciudad, en nuestro barrio no podían entrar, y también estaban vedadas las prendas de vestir, los electrodomésticos y cualquier otro objeto *made in USA*. Esto me fastidiaba, porque me gustaban mucho los vaqueros y no podía llevarlos. También me encantaba la música americana, el blues, el rock, el heavy metal, y la escuchaba a escondidas, aunque con gran riesgo: cuando mi padre registraba mis escondites y encontraba discos y casetes de esa música se ponía hecho una fiera, me pegaba y me obligaba a romperlos delante de él y mi abuelo, y a tocar y cantar melodías rusas y canciones populares o criminales de nuestro país acompañándome del acordeón, una hora todas las noches durante una semana, ante él y los demás miembros de la familia.

En realidad, lo que me fascinaba no era la política estadounidense, sino la música y las obras de algunos escritores. Así intenté explicárselo un día a mi abuelo Kuzia, por si él, con su autoridad, intercedía por mí ante mi familia para que me permitiesen escuchar música y leer libros americanos sin tener que esconderme. Pero mi abuelo se quedó mirándome como decepcionado.

—Hijo, ¿sabes por qué se quema todo lo que ha pertenecido a los apestados? —me preguntó. Negué con la cabeza, aunque ya suponía adónde quería ir a parar. Exhaló un triste suspiro y

concluyó—: Por el contagio, Nikolái, por el contagio.

Conque, visto que todo lo americano estaba prohibido, así como ostentar riqueza y poder materiales, en mi barrio todos vestíamos con suma humildad. Lo de la ropa nos fastidiaba, aunque también era motivo de orgullo, pues llevábamos como trofeos los zapatos viejos de nuestros padres o hermanos mayores, sus prendas pasadas de moda, que debían poner de manifiesto la modestia y sencillez siberianas.

Era curioso ver cómo administraban el dinero nuestros mayores. Éramos una comunidad antigua y muy rica, las casas del barrio eran enormes, la gente habría podido vivir «a lo grande», como suele decirse, disfrutando de la vida, y sin embargo el dinero se empleaba de manera sumamente parsimoniosa: ni ropa ni joyas ni coches lujosos ni juegos de azar… Solamente en dos cosas se gastaban de buen grado los siberianos su dinero: en armas y en iconos religiosos. Teníamos armas a montones, así como iconos, que eran carísimos.

En todo lo demás éramos muy modestos. En el vestir, por ejemplo, parecíamos ir uniformados. En invierno todos llevábamos pantalones acolchados, de color negro o azul oscuro, muy cómodos y abrigados. Las chaquetas eran de dos tipos: o la clásica *fufaika* forrada que en tiempos de la Unión Soviética llevaba la mitad de la población, porque se la daban a los trabajadores, o la *tulup*, que tenía un enorme cuello de piel en el que uno podía embozarse hasta los ojos para protegerse del frío más intenso. Yo llevaba *fufaika*, porque era más ligera y permitía bastante libertad de movimientos. Los zapatos eran pesados, con forro de piel, y usábamos largos calcetines de lana para evitar congelamientos. Nos cubríamos la cabeza con gorros también de piel; yo tenía uno precioso, de armiño blanco, muy abrigado, liviano y cómodo.

En verano nos poníamos pantalones de tela normales, siempre con correa, a la usanza siberiana. La correa era tradicional de los cazadores, para quienes suponía mucho más que un accesorio o un amuleto: cuando un cazador se perdía en el bosque o necesitaba ayuda, le ataba la correa al cuello al perro y lo mandaba a casa, y así los que veían al animal se daban cuenta de que algo pasaba.

Con los pantalones se llevaba una camisa, por lo general blanca

o gris, de cuello a caja y botones a la derecha, que se llama *kosovorotka*, «cuello torcido». Sobre la camisa, usábamos chaquetas ligeras, grises o negras, muy bastas, de tipo militar. Y en la cabeza la mítica gorra de los criminales siberianos, que era como su insignia, llamada «de ocho triángulos». Se trata de una gorra confeccionada con ocho trozos de tela cosidos de manera que forman una especie de cúpula, rematada por un botón, con una pequeña visera. Ha de ser blanca o de color claro. En Rusia se la llama *kepka* y existen muchas variedades; la de ocho triángulos es la variante siberiana. La verdadera ocho triángulos de un criminal valiente y astuto debe tener la visera debidamente arqueada y con arista en la mitad, pero nunca rota. Doblarla hasta deformarla o romperla es muestra de desprecio y lo que se hace con las gorras del enemigo.

Mi ocho triángulos me la regaló mi tío; era vieja y por eso me gustaba. Pero como yo tenía la cabeza pequeña, debía calármela hasta las orejas, lo que me preocupaba mucho, pues creía que las orejas se me quedarían despegadas para siempre. Pero no tenía elección: o me la encasquetaba hasta las orejas o me tapaba la mitad de la cara. Hasta que un día mi madre me la cogió y la ajustó al tamaño de mi cabeza, ¡qué gran día aquél!

La gorra de ocho triángulos era algo tan importante que inspiraba historias y acuñaba frases. En la jerga de los delincuentes, «llevar una ocho triángulos» significa perpetrar un crimen o dedicarse a algún negocio criminal. «Tener una ocho triángulos recta» quiere decir estar atento, ponerse en guardia ante algún peligro. Por «colocarse una ocho triángulos en la nuca» se entiende mostrarse agresivo, disponerse al ataque. «Llevar torcida una ocho triángulos» significa estar tranquilo, relajado. «Ponerse una ocho triángulos en los ojos» equivale a anunciar que hay que huir, esconderse. «Llenar una ocho triángulos» indica que hay que coger mucho de algo.

Yo llenaba literalmente mi gorra muchas veces, por ejemplo cuando íbamos a ver a la tía Marta, una mujer que vivía sola a orillas del río, célebre por sus mermeladas. Le llevábamos manzanas que robábamos de los huertos de las granjas colectivas que había en la orilla de enfrente y la ayudábamos a prepararla. Hacía *pirozhki*, pequeñas galletas rellenas de mermelada. Sentados en taburetes y

formando un corro en el patio de su casa, frente a la puerta abierta de par en par de la cocina, donde siempre había algo al fuego, sacábamos las manzanas de los sacos, las mondábamos con las navajas e íbamos echándolas a una gran olla con agua. Cuando el recipiente estaba lleno, entre todos lo llevábamos a la cocina mediante dos largos palos de madera a guisa de asas. La tía Marta nos quería mucho y nos hartaba a comer, siempre nos íbamos con la barriga llena y cargados de *pirozhki*; yo me ponía los míos en la gorra y me los comía por el camino.

La gorra de ocho triángulos ha inspirado muchas obras de la tradición criminal, proverbios, poemas, canciones… Como pasaba largos ratos en compañía de los delincuentes ancianos, oyéndolos cantar y recitar poesías, me sabía muchas de memoria. Una canción, mi preferida, decía así:

Recuerdo que llevaba una gorra de ocho triángulos,
que bebía vodka y fumaba tabaco fuerte,
y estaba enamorado de mi vecina Nina
y con ella iba al restaurante.
Llevaba un schabio[2] *en mis resonantes kromchi*[3]
y bajo la camisa una telniaska[4]
regalo de unos ladrones de Odesa…

La gorra de ocho triángulos era el centro de todo: se la nombraba sin cesar y era objeto de apuestas en numerosas ocasiones. En las conversaciones de criminales menores o adultos se oía muchas veces: «Que me arda en la cabeza la gorra de ocho triángulos si miento», o «Que me vuele de la cabeza la ocho triángulos», o una variante más macabra: «Que mi gorra me estrangule…».

En nuestra sociedad estaba prohibido jurar, por considerarse una especie de flaqueza, de ofensa contra uno mismo, ya que hacer un juramento es como dar a entender que lo que se dice no es cierto. Sin embargo, a los críos muchas veces se nos escapaba un juramento, y entonces lo hacíamos por la gorra. No se podía jurar por la madre, los padres o los parientes en general, por Dios ni por

los santos. Tampoco por la salud ni menos aún por tu propia alma, porque eso se consideraba un «atentado contra la propiedad de Dios». Sólo quedaba, pues, jurar por la gorra.

Un día mi amigo Mel juró por su gorra, ante mí y otros dos chavales de la banda, a que le metería a *Amur* (el perro del tío Peste, un vecino) «la ocho triángulos por el culo» si él, Mel, no saltaba la verja de la escuela de un brinco, sin coger carrerilla.

Sigo sin tener ni idea de por qué Mel estaba tan convencido de que podría superar de un salto aquella verja de cuatro metros de altura. Pero lo que más me preocupaba era cómo pensaba llevar a cabo la operación de introducirle la gorra por el culo a *Amur*, en el previsible caso de que perdiera la apuesta, porque aquel perro era el más grande y malvado del barrio: era un cruce de perro pastor y de lo que en Siberia llamamos *alabai*, «aplastalobos», y tenía una fama terrible. Por lo general se paseaba tranquilo por el patio de la casa de su amo, pero a veces, sobre todo cuando oía pitidos, se descontrolaba. Ya le habían pegado dos tiros por atacar a personas, y en ambas ocasiones había sobrevivido porque, como decía mi padre, «cuanto más dispares a esa bestia, más fuerte se hará». Personalmente aquel monstruo me daba un miedo tremendo; una vez lo había visto cruzar el río y hacer pedazos a una cabra como si fuera de trapo.

Por eso la apuesta de Mel me parecía de lo más absurda. Ahora bien, una vez dada la palabra había que cumplirla, y por tanto no teníamos más remedio que asistir a aquel disparatado espectáculo del que mi amigo, por pura necedad, era a la vez director y actor.

Nos encaminamos, pues, hacia el colegio.

Mel hizo un primer intento de saltar la verja: brincó medio metro y se dio de narices contra el hierro. Se sentó en el suelo y sacó sus conclusiones:

—¡Vaya!, pues sí que es alta. No lo conseguiré…

Lo miré preguntándome cómo una persona de carne y hueso podía ser tan ignorante. Para zanjar el asunto dije que había sido muy divertido y que podíamos volver a casa. Sin embargo el muy necio se negó, asegurando que por honor debía respetar su juramento.

No sabía si echarme a reír o llorar. En cambio, los otros dos, Besa y Guiguit, estaban entusiasmados y empezaron a discurrir la manera de que Mel se acercara al perro y llevara a la práctica su dichosa promesa: caminaban delante de mí explicándoselo a mi amigo, al tiempo que yo iba siguiéndolos como un fantasma.

Llegamos a casa de Peste, Mel saltó la tapia y se plantó en el patio. Peste no estaba, seguramente había ido a pescar, porque no vimos la red que solía extender en el muro.

Amur se había echado cerca de la puerta y, con su horrible careto y una expresión un tanto irónica, nos miraba como preguntándose de qué modo nos las apañaríamos para meterle por el ano una gorra de ocho triángulos.

Mel llevaba una cuerda para atar al animal y un tubito de vaselina que unos amigos habían pedido a la tía Natalia, enfermera, para que la inserción de la gorra resultara más practicable. Caminaba hacia el perro, que sin moverse lo miraba con aire indiferente y aburrido, igual que si no lo viera. A cada paso mi amigo se envalentonaba, y si al principio no se atrevía a moverse con brusquedad y decisión y avanzaba despacio como una tortuga, los últimos pasos los dio casi brincando, contento de que *Amur* no reaccionara.

Cuando entre ambos mediaba un par de metros, Guiguit se llevó dos dedos a la boca y emitió un silbido tan fuerte y desagradable que hasta a mí se me erizaron los pelos. Y acto seguido, como por arte de magia, vimos a Mel volar por encima de la tapia y, pasando sobre nuestras cabezas, aterrizar en la acera para acabar de bruces contra el asfalto que quemaba bajo el generoso sol estival, al tiempo que la verja empezaba a dar sacudidas por las rabiosas arremetidas del perro, que gruñía de un modo rarísimo, como yo nunca había oído gruñir a ningún ser vivo: una especie de alarido humano en que parecía resonar a la vez un coro de furiosos aullidos animales, como si un elefante, un león, un lobo, un oso y un caballo hubieran apostado a cuál berreaba más. Si en aquel momento me hubieran preguntado cómo sería la voz del demonio, habría contestado que como la de *Amur*.

Mel tenía los pantalones desgarrados por el culo, y por entre el rasgón se veían unas rayas ensangrentadas, la señal del zarpazo. Estaba aterrado y no entendía lo ocurrido, pero Guiguit y Besa se

retorcían de risa por el suelo y silbaban para exasperar más al animal, que al otro lado de la verja espumajeaba y ladraba hecho una furia.

Por suerte la cancela estaba cerrada; de lo contrario nos habría despedazado a todos.

Mel perdió su apuesta, pero nosotros, en vista del divertidísimo espectáculo que nos ofreció, lo perdonamos.

A los doce años monté una buena: me procesaron por «amenazas en lugar público», «intento de homicidio con graves consecuencias» y, naturalmente, «resistencia a la autoridad en el cumplimiento de sus funciones de defensa del orden». Era mi primer juicio penal y, dadas las circunstancias (era un chiquillo, y la víctima, un muchacho dos años mayor que yo y con antecedentes), el juez redujo la condena a lo que en jerga llamamos un «mimo»: no tuve que ir a la cárcel ni a ninguno de esos reformatorios de los que los chavales salimos más encabronados. Se me impuso solamente una especie de toque de queda que me obligaba a estar en casa desde las ocho de la noche a las ocho de la mañana, presentarme todas las semanas en el juzgado de menores y asistir al colegio.

Así debía ser durante un año y medio, al término del cual podría volver a hacer vida normal. Pero si en ese tiempo cometía algún delito, me mandarían a la cárcel de menores o como mínimo a un correccional.

Durante un año todo fue bien; procuraba no meterme en líos. Muchas noches salía, claro que sí, pero sólo cuando estaba seguro de no ser descubierto. Lo importante, me decía, era que no me pillaran muy lejos de casa a deshora y mucho menos armando bronca.

Pero una tarde Mel y otros amigos fueron a buscarme a casa. Nos sentamos en el banco del jardín, al pie del árbol, y hablamos de cierto problema que habíamos tenido una semana antes con unos chavales de Tiraspol a propósito de un amigo que era nuevo en el barrio. La familia de este amigo se había visto obligada a dejar San Petersburgo por problemas con la policía. Eran judíos, pero dadas las circunstancias, y teniendo como teníamos ciertos negocios en común, los siberianos los habíamos tomado bajo nuestra protección.

El muchacho tenía trece años y se llamaba Lyeza, un antiguo nombre hebreo. Era un chico muy reservado y de poca salud, medio sordo y corto de vista —llevaba unas gafas enormes—, por lo que en la comunidad siberiana lo tratamos desde el principio con bondad y compasión, como a todos los minusválidos. A mí, por ejemplo, mi padre me encarecía siempre que cuidara de él y lo defendiera a navajazos si era preciso. Lyeza era un chaval muy instruido, de finos modales y muy serio al hablar; cuanto decía parecía convincente. Pronto le pusimos un mote que le cuadraba: Banquero.

Siempre se juntaba con nosotros, no llevaba navaja ni otras armas, y ni siquiera era capaz de dar un puñetazo, pero lo sabía todo, era una enciclopedia andante, nos contaba historias que aprendía en los libros: cómo viven y se multiplican los insectos, cómo se forman las manadas de animales, por qué los pájaros migran… Recuerdo que una vez logró lo imposible: que Mel entendiera cómo se reproducen los gusanos hermafroditas; tardó bastante, pero al final lo consiguió. Mel iba por ahí como un iluminado, igual que si hubiera visto a Jesús, a Dios Padre y a la Virgen juntos.

—¡Ya ves tú qué cosa! —decía—. ¡Los gusanos no tienen familia! ¡Ni padre ni madre, se lo hacen todo solos!

Para lograr que Mel entendiera algo, aunque fuera una menudencia, se necesitaba poseer grandes cualidades humanas e intelectuales.

Pues bien, Mel y mis otros tres amigos, Besa, Guiguit y Tumba, me contaron que Lyeza había ido solo al mercadillo semanal de artículos de segunda mano de Tiraspol para cambiar sellos, pues era un apasionado coleccionista, y cuando volvía en el autobús lo habían asaltado unos cabrones que le habían pegado (por suerte no muy fuerte, sólo alguna que otra hostia) y quitado el álbum de sellos. Aquello me cabreó muchísimo y decidimos reunirnos esa misma noche con los chavales del barrio para emprender una expedición de castigo a Tiraspol.

Tiraspol es la capital de Transnistria, está en la otra orilla del río, dista unos veinte kilómetros de nuestra ciudad, es más grande y muy distinta. Sus habitantes vivían al margen del crimen, la mayoría eran obreros, funcionarios o militares que trabajaban o

servían en las muchas fábricas de armas, cuarteles del ejército y oficinas que había allí. Nosotros estábamos en pésimas relaciones con los chavales de Tiraspol, a quienes llamábamos «mamones», «cabrones», «sin pelotas». En la capital no regían las leyes criminales de honestidad y respeto al prójimo, y los menores se comportaban como animales. Por eso apenas nos extrañó lo que le había ocurrido a Lyeza: en aquella ciudad las agresiones por parte de grupos de gamberros estaban a la orden del día.

Fuimos a ver a nuestro amigo y le preguntamos si quería acompañarnos para identificar a los agresores. A su padre le explicamos que íbamos a Tiraspol para hacer justicia y castigar a quienes habían atacado a su hijo. El hombre le permitió acompañarnos y nos deseó buena suerte: lo alegraba ver que Lyeza tenía amigos como nosotros, pues respetaba profundamente la mentalidad siberiana de lealtad al grupo.

Lyeza no replicó: cogió la chaqueta y salió con nosotros. Volvimos a mi casa y lo planeamos todo.

Hacia las ocho acudieron unos treinta amigos más. Mi madre comprendió enseguida que íbamos a meternos en algún lío.

—Mejor será que te quedes en casa tranquilo, ¿no te parece?

¿Qué podía contestarle?

—No te preocupes, mamá, damos una vuelta y enseguida volvemos…

Pobre madre mía, nunca se atrevió a oponerse a mí, y por eso sufrió mucho.

Pero nuestra meta estaba en Tiraspol: cierto parque de las afueras donde al atardecer se reunían los imbéciles de la ciudad, y que se llamaba el Polígono. Allí acudían los chavales en moto, asaban carne en la parrilla y consumían libremente drogas y alcohol hasta altas horas de la noche.

Debo decir que, pese a que en ese sitio había siempre mucha gente, teníamos la certeza de que haríamos justicia y sembraríamos el caos y la destrucción, pues sabíamos que esa gente no se unía para defenderse: sólo se agrupaban para armar camorra y divertirse, pero cuando llegaba el momento de saldar cuentas cada cual tiraba por su lado.

Para no llamar la atención fuimos en el autobús de línea, y una vez en la ciudad nos dividimos en grupos de cinco y nos dirigimos

al parque.

Mel me enseñó un viejo revólver de cinco balas, de poco calibre, al que yo llamaba con cariño «el arma prehistórica», y con una sonrisa de oreja a oreja, que traslucía su deseo de armar una gorda, exclamó:

—¡Con ésta verán lo que es bueno!

—¡Por Dios, Mel, que no vamos a la guerra! Guárdate ese cacharro, que no quiero ni verlo… —Y es que la idea de usar pistolas me desagradaba no poco, en parte porque, según nuestra educación, sólo se recurre a las armas de fuego en casos extremos, pero sobre todo porque si la gente se entera de que a las primeras de cambio sacamos las pistolas, habla mal de nosotros. Mi tío me enseñó de pequeño que la pistola es como la cartera, sólo se saca para usarla; lo demás, es de tontos.

—Pero es peligroso no ir armado, a saber lo que tendrá esa gente, van preparados… —adujo, tratando de convencerme de que su precaución tenía sentido.

—Ya me imagino lo preparados que estarán, bien puestos de alcohol y drogas y con las venas plagadas de pinchazos… ¡Por los clavos de Cristo, Mel! Son alcohólicos o drogadictos, se cagan de miedo ante su propia sombra, ¿no te da vergüenza enfrentarte a ellos con pistola?

—Bueno, no la usaré, pero la tendré a mano, por si la cosa se complica…

Lo miraba como a un enfermo mental; era imposible explicarle nada.

—Mel, escúchame, el único que esta noche puede complicar las cosas eres tú con tu pistola de las pelotas… Como te vea sacarla no vuelvas a dirigirme la palabra —le advertí claramente.

—Vale, Kolima, pero no te enfades, no la sacaré si no quieres. Pero que sepas que todos somos libres de hacer lo que nos dé la gana. —Al parecer mi amigo pretendía enseñarme nuestra ley.

—Claro que todos somos libres de hacer lo que nos dé la gana… pero cuando estamos solos… Si vas con otros debes atenerte a lo que se te diga, y punto. —Con Mel yo procuraba decir siempre la última palabra, era el único modo de meterle algo en la cabeza.

Llegamos al parque y nos reunimos con los otros grupos. Los «jefes» o responsables éramos Yuri, llamado «Gagarin», que me

llevaba tres años, y yo. Debíamos decidir el modo de identificar sin error a los agresores de Lyeza y obligarlos a dar la cara.

—Cogemos a un par, los que sean, y amenazamos con cargárnoslos si los agresores no se presentan —propuso Besa, que en cuestiones de estrategia era como un tanque: arrasaba con todo.

—¿Y sabes lo que puede pasar? Que todos salgan corriendo y nos quedemos con dos colgados que nada tengan que ver…

Yo había ideado un plan, pero quería proponerlo con tacto, pues dependía enteramente de Lyeza.

—Oídme, pies descalzos, se me ha ocurrido una idea que funcionará seguro, pero se necesita que cierta persona sea valiente. Tú, Lyeza. Has de tener huevos. —Me quedé mirándolo, parecía lo que era: alguien que no pintaba nada en nuestra banda. Con su chaqueta abotonada hasta el cuello, sus gafas de gruesas lentes que le daban un aspecto monstruoso y aquel corte de pelo como de actor de los años cincuenta, estaba completamente fuera de lugar. Lyeza se acercó para oír lo que iba a decirle—. Tienes que aproximarte solo para que los cabrones te vean e intenten algo, así los reconoceremos. Nosotros rodeamos la zona y esperamos escondidos tras los árboles, listos para actuar… En cuanto los reconozcas, grita, silba, y nosotros nos echaremos encima de ellos como el rayo. Lo demás queda en manos del Señor…

—No está nada mal, Kolima, buen plan, si Lyeza está de acuerdo —comentó Gagarin mirando a nuestro amigo con expectación.

Lyeza se ajustó las gafas y con voz decidida dijo:

—Sí, lo estoy. Pero luego, cuando empiece la riña, ¿qué hago? No me creo capaz de pegar a nadie, nunca lo he hecho…

Me impresionaba la dignidad con que aquel chaval decía la verdad sobre sí mismo. No tenía miedo, simplemente exponía unos hechos. Cada vez me infundía mayor respeto.

—Cuando salgamos de los árboles, corre a esconderte detrás; Besa estará atento por si alguno te sigue. —Gagarin hizo una seña a Besa de que estuviera ojo alerta y luego señaló a Lyeza—. ¡Que no le toquen ni un pelo!

Nos dirigimos al centro del parque, evitando el paseo principal, y llegamos así a la arboleda más allá de la cual se extendía el llamado Polígono, una explanada de asfalto con bancos dispuestos en círculo e iluminada por la luz amarillenta y sucia de tres farolas.

Se oía música, había chavales sentados en los bancos, el suelo, las motos. Serían unos cincuenta y había también chicas. La atmósfera era muy relajada.

Nos dividimos en seis grupos y rodeamos la zona.

—Ánimo, hermano, demostrémosles que con los del Río Bajo no se juega… —le dije a Lyeza cuando creí llegado el momento, dándole una palmadita.

Él asintió y echó a andar hacia territorio enemigo.

En cuanto Lyeza salió a descubierto se produjo un gran revuelo. Unos se levantaron de los bancos y se quedaron mirándolo con curiosidad, otros lo señalaban riéndose. De pronto una tía empezó a gritar como una loca, riendo y a la vez llorando; era evidente que estaba borracha. Su voz me repugnó, era como de alcohólica adulta, sonaba cascada por el abuso de tabaco, áspera, nada femenina.

—¡Mira, Pelo! —chilló—. ¡Es el marica del autobús! ¡Viene por sus sellos! —Como no pronunciaba bien la erre, su modo de hablar tenía un punto cómico.

Nosotros estábamos atentos y dispuestos a abalanzarnos tan pronto como identificáramos al tipo a quien se dirigía la chica. No tuvimos que esperar mucho. De un banco cercano lleno de tíos se levantó uno que tocaba una guitarra, dejó el instrumento y fue al encuentro de Lyeza con paso ligero y teatral, abriendo los brazos como si se tratara de un viejo amigo:

—¡Dichosos los ojos! ¡Capullín! ¿Acaso has decidido suicidarte esta noche?… —Pero no pudo acabar la frase: como un tigre, Guiguit salió de la oscuridad, se arrojó sobre él y lo derribó con una tanda de rápidas y fuertes patadas en la cara. También yo salí de los árboles, en un instante todos nos hallamos al descubierto y cercamos al enemigo.

Cundió el pánico. Los tipos corrían de aquí para allá queriendo huir pero retrocediendo al verse frente a alguno de nosotros. Hasta que del barullo se destacó un grupo de valientes y empezó la fiesta.

Vi destellar muchas navajas y asimismo saqué mi pica. Guiguit se colocó a mi lado y avanzamos hombro con hombro, tirando viajes a diestro y siniestro al tiempo que evitábamos los pocos que recibíamos.

Muchos adversarios, aprovechando el momento, escaparon. La chica que voceaba estaba tan borracha que cayó mientras corría y

uno de sus amigos le pisó la cabeza: la oí soltar un grito y luego vi que la sangre le empapaba el pelo.

Al final quedaron unos veinte y, como decimos nosotros, «los peinamos» a todos, o sea, que no quedó ni uno en pie, los tumbamos a todos, muchos con tajos en la cara o las piernas, otros con los ligamentos de las rodillas cortados.

Al término de una pelea, cuando veía que todos estaban fuera de combate y era el momento de parar, Mel solía hacer una especie de exhibición de fuerza (era realmente un bestia, con trece años pesaba casi ochenta kilos y era puro músculo, a las órdenes de un cerebro hueco). Para él la guinda de una pelea consistía en dejar claro al mundo que era el más salvaje y malvado. Y montaba el número.

En aquella ocasión, empezó a gritar como una fiera y hacer visajes con su feísima cara, y cogiendo una moto que descansaba pacíficamente en su caballete, la levantó a la altura del pecho, se dirigió a la carrera hacia un grupo de chavales que a cinco o seis metros yacían, como los otros, por el suelo, lamiéndose las heridas, y la arrojó sobre ellos.

La moto cayó con gran estrépito, golpeando a uno en la cabeza y a otros en varias partes del cuerpo. Los alcanzados prorrumpieron en quejidos al unísono, en coro. Por alguna razón, esto irritó aún más a Mel, que la emprendió con ellos a patadas de una violencia inexplicable, y luego se subió a la moto que los aplastaba y empezó a pegar saltos con todas sus fuerzas. Los pobres gritaban desesperados suplicándole que cesara la tortura.

—¡Eh, mierdas! Somos del Río Bajo, habéis atacado a un hermano nuestro y aún no lo habéis pagado —dijo Gagarin, comunicando así su solemne mensaje a los que yacían por tierra—. La reparación personal acabamos de conseguirla con golpes y navajazos, pero aún debéis rendir cuentas ante la ley criminal que para vuestra desgracia habéis violado. Antes de la próxima semana, cinco de vosotros, cerdos maricas asquerosos, os presentaréis en nuestro barrio con cinco mil dólares para resarcir a la comunidad de las molestias causadas. De lo contrario, todas las semanas haremos la misma escabechina de hoy, hasta que acabemos con vosotros como con perros sarnosos. ¡Buenas noches y hasta la vista!

Nos sentíamos campeones invencibles, tan contentos que nos dispusimos a regresar al barrio cantando a voz en cuello canciones

siberianas.

Cruzamos el parque respirando con fruición el aire nocturno y sintiendo que era el día más feliz de nuestras vidas.

Pero cuando salimos del parque nos topamos con unos diez coches de policía: los agentes, apostados tras ellos, nos apuntaban. Encendieron una luz fortísima que nos deslumbró mientras una voz gritaba:

—¡Atención, tirad las armas! ¡Quién haga el tonto es hombre muerto! ¡No seáis estúpidos, no estáis en vuestra casa!

Obedientes, arrojamos las armas al suelo y en un instante se formó un buen montón de navajas, puños americanos y pistolas.

Los polis nos obligaron a montar en los coches a culatazos y nos trasladaron a la comisaría. Pensaba en mi pica, la navaja que tanto quería y tan importante era para mí, y que seguramente no volvería a ver. Era lo único que me preocupaba. La idea de ir a la cárcel ni me pasaba por la cabeza.

Nos tuvieron dos días encerrados en un cuartucho, sin darnos de comer ni beber. Venían por uno, se lo llevaban, lo traían de nuevo con la cara destrozada.

Ninguno declaró su verdadero nombre, y las direcciones que dimos eran también falsas. Lo único en lo que no mentimos fue en reconocer que pertenecíamos a la comunidad siberiana. Dado que nuestra ley autoriza a los menores a hablar con la policía, aprovechamos para confundirlos y complicarles la labor.

Mel no quería calmarse e intentó agredir a los agentes, que lo golpearon en la cabeza con la culata de una pistola y le provocaron una fea herida.

Al final nos soltaron, no sin antes avisarnos de que a la próxima nos matarían. Hambrientos, cansados y magullados, nos dirigimos a casa.

Y sólo entonces, cuando me arrastraba como un moribundo por las calles de mi barrio, fui consciente de que había tenido mucha suerte. Si la policía me hubiera identificado, me habrían encerrado en una cárcel de menores como mínimo cinco años. Me alegré muchísimo. Era un milagro, me decía, un verdadero milagro, haber salido libre después de lo ocurrido. Aunque también es verdad que sentía lo de mi pica: notaba como si dentro de mí se hubiera abierto un gran vacío, como si se me hubiera muerto un ser querido.

Andaba hacia mi hogar cabizbajo, mirando al suelo, al subsuelo si hubiera sido posible, de puro avergonzado, con la sensación de que todo el mundo me condenaba por no haber sido capaz de conservar la pica.

Cuando llegué a casa parecía un alma en pena.

—¿De dónde sales? ¿Acaso han vuelto a abrir Auschwitz? ¿Cómo es que no me he enterado? —me preguntó sonriendo mi tío Vitali, asomado a la veranda.

—Déjame, tío, que vengo molido… Sólo quiero dormir…

—Ah, chaval, donde las dan, las toman, por desgracia… Es ley de vida…

Los dos días siguientes no hice más que dormir y comer. Estaba hecho polvo, y cada vez que me daba la vuelta en la cama rabiaba de dolor. De cuando en cuando mi padre o mi tío se asomaban a mi cuarto y se burlaban:

—Ahora ya sabes lo que vale un peine… ¿Qué aún querrás repetir?

Por toda respuesta yo exhalaba profundos suspiros, y ellos venga a reírse.

Al tercer día las ganas de volver a la normalidad me pusieron en pie temprano. Todavía no eran las seis de la mañana, todos dormían aún menos mi abuelo Boris, que se disponía a hacer gimnasia. Yo sentía una molestia que no era exactamente dolor pero que me entumecía el cuerpo; cualquier movimiento me costaba un gran esfuerzo, me sentía lento, como un anciano que teme perder el equilibrio.

Me lavé y examiné la cara en el espejo. Tenía un morado pero no tan grande como creía, apenas se notaba. En cambio, en la mano derecha había dos cardenales grandes y oscuros, uno con clara forma de tacón de bota. Algún poli debió de pisarme la mano, lo que solían hacer con fines preventivos, para causar fracturas conminutas de difícil curación que impedían luego cerrar bien el puño o sujetar un arma. Por suerte no tenía huesos rotos ni ligamentos desgarrados. En la pierna, justo debajo del miembro, se veía otro gran cardenal que parecía un parche negro; daba impresión y me dolía al orinar.

«En fin, podría haber sido peor», concluí, y fui a desayunar. La leche caliente con miel y un huevo fresco me dejaron como nuevo.

Resolví acercarme al río a echar un vistazo a mi barca y trajinar un poco con las redes, y de paso preguntar por el barrio cómo estaban mis amigos.

Al salir de casa encontré a mi abuelo Boris haciendo ejercicio. Era fuerte como una roca y estaba más sano que una manzana, no fumaba ni tenía otros vicios, y practicaba lucha libre, yudo y sambo, aficiones que transmitió al resto de la familia. Cuando empezaba la gimnasia no paraba ni un momento, conque me saludó con la mirada; le hice señas de que salía y él se limitó a sonreír.

Tomé la calle que llevaba al río. Al pasar por casa de Mel divisé a mi robusto amigo en la esquina, en calzoncillos, hablando con un chico del barrio, un amigo al que llamábamos el Polaco: le enseñaba los cardenales y le contaba lo ocurrido con gran profusión de gestos y golpes al aire contra enemigos imaginarios.

Me acerqué. En la herida de la cabeza le habían dado diez puntos, el ochenta por ciento de su superficie cutánea se veía azulada, mientras que el resto era de una tonalidad verdosa o negra, pero pese a su pésimo aspecto físico se mostraba de excelente humor y sonreía.

—¡Dios santo! Pero ¿qué pinta llevas? ¡Pobre de tu madre! —me dijo en cuanto me vio.

Me dio por reír, y lo mismo al Polaco, que se desternillaba.

—¿Y tú, payaso? ¿Te has mirado al espejo? ¡Y soy yo quien tiene mala pinta! Anda, ve y vístete, que nos vamos al río…

Le di una palmadita y él profirió un grito de dolor.

—Ten más cuidado, que el que más se llevó la otra noche fui yo —dijo orgulloso.

Cuando se vistió, nos dirigimos al río. De camino me puso al corriente de los otros: todos estaban bien, algo quebrantados pero bien. Al día siguiente de la pelea Gagarin ya había ido al Cáucaso, otro barrio de la ciudad, a ajustarle las cuentas a uno. Lyeza y Besa, que milagrosamente pudieron esconderse en el parque y librarse de la policía, eran quienes mejor estaban, no tenían ni un rasguño.

Llegamos al río, sumergí la hélice del motor de mi barca y propuse a Mel dar una vuelta. Soplaba un aire fresco, el sol se alzaba sobre la tierra y todo era luminoso y pacífico.

Mi amigo saltó a bordo, se tumbó en la proa y se puso a contemplar el cielo sin nubes: aprobaba la idea.

Con un remo empujé la barca y remé un rato de pie: el viento me daba de cara, agradable y relajante. A diez metros de la orilla noté que la corriente se volvía más fuerte; entonces arranqué y acelerando poco a poco remonté el río hacia el puente viejo. Me puse la chaqueta que llevaba siempre en el bote. Mel seguía tumbado en la proa, quieto, con los ojos cerrados, meciendo un poco el pie.

Cuando llegamos al puente viré en redondo, apagué el motor y dejé que la corriente nos arrastrase, remando sólo a ratos para corregir la dirección. Bajando así el río, de trecho en trecho nos zambullíamos y nadábamos un poco. En el agua me sentía protegido, me cogía de la barca y flotando junto a ella me dejaba llevar por la corriente. El río era la mejor medicina del mundo, habría podido pasarme allí un día entero.

Cuando arribamos a la orilla, Mel saltó del bote y dijo que se iba a ver a una vieja tía suya que vivía algo lejos y siempre se quejaba de que nadie la visitaba. Decidí ir al encuentro de mi abuelo Kuzia para contarle lo que me había ocurrido. Ambos nos habíamos acordado de nuestros mayores.

En la comunidad de los urcas siberianos damos gran importancia a la relación entre niños y ancianos. Por eso existen numerosas costumbres y tradiciones que permiten a los criminales ya mayores y con experiencia participar en la educación de los chavales, aunque no los unan lazos de sangre. Los adultos piden a un viejo, que por lo general no es de la familia y vive solo, que colabore en la educación de sus hijos; a cambio de la ayuda que éstos le prestan en casa o de la comida que le llevan, el anciano les cuenta su vida, transmite las tradiciones de la comunidad, inculca los principios y normas de conducta criminales, así como el código de los tatuajes y cuanto de algún modo se relaciona con la actividad criminal. A esta formación se llama en lengua siberiana «tallar», por el parecido que existe entre educar a un joven y labrar un trozo de madera basta a fin de crear una obra de arte o un objeto útil.

La palabra «abuelo» tiene muchos significados en la sociedad criminal siberiana: son abuelos, naturalmente, los parientes, los padres de nuestros padres, pero se designa también así a las

máximas autoridades del mundo criminal, y en este caso se añade «santo» o «bendito», con lo que de entrada se entiende que se trata de un delincuente ilustre. También a un educador anciano se lo llama abuelo, aunque seguido siempre de su nombre o sobrenombre.

Mi propio y queridísimo educador era, como se habrá deducido, el abuelo Kuzia. Desde que tengo memoria, mi padre me llevó siempre a verlo. Era una persona muy respetada en el seno de la comunidad criminal, respeto que se había ganado en parte por su destino, lleno de padecimientos y sacrificios por el bien de todos nosotros.

El abuelo Kuzia no tenía edad. Su madre había muerto siendo él muy pequeño y a su padre lo habían fusilado poco después, de modo que quienes lo adoptaron no sabían exactamente cuántos años contaba.

De joven, el abuelo Kuzia fue miembro de una banda de urcas al mando de un famoso criminal llamado Cruz, un hombre de la vieja escuela siberiana que se opuso en primer lugar al zar y luego a los comunistas. En Siberia —me explicaba el abuelo Kuzia—, ningún criminal apoyó nunca a un partido político, todos vivían con arreglo a sus propias leyes y en lucha contra cualquier poder gubernamental. Rusia siempre tuvo los ojos puestos en Siberia por ser ésta tierra de grandes recursos naturales: además de animales de piel, que en Rusia se consideraban un tesoro nacional, la región era rica en oro, diamantes, carbón, y más tarde descubrieron también petróleo y gas. Todos los gobiernos intentaron siempre explotar al máximo Siberia, naturalmente sin contar con la población autóctona. Los rusos, decía mi abuelo Kuzia, llegaban, erigían sus ciudades en pleno bosque, perforaban la tierra y se llevaban los tesoros en trenes y barcos.

A los criminales siberianos, ladrones expertos cuyos antepasados habían asaltado durante siglos caravanas de mercaderes procedentes de China e India, no les resultó difícil atracar también los convoyes rusos.

En aquellos años, los urcas siberianos tenían una especie de doctrina, de plan general denominado «gran pacto», por el cual se permitía a los criminales oponer resistencia activa al gobierno asaltando trenes y demás medios de transporte. Según la antigua ley

criminal, antes una banda sólo podía cometer un robo cada seis meses, lo que garantizaba la eficacia de la actividad criminal, pues al tener sólo una oportunidad de asaltar un convoy, los grupos se organizaban y preparaban cuidadosamente para no tener que pasarse medio año sin comer. Pues bien, el «gran pacto» derogó esta ley y autorizó a las bandas a perpetrar robos sin medida, ya que la finalidad no era enriquecerse sino expulsar de Siberia al invasor ruso. Los viejos criminales se unieron a los nuevos en bandas muy grandes. Las más famosas eran las de Ángel, Tigre y Taiga.

Cruz lideraba una banda más pequeña, de unos cincuenta hombres. Asaltaban trenes y los barcos que desde las canteras de diamantes y por el río Lena se dirigían a Altái, región al sur de Siberia. Un día cometieron el error de salir del bosque y se toparon con el ejército comunista. Resistieron, pero al final los comunistas, que los superaban en número, los rodearon y exterminaron a casi todos.

Los urcas jamás se rendían, pues era indigno ser hecho prisionero; si veían que llevaban las de perder, se despedían, se deseaban buena suerte y se lanzaban al combate hasta que el enemigo los aniquilaba. La única posibilidad de sobrevivir era que a uno lo hirieran, lo que no se consideraba indigno.

En aquel combate hicieron prisioneros a tres jóvenes urcas, entre ellos Kuzia, que se había desmayado de resultas de un golpe. Queriendo aleccionar a los siberianos sobre la suerte que esperaba a los opositores del régimen, los comunistas organizaron a toda prisa un juicio ejemplar y «popular» en la capitulada ciudad de Tagil, tomada por numerosos contingentes militares y policiales rusos.

Al juicio asistió mucha gente, porque multitud de siberianos estimaban a los urcas y apoyaban su lucha contra los comunistas.

El juez y el «jurado», compuesto por «representantes» del pueblo, comunistas todos, naturalmente, condenaron a muerte por fusilamiento a los tres prisioneros. La sentencia debía ejecutarse la jornada siguiente ante los muros de la vieja estación de ferrocarril.

Cuando llegó el momento, acudió al lugar un gran gentío. Muchos traían iconos y llevaban la cruz fuera de la camisa para manifestar su oposición al comunismo. Las mujeres lloraban y pedían gracia, los hombres rogaban al Señor que acogiera a aquellos tres siervos suyos que iban a ser ejecutados injustamente.

La atmósfera estaba muy caldeada, al punto que habían enviado refuerzos policiales por si la multitud se soliviantaba.

Por fin llevaron a los prisioneros, los hicieron apearse de los coches y, encadenados, los condujeron ante el juez y el fiscal, quienes les comunicaron los cargos que les imputaba el gobierno soviético. Por último, el juez leyó la sentencia y autorizó a los policías a ejecutarla en el acto.

Colocaron a los reos de cara al muro, pero ellos se dieron la vuelta para mirar al pelotón de ejecución. La gente empezó a lanzar crucifijos a sus pies y a pedir clemencia al Señor.

El comandante dio una serie de órdenes a sus hombres, que aprestaron los fusiles, apuntaron y dispararon. Dos condenados se desplomaron muertos, pero el tercero, el del medio, siguió en pie, observando a la gente; tenía la camisa toda ensangrentada y ocho impactos en el cuerpo, pero no caía, estaba quieto y respiraba hondamente el aire gélido de la mañana. Era Kuzia, el joven urca siberiano.

Según las leyes del Estado soviético, la condena a muerte podía aplicarse y ejecutarse una sola vez; si el condenado sobrevivía debía ser liberado. Por esta razón, pocos años después los comunistas disparaban a los reos a medio metro de distancia y directamente en la cabeza, para no crear inconvenientes.

La gente estaba loca de contento; Kuzia se había convertido en un símbolo, en la prueba viviente de la existencia de Dios, que había escuchado las oraciones y mostrado sus poderes. Desde aquel día no había siberiano que desconociese la historia de Kuzia y no lo llamase el Elegido.

También por esta historia milagrosa era el abuelo Kuzia una autoridad. Muchos criminales honestos de diferentes castas le pedían consejo, y puesto que era un hombre sabio e inteligente y carecía de intereses personales, pues su vida, como solía repetir, estaba consagrada a la comunidad, de todos obtenía colaboración y amistad.

Había estado en muchas cárceles de Rusia, estrechado alianzas con sociedades delictivas y mediado en conflictos entre bandas, y gracias a su intervención muchos habían pactado treguas y firmado

la paz, lo que había hecho prosperar a la comunidad en su conjunto.

Si en algún punto de Rusia se enfrentaban por esta o aquella cuestión dos poderes criminales, viajaba a ese lugar y con su autoridad los obligaba a dialogar y encontrar una solución pacífica. Cuando yo le preguntaba por este papel de «hombre de paz», me contestaba que la guerra la hace quien no sigue los verdaderos principios, quien no tiene dignidad. Porque nada existe en este mundo que no pueda repartirse de manera que todos quedemos contentos.

—Quien quiere muchas cosas es un loco, porque un hombre no puede poseer más de lo que su corazón es capaz de amar. Todos desean hacer negocios, ver a sus familias felices y criar a sus hijos en paz: es lo justo, sólo así podemos compartir el mundo que Nuestro Señor creó para nosotros.

La máxima preocupación del abuelo Kuzia era la paz de la comunidad criminal, y por eso todos lo estimaban y no tenía enemigos. Mi padre me contaba que una vez, estando Kuzia en una cárcel de máxima seguridad, un grupo de jóvenes criminales de San Petersburgo —gente de «nuevo corte» que no respetaba las antiguas leyes— había roto una tregua pactada hacía tiempo por varias comunidades gracias a la mediación del abuelo. Mataron a muchas personas y llegaron a controlar buena parte de los negocios. Como querían demostrar que las viejas reglas criminales habían perdido vigencia y no las secundaba ningún poder real, decidieron atentar contra alguien de gran autoridad y eligieron al abuelo Kuzia, que era quien ostentaba mayor poder dentro de la comunidad siberiana. Tramaron un plan simple y sumamente ofensivo: le enviaron a la cárcel —cuando él, ya viejo, estaba a punto de cumplir su condena— una carta para convocarlo a una reunión que debía celebrarse en San Petersburgo, advirtiéndole que si no se presentaba dejarían de considerarlo en activo.

Entre criminales, esta amenaza es muy grave, mucho más que matar a un pariente u ofender personalmente, pues pone en entredicho el prestigio que toda una comunidad atribuye a un individuo, y por tanto es una afrenta que se extiende a ella y sus representantes.

El abuelo Kuzia obligó a las autoridades penitenciarias a liberarlo a él y a otros cinco ilustres criminales siberianos de otras

tantas prisiones de Rusia durante una semana, con la amenaza de un suicidio colectivo que ninguno de ellos habría vacilado en llevar a cabo.

Y así pudieron presentarse en plena reunión, cuando ya los jóvenes criminales de San Petersburgo, convencidos de que no aparecerían, estaban empezando a planear cómo obligar a los partidarios de las viejas autoridades a cederles el control del territorio.

Después de aquella reunión los jóvenes habían desaparecido, literalmente, en la nada: muchos pensaron en el viejo ritual siberiano por el cual el cuerpo de los enemigos se tritura hasta reducirlo a un picadillo que se mezcla con la tierra del bosque.

Según la ley criminal siberiana, cualquier delincuente activo puede renunciar a su actividad y retirarse, pasando a ser una especie de «jubilado». Deja entonces de usar su nombre y de tener voz en asuntos criminales o en la resolución de conflictos. La comunidad se encarga de mantenerlo a cambio de que eduque a los jóvenes. Se convierte, como ha quedado dicho, en «abuelo», título que se concede como muestra de gran respeto. La comunidad lo considera un hombre sabio capaz de dar buenos consejos a los jóvenes, y por eso muchas reuniones se organizan en su casa.

El abuelo Kuzia se retiró —o, como decimos nosotros, «hizo el nudo»— a principios de los años ochenta, cuando nací. Su jubilación causó gran inquietud en el seno de la comunidad, pues se temió que sin él se romperían muchas viejas treguas y se declararía una guerra.

Él aseguraba que, con o sin su presencia, las cosas serían distintas igualmente, porque habían cambiado los tiempos y las personas.

—Los jóvenes aspiran al dinero fácil, quieren tomar sin dar nada a cambio, volar sin haber aprendido antes a caminar. Llegarán a matarse entre sí. Luego se entenderán con la policía, y cuando esto suceda, espero por tu bien, hijo, que te halles lejos de aquí, porque este lugar se habrá convertido en un cementerio de gente buena y honesta —me explicaba al respecto.

Ni que decir tiene que todo lo que él decía era para mí la

máxima expresión de la inteligencia humana y la experiencia criminal.

Hablábamos del futuro, de cómo sería nuestra vida, de cómo marcharían las cosas. Aunque el abuelo Kuzia se mostraba muy pesimista, nunca temió que yo lo decepcionara, porque me consideraba distinto de los jóvenes de nuestra comunidad.

Cuando en 1992 el ejército moldavo llevó a cabo el intento de invadir Transnistria, todo el mundo abandonó nuestra ciudad, nos dejó solos con nosotros mismos, como en realidad siempre habíamos estado. Los criminales armados se enfrentaron a los militares moldavos y, tras tres meses de combates, los expulsaron.

Cuando pasó el peligro del conflicto directo, la Madre Rusia nos envió las llamadas «ayudas»: el XIV Ejército al mando del carismático general Lebed. Llegaron a nuestra ciudad cuando llevaba ya varios días liberada, e implantaron el típico orden militar: toque de queda, registros domiciliarios, arrestos y eliminación de individuos incómodos. El río depositaba con frecuencia en las orillas cuerpos de personas fusiladas, con las manos atadas a la espalda con alambre y llenos de señales de tortura. Yo mismo saqué cuatro de estos cadáveres y puedo, pues, confirmar con toda mi joven autoridad que los fusilamientos por parte de los militares rusos eran un hecho muy practicado en Transnistria.

El gobierno ruso quiso aprovechar la ocasión para imponer en nuestro territorio a sus representantes y administrar lo que antes estaba en nuestras manos, y muchos criminales siberianos corrieron un serio peligro de muerte. Mi padre, por ejemplo, sufrió tres atentados, se salvó de milagro y, para no sufrir un cuarto, emigró a Grecia, donde tenía amigos a raíz de anteriores tráficos ilícitos.

Los criminales de la ciudad quisieron unir sus fuerzas para combatir a los rusos, pero muchos tenían miedo y hasta estaban dispuestos a colaborar con el nuevo régimen. Los siberianos rompieron el trato con el resto de las comunidades y hacia 1998 estaban completamente aislados, no colaboraban con nadie ni a nadie apoyaban. Otras comunidades pactaron con el nuevo régimen, que propuso a un hombre como presidente del país y garante político de todos los asuntos. Muy pronto, nuevas fuerzas gubernamentales eliminaron a las personas implicadas en aquellos

pactos y tomaron las riendas de los negocios.

El abuelo Kuzia me contaba cuanto sabía:

—Según nuestra ley no podemos hablar con los polis, ¿y sabes por qué? Porque son los perros del gobierno, instrumentos que el gobierno usa contra nosotros. A mí, hijo, me fusilaron cuando tenía veintitrés años y desde entonces he vivido siempre en la humildad, sin poseer nada, ni familia ni hijos ni casa: toda mi existencia la he pasado en prisión, sufriendo y compartiendo los padecimientos con los demás. Por eso tengo el poder que tengo, porque mucha gente me conoce y sabe que cuando cruzo las manos sobre la mesa y hablo, no lo hago por mi interés, sino por el bien de todos. Por eso, muchacho, la gente se fía de mí. Pues bien, te pregunto, ¿por qué razón deberíamos fiarnos de quienes se pasan la vida matando a nuestros hermanos, encerrándonos en la cárcel, torturándonos y tratándonos como si no fuéramos seres humanos? Dime, ¿cómo puede uno confiar en personas que viven gracias a nuestra muerte? Los polis son distintos del resto de la humanidad porque llevan dentro las ganas de servir, de tener amo. No saben nada de la libertad y temen a los hombres libres. Su pan es nuestro dolor, hijo mío, ¿cómo podríamos pactar con ellos?

Cuanto me contó el abuelo Kuzia me ayudó a desenvolverme en la vida, a no volverme esclavo de una idea falsa o un sueño irrealizable. Sabía que estaba asistiendo al fin de nuestra sociedad y trataba por tanto de sobrevivir en medio de aquel gran huracán de almas e historias humanas del que me alejaba más y más cada día.

Siempre que iba a ver al abuelo Kuzia le llevaba algo preparado por mi madre, una excelente cocinera. En el barrio eran legendarios su siluro relleno de arroz, verdura y manzana, su sopa roja, su paté de caviar y mantequilla, su sopa de pescado a lo pobre y, sobre todo, sus dulces. El abuelo Kuzia la llamaba «mamaíta», apelativo con que los criminales expresan un gran respeto y admiración por las mujeres.

—¡Lilia, Lilia, dulce mamaíta mía! No queda más remedio que besarte las manos todo el tiempo —exclamaba cuando recibía los platos de mi madre.

A la puerta de casa del abuelo Kuzia había un viejo banco de

madera, donde solía sentarse a contemplar el río. Me sentaba a su lado y allí nos pasábamos el día entero, a veces hasta tarde. Me contaba las vicisitudes de su vida, o historias de urcas siberianos, que me gustaban mucho. Y cantábamos. Él lo hacía muy bien y sabía muchas canciones criminales. Yo tenía muy buena memoria y con oír una canción un par de veces ya me la aprendía. Al abuelo Kuzia esto le gustaba y siempre me preguntaba antes de cantar:

—¿Recuerdas ésta?

—¡Pues claro! ¡Es mi preferida!

—¡Bien, pie descalzo! ¡Vamos, cántala conmigo! —Y entonábamos juntos, y durante tanto tiempo, que a menudo yo llegaba tarde a cenar.

Lo que más me gustaba era que el abuelo Kuzia me contara cosas de Siberia: las historias de los urcas y de cómo se habían opuesto al zar y los comunistas. Me gustaba porque aquellas historias hacían patente el vínculo que unía a mi familia, así como a las personas del pasado y el presente.

En estos relatos el anciano destacaba el nexo que había entre los personajes de quienes hablaba y la gente de la calle, para dar a entender que, aunque los tiempos hubieran cambiado, los valores permanecían.

El abuelo Kuzia había sido uno de los primeros siberianos que llegaron a Transnistria. Recordaba su traslado con dolor y se notaba que en su fuero interno había muchos sentimientos oscuros asociados a aquel momento.

«Los militares llegaron al pueblo de noche. Eran muchos, iban armados, llevaban la bayoneta calada como si fueran a la guerra… Yo era un crío, tendría unos diez años, mis padres habían muerto hacía tiempo, vivía con unas buenas gentes que me criaban como a un hijo. Los hombres habían partido todos a la taiga, en el pueblo no quedábamos más que ancianos, mujeres y niños. Recuerdo que entraron en casa sin llamar ni quitarse las botas. Uno iba vestido con chaqueta y pantalones de piel negra. Recuerdo el olor de aquella piel, nauseabundo, insoportable. Nos miró y preguntó a Pelagea, el ama de casa:

»—¿Y tu marido? ¿Dónde está?

»—Cazando en la taiga, no sé cuándo volverá…

»—Lo suponía. Bien, vestíos con ropa de abrigo, tomad sólo lo

necesario, salid y poneos en la fila con los demás. —Aquel hombre era un comandante, tenía el aspecto del que se sabe poderoso.

»—¿Qué ocurre? ¿Por qué debemos abrigarnos y salir? Es de noche, los niños duermen… —Pelagea estaba agitada y los labios le temblaban al hablar.

»El hombre observó la estancia un momento, luego se dirigió al rincón rojo, donde estaban los iconos, y tomando uno lo estampó contra la pared. El icono se partió por la mitad. Cogió otros y los echó a la estufa».

—Dentro de diez minutos quemamos el pueblo, conque si queréis quedaros y arder vivos, allá vosotros…

»Pelagea tenía cinco hijos, el más pequeño de cuatro años, el mayor de trece, y además se ocupaba de mí y de una chiquilla de catorce, Varia, también huérfana. Era una mujer buena y muy valiente. Nos dijo que no tuviéramos miedo, que todo estaba en las manos del Señor. Nos vistió, cogió el oro que tenía guardado y nos lo escondió entre las ropas. Luego tomó ceniza de la estufa y manchó con ella la cara a Varia, para afearla, pues temía que los soldados la violaran.

»—Si os preguntan algo no contestéis, no los miréis a la cara, dejadme hablar a mí. Todo irá bien.

»Cogió un saco lleno de pan y carne seca y salimos.

»Fuera había mucha gente, los militares estaban saqueando las casas, rompían puertas y ventanas, y se llevaban los objetos valiosos, sobre todo los marcos de oro de los iconos. En medio de la calle habían encendido un fuego al que arrojaban imágenes y crucifijos. La gente asistía impotente al desastre desde la puerta de sus hogares.

»Un oficial y un soldado pasaban revista a las personas de la fila y, cuando veían a un viejo, el primero ordenaba al segundo:

»—¡Éste, fuera!

»Y al excluido lo mataban con la bayoneta. Eliminaban a cuantos podían retardar el avance.

»A una mujer joven, madre de tres hijos, unos soldados se la llevaron a una casa y la violaron. De pronto ella escapó, desnuda, chillando desesperada, y desde la ventana de la casa un militar le disparó por la espalda: la mujer cayó muerta en la nieve. Uno de los hijos, el mayor, corrió hacia ella dando gritos; entonces un soldado

le asestó un culatazo en la cabeza y el muchacho se desplomó sin sentido.

»—¿Quién ha disparado? ¿Quién? —gritó un oficial con rabia.

»—He sido yo, camarada —contestó el soldado que había disparado desde la ventana, saliendo con la cabeza gacha.

»—¿Es que estás tonto? ¡Tenemos orden de no disparar más que en caso de extrema necesidad! Usa la bayoneta. ¡No quiero tiros! Si nos oyen los del bosque jamás llegaremos al tren. —Estaba nervioso y ordenó a un suboficial—: ¡Rápido, prended fuego a las casas, poned a la gente en fila y en marcha!

»Los soldados nos empujaron a todos al medio de la calle, nos hicieron formar en columna y empezamos a caminar. Sentíamos un odio y un miedo terribles, a ratos mirábamos atrás y veíamos nuestras casas arder en la oscuridad como cajitas de papel.

»Estuvimos andando toda la noche hasta llegar a unas vías de ferrocarril, en pleno bosque, donde nos esperaba un tren con vagones de madera y sin ventanas. Nos mandaron subir y entonces descubrimos que no estábamos solos: el tren ya iba lleno de gente de otros pueblos. Nos contaron su historia, idéntica a la nuestra. Alguien dijo haber oído que el tren se dirigía a una región lejana del sur de Rusia, y que seguiría recorriendo Siberia una semana más para cargar habitantes de otros pueblos incendiados.

»Nos proporcionaron leña para las pequeñas estufas que había en los vagones y un poco de pan y agua helada. El tren partió y tras casi un mes de horrible viaje llegamos a nuestro destino, Transnistria, a la que algunos llamaban Besarabia.

»Cuando el convoy se detuvo los soldados habían desaparecido, sólo vimos a los maquinistas y algunos ferroviarios.

»Aquí no conocíamos a nadie, llevábamos un poco de oro y muchos habían podido traer armas.

»Nos instalamos junto al río; nos habíamos criado en los ríos siberianos y sabíamos pescar y navegar: así nació nuestro barrio del Río Bajo».

En la Rusia actual no se sabe casi nada del exilio siberiano a Transnistria; algunos recuerdan los tiempos de la colectivización comunista, cuando recorrían el país trenes atestados de pobre gente

desplazada por razones que solamente el gobierno conocía.

El abuelo Kuzia decía que los comunistas habían querido separar a los urcas de sus familias a fin de que nuestra comunidad se extinguiera, pero por ironía del destino quizá la habían salvado.

Muchos jóvenes de Transnistria regresaban a Siberia para participar en la guerra contra los comunistas: asaltaban trenes, barcos, almacenes militares y les ocasionaban muchos problemas. Luego volvían a Transnistria a restañar sus heridas y estar con la familia y amigos. Esta tierra se convirtió en una segunda patria para los criminales siberianos.

El abuelo Kuzia no me educaba dándome lecciones, sino hablando, contándome historias y escuchándome. De él aprendí muchas cosas que me permitieron sobrevivir. Su modo de ver y entender el mundo era muy humilde, no hablaba de la vida como alguien que la observara desde lo alto, sino como quien tiene los pies bien asentados en la tierra y procura seguir en ella el mayor tiempo posible.

—Mucha gente busca desesperadamente lo que no es capaz de conservar y comprender, por lo que está llena de odio y lo pasa mal toda la vida.

Me gustaba su forma de pensar, porque era muy fácil de entender. No tenía que ponerme en lugar de nadie, bastaba con escucharlo sin dejar de ser yo mismo para saber que cuanto salía de sus labios era verdad. Demostraba una sabiduría profunda que no parecía humana, sino de algo más grande y fuerte que el hombre.

—Ya ves, hijo mío… Los hombres nacen felices, pero creen que la felicidad es algo que han de encontrar en la vida… ¿Y en qué nos convertimos? En una manada de animales sin instinto, que siguen ideas equivocadas y buscan lo que ya poseen…

Un día que estábamos pescando y hablábamos precisamente de la felicidad, me preguntó:

—Mira los animales, ¿crees que saben lo que es la felicidad?

—Creo que a veces también se sienten tristes o felices, pero no pueden expresar sus emociones… —contesté.

Se quedó mirándome en silencio.

—¿Y sabes por qué Dios dio al hombre una vida más larga que

la de los animales? —dijo al cabo.

—No, nunca lo había pensado…

—Porque los animales viven siguiendo su instinto y no yerran. Mientras que el hombre, como sigue su razón, necesita una parte de la vida para cometer errores, otra para comprenderlos y la tercera parte para tratar de vivir sin errar.

Lo visitaba siempre que me sentía mal o estaba preocupado, porque el abuelo Kuzia me entendía y conjuraba mis malos pensamientos.

Esa mañana, después de la paliza que me habían dado los policías, tenía tal peso en el alma que casi me dolía respirar. Cuando pensaba en lo que me había ocurrido me ponía a llorar, lo juro, de pura desesperación y rabia. El paseo en barca con Mel me había sentado bien, pero en ese momento necesitaba al abuelo Kuzia y sus cálidas palabras. Caminaba hacia su casa como quien anda dormido, sin saber adónde va: en ese momento me guiaba una especie de instinto.

El abuelo Kuzia se despertaba siempre muy temprano y, en efecto, en cuanto llegué a casa de su hermana, donde él vivía, lo encontré ya en la azotea, echando a volar las primeras palomas. Al verme me hizo seña de que subiera. Cogí una vieja escalera de mano a la que faltaban dos travesaños, la apoyé en la pared y empecé a trepar. El anciano miraba entretanto una paloma que se alejaba cielo arriba.

—¿Quieres echar a volar ésta? —me preguntó, bajando los ojos hacia mí y mostrándome en la mano derecha un hermoso ejemplar.

—Sí, lo intentaré… —Sabía bien cómo se lanzaban las palomas, pues en mi casa teníamos muchas. Mi abuelo Boris era famoso por las suyas, se recorría media Rusia buscando palomas de todas las razas, las cruzaba y seleccionaba las más fuertes.

El abuelo Kuzia no tenía tantas, unas cincuenta, no más, pero todas ellas excepcionales, porque las numerosas personas procedentes de todas las partes del país que lo visitaban le llevaban de regalo los mejores especímenes.

La paloma que me presentaba era de raza asiática, oriunda de Tayikistán: un ejemplar robusto y bello, uno de los más caros del

mercado.

—No, espera, dejemos que la hembra suba otro poco… —me dijo cuando la tomé e iba a lanzarla.

Lo que significaba arriesgarse a perderla: muchas hembras acaban muriendo cuando ascienden muy alto. Como están acostumbradas a volar con el macho, si éste no las ayuda a descender y las guía, por sí solas no son capaces de volver a tierra. Al macho, por tanto, hay que lanzarlo en el momento justo, para que la hembra lo vea batir las alas y revolar en el aire y baje hacia él. Nuestra hembra estaba ya muy alta.

—¡Ahora, Kolima, lánzala! —me dijo el abuelo Kuzia, y así lo hice, con un movimiento estudiado—. ¡Bien hecho, hijo, que Dios te bendiga! —exclamó contento.

Nos quedamos mirando las palomas. Era un espectáculo maravilloso. El macho ejecutó más de veinte cabriolas, mientras la hembra volaba a su alrededor en rondas cada vez más ceñidas hasta casi tocarlo con las alas. ¡Qué preciosa pareja! Al final, unidas en el aire, empezaron a descender describiendo amplios giros.

Entonces el anciano me miró y, señalando el cardenal de mi cara, me dijo:

—Hala, vamos a tomar *chifir*…

Bajamos de la azotea y fuimos a la cocina, donde puso a calentar agua.

El *chifir* es un té muy cargado que se prepara y bebe según un antiguo ritual. Tiene un potente efecto estimulante: una taza equivale a medio litro de café. Se hace en una especie de cazo llamado *chifirbak*, que sólo se usa para eso y nunca se friega con detergente, sino que se enjuaga con agua fría. Cuanto más teñido por residuos de té está un *chifirbak*, más se lo aprecia, porque el *chifir* sale mejor. Una vez que hierve el agua, se apaga el fuego y se vierten hojas de té negro, nunca desmenuzadas, procedente de Irkutsk, Siberia, donde se cultiva un té particular, el más fuerte y de mejor sabor que existe, gratísimo a los criminales de todo el país. Es muy diferente del de Krasnodar, más flojo y apto para el desayuno, que gusta mucho a las amas de casa y se consume principalmente en Moscú y el sur de Rusia. Para preparar un *chifir* como Dios

manda hay que echar hasta medio kilo de hojas y dejarlas en infusión no más de diez minutos, pues de estar más tiempo resultará demasiado amargo. El cazo se tapa a fin de que el vapor no se pierda, y es aconsejable envolverlo en una toalla para mantener la temperatura. El *chifir* estará listo cuando no queden hojas flotando; por eso, para indicar que está listo se dice que ha «caído». Entonces se cuela. Las hojas no se tiran, sino que se ponen a secar en un plato pues servirán para hacer té normal, que puede beberse con azúcar o limón, y acompañado de un dulce.

El *chifir* se toma en grupo, en un vaso grande de hierro o plata con capacidad para más de un litro llamado *bodiaga*, que en la vieja lengua criminal siberiana significa «bota para el vino». Este vaso pasa de uno a otro en sentido horario, nunca al revés, y sólo pueden darse tres sorbos por vez, ni uno más ni uno menos. Mientras se toma no se puede hablar, fumar, comer ni hacer nada. Y está prohibido soplar el vaso, por ser de mala educación. Empieza bebiendo quien ha preparado el té, luego pasa el vaso a los demás y quien lo acaba debe levantarse, lavarlo y colocarlo en su sitio. Sólo entonces se puede hablar, fumar o tomar un dulce.

Estas reglas no son iguales en todas las comunidades; por ejemplo, en Rusia central no se dan tres sorbos sino dos, y soplar el vaso se considera un gesto de generosidad hacia los demás, porque así se enfría para ellos el líquido. Sin embargo, en todas partes ofrecer *chifir* constituye una muestra de respeto y amistad.

El mejor es el que se prepara en la lumbre, y por eso muchos criminales tienen un dispositivo especial en las chimeneas para hacerlo; también se puede usar una estufa, pero nunca fuego de gas.

En Siberia, el *chifir* se toma recién hecho; si se enfría no se puede recalentar, se tira. En otros lugares, sobre todo en la cárcel, puede ser recalentado, pero sólo una vez, y entonces ya no se llama así, sino *chifirok*, que es un diminutivo, en todos los sentidos.

Tomamos el *chifir* en silencio, como manda la tradición, y sólo cuando acabamos me dijo el abuelo Kuzia:

—¿Qué tal estás, pie descalzo?

—Bien, pero hace unos días tuvimos un problemilla en Tiraspol y los polis nos zurraron bien la badana… —Quería ser sincero, pero

sin exagerar. Ante personas como él no había razón para presumir o lamentarse de lo que nos ocurría, porque seguro que había visto cosas peores.

—Lo sé todo, Kolima… El caso es que has salido vivo, ¿por qué estás entonces tan triste y malhumorado?

—Porque se quedaron con mi pica, la que me regaló el tío Rizo… —respondí como si estuviera presenciando mi propio entierro, pues contarlo volvía aún más terrible y desolador lo sucedido.

Cuando pienso en la cara que debí de poner en aquel momento me entra risa, y justo eso es lo que hizo el abuelo Kuzia, reír:

—¿Y estás así porque los polis te quitaron la pica? Ya sabes que todo lo que ocurre depende de Dios y responde a sus altos designios. Piensa una cosa: si nuestras picas son poderosas, es porque Nuestro Señor las dotó de ese poder. A quien nos la quita y la usa sin honor, la pica lo llevará a la ruina porque la fuerza del Señor lo destruirá. Conque, ¿por qué lloras? Fue algo bueno: tu pica acarreará desgracias y al final la muerte a un poli, y entonces la cogerá otro, y otro, y al final tu pica acabará con todos…

Aquella idea me procuró cierto consuelo, aunque no mucho: sí, mi pica destruiría a unos polis, pero no por eso dejaba de echarla de menos.

—Entonces me alegro… —dije con el mayor contento posible, ya que no quería decepcionarlo y ponerme a lloriquear ante él.

—Muy bien dicho, así me gusta —replicó él sonriéndome—; tú ten siempre el pecho como una rueda y el rabo como una pistola…

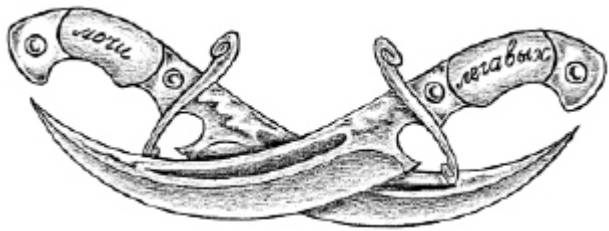
A la semana siguiente volví con un tarro de paté de caviar y mantequilla. Me hizo entrar en la sala de estar y me condujo ante el rincón rojo. Sobre el estante había una preciosa pica abierta, de hoja finísima y mango de hueso, que me quedé mirando pasmado.

—Viene directamente de Siberia, nuestros hermanos me la trajeron para un joven amigo mío… —La cogió y me la tendió—. Toma, Kolima, y no olvides que lo único que importa es lo que llevas dentro.

De nuevo era feliz propietario de una pica y me sentía como si me hubieran regalado otra vida.

Por la noche escribí en un papel y en grandes caracteres lo que me había dicho el abuelo Kuzia y lo colgué en mi habitación, junto a los iconos. Cuando mi tío lo vio, me miró con expresión inquisitiva. Yo hice un ademán como diciendo: «Ya ves».

—¡Ahora tenemos también a un filósofo en casa! —exclamó sonriéndome.



Cuando la piel habla

De pequeño me gustaba dibujar. Lo hacía siempre, llevaba un cuaderno donde plasmaba cuanto veía. Lo que me gustaba era el acto mismo de dibujar, de trasladar con el lápiz las cosas al papel. Al hacerlo me sentía como dentro de una burbuja que era mi mundo, y sólo Dios sabe lo que en tales momentos pasaba por mi cabeza.

Todos los niños queríamos parecernos a los adultos y los imitábamos en todo, en la manera de hablar y vestir y, claro está, en los tatuajes. Los delincuentes adultos con quienes nos criamos —padres, abuelos, tíos, vecinos— tenían el cuerpo cubierto de tatuajes.

En las comunidades criminales rusas existe una inveterada cultura del tatuaje. Cada figura o dibujo tatuado posee un significado y en conjunto son una especie de documento de identidad que cifra el puesto que cada cual ocupa en el seno de la sociedad delictiva, su «oficio», datos sobre su vida personal y experiencia carcelaria.

Cada comunidad tiene su tradición, así como símbolos e imágenes propios, que una vez tatuados pueden leerse y traducirse. La más antigua es la tradición siberiana, pues fueron los criminales de Siberia los primeros en crear y transmitir la práctica de tatuar símbolos según un código secreto, cifrado. Dicha práctica fue luego adoptada por otras comunidades hasta extenderse por las cárceles de todo el país, al tiempo que los significados de los tatuajes y el modo de realizarlos y traducirlos fueron igualmente diversificándose. Los de la casta criminal más poderosa de Rusia, llamada Semilla Negra, han sido por entero copiados de los tradicionales urcas, pero significan cosas distintas. Las imágenes

pueden ser iguales, pero sólo una persona capaz de leerlas puede «descifrar» su significado y explicar en qué se diferencian.

Al contrario de otras comunidades, los siberianos tatúan únicamente a mano, usando varios tipos de aguja. Los tatuajes realizados a máquina o similares no se consideran dignos.

La tradición del tatuaje urca abarca toda la vida del criminal. Se empieza tatuando algunos signos a los doce años, y se sigue progresivamente con imágenes cifradas que cuentan las experiencias y etapas de la vida del delincuente, en un cuadro que va completándose con el tiempo. Por eso en la siberiana no hay jóvenes con tatuajes grandes y completos como en otras comunidades criminales; las últimas partes del cuerpo que se tatúan en Siberia son la espalda y el pecho, lo que ocurre cuando el criminal tiene unos cuarenta o cincuenta años; el esquema general consiste en una espiral que parte de las extremidades, esto es, de manos y pies, y llega al centro del cuerpo.

Para leer un cuerpo dibujado de manera tan compleja hay que tener mucha experiencia y conocer perfectamente la tradición del tatuaje; por este motivo en la comunidad criminal siberiana la figura del tatuador reviste una importancia especial: es como un sacerdote que oficiara en nombre de los demás.

Me gustaba esta tradición, aunque la conocía poco, sólo sabía lo que me habían contado mi abuelo, mi padre y mi tío; pero quería conocerla mejor, me atraía la idea de poder leer lo que había escrito en sus cuerpos.

Pasaba, pues, mucho tiempo copiando tatuajes, pero cuanto más lo hacía, más me desesperaba, pues me daba cuenta de que no había uno igual a otro. Cierto es que se repetían los motivos principales, pero los detalles cambiaban. Al final comprendí que el secreto debía de estar en los detalles precisamente, y empecé a estudiarlos: pero era como querer aprender una lengua extranjera sin maestro. Había notado que ciertas imágenes se tatuaban en unas partes del cuerpo y no en otras. Probé a asociar imágenes y formular hipótesis sobre su significado, pero todo me parecía incierto y escurridizo, como arena entre los dedos.

Hacia los diez años empecé a hacer a mis amigos tatuajes falsos, a pluma, de imágenes que me inventaba inspirándome en las que veía a los adultos.

Al poco los vecinos comenzaron a pedirme que les dibujara cosas que luego ellos se hacían tatuar: me explicaban lo que querían y yo lo trasladaba al papel. Muchos me pagaban, poco, unos diez rublos, pero el solo hecho de que me pagaran ya me parecía el no va más.

Y así, sin darme cuenta, me volví famoso en el barrio. El anciano que tatuaba los dibujos que yo hacía, el abuelo Lesa, llegó a mandarme saludos y felicitaciones por medio de terceros. Yo estaba contento, me sentía importante.

Cuando cumplí los doce, mi padre me habló seriamente: ya era mayorcito, me dijo, para ir pensando en hacer algo en la vida y poder independizarme. Muchos amigos míos habían colaborado con los adultos en algunos tráficos ilícitos, y yo había ayudado a mi tío Serguéi al cruzar varias veces la frontera con oro en la mochila.

Comuniqué a mi padre que quería ser tatuador.

Días después me mandó a casa del abuelo Lesa para preguntarle si podía tomarme como aprendiz. Me recibió amablemente, me ofreció té, repasó mi cuaderno de dibujos y examinó los tatuajes que me había hecho a mí mismo.

—Enhorabuena, tienes «mano fría». ¿Y por qué quieres ser tatuador?

—Me gusta dibujar y deseo aprender la tradición, aprender a leer los tatuajes…

El abuelo Lesa se echó a reír, luego se levantó y salió de la estancia; al volver traía una aguja de tatuar.

—Mírala bien, con esto tatúo a la gente honesta. Con ella me he ganado el respeto de mucha gente y me gano humildemente el pan. Por ella me he pasado media existencia en la cárcel, maltratado por la policía; nada más tengo en la vida. Ahora vete a casa y piénsatelo. Si de verdad quieres dedicarte a esta vida, vuelve y te enseñaré cuanto sé del oficio.

Lo medité toda la noche. La perspectiva de pasarme media vida entre rejas maltratado por polis no me hacía ninguna gracia, pero puesto que el futuro que tenía delante me prometía más o menos lo mismo, decidí intentarlo.

Al día siguiente volví a casa del abuelo Lesa. Lo primero que me explicó fue lo que significaba «aprender» a tatuar. Debía ayudarlo a despachar las tareas domésticas —limpieza, compras, leña— para

que él tuviera tiempo que dedicarme.

Y así fue. Poco a poco fue enseñándomelo todo: cómo preparar un lugar de trabajo, cómo ejecutar el dibujo, cómo trasladarlo a la piel.

Me mandaba deberes para casa, como por ejemplo inventar combinaciones de imágenes, que debían ser, eso sí, fieles a la tradición criminal. Me enseñaba el significado de las figuras y su colocación en el cuerpo, y me comentaba su origen y evolución en la tradición siberiana.

Al año y medio me permitió retocar el tatuaje desvaído de un cliente, un delincuente recién excarcelado. Se trataba de repasar las líneas. Era un dibujo de un lobo muy mal hecho y desproporcionado. Me ofrecí a arreglarlo un poco desde un punto de vista «artístico». Dibujé una imagen nueva con la que podría cubrir fácilmente la vieja, y la enseñé a mi maestro y al cliente, que aceptaron. Realicé, pues, el tatuaje, que quedó muy bien; el criminal estaba contento y no sabía cómo agradecérmelo.

Desde aquel día mi maestro me permitió renovar tatuajes viejos y descoloridos, y cuando cobré cierta experiencia, realizar directamente trabajos nuevos sobre piel virgen.

Inventaba imágenes usando cada vez con mayor soltura la simbología tradicional siberiana. Cuando el abuelo Lesa me encargaba trabajos ya no me señalaba cómo debían ser las imágenes, sino sólo lo que debían significar. Yo utilizaba los símbolos establecidos para crear imágenes nuevas, igual que se usan las letras del alfabeto para formar nuevas frases.

Conocí a personas con tatuajes singulares que contaban historias interesantes. Solían venir a visitar a mi maestro, que me los presentaba, me mostraba aquellos trabajos y me explicaba su significado. Eran las «firmas», como los llaman los criminales: tatuajes cuyo significado final es un símbolo o directamente el nombre de alguna vieja y poderosa autoridad delictiva, y que hacen las veces de salvoconductos que evitan a su portador una mala acogida en lugares distantes de su barrio, ya sea por resultar sospechoso o por tener escasos conocimientos de la sociedad criminal. Este tipo de tatuajes es único y se realiza de una manera específica, sin asociar directamente su significado al nombre o apodo de quien los lleva: para ello hay que tener en cuenta las

características y particularidades del cuerpo y relacionarlas con el significado del resto de los tatuajes. He visto varias firmas y siempre he descubierto en ellas combinaciones sin par.

Un día vino a buscarme a casa un chaval y me dijo que el abuelo Lesa quería verme para enseñarme algo. Lo seguí.

En el hogar de mi maestro había unas diez personas, algunas del barrio, otras a las que jamás había visto: se trataba de criminales que venían de lejos, de Siberia. Estaban sentados a una mesa y hablaban en voz baja.

—Este pie descalzo está estudiando para *kolsi*[5] —me presentó mi maestro—. Aprende rápido, esperemos que algún día, Dios mediante, lo sea.

De la mesa se levantó un hombre robusto, con barba larga y unos tatuajes en la cara que leí de inmediato: era un condenado a muerte indultado en el último momento.

—¿Así que eres hijo de Yuri?

—Sí, me llamo Nikolái Kolima, soy hijo de Yuri Sin Raíces —contesté con voz resuelta.

Sonrió y me puso la manaza en la cabeza.

—Luego iré a ver a tu padre, somos viejos amigos, de críos formábamos parte de la misma familia en la cárcel de menores…

—Voy a enseñarte algo que, si quieres ser un buen tatuador, deberás saber reconocer… —me dijo mi maestro dándome unas palmaditas en la espalda.

Salimos a un jardincillo con árboles frutales que había detrás de la casa y entramos en un cobertizo de madera y chapa oxidada. El abuelo Lesa encendió una bombilla que colgaba del techo a la altura de mi cara.

En el suelo había algo cubierto con un gran retal de tela basta, algo grande. Mi maestro la retiró: era un cadáver, desnudo, sin señales de cuchillo o sangre, sólo con un morado ancho y negro en el cuello.

«Estrangulado», pensé.

Tenía la piel muy blanca, casi como el papel, la cara distendida, la boca levemente abierta y los labios morados; no llevaría muerto más de dos horas.

El abuelo Lesa se inclinó sobre el cuerpo y le giró el brazo derecho para mostrarme un tatuaje.

—Mira, Kolima, míralo bien y dime qué significa —pidió en un tono misterioso, como si hubiera llegado el momento de demostrarle lo que había aprendido.

Sin darme cuenta, me puse a estudiar el tatuaje en voz alta. Él escuchaba mis deducciones con gran paciencia y sosteniendo siempre el cadáver vuelto hacia mí.

—Es la firma de una autoridad siberiana llamada Tungus. La hicieron en la cárcel especial número treinta y seis, en mil novecientos ochenta y nueve, en la ciudad de Ilin, Siberia. También hay una bendición para el que la lea, prueba de que el tatuador fue un urca siberiano…

—¿Y ya está? ¿No ves nada más? —me preguntó desafiante.

—Pues… que el tatuaje no está mal: parece bien ejecutado, se lee claramente, la composición de las imágenes es clásica… —Había algo raro, sí—. Es el único tatuaje del cuerpo y, sin embargo, contiene referencias a otros tatuajes que faltan… Lo hicieron en mil novecientos ochenta y nueve, pero parece cicatrizado hace unos meses, el pigmento aún se ve muy negro, demasiado intenso… Además, extrañamente, tatuaron en el brazo, donde más bien suelen hacerse «semillas» o «alas»[6], mientras que las firmas se relacionan con tatuajes grandes, son una especie de puente entre dos dibujos, en general se tatúan en la parte interna del antebrazo, o a veces en el tobillo…

—¿Y por qué se hace justo ahí? —me interrumpió el abuelo Lesa.

—Porque es importante que el tatuaje quede bien visible en cualquier situación, y éste en cambio lo lleva en un lugar difícil… —Me interrumpí. Reflexioné, razoné con mi pobre caletre y al final miré a mi maestro con los ojos muy abiertos—: No puede ser, no me digas, abuelo Lesa… No será… —Callé porque no atinaba a pronunciar la palabra.

—Sí, muchacho, un policía. Míralo bien, porque es posible que te cruces con otros que se hagan pasar por nosotros y entonces no tendrás tiempo de pensar, deberás reconocerlo de inmediato. Éste se habría enterado de que alguno de nosotros llevaba una firma y la ha copiado igual, sin saber qué era realmente, ni cómo se hace, lee y traduce… Murió por listillo.

Ni el cuerpo del policía estrangulado ni la historia del tatuaje

copiado me turbaban; lo que en aquel momento me impresionó, por extraño, por excepcional, por monstruoso, era aquel cuerpo limpio de tatuajes. Me parecía insólito, como si padeciera alguna enfermedad. A mí, que desde pequeño había estado rodeado de personas tatuadas y las veía como lo más normal del mundo, aquel cuerpo sin tatuajes me producía una sensación extraña, una especie de dolor, de piedad.

La misma impresión que me causaba mi propio cuerpo sin tatuar.

Me ejercitaba en leer los tatuajes de la gente, y descubría así muchas cosas de personas que conocía desde siempre.

—Tío Ignat, ¿a que cuando eras joven te condenaron a cadena perpetua y luego te soltaron?

—Ya está bien, Kolima, déjate de experimentos y no preguntes a nuestros invitados… Si no estás seguro de lo que lees en una persona, ¡aprende mejor! —Mi padre me echaba siempre que importunaba a alguien con mis preguntas.

Preguntar a los demás por sus antecedentes penales —lo que se denomina «huellas en el agua»— se considera de mala educación. Pero yo estaba tan absorbido por esta manía que no podía evitarlo.

Según las reglas, los tatuajes se realizan en períodos determinados de la vida; uno no puede hacerse enseguida cuantos quiera, sino que existe un esquema preciso.

Si un criminal se hace un tatuaje que no contiene información fidedigna sobre su persona, o si se tatúa antes de tiempo, se lo castiga severamente y se le borra el tatuaje.

Como se dice en Siberia, los tatuajes hay que «sufrirlos». Cuando uno ha vivido una experiencia singular, la transcribe en su piel como en una especie de diario. Por eso, porque la vida de un criminal es dura, no se dice que los tatuajes se «hacen», sino que se «sufren».

—Ya he sufrido otro tatuaje —suele decir alguien que acaba de hacerse uno.

La expresión no se refiere al dolor físico durante la operación, sino al significado de ese tatuaje concreto y a la difícil vivencia que lo justifica.

Una vez conocí a un muchacho, de nombre Ígor, que siempre estaba metiéndose en líos; muchos lo tenían por un pendenciero y

desaprobaban su manera de pensar y vivir. Era hijo de una mujer moldava que trabajaba en una fábrica y vivía completamente al margen del crimen, aunque se había casado con un criminal ucraniano que jugaba y debía dinero a media ciudad. Un día mataron al marido —le cercenaron las manos y lo arrojaron al río, donde se ahogó—, del cual no le quedó más que su hijo Ígor.

Éste se parecía no poco al padre: jugaba también, a las cartas, y con dinero que robaba a su madre hacía trabajos sucios y cometía pequeños hurtos para delincuentes del barrio del Centro. Una vez lo pillaron en el mercado intentando robarle el bolso a la madre de mi amigo Mel, quien respondió desfigurándole la cara y dejándolo cojo.

El caso es que a este Ígor lo detuvo al final la policía cuando estaba atracando a una anciana en una ciudad ucraniana. Por miedo a que lo encarcelaran por este delito, que la comunidad criminal despreciaba, se inventó una historia rocambolesca: aseguró ser un miembro importante de la comunidad siberiana al que los policías querían echar el guante y que éstos y la anciana estaban conchabados. Para hacerla más creíble, el muy subnormal, en la celda de la comisaría, con un alambre y tinta de bolígrafo se hizo unos tatuajes en los dedos y las manos que representaban imágenes siberianas cuyo significado y simbología ignoraba, y copiadas sin más de las que nos había visto a nosotros.

En la cárcel siguió repitiendo la misma historia, convencido de que sus compañeros se la tragarían. Pero como los reclusos suelen ser gente muy curtida y saben calar al prójimo, pronto sospecharon de él, se pusieron en contacto con la comunidad siberiana y preguntaron si lo conocían y sabían algo de sus tatuajes. La respuesta fue negativa. A Ígor lo estrangularon con una toalla mientras dormía.

Apropiarse de un tatuaje ajeno es, en la tradición siberiana, uno de los mayores errores que puede cometerse y se paga con la muerte. Pero esto solamente vale para los tatuajes que ya existen, que alguien lleva en su piel con información personal codificada. Por el contrario, uno puede inspirarse en la tradición siberiana para tatuar a personas que no pertenecen a ella, lo que se considera portador de suerte. Pueden lucir tatuajes tradicionales aquellas personas que estén en negocios con miembros de la comunidad

criminal siberiana, amigos o simpatizantes, siempre y cuando los haya dibujado y realizado un tatuador siberiano.

La relación entre tatuador y cliente es compleja y requiere explicación aparte.

Además de inventar imágenes, grabarlas y ser capaz de interpretarlas, el tatuador ha de saber comportarse, observar ciertas reglas. Encargar un tatuaje es un proceso laborioso. Antes de «sufrirlo», al criminal ha de presentarlo un amigo que responda por él, y sólo entonces el tatuador puede aceptar el encargo. Éste puede también rechazar a un cliente, aunque sólo si conoce alguna razón fundada para no fiarse de él, y en tal caso tiene derecho de pedir al criminal que, por conducto de sus conocidos, se ponga en contacto con alguna ilustre autoridad siberiana a fin de pedirle formalmente permiso para ser tatuado. El tatuador, con todo, debe proceder con tacto para no ofender a nadie: no puede manifestar de buenas a primeras su desconfianza, sino pedir al cliente en cuestión un favor, a saber, el de «saludar» a la autoridad. Y cuando el cliente, gracias a sus amigos, se presenta ante dicha autoridad, tampoco debe pedir directamente permiso para tatuarse, sino decir: «El tatuador Fulano de Tal pregunta si puede usted enviarle saludos conmigo», tras lo cual el anciano le tiende una carta o manda con él a uno de sus hombres.

Según las reglas, el tatuador puede rechazar un trabajo en caso de luto o enfermedad grave, y no está obligado a respetar los plazos que el criminal estipula, por lo que la realización de muchos tatuajes grandes tarda varios años.

También la forma de pago obedece a un ritual. Por dignidad, los criminales honestos nunca hablan de dinero. En la comunidad siberiana todos los bienes materiales, y especialmente el dinero, son despreciados y jamás se los nombra. Los siberianos se refieren al dinero con «eso», «basura», «coliflor», «limones», o bien sólo pronuncian las cifras. Nunca lo guardan en su hogar, porque se cree que atrae la desgracia, destruye la felicidad y espanta la buena suerte; por el contrario, lo esconden cerca de casa, en el jardín, por ejemplo, en casetas para animales domésticos.

Tatuador y cliente, pues, jamás fijan precios de antemano. Sólo al acabar, el segundo pregunta al primero: «¿Cuánto te debo?», y éste contesta: «Dame lo que sea justo»; ésa es la respuesta

considerada más honesta, y por tanto la que más usan los tatuadores siberianos.

De todas maneras, los criminales pagan bien los tatuajes: con dinero, armas, iconos, coches y aun con bienes inmuebles. Si están en la cárcel, la cosa cambia, y el tatuador ha de conformarse con cigarrillos, paquetes de té o frascos de mermelada, mecheros, cajas de cerillas y a veces unas monedas.

Entre los tatuadores existe una colaboración y fraternidad absolutas. En libertad siempre se visitan para intercambiar técnicas y novedades.

Los tatuadores no cometen crímenes ni participan en actividades delictivas, lo que se explica por dos razones: porque dedican todo su tiempo al trabajo y porque en la Unión Soviética tatuar ya era un delito castigado con la cárcel.

En la cárcel los tatuadores suelen pasarse los clientes, según los tatuajes que prefieran hacer unos y otros. Por lo general, los más ancianos siguen la evolución de los más jóvenes, están un poco encima de ellos y les enseñan lo aprendido. Muchas veces un dibujo lo realizan distintos tatuadores, porque es frecuente que los criminales sean trasladados de cárcel o celda. El que empezó uno, pues, puede continuarlo otro y acabarlo un tercero, aunque la tradición manda que los que retoman un tatuaje pidan permiso a quien lo empezó. Y pedir permiso es algo complejo: en la cultura criminal siberiana nunca se solicita nada directamente, existe un modo que sustituye la petición explícita. Por ejemplo: un criminal con un tatuaje inacabado llega a la prisión en que trabaja un tatuador y le pide que lo termine. Éste tiene entonces que preguntarle el nombre del maestro que lo inició y escribirle una carta en jerga criminal, misiva que envía por el correo secreto de los reclusos, el llamado «camino». El contenido de la carta, en apariencia meras palabras amables y parabienes, consiste en realidad en fórmulas reflejo de la educación siberiana. Si esas cartas las leyera una persona ajena al mundo criminal, le parecerían una sarta de palabras huecas.

También he escrito muchas de estas cartas, en la cárcel y fuera de ella. Recuerdo un caso singular: estaba cumpliendo mi tercera condena, ya adulto, cuando asignaron a mi celda a un criminal siberiano que lucía en la espalda un precioso diseño inacabado que

había empezado un famoso y anciano tatuador, Afanasi Niebla, personaje legendario del que yo había oído hablar mucho. Antes de dedicarse a esto, hacia los cuarenta años, era un delincuente como cualquier otro, salteador de trenes. En un tiroteo lo hirieron en la cabeza y quedó sordomudo. Entonces le dio por dibujar, lo que hacía no bien, sino perfectamente, y acabó aprendiendo a tatuar. En su diario contaba que sentía las voces de Dios y los ángeles, y que éstas le sugerían motivos iconográficos propios de la religión ortodoxa siberiana. Era un diario muy famoso en nuestra comunidad, la gente se lo pasaba y lo copiaba a mano, como se hace con cualquier documento o testimonio de alguien considerado «elegido» por Dios. Mi maestro me lo prestó, y de crío también lo leí y copié en un cuaderno; fue para mí una gran fuente de inspiración y enseñanzas.

Sólo había visto un par de tatuajes suyos, que me habían impresionado por su expresividad. Tenía una técnica muy particular, poco refinada e incluso algo rudimentaria, pero que le permitía crear formas y motivos que hablaban directamente a la imaginación y se distinguían de los demás. Uno los miraba y le daba la sensación de ver una cosa viva palpitar sobre la piel. Era lo más impresionante que había visto nunca sobre un cuerpo humano.

Siempre deseé conocer a Niebla, anhelaba que supiera de mí y de mis trabajos.

Pues bien, el tatuaje que este gran maestro había hecho en la espalda al nuevo compañero de celda se llamaba La Madre, y era muy complejo, con muchos significados ocultos. Al igual que todos los tatuajes grandes, La Madre era como el centro de una galaxia: en el dibujo convergen y a veces se sobreponen los significados de imágenes más pequeñas, que enroscándose en espiral concluyen en la imagen principal y desaparecen cuando la lectura de los detalles polariza la atención sobre un único motivo.

Cuando el criminal me pidió que se lo terminara no podía creerlo: era un honor retomar una obra comenzada por el mismísimo Niebla. Enseguida me dispuse a escribirle; estaba nerviosísimo, era un sueño que se hacía realidad: me presentaba a un mito, a una leyenda viva.

Y una tarde, sirviéndome de todo lo que sabía sobre las normas de comunicación entre tatuadores criminales, redacté la siguiente

carta:

Querido hermano Afanasi Niebla:

Te escribe Nikolái Kolima, con la ayuda del Señor y de todos los santos, humilde kolsik.

Rezo ante los iconos y pido a Dios que sigamos gozando de Su bendición.

A mi casa, que gracias a Nuestro Señor comparto con gente honesta, ha descendido, y con la ayuda de Dios en ella se ha establecido, un vagabundo honesto y huérfano, el hermano Z…

Tiene, con la gracia del Señor, a La Madre, que canta tu mano milagrosa, guiada por Dios mismo.

Por amor de Nuestro Salvador Jesucristo, La Madre se ilumina, no falta tanto para completar su esplendor.

Con todo fraterno amor y afecto, en la gracia de Nuestro Señor Omnipotente, te deseo buena salud y muchos años de amor y fe en la Maravillosa Cruz Siberiana.

Nikolái Kolima.

Sencillamente le pedía permiso para terminar su trabajo, pero por medio de palabras y frases codificadas de significado secreto. Lo explicaré con detalle.

Un criminal no llama a otro «hermano» por cordialidad, sino para darle a entender que no sólo es miembro de la sociedad criminal como él, sino colega suyo.

Según las leyes de la comunicación criminal es muy importante presentarse enseguida, declarando nombre, apodo y profesión, porque de lo contrario las palabras que preceden y suceden carecen de sentido.

«Humilde kolsik», esto es, literalmente, «humilde pinchador», es otra manera de denominar el oficio de tatuador; la palabra kolsik es jergal y anticuada, y debe ir acompañada de un epíteto como «humilde» o «pobre», que subraya la falta de ambición y vanidad de quien se dedica al oficio.

Tras la presentación oficial, vienen unas palabras de transición que no dicen nada concreto relativo al objeto de la carta y que se escriben meramente por respeto a una antigua tradición, según la cual en ningún comunicado se consigna al principio la información importante, sino que es preciso dejarla para después de unas palabras «transparentes» que no tratan de asuntos criminales sino

de cosas comunes y corrientes. Esto se hace para manifestar el estado de ánimo de quien realiza la petición, ya que entre criminales no se tolera el nerviosismo: aun en los trances más difíciles hay que mantener la calma, tener, como se dice, sangre fría. En este caso redacté una frase que expresase cierta esperanza religiosa, que nunca queda mal en una carta o en cualquier otro tipo de mensaje criminal.

Sólo luego se va al grano.

Digo que a mi celda, que en jerga llamamos «casa», ha llegado —«descendido»— un criminal y «se ha establecido», es decir, ha sido aceptado por los demás delincuentes, «gente honesta». Esto significa que el recién llegado llevaba una carta, un salvoconducto o un tatuaje, firma de una autoridad criminal.

Lo llamo «vagabundo honesto» para significar que no es una persona ambiciosa, sino humilde y que sabe comportarse.

La palabra «huérfano» tiene en nuestra jerga muchos significados: en este caso me refería al hecho de que no había pedido el traslado, sino que lo habían obligado a dejar la prisión en que antes estaba. Era importante subrayarlo porque los criminales no respetan a los reclusos que solicitan traslados, los llaman «caballos alocados», pues aseguran que «cuando pasa algo corren hacia la puerta como caballos alocados».

Escribo luego que el recién llegado «tiene, con la gracia del Señor», lo que significa ni más ni menos que lleva un tatuaje. Los criminales no dicen «Tengo un tatuaje», sino: «Tengo con la gracia del Señor», y a continuación especifican cuál; para referirse a los tatuajes en general, se habla de «semillas honestas», «lágrimas» o «sellos del Señor». El tatuaje que aquel criminal llevaba en la espalda se llamaba concretamente La Madre.

Decir que «La Madre canta la mano» de Niebla es un elogio: si un tatuaje está bien ejecutado, canta la mano del tatuador.

Sigue otro elogio más significativo: la mano de Niebla «la guía Dios mismo». Aunque no debe entenderse en sentido literal: Dios en este caso alude a la ley criminal. El tatuaje, en fin, ha sido realizado según las reglas que dicta la tradición y de manera muy profesional.

Pero el pasaje culminante del escrito es el que dice «La Madre se ilumina», lo cual significa que, pese a estar inacabado, se lee perfectamente. «Iluminarse» un tatuaje significa que transmite

suficiente información; yo estaba diciendo que no era preciso añadir ni cambiar nada, que bastaba con ultimarlo, reforzar algunas líneas, rellenar con matices, etcétera.

La frase «no falta tanto para completar su esplendor» es una manera indirecta de pedir permiso para seguir adelante con el trabajo.

Siguen fórmulas de despedida y buenos deseos tradicionales y por último la firma. En la tradición siberiana nunca se firma con el apellido, sino sólo con el nombre y el apodo, pues la pertenencia familiar se considera algo privado.

Acabé la carta contentísimo, me parecía un giro en mi vida. La entregué a mis compañeros de celda que se encargaban de hacer circular el correo y que estaban obligados a permanecer todo el tiempo en la ventana esperando una señal. Las misivas pasaban de celda en celda por medio de hilos, hasta llegar al destinatario. También viajaban de cárcel en cárcel. Este correo era mucho más seguro que el oficial, que por lo demás nadie usaba. Una carta tardaba dos semanas en llegar a cualquier prisión de la región, y menos de un mes en cruzar el país. La cárcel destinataria de la carta estaba lejos y tardaría un tiempo.

Esperé con ansiedad la respuesta. A los dos meses y unos días se me presentó un joven «cartero» con una carta escrita en una hoja de cuaderno a rayas:

—Kolima, para ti, de Afanasi Niebla.

No cabía en mí; se la arrebaté de las manos, la abrí presa de la impaciencia. Escrita con letra tosca, ponía:

Salud, querido hermano Nikolái Kolima, y largos años en la gloria de Nuestro Señor.

Yo, Afanasi Niebla, gracias a Jesucristo humilde kolsik, te recordaré en mis oraciones y recordaré a todos los vagabundos honestos que viven en esta bendita tierra.

En la gloria del Señor se respira muy bien, disfrutando de la paz y Su amor.

Gran alegría me causa la nueva del hermano Z…, que el Señor lo bendiga y le dé largos años de vida, fuerza y salud.

La Madre, que con la ayuda del Salvador Jesucristo se ilumina, con su misma ayuda deberá continuarse.

Un abrazo fraterno y afectuoso, que Cristo sea contigo, con tu

familia y que Él y todos los santos protejan tu bendita mano.

Afanasi Niebla.

La leía y releía una y otra vez, como buscando algo entre líneas.

Me enorgullecía que me hubiera contestado con tanto respeto y afecto, como si nos conociéramos de siempre, como si fuéramos amigos.

Muchos compañeros de celda sabían quién era Niebla y habían corrido la voz de que había recibido una carta suya, con lo que mi autoridad había aumentado.

Tardé cuatro meses en terminar el tatuaje de Niebla. Cierto día lo vio casualmente en la enfermería un anciano tatuador de Semilla Negra llamado el tío Kesia, al que de tiempo en tiempo sacaban del bloque de seguridad especial para ponerle las inyecciones que lo mantenían con vida. Poco después, sirviéndose de su influencia, me hizo llegar a la celda un paquete con té, cigarrillos, azúcar y miel, y una carta donde me felicitaba por mi trabajo y se congratulaba de que siguiera usando las agujas y técnicas tradicionales en lugar de máquinas eléctricas, que él calificaba de «porquería diabólica».

Impresionados e intrigados por el respeto que me demostraba el anciano, muchos reclusos, incluso miembros de otras castas, empezaron a pedirme que los tatuara usando las técnicas siberianas. Y era curioso ver que hombres a quienes el día anterior juzgaba extraños y con los que pensaba que sólo podía hacerse negocios, se interesaban por mí: me preguntaban por la historia siberiana y el sistema de tatuajes, y entre nosotros se creaban lazos fundados únicamente en la curiosidad por otra cultura, sin interés alguno ligado a los comercios criminales.

En aquellos días conté muchas de las historias que de niño había oído a mi abuelo y otros ancianos. Muchos de mis compañeros de celda eran gente sencilla, encarcelada por delitos comunes, gente que no se debía a ninguna tradición ni casta criminal. Uno de ellos era un grandullón llamado Sura que cumplía condena de cinco años por haber matado a una persona en circunstancias poco claras. Aunque él no hablaba del tema, estaba claro que había sido un caso de celos, una historia de amor y engaños. Como era fuerte, se lo disputaban varias bandas criminales, porque los líderes de las castas o familias procuran siempre captar a los reclusos robustos e inteligentes, con quienes dominar mejor a los demás. Sura, sin

embargo, iba por libre, no se juntaba con nadie y vivía su triste vida como un eremita. De vez en cuando la familia siberiana lo invitaba a beber té o chifir, y él aceptaba con gusto porque, como decía, éramos los únicos que no le proponíamos jugar a las cartas para enredarlo y utilizarlo como matón. Hablaba muy poco, escuchaba a los que leían las cartas de casa y a veces, cuando alguien cantaba, se le unía.

Después de lo del tatuaje de Niebla y mi repentina fama, empezó a frecuentar más a los siberianos y casi todas las tardes acudía a nuestra celda y se quedaba un rato. Un día se presentó con una fotografía que nos enseñó a todos: era una vieja instantánea en que se veía a un anciano de larga barba con una escopeta. Llevaba un cinturón de caza siberiano, del que colgaba la navaja, y un morral con talismanes y objetos mágicos. En el reverso se leía: «Hermano Fedot, desaparecido en Siberia, alma buena y generosa, eterno soñador y buen creyente. 1922».

—Es mi abuelo. Era siberiano… Si mi abuelo era siberiano, ¿puedo formar parte de vuestra familia? —Lo decía en serio, sin vanidad ni ningún otro mal sentimiento. Se trataba de una auténtica petición de ayuda: Sura debía de haberse cansado de estar solo.

Le contestamos que enviaríamos la foto a nuestros mayores por si alguno lo conocía.

No mandamos la foto ni preguntamos nada a nadie, pues en aquellos años Siberia era un torbellino en que se perdían los destinos humanos. Decidimos esperar un poco y aceptar al gigante en nuestra familia: era una persona tranquila, había cumplido ya dos años de pena sin dar problemas y no veíamos razón alguna para impedir que un ser humano disfrutara de nuestra compañía y fraternidad, siempre que lo mereciera (aunque la única prueba de sus raíces siberianas fuera una vieja fotografía).

A la semana le dijimos que podía formar parte de la familia si prometía respetar nuestras reglas y leyes, y le devolvimos la instantánea explicándole que por desgracia nadie había reconocido a su abuelo. Él se quedó pensativo y al final nos confesó, con voz trémula, que la foto no era suya: se la había dado su hermana, que trabajaba en el archivo histórico de una universidad. Nos pidió perdón por el engaño, nos dijo que le parecíamos buenas personas y que por eso deseaba tanto formar parte de nuestra familia. Me dio

lástima; comprendí que, aparte de ser más bien corto, tenía buen corazón. En la cárcel, las personas como él morían en los primeros meses, y los más afortunados eran utilizados como peleles por criminales más experimentados.

Nos compadecimos de Sura. Permitimos que viviera con nosotros, en familia, aun sin ser siberiano, y lo perdonamos porque confesó su error. «Es uno de los nuestros», anunciamos esa misma tarde, y todos los de la celda quedaron muy sorprendidos.

En poco tiempo aprendió nuestras reglas; yo se lo explicaba todo como a un niño, y como tal me escuchaba él, sin ocultar su maravilla.

Cuando me llegó la hora de salir, me despidió con afecto y me dijo que de no haber sido por lo del tatuaje, nunca se habría unido a los siberianos ni habría conocido nuestras reglas, que consideraba justas y honestas.

«Quizá mi humilde oficio le ha salvado la vida —pensé—. Sin una familia, habría acabado muriendo en alguna pelea».

Para mí el tatuaje era algo muy serio. La mayoría de mis amigos lo consideraban un juego, con ver cualquier garabato en la piel se conformaban. Otros lo tomaban más en serio, pero nunca mucho.

Así se hablaba del tema entre menores:

—Mi padre tiene un búho grande con una calavera entre las garras…

—El búho significa ladrón, que lo sepas…

—¿Y la calavera?

—Depende.

—Lo sé yo, chaval; un búho con una calavera significa ladrón y asesino…

—¡Menos trolas! ¡Ladrón y asesino es la cara de un tigre con hojas de roble, un tío mío lleva uno!

En fin, cada cual decía la suya, a ver si acertaba.

Para mí, en cambio, era algo muy distinto, mucho más complejo. Me gustaban los tatuajes que podríamos llamar de autor, y preguntaba a mi padre, mis tíos y sus amigos por los tatuadores que habían conocido. Estudiaba los diseños de los grandes maestros y trataba de descubrir las técnicas utilizadas para obtener los diversos efectos. Luego las comentaba con mi maestro, el abuelo Lesa, que me ayudaba a comprenderlas mejor y me enseñaba a adaptarlas a

mi modo de tatuar.

Él estaba contento, porque se daba cuenta de que los motivos me interesaban no sólo por su relación con la tradición criminal, sino también por su valor artístico.

Cuando pasé a estudiar los dibujos propiamente dichos, empecé a preguntarme y a preguntarle por qué los tatuajes no podían considerarse obras de arte en sí mismas. El abuelo Lesa me contestaba que el verdadero arte es una forma de protesta, y que toda obra de arte debe crear contradicciones, generar controversia. En su opinión, el tatuaje criminal era la forma de arte más pura del mundo. La gente, decía, odia a los criminales pero ama sus tatuajes.

Yo replicaba que quizá podía establecerse un vínculo entre arte de calidad y significado profundo, filosofía de la tradición siberiana.

—Cuando llegue el día en que cualquier persona quiera tatuarse los símbolos de nuestra tradición, entonces tendrás razón… Pero no creo que ese día llegue jamás, porque la gente nos odia a nosotros cuanto tiene que ver con nuestra vida —respondía él.

Boris el maquinista

A mediados de los años cincuenta, el gobierno soviético prohibió tener en casa a los enfermos mentales y obligó a sus parientes a internarlos en centros especiales. Esta triste realidad llevó a muchos padres que no querían separarse de sus hijos a emigrar a lugares donde no llegaba el brazo de la ley. En cosa de diez años Transnistria se llenó de familias procedentes de toda la Unión Soviética, sabedoras de que la tradición criminal siberiana considera sagradas a las personas con minusvalías mentales o físicas, a quienes llama «mensajeros divinos» y «queridos por Dios».

Me crié entre estos seres «queridos por Dios» y fui amigo de muchos de ellos: no es que me parecieran normales, sino que para mí lo eran tanto como cualquier otro.

No saben odiar, sólo aman y son siempre fieles a sí mismos, y si se ponen violentos no lo hacen movidos por el odio. Ese comportamiento únicamente es propio de ellos y los niños pequeños, pero con una diferencia importante: los niños crecen y muchos se convierten en malos adultos, mientras que los enfermos se quedan siempre como son.

Boris, nacido en Siberia, vivía en el barrio con su madre, la tía Tatiana. Nació normal, pero una noche la policía irrumpió en su casa buscando a su padre, un delincuente que había asaltado un tren blindado y se había llevado un montón de diamantes. La policía quería saber dónde había escondido las piedras preciosas y quién más había participado en el asalto, y como el hombre no confesaba, para obligarlo a hablar cogieron al pequeño Boris, de seis años, y empezaron a darle culatazos en la cabeza. El padre no abrió la boca y lo fusilaron.

De resultas del fuerte trauma, Boris quedó mentalmente

estancado en los seis años.

La madre y él se trasladaron a Transnistria; éramos vecinos y siempre estaba en mi casa. Tanto mi abuelo como yo lo queríamos mucho. Echábamos a volar las palomas, íbamos al río, robábamos manzanas de los jardines de los moldavos, pescábamos con red las noches de verano…

Tenía una fijación: se creía un maquinista. Cerca de la estación de trenes, que quedaba lejos del barrio, había expuesta a manera de monumento, sobre un trecho de vía, una vieja locomotora. Boris se subía a ella y jugaba a ser el maquinista jefe. Nosotros también nos montábamos, pero si antes no nos quitábamos los zapatos se enfadaba; él mismo se descalzaba y tenía una escoba para barrer la locomotora como si fuera su casa.

Los empleados de la estación lo apreciaban y hasta le habían regalado una auténtica gorra de maquinista que parecía de oficial de marina, con la copa blanca, un ribete verde, visera de plástico negra y el escudo del cuerpo, un motivo dorado que brillaba tanto que se veía a lo lejos. Boris tenía aquella gorra a mucha honra, y cuando se la encasquetaba se ponía todo ufano y se dirigía a nosotros como los jefes de estación a los pasajeros: «Señores viajeros» o «Ciudadanos, les ruego que presten atención»… Se transformaba, era curioso.

Un día, mi padre le regaló una camiseta que le dieron en una cárcel de Alemania donde había estado preso un año. Era de una asociación humanitaria y se veían estampadas dos palomas, una sobre la bandera alemana y otra sobre la rusa, con rótulos en ambos idiomas que rezaban: paz, amistad, colaboración. Boris se quedó media hora mirándola, maravillado por los colores, pues entonces toda nuestra ropa era gris, a la moda soviética. Aquella prenda de tonos tan vivos fue enseguida la favorita de Boris. La llevaba siempre puesta y a veces se paraba, se la levantaba y se quedaba mirando el dibujo, sonriendo y susurrando.

Boris era una persona muy comunicativa, podía pasarse horas hablando con desconocidos. Y era directo, decía lo que pensaba. Cuando hablaba miraba a su interlocutor a los ojos con gran intensidad, pero a la vez serenamente. Sabía leer, le había enseñado Nina, una viuda que vivía sola y a quien los chicos visitábamos a menudo, para ayudarla con las tareas pesadas del huerto, y a

cambio ella nos daba de comer cosas buenas. Había sido profesora de lengua y literatura rusas, era una mujer culta. A Boris le había enseñado a leer y escribir por gusto, y así él le leía todas las noches a su madre, la tía Tatiana, pasajes de algún libro.

Boris tenía un compañero fiel, un gato, Barsic, que lo seguía como un perro. ¡Qué pareja más curiosa! Parecían personajes de tebeo.

En 1992 hubo una guerra en Transnistria. Con la caída de la Unión Soviética, Transnistria había quedado fuera de la Federación Rusa y pasado a ser un territorio independiente, en el que Moldavia y Ucrania, países vecinos, tenían puestas sus miras. Pero mientras que Ucrania estaba demasiado ocupada con sus propios problemas —el alto grado de corrupción de las clases dirigentes—, los moldavos, pactando con los rumanos, y pese a la ruinosa situación transnistria —pobreza absoluta y aun miseria de una población en su mayoría campesina—, habían tratado de invadir la zona. Según lo pactado entre Moldavia y Rumanía, Transnistria sería dividida de manera que el Estado moldavo controlase el territorio, dejando al empresariado rumano la administración de las numerosas fábricas de armamento construidas por los rusos en tiempos soviéticos y que luego habían quedado bajo control de los criminales, quienes habían transformado la región en un auténtico supermercado de armas.

Los moldavos, pues, sin previo aviso, pasaron a la acción, y sus carros armados entraron en las ciudades de Bender y Dubasari, en la margen derecha del río Dniéster, en la frontera con Moldavia. El 22 de junio hizo su aparición en Bender, nuestra ciudad, una división de tanques moldavos y diez batallones, uno de infantería, otro de infantería especial y dos de soldados rumanos. La población tomó las armas, que no faltaban precisamente, y presentó batalla. Estalló así una guerra breve pero muy cruenta que duró un verano. Los criminales de Transnistria expulsaron a los ocupantes y comenzaron a su vez a invadir territorio moldavo. Entonces Ucrania, temiendo que la guerra causase desórdenes en su propia región, pidió a Rusia que interviniera. Y ésta, para la que los habitantes de Transnistria eran ciudadanos rusos, envió un ejército a fin de «presidir el proceso de paz» e instauró un régimen militar, reforzó la policía y declaró Transnistria «zona altamente peligrosa».

Los militares rusos patrullaban las calles con coches blindados e imponían el toque de queda desde las ocho de la noche a las siete de la mañana. Empezó a desaparecer mucha gente, en el río aparecían cadáveres de personas torturadas. Fue un período que mi abuelo llamaba «retorno a los años treinta» y que duró mucho. A mi tío Serguéi lo mataron los guardias en la cárcel, y para ponerse a salvo muchas personas tuvieron que abandonar sus hogares y refugiarse en distintos países del mundo.

De todo esto Boris nada sabía; su mente infantil no captaba la realidad, menos aún una realidad violenta en que primaba la lógica político-militar.

Él quería conducir su tren, y lo hacía también de noche, porque, como muchos trenes de todo el mundo, también el suyo partía a veces en horario nocturno… Un día, cuando se dirigía a la estación, unos militares que iban en un coche blindado le dispararon cobardemente por la espalda y lo dejaron tirado en la calle, muerto.

Cuando me enteré, de repente me sentí adulto, algo dentro de mí murió para siempre: fue una sensación vivísima, casi física, como si mi cuerpo se hubiera dado cuenta de que ciertas ideas, fantasías, actitudes, jamás volverían por culpa del peso que le había caído encima.

Mi abuelo se puso pálido y temblaba de la rabia; ni siquiera cuando mataron a mi tío, su hijo, había quedado tan afectado. No hacía más que repetir que esa gente estaba maldita, que Rusia estaba convirtiéndose en un infierno, porque los polis mataban a los ángeles.

Mi padre y otros hombres del barrio fueron al campamento de los polis y en plena noche, cuando apagaron las luces de los barracones, descargaron contra ellos un aluvión de plomo. Era una manifestación de rabia ciega, un desesperado grito de dolor. Mataron a algunos policías e hirieron a otros tantos, aunque lo único que consiguieron fue mostrar a Rusia entera que la presencia de la policía era de todo punto necesaria.

Nadie sabía lo que ocurría realmente en Transnistria; los informativos de televisión presentaban las cosas de tal manera que, después de verlos, hasta yo dudaba de que aquello fuese verdad.

Recuerdo cuando recogieron de la calle el cadáver de Boris y lo llevaron a su casa. Era lo más triste que había visto en toda mi vida.

En la cara llevaba grabada una expresión de espanto y dolor que no le conocía. La camiseta de las palomas tenía orificios de bala y estaba ensangrentada. Aún sujetaba su gorra de maquinista. La posición del cuerpo causaba impresión: se había encogido como un recién nacido para morir. Se notaba que en los últimos instantes debía de haber sentido un dolor muy intenso. Tenía los ojos muy abiertos y vítreos, con expresión desesperada e inquisitiva, como si preguntaran: «¿Por qué me siento tan mal?».

Lo enterramos en el cementerio del barrio.

A su funeral asistió un montón de gente de toda Transnistria. Se formó una larga fila desde su casa al cementerio y, conforme a una vieja usanza siberiana, el ataúd fue pasando de mano en mano hasta la tumba… La gente besaba la cruz, lloraba, clamaba justicia con rabia. Su pobre madre lo miraba todo con ojos extraviados.

Al año las cosas empeoraron. La policía eliminaba a los criminales en pleno día, disparándoles en la calle. Cumplí mi segunda condena en la cárcel de menores, y al salir no reconocí el lugar donde había nacido. Desde entonces me han ocurrido muchas cosas y he vivido muchas experiencias, pero nunca dejé de pensar que la ley siberiana tenía razón: ningún poder político, ninguna fuerza impuesta con una bandera vale tanto como la libertad natural de un individuo. Como la libertad natural de Boris.

El día de mi cumpleaños

Los chicos del Río Bajo vivíamos según las leyes criminales siberianas, teníamos un acendrado sentimiento religioso ortodoxo, si bien con gran influencia pagana, y por nuestras maneras y comportamiento, en el resto de la ciudad se nos llamaba de «educación siberiana». No decíamos palabrotas, ni ofendíamos el nombre de Dios o de nuestra madre, ni faltábamos al respeto a los ancianos, las embarazadas, los niños pequeños, los huérfanos o los minusválidos. Estábamos bastante integrados y no necesitábamos soltar palabras malsonantes para sentirnos adultos, como los de otros barrios, ya que éramos tratados como parte de la comunidad criminal, formábamos auténticas bandas, con una jerarquía marcial y responsabilidades que los criminales adultos nos atribuían.

Desempeñábamos el cometido de centinelas. Recorríamos el barrio y sobre todo nos apostábamos en las fronteras con los otros territorios. Cuando detectábamos algún movimiento anómalo, cuando por el barrio aparecía un tipo sospechoso, un poli, un espía, un criminal de otra zona de la ciudad, enseguida corríamos a dar parte a nuestras autoridades adultas.

Si se presentaban patrullas policiales les cortábamos el paso sentándonos o tumbándonos en medio de la calle, de modo que se veían obligados a detenerse. Se apeaban de los coches y nos apartaban a patadas o tirones de oreja, pero nosotros nos defendíamos. Elegíamos al más joven y nos arrojábamos sobre él, golpeándolo unos, agarrándolo por los brazos otros, mordiéndolo, saltándole por la espalda y quitándole la gorra, arrancándole los botones del uniforme, desenfundándole la pistola… No parábamos hasta que agotábamos al agente o sus colegas nos arreaban en serio.

Los menos afortunados nos llevábamos algún mamporro en la

cabeza, alguna descalabradura, poca cosa…

Una vez un amigo mío, al intentar sacar la pistola de la funda a un policía y agarrarle éste la mano con mucha fuerza, sin querer apretó el gatillo y le disparó en la pierna. En cuanto oímos la detonación salimos corriendo en todas direcciones. Los polis empezaron a tirotearnos. Por suerte no atinaron a ninguno, pero recuerdo que oía silbar la balas alrededor. Una de ellas impactó contra la acera e hizo saltar un trozo de cemento que me alcanzó en la cara, lo que me causó una herida superficial, luego no me dieron ni un punto, pero por alguna razón sangraba mucho. Cuando llegamos a casa de mi amigo Mel, su madre, la tía Irina, me tomó en brazos y salió a la carrera hacia mi casa anunciando a los cuatros vientos que los policías me habían disparado en la cabeza. En vano trataba de tranquilizarla, pues ella corría y corría sin oírme. Cuando nos faltaban unos metros, a través de la sangre que me cubría los ojos vi cómo mi madre, al vernos, palidecía como una muerta. Por fin la tía Irina se detuvo ante ella, y entonces yo, revolviéndome como una serpiente, me desprendí de sus brazos y salté al suelo.

Mi madre miró mi herida y me pidió que entrara en casa, y a la tía Irina le dio un tranquilizante para que se calmara.

Se sentaron en el banco del patio a tomar valeriana y a llorar. Yo tenía entonces nueve años.

Otro día, mientras los policías, apeados de los coches para librarse de nosotros, nos cogían por piernas y brazos y nos lanzaban a los lados de la calle, y nosotros nos levantábamos y volvíamos al medio de la calzada, para ser de nuevo apartados y de nuevo volver al medio —en nuestro caso, era el cuento de nunca acabar—, uno de mis amigos aprovechó un momento de distracción de los policías para quitar el freno de mano a un coche. Como estábamos en cuesta abajo y la calle llevaba directamente al río, el automóvil salió disparado y, ante los ojos de unos policías impotentes pero enfadadísimos, se precipitó en el agua y, glub, desapareció bajo la superficie como un submarino. También nosotros desaparecimos más deprisa de lo habitual en esos casos, a fin de no llevarnos demasiados palos como represalia.

Además de centinelas, éramos asimismo mensajeros.

Como en la comunidad siberiana no se acostumbra usar teléfono, que se considera un medio de comunicación poco fiable y

sobre todo un símbolo abominable, está muy desarrollado el llamado «camino», una forma de comunicación a base de mensajes orales, escritos o representados por determinados objetos.

Un mensaje oral se llama «soplo». Cuando un adulto quiere dar un soplo llama a un menor cualquiera, su hijo por ejemplo, y le comunica el contenido del mensaje en lengua fenia, derivada de la que hablaban los antepasados de los criminales siberianos, el pueblo de los efeos. Los mensajes orales son siempre breves, poseen un significado preciso y se usan en la vida cotidiana para cuestiones de poca importancia.

Cuando mi padre me llamaba para confiarme un mensaje oral que debía transmitir a alguien, me decía: «Ven, que he de darte un soplo». Y acto seguido añadía, por ejemplo: «Ve y dile al tío Venia que aquí el polvo está como un palo», lo que equivalía a una invitación inmediata para hablar de algo importante. Yo debía salir a toda prisa en bicicleta, saludar a Venia, decir unas palabras de circunstancias que nada tenían que ver con el mensaje, como mandaba la tradición siberiana, por ejemplo preguntarle por su salud, y por fin revelarle el objeto de mi visita: «Le traigo un soplo de mi padre». Entonces debía esperar a que me diera permiso para transmitírselo, lo que hacía de manera indirecta, diciéndome, por ejemplo, humildemente: «Pues que Dios te bendiga, hijo mío» o «Que el espíritu de Jesucristo sea contigo»; con eso me daba a entender que estaba dispuesto a escuchar. En ese momento le transmitía el mensaje y esperaba su contestación. El caso era que sin respuesta no podía irme, y aunque el tío Venia o quien fuese no tuviera nada que decir, algo debía inventar. «Dile a tu padre que afilaré los tacones, ve con Dios», me decía, lo cual significaba que aceptaba la invitación y que se pasaría en cuanto pudiera. Si no tenía nada que decir, contestaba: «Como la música para el alma, así es para mí un buen soplo, vuelve a casa y que Dios dé a toda tu familia salud y larga vida». Entonces también yo expresaba mis buenos deseos, como era de rigor, y regresaba a toda prisa. Cuanto más rápido era uno, más lo apreciaban como mensajero y mejor lo recompensaban. A veces me ganaba un billete de veinticinco rublos (en aquellos tiempos una bicicleta costaba cincuenta), en ocasiones un dulce o una botella de agua almibarada con gas.

Además de mensajes orales, llevábamos también cartas.

Éstas podían ser de tres tipos: xiva (que en la lengua criminal significa «documento»), maliava (pequeñita) y rospika (firma).

La xiva era una carta larga y de contenido importante redactada en lengua criminal; la escribían los criminales ancianos y con autoridad muy raras veces: para hacer llegar órdenes a los reclusos, intervenir en las políticas penitenciarias, promover motines o resolver conflictos serios. Estas misivas pasaban de mano en mano y de cárcel en cárcel, y por la importancia de su contenido solamente se entregaban a mensajeros muy próximos a las autoridades criminales. A los menores nunca nos las confiaban.

Las que sí llevábamos y traíamos sin parar los críos eran las maliavas, escritas sobre todo por los reclusos para comunicarse con los criminales de fuera evitando los controles carcelarios. Eran breves, escritas siempre en lengua criminal. Cada segundo martes del mes, los chiquillos acudíamos a la cárcel de Tiraspol; era el día en que los presos «disparaban fuego», es decir, lanzaban las cartas por encima del muro de la prisión usando las gomas de los calzoncillos a modo de tirachinas, misivas que nosotros recogíamos. Todas las cartas llevaban una dirección en clave, una palabra o un número.

La mayoría de los reclusos escribían cartas de este tipo y usaban el «camino» de la prisión, el correo que ya mencioné, que no consistía sino en una serie de cuerdas tendidas de noche de ventana en ventana por las que se pasaban «caballos», esto es, paquetes, mensajes, misivas, etcétera. Las cartas las recogían al final unos presos de los bloques más cercanos al muro exterior, cuyas ventanas no tenían gruesas láminas sino los típicos barrotes. Estos reclusos, llamados «misilistas», las lanzaban por encima del muro. No cumplían más función en la cárcel y la comunidad criminal les pagaba por ello. Todos los días se ejercitaban arrojando trozos de trapos de los que utilizaban para fregar los suelos.

La maliava se enviaba metida en un «misil», un cilindro de papel en uno de cuyos extremos se insertaba una especie de cola hecha con pañuelos también de papel (que costaba mucho conseguir en la cárcel), y cuyo otro extremo se doblaba en forma de garfio y se enganchaba a la goma; uno apretaba entonces este extremo y estiraba, mientras otro preso prendía fuego a la cola de papel, tras lo cual el primer preso disparaba el cilindro.

La cola ardiendo nos permitía a los críos ver dónde caía el «misil», hacia el que entonces debíamos correr muy deprisa para apagar el fuego y evitar que ardiera también el tubo en que iba la valiosa carta. Solíamos ser unos diez, y en media hora podíamos recoger hasta cien cartas. Luego volvíamos a Bender y las repartíamos entre los familiares y amigos de los presos, trabajo por el que nos pagaban.

Cada comunidad criminal tenía su día de lanzamiento y recogida de cartas, una vez al mes. En caso de que el mensaje fuera muy urgente, los criminales solían ayudarse, aunque pertenecieran a comunidades distintas. En tales ocasiones, junto a las de nuestros presos, recogíamos misivas de miembros de otras comunidades, que llevábamos igualmente a sus destinatarios. En esto existía una regla: la entregaba concretamente quien la recogía, y así evitábamos pelea. Por repartir estas cartas no nos pagaban, pero casi siempre nos obsequiaban con algo. Las llevábamos al guardián de la zona y las entregábamos a alguno de sus ayudantes, que las guardaba en una caja fuerte. Luego la gente se pasaba por allí, decía una palabra o un número en clave y él les daba la misiva que se correspondía con la misma cifra o código. Este servicio formaba parte de las funciones del guardián y no se pagaba, y si había problemas con el correo, desaparecía una carta o dejábamos de recogerla en la cárcel, el guardián podía ser castigado severamente y hasta con la muerte.

Por último, la rospika, o «firma», era un tipo de carta que circulaba tanto dentro como fuera de la cárcel. Era una especie de salvoconducto que daba una autoridad criminal a ciertos criminales para garantizarles una buena acogida y tranquila estancia en lugares donde no conocían a nadie, por ejemplo cárceles lejanas o ciudades a las que viajasen por negocios. Como ya dije, la firma también podía tatuarse.

La rospika se usaba asimismo para pasar mensajes importantes, por ejemplo para convocar a importantes reuniones de autoridades criminales o a fin de hacer circular una orden sin riesgos: como la firma se escribía en clave, no pasaba nada si caía en manos de la policía.

Cartas de este tipo he entregado un par: eran de lo más normal, iban abiertas. Las autoridades criminales nunca las cierran, y no sólo porque estén en clave, sino también para que nadie pueda

sospechar de su contenido; son más bien testimonios de su poder y estatus, y sirven para difundir su carisma criminal.

Una vez entregué una firma con una orden procedente de las cárceles de Siberia y dirigida a las de Ucrania. En ella se intimaba a los reclusos ucranianos a respetar ciertas reglas; se les prohibía, por ejemplo, mantener relaciones homosexuales y humillar a otros presos con castigos físicos o abusos sexuales. La firmaban treinta y seis autoridades criminales siberianas. La que fue a parar a mis manos era una de las muchas copias del documento, que debían repartirse entre todos los criminales encarcelados o libres del territorio de la Unión Soviética.

Otra forma de comunicación, el «lanzamiento», consistía en entregar objetos que en la comunidad criminal tenían un significado concreto; el mensajero también podía ser un menor, y el cometido de éste era llevarlo al destinatario y decirle quién lo enviaba, sin que fuera preciso esperar respuesta.

Una navaja rota significaba que había muerto alguno de la banda, una persona apreciada, y era muy mala señal. Una manzana partida por la mitad suponía una exhortación a repartir el botín. Un mendrugo envuelto en un pañuelo de tela servía de advertencia: «Ojo, las fuerzas del orden te buscan, tu caso se complica». Una navaja envuelta en un pañuelo era una invitación a que el asesino a sueldo que la recibía pasara a la acción. Un trozo de cuerda con un nudo en el medio indicaba: «No soy responsable de lo que sabes». Un poco de tierra dentro de un pañuelo quería decir: «Te prometo que guardaré el secreto».

Existían significados más simples y más complejos, «buenos» —por ejemplo, promesas de protección— y «malos»: insultos y amenazas de muerte.

Si se sospechaba que alguien tenía tratos que comprometían su dignidad criminal, en especial con la policía o con otras comunidades sin el permiso de la propia, se le mandaba una crucecita y un clavo, o en casos extremos un ratón muerto, a veces con una moneda o un billete en la boca, amenaza inequívoca del castigo extremo; era el «lanzamiento malo»: muerte segura.

Si en cambio se quería invitar a un amigo a una fiesta, a divertirse, beber y pasar el tiempo en alegre compañía, se le enviaba un vaso vacío, lo que era el «lanzamiento bueno».

Llevé muchos mensajes de este tipo, nunca uno malo; sobre todo relativos a asuntos de organización, invitaciones, promesas.

Otro de nuestros cometidos consistía en procurar defender de la manera más decorosa posible el glorioso nombre de Río Bajo, o sea, sembrar el terror entre los menores de otros barrios.

Había que proceder en los términos debidos, porque aunque el resultado final no cambiase, y una crisma rota no dejara de ser una crisma rota, nuestra tradición mandaba que el uso de la violencia estuviese siempre justificado.

Con nosotros colaboraban los viejos, los ancianos criminales retirados, a quienes mantenían los delincuentes jóvenes. Como excéntricos jubilados que eran, se ocupaban de los menores y nos inculcaban los valores criminales.

En el barrio había muchos, y todos provenían de la casta de los urcas siberianos: observaban la vieja ley, que las demás comunidades despreciaban porque obligaba a llevar una vida humilde y digna, muy sacrificada, y a poner por encima de todo los valores morales y religiosos, el respeto a la naturaleza y la gente sencilla, a los trabajadores y a cuantos son explotados por el gobierno o las clases acomodadas.

A los ricos los designábamos con una antigua palabra siberiana, upirí, nombre de unas criaturas mitológicas que habitan en los pantanos y los bosques y se alimentan de sangre humana, lo que se llama vampiros siberianos.

Por este motivo nuestra tradición nos prohibía cometer delitos que dependieran de pactos o acuerdos con la víctima, pues tratar con ricos o con representantes del gobierno se consideraba indigno: sólo se los podía agredir o asesinar, pero jamás amenazar u obligar a pactar. Delitos como la extorsión, el chantaje o el control de actividades ilícitas mediante acuerdos secretos con la policía o el KGB eran resueltamente rechazados. Lo único permitido eran asaltos y robos, y en los tráficos ilícitos nunca se negociaba con nadie, se gestionaban autónomamente.

Pero otras comunidades no pensaban igual, y sobre todo las nuevas generaciones se comportaban al estilo europeo y americano; eran gente sin moral que sólo respetaban el dinero y querían crear un sistema piramidal, una especie de monarquía del crimen opuesta a nuestra organización, que más bien podía compararse con una

red, en la que todos dependíamos de todos y obrábamos por el bien común; nadie dominaba a nadie.

Ya de niño me daba cuenta de que en muchos grupos criminales los miembros debían ganarse el derecho a la palabra, y mientras tanto eran tratados como si no existiesen. En nuestra comunidad, en cambio, todos gozábamos de ese derecho: las mujeres, los menores, los minusválidos y los viejos.

La diferencia entre la educación que recibíamos nosotros y la educación (o ausencia de ella) de los miembros de otras comunidades creaba una separación, un abismo. Por eso sentíamos la necesidad casi inconsciente de hacer prevalecer nuestros principios y leyes, y de obligar a los demás a respetarlos, a veces por la fuerza.

Cuando íbamos a otros barrios siempre la armábamos, acabábamos peleando y nos dábamos de palos y navajazos. Teníamos una fama terrible, todos nos tenían miedo y muchas veces nos atacaban por eso mismo, porque nos temían y querían vencer ese miedo desafiando al instinto y enfrentándose a su causa.

No; en realidad no siempre llegaba la sangre al río: a veces, recurriendo a la diplomacia, lográbamos convencer al adversario de que se aviniera a razones, y entonces no pasábamos de darnos unos guantazos antes de ponernos a parlamentar. Eso estaba muy bien. Lo más frecuente, sin embargo, era que corriera la sangre y que rompiéramos el trato con otros barrios, trato que luego costaba mucho retomar.

Nuestros mayores nos educaban bien.

Para empezar, nos enseñaban a respetar a todos los seres vivos, categoría en que no entraban los policías, las personas relacionadas con el gobierno, los banqueros, los usureros y todos aquellos que ostentaban poder económico y explotaban a la gente sencilla.

Nos enseñaban también a creer en Dios y en su hijo, Jesús, así como a amar y respetar las demás formas de creer en Dios. Pero ni la Iglesia ni la religión debían ser consideradas una jerarquía. Mi abuelo afirmaba que Dios no creó a los curas, sino a hombres libres; cierto es que existían sacerdotes buenos, y por eso no era pecado asistir a sus oficios, siempre que no se pensara que ante Dios aquéllos tienen más poder que otros hombres.

Por último, nos enseñaron a no hacer a los demás lo que no

queremos que nos hagan; pero si nos veíamos en la necesidad de hacerlo, debía ser por un buen motivo.

Uno de los ancianos con quienes hablaba mucho de todo esto, me refiero a nuestra manera de vivir y nuestra primitiva ignorancia, aseguraba que el mundo estaba lleno de gente que iba por mal camino, y que una vez que se daba un paso en falso, uno se desviaba cada vez más de la senda recta. En muchos casos, añadía, era inútil tratar de encauzarlos, porque ya se habían torcido mucho y lo único que se podía hacer era acabar con ellos, «quitarlos de en medio».

—Los ricos y los poderosos —señalaba— caminan por la vía errada, arruinan la vida de muchas personas que de un modo u otro dependen de ellos. El único modo de ordenarlo todo es matarlos, destruyendo así el poder que edificaron sobre su dinero.

—¿Y si también matar a esas personas fuera un paso en falso? ¿No sería mejor evitar cualquier contacto con ellos? —replicaba yo.

—Muchacho, ¿quién te crees que eres? ¿Jesucristo? —contestaba el viejo, mirándome asombrado y con tal convicción que me apabullaba—. Sólo él puede obrar milagros, nosotros debemos servir a Nuestro Señor… ¿Y cómo servirlo mejor que borrando de la faz de la tierra a los hijos de Satanás?

Demasiado bueno era aquel viejo.

En fin, que nuestros ancianos nos habían persuadido de que éramos justos. «Que tiemblen los enemigos —pensábamos—, porque Dios está con nosotros»: teníamos mil modos de justificar los actos violentos y la actitud justiciera.

Pero el día que cumplí trece años ocurrió algo que me hizo dudar.

Todo empezó la mañana de aquel gélido día de febrero, cuando mi amigo Mel fue a buscarme a casa para que lo acompañara al barrio de la Estación, en la otra punta de la ciudad, donde, por orden de nuestro guardián de zona, debía entregar un mensaje a cierto criminal.

El guardián le había dicho que podía acompañarlo una persona, pero no más, pues llevar mensajes en grupo se considera de mala educación, una exhibición de fuerza, casi una amenaza. Y por desgracia, Mel me eligió.

Yo no tenía ningunas ganas de ir hasta allá con aquel frío,

mucho menos el día de mi cumpleaños; ya había quedado con toda la pandilla en organizar una fiesta en casa de mi tío, que éste me había dejado mientras estaba en la cárcel, y donde podía hacer lo que me viniera en gana con tal de tenerla limpia, dar de comer a los gatos y regar las plantas.

Aquella mañana pensaba dedicarme a preparar la fiesta y cuando Mel me pidió que lo acompañara vi mi gozo en un pozo. Pero no podía negarme, sabía lo atolondrado que era mi amigo y si lo dejaba ir solo seguro que la armaba. Así que me vestí, desayunamos juntos y allá nos encaminamos, al barrio de la Estación.

Como había mucha nieve y en bici no se podía ir, fuimos a pie. Nunca esperábamos el autobús porque tardaba una eternidad y llegábamos antes andando. Con mis otros amigos hablaba por el camino de todo, de lo que pasaba en el barrio, en la ciudad… Con Mel, en cambio, conversar resultaba muy difícil, porque era incapaz por naturaleza de concebir frases inteligibles. No me atrevo a poner un ejemplo porque no sabría traducirlo del ruso, tan incoherentes eran sus razonamientos.

Nuestras conversaciones eran monólogos que yo recitaba, salpicados de breves intervenciones suyas del estilo: «Ah», «Ya», «Mmm» y otras mínimas unidades fónicas que acertaba a emitir.

A veces se paraba de pronto y ponía una cara que parecía de cera derretida, lo que significaba que no entendía lo que estaba diciéndole. Entonces tenía que detenerme también y explicárselo, y sólo así su expresión volvía a ser normal y reanudaba la marcha.

Aunque no es que su cara normal fuera muy distinta: se la desfiguraba una herida recién cicatrizada y tenía la cuenca del ojo izquierdo vacía, resultado de un percance que él solito se guisó y se comió: le había estallado en la cara la carga de un proyectil antiaéreo al manipularlo torpemente. Para reconstruírsela estaba pasando por un calvario de operaciones quirúrgicas que aún no había acabado, y todavía iba por ahí con aquella horrible y enorme órbita vacía. Ojo de cristal no se puso hasta tres años después.

Era así siempre, entre su cuerpo y su mente no había conexión, para pensar debía quedarse quieto, porque en otro caso no sacaba nada en claro, y si estaba haciendo algo era incapaz de discurrir. Por eso yo, entre bromas y veras, lo llamaba «burro», cosa poco

noble por mi parte, lo reconozco, pero que me permitía porque debía aguantarlo de la mañana a la noche y explicárselo todo como a un niño. Él no se ofendía, pero se ponía serio de repente, como pensando en el misterioso motivo por el que lo motejaba de asno. Una vez, en circunstancias que nada tenían que ver con el hecho de que lo llamase así, había exclamado de pronto, para mi sorpresa y maravilla:

—¡Ya sé por qué me dices burro! ¡Porque te parece que tengo las orejas largas! —Y había empezado a defender muy enfadado las dimensiones humanas de sus orejas.

Yo lo miraba mudo, ¿qué podía decir?

Era irrecuperable, y él mismo agravaba su estado bebiendo y fumando como un viejo borracho.

Volviendo a aquella mañana de febrero, allí que íbamos Mel y yo por aquellas nevadas calles de Dios. Cuando hay poca humedad la nieve se seca y al pisarla hace un ruido ridículo, como si uno caminara sobre galletas crujientes.

La mañana era muy soleada y el cielo despejado prometía una buena jornada, aunque soplaba un vientecillo que podía dar al traste con las previsiones.

Decidimos cruzar el barrio del Centro y comer de paso algo en una especie de bar restaurante que regentaba la tía Katia, madre de un buen amigo nuestro que el verano anterior había muerto ahogado en el río.

Íbamos a menudo a verla y aliviábamos su soledad contándole nuestra vida. Nos quería mucho, porque el día que se ahogó su hijo estábamos con él y esa circunstancia, aunque muy dolorosa, nos había unido a todos.

El cuerpo de Vitali (así se llamaba nuestro amigo) no había sido hallado enseguida, ya que la búsqueda se complicó por la rotura, dos días antes y cien kilómetros río arriba, de una gran presa.

Es otra historia, pero hay que contarla.

Era verano y hacía mucho calor. La presa cedió de noche y recuerdo que me despertó un gran estruendo, como si se avecinara una tormenta.

Nos echamos a la calle y comprobamos que el ruido venía del río, adonde acudimos corriendo. Era un cataclismo: enormes olas de agua que parecían de espuma bajaban y arremetían con fuerza

formidable contra las orillas, arrastrando barcas y botes.

A la luz de la linterna que alguien había encendido, se veían montones de objetos que remolineaban en la corriente como si estuvieran dentro de una lavadora: vacas, barcas, troncos, bidones, trapos, sábanas, muebles. Se oían gritos.

Por suerte, nuestro barrio se encuentra en la orilla alta y los efectos de la crecida no fueron devastadores: se inundó todo, casas y sótanos, pero sin daños graves.

Al día siguiente el río bajaba muy sucio, así que decidimos limpiarlo cuanto pudiéramos con nuestras propias manos. Se habían salvado unas cuantas barcas con motor, que se hallaban en seco en el momento de la riada.

Entre ellas, las mías. Tenía dos, una voluminosa y pesada, que usaba para transportar cargas grandes (nos pasábamos el verano robando manzanas y asaltando almacenes de alimentos en territorio moldavo) y otra pequeña y estrecha, con la que salía de pesca nocturna. Esta última era veloz y manejable, y con ella «guiaba la red», es decir, navegaba contracorriente tratando de cerrar con la red la parte central del río, lugar por donde pasaba la mayoría de peces.

La barca pequeña se había librado porque quería hacerle unos trabajillos y la llevé a casa. La otra, porque la había dejado en un depósito esperando a que el guarda me la pintara con una laca especial. Este guarda se llamaba Ignat y era un hombre bueno y pobre. Hacía un mes que debía habérmela pintado, pero nunca encontraba el tiempo: siempre tenía algo más urgente o se emborrachaba hasta caer redondo.

En total disponíamos de ocho barcas y nos dividimos en cuatro cuadrillas, dos barcas por cuadrilla, cuatro chicos por barca.

Organizamos las labores de tal manera que siempre teníamos el río «cerrado» por dos embarcaciones, las cuales recogían la basura. La cuadrilla de una de estas barcas, armada con largos palos rematados en grandes ganchos de hierro, sacaban ramas, troncos, cuerpos de animales y objetos de grandes dimensiones… Los amarraban a la embarcación y, cuando ya no cabían más, volvían a la orilla, donde los esperaban otros compañeros que entraban en el agua y retiraban la carga. Desde la mañana temprano ardía en la orilla una hoguera, a cuyas ascuas arrojábamos los restos; a la

media hora hasta los troncos más mojados se secaban y, rociados con un poco de gasolina, ardían.

A mediodía la fogata era enorme, no podíamos acercarnos porque nos achicharrábamos. Entre todos y con gran esfuerzo echamos a las llamas el cadáver de una vaca, además de ovejas, perros, gallinas, ocas.

Y hacia las cuatro de la tarde sacamos el primer cuerpo humano.

Era un hombre de mediana edad, vestido y con la cabeza abierta. Debía de haberse golpeado contra algo duro, una piedra o un tronco, al ser arrollado por las aguas.

La cuadrilla de la otra barca, por su parte, usaba redes para pescar los objetos pequeños que flotaban en la superficie, como botes de conserva, botellas, fruta y verdura fresca, manzanas, melocotones, sandías, patatas, juguetes, palas y cubos de plástico, fotografías, papeles de toda clase, periódicos, documentos…

Había también cantidad de botellas de agua almibarada, mineral y natural, porque unos kilómetros río arriba había una fábrica que la producía, embotellaba y almacenaba. La crecida había arramblado con todo.

Decidimos recogerlas, dejarlas aparte y repartirlas luego entre los que hubiéramos participado en las labores. Sin embargo, ya tras la primera hora de trabajo habíamos recuperado tantas que no sabíamos dónde ponerlas. Dos de nosotros, para hacer sitio, comenzaron a llevarse en carretillas las que habíamos acumulado en la orilla y a depositarlas en los patios de las casas vecinas. Llenaron así de botellas la primera calle del barrio, unas cincuenta casas, al punto de que la gente acabó diciéndoles:

—¡No, aquí ya no cabe nada, chavales, seguid adelante!

Por nuestro barrio el cauce era muy estrecho y profundo, y por tanto muy peligroso. Debido a la fuerte corriente se formaban muchos remolinos, algunos de más de tres metros de diámetro.

La riada había dejado la mayor parte de la suciedad que arrastraba en las orillas, en forma de grandes montones flotantes que debíamos sacar. Trabajamos todo el día sin descanso y no paramos hasta la noche, cuando ya no se veía.

Dejamos la orilla atestada de cosas y nos echamos junto al fuego.

Antes de dormir comimos lo que alguien había traído de casa;

para beber teníamos de sobra: aquel día tomé más agua almibarada que en toda mi vida.

Por fin estábamos todos en tierra, al amor del fuego. Habíamos bebido tanta agua con gas que hicimos un concurso de eructos.

A unos diez metros yacía el cadáver que habíamos sacado esa tarde. Le pusimos entre las manos una cruz y una vela, para que no se enfadara, y le llevamos también un vaso de agua mineral y un trozo de pan, conforme a la tradición siberiana de ofrecer comida a los muertos.

Decidimos que lo mejor era pedir ayuda a la gente de otros barrios, pues el río seguía muy sucio. Con el calor, los cadáveres empezarían a descomponerse y sería horrible. Confiábamos en limpiarlo pronto con la ayuda de otros chicos.

A eso de las diez del día siguiente llegaron los refuerzos. Eran chavales de los barrios de Centro, Cáucaso y Estación, que venían a ayudarnos, para nuestro contento y alivio.

A fin de evitarles el riesgo de caer en el agua (muchos no sabían nadar, no se habían criado en el río como nosotros), los pusimos a trabajar en la orilla, donde cargaban lo que sacábamos en carretillas o sacos.

Muchas de las botellas de agua con gas las vendimos a la gente, que venía en coche para llevárselas con idea de revenderlas luego a las tiendas. Les hacíamos un buen precio, aunque no según la cantidad de botellas que se llevaran, sino en función del número de viajes que hacían: les cobrábamos cincuenta rublos por vez y podían llevarse cuantas les cupieran en el coche. Cuanta más prisa se daban, más ganaban. Era un buen negocio para todos, nosotros limpiábamos deprisa el río y nos ganábamos unos cuartos, ellos compraban mercancía casi tirada de precio que luego revenderían.

Uno de los que nos ayudaban era Vitali.

Aunque del Centro, era muy amigo nuestro. Venía muchas veces a bañarse con nosotros al río, nadaba de maravilla. Participaba en competiciones de remo, tenía un cuerpo atlético y mucha resistencia, jamás se cansaba de nadar, podía hacerlo contracorriente durante horas.

Por eso lo pusimos al mando de la cuadrilla que retiraba los objetos de las barcas en la orilla. Era una tarea que exigía saber nadar bien, ya que la barca no podía acercarse mucho a tierra. Una

vez desatado el objeto, debían empujarlo hasta la orilla entre cinco o seis nadadores, operación difícil porque bajo el agua, sucia de fango, hojarasca y demás porquería, no se veía nada y uno no sabía cómo era lo que transportaban. El día anterior un chaval se había herido al arrastrar un tronco; se clavó una rama en el gemelo, perdió mucha sangre en el agua y antes de darse cuenta de lo que ocurría se desmayó. Suerte que lo vimos a tiempo y logramos salvarlo.

A mediodía llegaron algunos parientes de personas desaparecidas. Desfilaron ante el cuerpo del ahogado hasta que una mujer lo reconoció:

—Es mi marido.

La acompañaban un cuñado, dos amigos de la familia y una niña de unos diez años, bajita, morena y de ojos negros, como muchas moldavas.

La mujer rompió a llorar y gritar, se arrojó sobre el cadáver, lo abrazó y empezó a besarlo. También la hija lloró, aunque en silencio, como si le diera vergüenza.

Al final se presentaron unos moldavos y nos dijeron cómo se llamaba el muerto, ya no me acuerdo.

El hermano del ahogado trató de tranquilizar a la mujer y se la llevó al coche, pero ella siguió llorando y gritando.

Los tres hombres cargaron al muerto en el asiento trasero. Nos dieron las gracias y nos ofrecieron dinero, que nosotros rehusamos. Les llenamos el maletero de botellas y se quedaron mirándonos extrañados.

—Así en el entierro os ahorráis las bebidas —explicamos.

Se deshicieron en muestras de agradecimiento. La mujer se puso a besarnos las manos, y nosotros, para zafarnos, dijimos que debíamos volver al trabajo.

Entretanto, otras personas buscaban a sus muertos. Algunas se ofrecieron a ayudarnos; los pobres esperaban recuperar enseguida los cuerpos de sus seres queridos. No sabían que hallar el cadáver de un ahogado no es tan fácil como parece: al menos durante tres días permanece en el fondo, mientras se descompone y se llena de gases, y sólo entonces emerge. El cuerpo de aquel pobre moldavo lo encontramos por pura casualidad, seguramente lo había sacado a flote una fuerte corriente y si no lo hubiéramos rescatado en ese

momento habría vuelto al fondo.

Vitali y otros cinco chicos estaban acercando a la orilla un árbol con cantidad de ramas que sobresalían del agua; la parte sumergida debía de ser enorme.

Decidieron girarlo con la copa hacia la orilla, a fin de que resultara más fácil agarrarlo a quienes esperaban allí.

Eso hacían cuando a Vitali se le enredó un pie en las ramas. Gritó para avisar a los demás que había quedado atrapado, pero en ese instante el árbol giró sobre sí mismo como una hélice, arrastrando al fondo a nuestro amigo.

Alarmados, nos echamos al agua para sacarlo, pero no lo encontramos, ni prendido del árbol ni en muchos metros a la redonda.

Rápidamente cercamos la zona con redes para evitar que la corriente lo arrastrase río abajo y empezamos a explorar el fondo.

Buceábamos en un caldo sucio en el que nada se veía, arriesgándonos a topar con cualquier cosa. A uno lo golpeó un tronco, aunque no muy fuerte, por fortuna.

Pero de Vitali ni rastro.

Tras diez minutos de búsqueda nos miramos unos a otros, frustrados y rabiosos.

Me zambullía una y otra vez, buceaba hasta el fondo y tentaba el vacío.

Una de las veces toqué algo… ¡una pierna! La aferré con fuerza, bien sujeta contra mi cuerpo, apoyé los pies en el fondo, me acuclillé y, propulsándome como un muelle hacia arriba, en un instante salí a la superficie.

Y entonces me di cuenta de que lo que había agarrado era la pierna de Mel, que, con la cabeza fuera del agua, me miraba sorprendido.

Me entró tal rabia que le di un puñetazo en la cabeza. Él me correspondió del mismo modo y me hizo bastante daño.

Después de una hora de búsqueda, el cuerpo de Vitali seguía sin aparecer.

Estábamos cansados y nerviosos, nos peleábamos, arreciaban los insultos, nos culpábamos los unos a los otros. En momentos como ése, en que no confiamos en nadie, uno empieza a ver la verdadera cara de las personas y le repugna lo que es y cuanto le rodea.

No sentía ya ni brazos ni piernas, no podía nadar más. Volví a la orilla y me tumbé.

No recuerdo cómo, pero me quedé dormido.

Cuando desperté era de noche. Alguien me preguntaba si me encontraba bien. Era mi amigo Guiguit, con una botella.

Vi que los otros estaban sentados ante el fuego, emborrachándose.

De nuevo me noté con fuerzas y le pregunté si habían encontrado a Vitali. Negó con la cabeza.

Me fui derecho a los demás y les pregunté a gritos qué hacían allí emborrachándose, cuando el cuerpo de nuestro amigo seguía en el río.

Me miraron con indiferencia, algunos estaban borrachos como cubas, casi todos cansados y descorazonados.

—Pues yo me voy ahora mismo a echar la red a la Hoz.

La Hoz era un paraje a unos veinte kilómetros río abajo, llamado así porque en aquel punto el río describía un meandro en forma de hoz. Allí las aguas se remansaban y cubrían la orilla, y apenas había corriente.

Cuanto el río arrastraba iba a parar allí tarde o temprano. Si echaba la red en el fondo podría recuperar el cuerpo de nuestro amigo.

El problema era la porquería que con el aluvión había arrastrado la corriente, y que obligaría a cambiar la red cada cierto tiempo, antes de que se llenara demasiado y al sacarla pudiera romperse por el peso.

Me acompañaron Mel, Guiguit, Besa y Mudo. Fuimos con mis dos barcas, con mi red y con la de Mel.

Las redes que se usan para rescatar ahogados luego se tiran o se guardan para otras tristes ocasiones.

Poseía unas diez redes para diferentes usos. Las mejores eran las de fondo, porque soportaban grandes pesos y resistían bajo el agua mucho tiempo. Estaban formadas por tres capas superpuestas de mallas gruesas, que aumentaban la capacidad de captura.

Cogí la mejor red de fondo que tenía y nos fuimos para allá.

Estuvimos echando y sacando la red la noche entera. En el fondo del río había de todo, cuerpos de toda clase de animales. Lo peor eran las ramas, porque se enredaban, costaba quitarlas y rompían

las mallas.

Y todo el tiempo tuvimos las manos mojadas, no había ocasión de secarlas, pues no bien terminábamos de limpiar una parte de la red, ya estaba la otra llena, y a ella íbamos, la vaciábamos, volvíamos a la primera…

Al final acudieron Gagarin y los demás para relevarnos. Estábamos agotados, nos caíamos de sueño. Nos tiramos sobre la hierba y nos quedamos dormidos de inmediato.

Hacia las cuatro de la tarde encontramos el cuerpo de Vitali.

Estaba cubierto de cortes y arañazos, tenía el pie derecho roto, con el hueso fuera, y se veía azulado, como ocurre con todos los ahogados.

Avisamos a los de su barrio, que se lo llevaron a casa. Nosotros también fuimos, para explicar lo sucedido. Su madre lloraba desesperada, nos abrazaba a todos a la vez, tan estrechamente que nos hacía daño. Creo que adivinaba, si es que no se lo había dicho algún chaval del Centro, lo mucho que nos habíamos esforzado por hallar el cadáver.

Nos lo agradecía una y otra vez.

—Gracias, gracias por haberlo traído a casa —repetía, y esa idea me conmovía.

No podía mirarla a la cara, pues sentía que no había hecho todo lo posible por encontrar el cuerpo de su hijo.

Todos estábamos consternados. No acabábamos de creernos que el destino nos hubiera arrebatado a una persona como Vitali.

Por eso, siempre que íbamos al Centro pasábamos a visitar a la tía Katia, la madre de Vitali.

No estaba casada: su primer novio, el padre de Vitali, tuvo que alistarse en el ejército y fue enviado a Afganistán, donde lo dieron por desaparecido estando ella embarazada.

Regentaba una especie de bar restaurante y vivía con otro hombre, una buena persona, criminal, que se ocupaba en diversos tráficos ilícitos.

Siempre que íbamos a verla le llevábamos flores, porque sabíamos que le encantaban.

Un día nos dijo que lo que más le gustaría tener era un limonero, así que decidimos regalárselo. Lo malo era que no sabíamos dónde encontrar uno, ni ninguno había visto nunca un

limonero.

No sé quién nos aconsejó que miráramos en los jardines botánicos, donde había toda clase de plantas de climas cálidos. Hicimos nuestras averiguaciones y elegimos el más cercano, el Jardín Botánico de Bélgorod, en Ucrania, en el mar Negro, a tres horas de viaje.

Nos organizamos y hacia allí partimos. Íbamos quince, todos queríamos participar en lo del limonero, porque estimábamos a la tía Katia y deseábamos ayudarla y contentarla en cuanto pudiésemos.

Llegamos al Jardín Botánico de Bélgorod y compramos una única entrada: pasaba uno, iba al baño y por la ventana nos daba el billete, entonces entraba otro, así hasta que estuvimos todos dentro.

Siguiendo a unos escolares localizamos nuestro objetivo. Era un ejemplar no muy grande, poco más alto que un arbusto, con las hojas verdes y tres limones amarillos que se balanceaban al viento.

A Mel se le ocurrió decir que los limones eran de mentira, que los habían pegado para quedar bien y que era un árbol cualquiera. Tuvimos que examinar rápidamente los dichosos frutos para ver si eran auténticos. Yo mismo los olí: sí, olían a limón.

Mel se ganó una hostia de Gagarin y la prohibición de abrir la boca hasta el término de la operación.

Cogimos la maceta con el limonero, subimos al segundo piso de un edificio lindante con el exterior y la arrojamos con cuidado por una ventana sobre la techumbre de un aparcamiento. A continuación saltamos nosotros y corrimos a la estación con nuestro arbolito. Para regocijo nuestro, los limones resistieron los vaivenes y sacudidas del tren y llegaron intactos a su destino…

Cuando le dimos el regalo, la tía Katia se echó a llorar de alegría, o quién sabe si de risa, pues había visto el sello del Jardín Botánico en la maceta, que por despiste no quitamos. El caso es que estaba tan contenta que cuando cosechó el primer fruto maduro nos invitó a todos a tomar té con limón.

También aquel día, el de mi decimotercer cumpleaños, mientras íbamos camino del barrio de la Estación, Mel y yo pensamos en regalarle una planta, de modo que nos dirigimos a la floristería del viejo Bosia.

Siempre que queríamos comprar plantas o flores para la tía

Katia, íbamos a su tienda y le pedíamos que nos anotara el nombre de la que elegíamos a fin de no llevarnos dos veces la misma.

Por cada cinco plantas que adquiríamos, Bosia nos obsequiaba con un pequeño descuento o con bolsitas de semillas tan secas que ya no valían para nada, aunque nosotros las aceptábamos porque luego nos pasábamos por la comisaría y las echábamos en los depósitos de gasolina de los coches policiales aparcados fuera: como las semillas pesaban muy poco y eran muy pequeñas, se quedaban un rato flotando en el líquido y pasaban con él por el filtro, de manera que cuando llegaban al carburador el motor se paraba. Vamos, que hacíamos buen uso de lo que en otras circunstancias habríamos desechado.

El abuelo Bosia era un judío al que todos los criminales respetaban, si bien nadie sabía a qué se dedicaba exactamente, aparte de aquélla floristería (en la que apenas vendía nada), pues llevaba sus negocios con sumo secreto. Se rumoreaba que tenía tratos con la comunidad judía de Ámsterdam y que traficaba con diamantes, aunque nunca se pudo confirmar. Cuando íbamos a su tienda, intentábamos sonsacárselo, cosa que ya se había convertido en una costumbre: nosotros preguntábamos con intención y él eludía la respuesta. Por ejemplo:

—¿Qué, señor Bosia? ¿Qué tal el tiempo en Ámsterdam?

—¿Cómo va a saberlo este pobre judío que no tiene ni radio? —respondía él con indiferencia—. Y aunque la tuviera no podría escucharla, soy ya muy viejo y estoy quedándome sordo… Ay, ¡cuánto daría por volver a ser joven como vosotros, y jugar y divertirme!… Por cierto, ¿qué gamberradas habéis hecho últimamente?

Al final éramos nosotros quienes, como tontos, le contábamos nuestros asuntos, así que nos íbamos con la sensación de que nos había tomado el pelo.

Tenía verdadero talento para enredar y siempre se quedaba con nosotros.

El viejo Bosia no disponía en su tienda ni de muchas plantas ni de bonitos ejemplares, más bien creo que algunos llevaban allí años. Aquel cuchitril oscuro con estanterías de madera estaba atestado de viejas macetas que nadie compraba. Al entrar tenías la impresión de hallarte en plena jungla, muchos ejemplares habían crecido tanto

que se enredaban entre sí y entre todos creaban una especie de enorme y tupida fronda.

Bosia era un anciano enjuto y encorvado, con unas gafas gruesas como blindaje de tanque que le hacían unos ojos grandísimos. Siempre vestía igual: chaqueta negra, camisa blanca con pajarita, pantalones negros con la raya planchada y zapatos negros muy lustrados.

Pese a su edad (era tan viejo que mi padre también lo llamaba abuelo), tenía el cabello negrísimo, bien cuidado, cortado a la moda de los años treinta y con un toque de gomina.

Siempre decía que la mejor arma de un caballero era la elegancia: con ella se podía hacer todo —robar, matar, mentir— sin levantar sospechas.

Cuando sonaba la campanilla de la puerta, Bosia se levantaba de la silla —produciendo un ruido como de viejo engranaje—, salía de detrás del mostrador e iba al encuentro del cliente con unos andares que con los años habían perdido mucha de su gracia y más parecían el paso arrastrado de un hombre mortalmente herido.

Iba al encuentro del cliente, digo, con las manos abiertas como las de Jesús en algunas imágenes sagradas, en señal de aceptación y compasión. Daba risa verlo así, porque ponía una cara ridícula: sonreía pero a la vez miraba entristecido, como un perro sin amo.

Y a cada paso emitía uno de esos ayes típicos de los ancianos achacosos.

Me provocaba a la vez tristeza, ternura y lástima.

Cuando entrábamos, antes de darse cuenta de que éramos nosotros, nos recibía con su cara de santo risueño y quejumbroso, pero en cuanto reconocía nuestros caretos, cambiaba de expresión. La sonrisa dejaba paso a una mueca de fatiga y sofoco, su cuerpo se encorvaba aún más, las piernas se le doblaban un poco y, con un ademán de rechazo, daba media vuelta y regresaba al mostrador mascullando, con voz temblorosa y un deje de ironía, en un ruso contaminado del dialecto judío de Odesa:

—Sob' ja tak zil, opiat' prisli morocit' jaica…

Que significaba: «Menuda vida…», coletilla que los judíos empleaban a cada momento, «ya venís a tocarme las pelotas».

Era su modo de darnos la bienvenida, porque en realidad nos apreciaba mucho.

Bosia también se divertía no dejándose tomar el pelo. Nosotros lo intentábamos siempre, pero él, con su astucia y saber judíos, con su humildad y experiencia, nos engañaba cada vez, aunque en ocasiones sólo caíamos en ello después, cuando ya nos habíamos ido. Era un genio para tratar con la gente, un verdadero genio.

Como siempre se quejaba de estar ciego y sordo, para provocarlo le preguntábamos la hora, esperando que se mirase el reloj de pulsera.

—¿Y para qué quiero saber la hora, cuando soy una persona feliz? ¿No sabéis que las personas felices no cuentan el tiempo, porque cada momento de su vida es placentero? —contestaba sin inmutarse.

Entonces le preguntábamos por qué llevaba reloj, si nunca miraba la hora ni se cuidaba del paso del tiempo.

Con cara de asombro, se miraba el reloj como si lo viera por primera vez y contestaba en tono humilde:

—Pero esto no es un reloj… Si tiene más años que yo, y ni siquiera sé si funciona… —Se lo acercaba al oído, escuchaba un momento y añadía—: Sí, parece que se oye un tictac, aunque no sé si es el reloj o mi viejo corazón…

La esposa de Bosia era una simpática anciana judía llamada Elina. Era una mujer muy inteligente, que había ejercido la docencia muchos años y había sido maestra de mi padre y mis tíos. Todo el mundo hablaba de ella con afecto y aun después de tantos años le guardaban gran respeto. El día que mi padre mató por primera vez a dos policías, ella le dio de bofetadas mientras él se arrodillaba a sus pies y le pedía perdón.

Bosia tenía una hija, la chica más guapa que he visto en mi vida. Se llamaba Faia y se dedicaba también a la enseñanza: era profesora de lenguas extranjeras, inglés y francés. Se crió creyendo que estaba enferma, porque Bosia y Elina siempre le prohibían hacer lo propio de los niños normales alegando que «no estaba bien». No se había casado y vivía con sus padres, era una persona tranquila y encantadora. Tenía un cuerpo divino, caderas y curvas perfectas, esculturales, una boca preciosa, pequeña y de labios entreabiertos, bien perfilados, grandes ojos negros, cabello ondulado que le caía por toda la espalda. Pero lo más espectacular era su manera de moverse, como una gata, con gestos llenos de gracia.

Me tenía loco; cada vez que la veía en la tienda procuraba acercarme a ella con cualquier pretexto, le preguntaba sobre las plantas o lo que fuera, porque quería sentir su presencia a flor de piel.

Ella sonreía y hablaba conmigo de buen grado, porque le resultaba simpático. Pero hasta los dieciséis años no tuve valor para buscar su trato en serio, a propósito de la literatura. Empezamos a quedar, a prestarnos libros, y en poco tiempo llegamos a tener lo que las personas educadas llaman una relación íntima, pero que en mi barrio denominaban, con muy distinta comprensión, «manchar sábanas juntos».

Pero ésa es otra historia.

La que ahora quiero contar es la del viejo Bosia.

De joven, el viejo Bosia era un bander, como llamaban a principios de siglo a los miembros del crimen organizado judío, una palabra que deriva de «banda».

En los años veinte y treinta, las bandas judías de Odesa eran de las más poderosas y mejor organizadas, controlaban todo el tráfico ilícito y los negocios portuarios. Unía a sus miembros un fuerte sentimiento religioso y un código de honor, una especie de reglamento llamado koska, término que en el antiguo dialecto hebreo de Odesa significa «palabra», «ley», «regla». Quebrantar la koska era un buen modo de suicidarse.

A mediados de los años treinta, el gobierno soviético emprendió una lucha sistemática contra la criminalidad en todo el territorio, y a Odesa, una de las ciudades más afectadas por la delincuencia y el crimen organizado, enviaron unas brigadas especiales que practicaban un tipo de lucha llamada podstava, que significa «hecho adrede», y que consistía en infiltrar agentes para sembrar la discordia entre las bandas.

¿Quién iba a decirle a Donnie Brasco, el famoso gánster cinematográfico interpretado por Johnny Depp, que ya sus precursores soviéticos ya utilizaban agentes secretos no para obtener información, sino para meter cizaña entre los mismos criminales, que se asesinaban unos a otros a mansalva? No se lo habría ni imaginado.

Por este medio fueron eliminadas muchas bandas y comunidades criminales de Odesa. La única que se salvó fue la judía, porque no

había policías judíos y ningún agente conocía la cultura, la lengua y las tradiciones judías lo suficiente como para hacerse pasar por uno de ellos.

Cuando más tarde el poder policial creció tanto en Odesa que empezó a representar también una amenaza para los judíos, éstos se unieron en dos grandes bandas de miles de miembros. Una, la más famosa, tenía por jefe al legendario criminal Benia Krik, alias el Rey, y se dedicaba principalmente a asaltos y robos; la otra la encabezaba un viejo criminal de nombre Buba Bazic, alias el Bizco, y sólo se ocupaba de tráficos financieros ilícitos.

Estas dos organizaciones funcionaban perfectamente, al punto de que la policía no pudo nada contra ellas: muy pronto se adueñaron de Odesa y la comunidad judía pasó a ser una de las más poderosas del sur de la Unión Soviética, sobre todo en Ucrania.

En octubre de 1941, cuando las fuerzas de ocupación alemanas y rumanas entraron en Odesa, la mayor parte de los judíos fueron deportados a campos de concentración y exterminados.

Los criminales se incorporaron a las cuadrillas de partisanos y se escondieron en las galerías subterráneas que recorrían toda la ciudad y llegaban al mar. Atacaban de noche, con acciones de sabotaje: volaban líneas férreas, hacían descarrilar trenes cargados de armas y provisiones, incendiaban y hundían barcos, secuestraban y mataban a altos oficiales alemanes, sorprendiéndolos muchas veces en la tierna compañía de las prostitutas de Odesa, que para la ocasión se habían transformado en eficientes espías.

Bosia era uno de los resistentes de aquellos subterráneos.

Algunas veces, en la tienda, nos hablaba de la resistencia en Odesa, de que habían vivido en aquellas galerías durante años sin ver la luz del día, que los alemanes las hacían saltar por los aires, pero ellos, sacudiéndose el polvo, excavaban nuevos pasajes y seguían con sus sabotajes.

A su mujer la conoció en aquellos túneles, donde se había refugiado con su familia judía, liberada por los partisanos. Se enamoraron y se casaron allí, bajo tierra. Contaba, medio en broma y medio en serio, que cuando acabó la guerra y salieron de las galerías habían olvidado cómo era la luz solar, y que su joven mujer se quedó mirándolo y le dijo: «No me había fijado en que tenías la nariz tan larga».

Deseaban un hijo, pero aunque lo intentaron durante años no lo consiguieron, lo que los entristecía mucho. En vano probaron todos los remedios, hasta que por fin decidieron visitar a una vieja gitana que vivía con una sobrina ciega. La gitana tenía fama de curar con magia y métodos populares, era una especie de hechicera buena. Les aseguró que ninguno de los dos padecía enfermedad alguna, que lo único que tenían eran malos recuerdos, y les aconsejó que dejaran Odesa y se mudaran a un lugar donde nada los atase al pasado.

Durante mucho tiempo desoyeron el consejo de la gitana, pues les resultaba muy difícil separarse de la comunidad. Hasta que, a finales de los años sesenta, decidieron establecerse en Bender, mi ciudad, donde Bosia montó su tienda y se dedicó a esos misteriosos negocios de los que nadie sabía nada concreto y con los que pronto se enriqueció.

Cuando Bosia y su mujer tenían edad para ser abuelos, nació Faia.

Formaban una bonita familia y, como comentaba el anciano Kuzia, eran «gente que sabía vivir feliz».

Pues bien, como iba diciendo, aquella fría mañana de febrero nos pasamos por la floristería de Bosia a comprarle una planta, y él nos recibió con buenas palabras, como siempre:

—¿Es que no tenéis nada mejor que hacer con este frío?

Decidí hablar yo, pues entre Mel y el viejo Bosia no sería fácil el diálogo.

—Venimos por la tía Katia, negocios nuestros, vamos.

Bosia me miró por encima de las gafas.

—Pues menos mal que hacéis negocios, ¡llevo media vida entre estas cuatro paredes y no he hecho ninguno!

Me di por vencido de antemano, sin entrar en el duelo de ironías, porque querer ganarle era como disputar una carrera con un guepardo.

Como de costumbre, empujó con ademán indolente un platito de unos asquerosos caramelos que tenía, duros como piedras, y nos invitó a tomar de ellos. No ignoraba que sabían fatal, era una especie de broma ritual. Nosotros siempre aceptábamos, nos llenábamos los bolsillos y él nos miraba sonriendo y decía:

—Comed, comed, muchachos, pero no os rompáis los dientes…

Cuando su mujer lo sorprendía gastándonos esta broma cruel, se enfadaba y nos obligaba a tirar los caramelos a la basura. Entonces nos llevaba a su casa y nos invitaba a té y a unas pastas rellenas con crema de mantequilla que eran las mejores del mundo.

Meses antes yo había revelado a Bosia el secreto de los caramelos y el viejo había quedado sorprendido, porque durante todos aquellos años había creído que nos los comíamos. «Los usamos —le conté— a modo de proyectiles para nuestros tirachinas». Proyectiles que disparábamos, concretamente, contra los cristales de la comisaría: aquellos caramelos eran armas mortíferas, sobre todo los de frambuesa. Un día, jugando, le había dado con uno a Mel en la rodilla y se le hinchó tanto que durante seis meses estuvieron sacándole líquido con una jeringa.

Mel y yo tomamos unos caramelos en silencio y elegimos la plantita que regalaríamos a la tía Katia.

Pero hablando de tirachinas, no puedo menos que explicar cómo eran los nuestros.

Cada cual se fabricaba el suyo, por lo que todos eran distintos y de algún modo reflejaban la personalidad de su dueño. La horquilla debía ser única y exclusivamente de madera; las finas y flexibles pero resistentes eran un lujo. Cada cual tenía su secreto, y si a alguno le gustaba el tirachinas de otro, podía comprárselo o pedir que le regalara uno en prenda de amistad.

El tirachinas debíamos llevarlo siempre con nosotros, como la navaja, hasta los trece o catorce años, cuando lo reemplazábamos por la pistola. Aunque yo lo llevé más tiempo, hasta los dieciocho.

En Siberia, mi abuelo hacía pipas con raíces de árboles o arbustos autóctonos. Me ayudó a encontrar la madera ideal para los tirachinas: era mi gran secreto técnico, que mis amigos intentaron muchas veces sonsacarme sin éxito, pues siempre me resistí como un valiente partisano soviético prisionero de los nazis.

Las horquillas de mis tirachinas eran las más finas de todas, y los extremos a que se ataban las gomas eran cortísimos y estaban muy juntos, lo que permitía tiros más largos y certeros, porque las gomas funcionaban en perfecta concomitancia.

Las gomas en general eran tiras de viejas cámaras de rueda de bicicleta, aunque no siempre resultaban satisfactorias. Las mejores eran las hemostáticas que había en los botiquines militares, las que

se usan para apretar las venas y detener las hemorragias. Debidamente ajustadas, tenían una potencia de tiro mortífera: a una distancia de cien metros, una china o una bola de hierro de catorce milímetros de diámetro —o un caramelo del abuelo Bosia— hacía un buen orificio en el cristal de una ventana y hasta podía romper un objeto dentro de la estancia. Sin embargo, la mejor goma la descubrí yo: era la de las caretas antigás del ejército soviético.

Aunque atar la goma era algo que todos sabíamos hacer, yo lo hacía de una manera harto compleja y más segura: las mías nunca saltaban (y jamás me dieron en la nariz o el ojo, que duele a rabiar). Daba a la goma cien vueltas con un hilo fino, en el que luego practicaba un simple nudo de pescador, y para mayor seguridad lo untaba todo con miga de pan masticada, una especie de engrudo que impedía que el hilo se secase.

En mitad de la goma se colocaba un trozo de cuero donde se alojaba el proyectil. Usaba un cuero resistente pero no muy grueso, porque los gruesos formaban pliegues y acababan rasgándose.

Aunque lo importante era tener un buen tirachinas, también había muchos truquitos para mejorar su capacidad balística. Yo, por ejemplo, cuando me era posible, mojaba la horquilla antes de tirar, con lo que se ablandaba un poco y uno podía forzarla seguro de que no se rompería. Luego empecé a untar también las ligaduras, para evitar las posibles perturbaciones causadas por el rozamiento del material seco, que podían restar precisión al lanzamiento.

Fue idea mía usar el tirachinas para incendiar los coches de policía estacionados en el aparcamiento de la comisaría. Rodeaba el recinto una tapia altísima, y si queríamos arrojar algo dentro teníamos que acercarnos mucho, con lo que nos arriesgábamos a ser vistos y apresados. Los cócteles molotov convencionales pesaban demasiado, y cuando intentábamos lanzarlos por encima de la tapia se estrellaban siempre a la mitad; en tales ocasiones nos mirábamos cabizbajos y lamentábamos que, con lo que nos había costado fabricar aquellas bombas, al final nos tocara verlas arder allí inútilmente. Estábamos ya perdiendo la esperanza cuando un día, mirando en el mueble bar de mi tío, me topé con unas botellas de licor pequeñas, botellitas para alcohólicos enanos. Las vacié todas —mi tío estaba en la cárcel y en cualquier caso no me habría regañado, pues yo lo hacía por una buena causa— y con ellas

fabriqué minicócteles molotov. Luego preparé un tirachinas apropiado, algo más grande de lo normal, y lo sometí a las pruebas pertinentes, que superó con creces; entonces dispuse una caja llena de esos minimolotov (que llamábamos «botellines») y fabriqué otra docena de tirachinas como el primero.

Nos apostamos en una vieja imprenta abandonada próxima a la comisaría, que ofrecía una excelente vista sobre nuestro objetivo, y cual batería de cañones lanzamos la primera andanada. Los tiradores éramos diez; tensábamos el tirachinas cargado con el botellín y un compañero, con un mechero en cada mano, encendía dos botellines cada vez. Aquello era un verdadero fuego graneado, hasta me parecía oír silbar las botellitas como balas, y cuando las veía superar la tapia del aparcamiento y las oía estallar al otro lado, y me llegaban las voces de los polis y veía las primeras nubes de humo, me echaba a llorar de pura alegría.

Era una posición de tiro ideal: antes de que el enemigo se diera cuenta de lo que pasaba, ya habíamos despachado toda la munición y partido tranquilamente en bici.

En la ciudad no se hablaba de otra cosa.

—Han atacado la comisaría —decía uno.

—¿Quiénes? —preguntaba otro.

—Parece ser que unos desconocidos —contestaba un tercero.

Y nosotros nos sentíamos protagonistas y cada vez que oíamos comentar el asunto me entraban ganas de proclamar: «¡¡¡Hemos sido nosotros!!!».

Estaba, ni que decir tiene, orgullosísimo, me sentía un genio y por algún tiempo me comporté con mis amigos como un general con su ejército.

Incendiamos varias veces más el patio de la comisaría, hasta que al final lo cubrieron con una red metálica por la que nuestros minicócteles molotov no pasaban; muchos rebotaban en la malla y, ¡plaf!, caían al suelo junto a la tapia, a veces sin explotar. Perdimos el interés.

Estuvimos un tiempo discurriendo qué otra cosa podríamos hacer, hasta que de pronto habíamos crecido y alguien propuso matar a los policías directamente con pistolas. También esto era interesante, pero no tanto como quemarlos con las bombitas incendiarias, armas que tenían algo de medieval y con las que nos

sentíamos como nobles caballeros combatiendo contra dragones.

Camino, pues, del bar de la tía Katia con nuestra hermosa planta, cruzamos un puente que se llamaba de los Muertos. Entonces no era sino un trecho de asfalto donde despuntaban viejas piedras, pero en tiempos había sido un verdadero puente. Cuando lo destruyeron, primero lo cubrieron de tierra y luego lo asfaltaron, pero por alguna inexplicable razón las antiguas piedras acababan levantando el asfalto y asomando a la superficie. Daba impresión ver aquellos bultos negros y deformes surgir entre el pavimento agrietado. Un viejo del barrio me contó que el misterio tenía fácil explicación: era un «error de ingeniería». Yo, en cambio, me creía más la historia que atribuía aquel extraño movimiento de las piedras del puente de los Muertos a un fenómeno sobrenatural.

Se contaba que en el siglo XIX vivía en mi ciudad un aristócrata rico y con fama de conde Drácula que explotaba a los trabajadores. Un día violó a una joven campesina, que al contrario de otras muchas antes que ella, en vez de callar, y aun a riesgo de ser despreciada y deshonrada, contó la verdad y denunció al violador públicamente. Lejos de repudiarla, la gente la apoyó y, validos de ese pretexto, campesinos y trabajadores se rebelaron contra el noble explotador. Se dirigieron a su palacio, mataron a los guardias, irrumpieron en sus aposentos, lo sacaron de la cama, lo arrastraron a la calle y allí, a patadas y puñetazos, le dieron muerte. Ataron luego su cuerpo a la verja del palacio y no permitieron que sus parientes lo sepultaran: allí debía pudrirse, decían.

Al día siguiente la revuelta fue sofocada. Pero la gente dijo que si retiraban de la verja el cuerpo del señor y lo enterraban en sagrado, caería una maldición sobre toda la familia. No hicieron caso del aviso, claro está, de modo que el noble fue enterrado con todos los honores, como un héroe caído en combate. A los pocos meses su mujer enfermó y murió. Poco después, el primogénito, ya un hombre, perdió la vida al caer del caballo. No mucho más adelante también la hija falleció mientras daba a luz a su primer vástago, que tampoco sobrevivió.

Abandonado, pues nadie quería vivir en él, el palacio pronto se arruinó. Los campesinos ocuparon las tierras del señor y sobre las tumbas de su familia erigieron un puente, llamado por eso puente de los Muertos.

Desde entonces, cuenta la leyenda, los fantasmas de los familiares se reúnen para sacar de la tierra el cuerpo de aquel hombre cruel y atarlo de nuevo a la verja, poniendo así fin a la maldición que les impide reposar en paz. Pero como sobre la tumba se construyó el puente, lo más que en una noche pueden hacer los fantasmas es levantar unas cuantas piedras, que al día siguiente el paso de la gente vuelve a hundir.

De críos solíamos ir a cazar aquellos fantasmas. Para armarnos de valor nos llevábamos la navaja, así como varios objetos mágicos siberianos, tales como una pata de seca oca o una mata de hierba cogida de la orilla del río en una noche de luna llena.

Escondidos en una zanja, los aguardábamos. Entreteníamos la espera contándonos historias de terror y casos misteriosos, que debían meternos miedo y tenernos bien despiertos, mas pronto acabábamos durmiéndonos, uno tras otro.

—Tíos, si veis algo despertadme —pedía el primero que caía rendido.

Al final todos roncábamos como lirones en el fondo de aquella zanja.

A la mañana siguiente, el último en conciliar el sueño contaba a los otros lo que le daba la gana.

Y los demás, claro está, se enfadaban:

—¿Y por qué no nos despertaste, capullo?

—Porque me quedé de piedra, no podía moverme ni abrir la boca —contestaba el otro.

Mel nos dijo una vez que los fantasmas lo habían raptado y se lo habían llevado volando por la ciudad. Me imaginaba a mi amigo surcando los aires con aquellos nobles fantasmas de antaño y me sobrecogía de verdad.

Siempre que pasábamos por allí le recordaba a Mel la historia de su vuelo, y él me miraba boquiabierto y decía:

—¿Es que quieres reírte de mí?

Yo, en efecto, me echaba a reír y enseguida batía los brazos como si volara, y él, sin poder contenerse, también empezaba a desternillarse.

Batiendo los brazos atravesamos el puente de los Muertos y llegamos por fin a la calle en que estaba el restaurante de la tía Katia.

La encontramos atendiendo a la clientela, viejos criminales que vivían solos y comían en su local a diario. Eran hombres que habían pasado tanto tiempo en la cárcel que estaban acostumbrados a hacer vida en común, por lo que buscaban la compañía de otros delincuentes, aunque fingieran fastidio por tener que soportarse unos a otros. Tenían siempre una expresión de dolor, aunque esto no era simulado, sino su cara verdadera. Creo que sentían nostalgia de la cárcel y hasta del sufrimiento con que se habían habituado a vivir largo tiempo. Seguían haciendo vida de reclusos aunque llevaban muchos años en libertad. Bastantes de ellos no habían podido reintegrarse al mundo libre. Casi todos vivían en pisos pequeños, las paredes de cuyos baños y cocinas echaban abajo para que quedara una pieza única, como las celdas. Conocía a ancianos que hasta ponían alambre de espino y barrotes en las ventanas, porque sin ellos no estaban cómodos ni podían conciliar el sueño. Otros dormían en camastros de madera como en la cárcel y tenían el grifo siempre abierto, igual que en las celdas. Su vida fuera de la prisión era un fiel trasunto de la que hacían dentro. Cosa curiosa: se supone que una persona que ha pasado muchos años malviviendo en la cárcel está deseando salir para gozar de la buena vida en libertad, y en cambio aquella gente daba la impresión de que los hubieran despojado de su identidad para arrojarlos a un mundo extraño.

La tía Katia toleraba que todos aquellos criminales recreasen en su local la vida carcelaria porque, además de ser clientes, los estimaba y, como solía decir, «No seré yo quien quiera reeducar a un anciano».

Así que cuando uno entraba en aquel restaurante tenía la impresión de hallarse en una cárcel.

Se notaba ya por cómo estaban sentados: con la cabeza gacha, igual que si algo les impidiera alzarla. Éste es un buen modo de reconocer a un exrecluso: siempre tienen la cabeza baja, porque en la cárcel se han pasado gran parte del tiempo sentados en la cama con cuidado de no darse en la litera de arriba. Incluso a quienes han estado poco tiempo en prisión les cuesta desacostumbrarse.

Siempre estaban jugando a las cartas, aunque no con una baraja normal sino con kolotuski, naipes hechos en la cárcel, pintados a mano.

Todos iban vestidos igual, de gris, y también llevaban puesta una fufaika, la clásica chaqueta gruesa, pesada y muy abrigada.

Como en la prisión, fumaban un cigarrillo que se iban pasando, aunque cada cual podía tener el suyo, y en medio de aquel humo que colmaba el local se veían sus caras devastadas, con una expresión que era un eterno interrogante, con la extrañeza de haber sido golpeados por un hecho inexplicable; miraban con unos ojos desorbitados que te calaban hasta conocerte mejor que tú mismo.

Entre ellos hablaban en jerga y en fenia, la vieja lengua criminal siberiana, pero conversaban poco y en voz baja, más bien se comunicaban mediante gestos, casi todos secretos.

Llamaban a la tía Katia «mamá», lo que ponía de manifiesto su importancia y autoridad.

Seguían observando muchas normas de conducta propias de la cárcel, por ejemplo, no iban al baño cuando alguno comía o bebía, aunque el baño no estuviera en la misma pieza, sino al fondo del patio. Tampoco hablaban de política, religión ni rivalidades nacionales.

Existía una rigurosa jerarquía: los de mayor autoridad se sentaban en los mejores sitios junto a las ventanas, mientras que los demás ocupaban las mesas más próximas a la puerta. Los «desechos» y los «rebajados» no eran admitidos allí: en libertad no se está obligado a compartir el espacio como en la cárcel. Y sólo había dos o tres «sextos», que eran una especie de esclavos que desempeñaban funciones indignas de un delincuente: como podían tocar el dinero, pagaban las consumiciones de todos del fondo común. Cuando alguno se quedaba sin tabaco, el «sexto» debía apresurarse a conseguírselo, y aunque por este servicio se lo remuneraba, también eran tratados con cierto desdén, no por ofenderlos, sino para recordarles su puesto en la escala jerárquica. Causaba impresión ver a estos ancianos tratados como chiquillos, siempre atentos, pendientes de quien pudiera necesitarlos. Entregaban el tabaco inclinándose y con expresión humilde, y luego esperaban a que el criminal de más autoridad abriera el paquete y le ofreciera un cigarrillo en pago del servicio, tras lo cual, dando las gracias, volvían a su sitio caminando hacia atrás, como los cangrejos, para no dar la espalda a las personas a quienes acababa de servir.

Quien entraba en el local de la tía Katia, pues, debía atenerse a las reglas carcelarias y comportarse como si se hallara en una celda de verdad. Podrá parecer una tontería, pero para aquellos viejos exreclusos esto era una muestra de respeto, un modo de darles a entender que el visitante iba en son de paz y sabía lo que se hacía.

Cuando se entra en una celda hay que saludar dignamente. No se puede decir sin más «Hola» o «Buenos días», porque en este caso los criminales entienden que quien entra no conoce su cultura y a lo mejor lo toman por «uno de paso», por alguien que nada tiene que ver con ellos, y no le hablarán ni se darán por enterados de su presencia. Se saluda de la siguiente manera: se abre la puerta, se da un paso al frente, uno solo, y se dice «Haya paz en vuestra (o nuestra) casa», o «Paz y salud para los honestos vagabundos» (variante ésta de efecto seguro, de criminal auténtico), o «Buena salud para la honesta compañía», «Es la hora de vuestras alegrías»… en fin, existen numerosas fórmulas de salutación conocidas y usadas en el mundo delictivo. Pronunciado el saludo, es fundamental seguir quieto y esperar la respuesta. Por lo general, los criminales no contestan de inmediato, dejan pasar unos instantes para ver cómo reacciona el recién llegado. Si éste sabe comportarse, se mantendrá tranquilo, con la mirada al frente sin posarla en nadie, inmóvil y a la espera. Al final el criminal de mayor autoridad, o uno de sus hombres, contesta siempre con la fórmula: «Bienvenido seas con honestidad» o «Que el Señor te guíe» o «Entra con el alma».

Lo primero es entonces saludar personalmente al criminal de más autoridad. Yo aquella vez sabía quién era: se encontraba sentado junto a una de las ventanas a un extremo del local, donde siempre estaba con los suyos.

Todos los presentes pertenecían a la casta de los Hombres, que en la jerarquía criminal se denomina también Semilla Gris. Eran criminales recalcitrantes, borrachos, ladrones y asesinos, que por motivos personales no habían querido incorporarse a Semilla Negra, casta que constituía una especie de «nobleza» entre los delincuentes.

Las comunidades de delincuentes libraban una eterna lucha, por intereses distintos, mas con un mismo objetivo final: el poder.

Semilla Negra era una casta joven pero poderosa, fundada en la idea del sacrificio personal. Sus miembros se presentaban como hombres puros e íntegros que dedicaban su vida al bienestar de los

presos. Rendían culto a la cárcel, a la que familiarmente denominaban «casa», «iglesia», «madre», y se alegraban de acabar en ella para toda la vida, al contrario del resto de las castas, incluida la de los urcas siberianos, que despreciaban la prisión y sobrellevaban la privación de libertad como una desgracia.

Como en sus filas figuraba la peor canalla, Semilla Negra era la casta más numerosa del mundo criminal ruso, y por uno que había sabio y bueno, veinte eran necios, sádicos y bravucones. Por este motivo muchos se negaban a compartir sus ideas.

Había también otra casta de lo más peculiar: Semilla Roja, que colaboraba con la policía y creía en los infundios que propalaban las autoridades penitenciarias, como la llamada «recuperación de la personalidad». Se los llamaba «cornudos», «rojos», «compañeros», sucha, padla, calificativos sumamente desdeñosos en la comunidad criminal.

Entre una y otra casta se encontraba la llamada Semilla Gris, que era neutral. Aunque colaboraba con la policía, observaba las reglas de la vida criminal, pero sin las responsabilidades ni sobre todo las ideas de Semilla Negra, porque ir a la cárcel les hacía muy poca gracia.

Los miembros de Semilla Negra estaban obligados a renegar de sus parientes y no podían tener casa ni familia. Como todos los demás criminales, profesaban el culto a la madre, pero muchos de ellos no sólo no respetaban a la propia, sino que incluso la trataban mal. He conocido muchos tipos que, estando en reclusión, no dejaban de repetir con vehemencia y bonitas palabras que sólo echaban de menos a su madre, pero en cuanto salían únicamente iban a verlas para sacarles lo que podían y aun para robarles, por aquello que manda una de sus reglas: «Todo blatni —es decir, todo miembro de Semilla Negra— debe llevarse de su casa lo que pueda, sólo así demuestra que es honesto de verdad». Una locura, robar a los padres, amenazarlos, incluso matarlos. Una vida breve y violenta, como ellos mismos la definían: «Vino, juego, mujeres y que se hunda el mundo», sin compromiso moral ni social alguno. Existencias transformadas en un espectáculo continuo en que deben mostrar siempre y solamente el lado negativo y primitivo de su naturaleza.

Entre Semilla Gris y Semilla Negra existe un equilibrio hecho de

treguas; los Hombres son más numerosos, pero los blatni están mejor organizados en la cárcel.

La jerarquía de la casta de los Hombres no es como la de Semilla Negra: aquélla respeta la ancianidad y la profesión, y en lo más alto del escalafón se hallan quienes más se arriesgan, atracadores y asesinos de policías, seguidos de ladrones, estafadores, tramposos y demás.

Los Hombres toman decisiones consensuadas y siguen reglas parecidas a las siberianas, aunque se mantienen más neutrales. Su lema es: «Nuestra casa está fuera del pueblo». Sus unidades criminales no se llaman bandas sino «familias», que forman también en prisión, y en las cuales rige la igualdad entre sus miembros y todo se comparte; en caso de necesidad, las familias se unen y adquieren un poder ilimitado. Casi todos los motines carcelarios los promueven ellos.

El anciano de mayor autoridad que había en el bar, al que yo debía saludar personalmente antes de nada, se llamaba tío Kostic, alias Schaber.

Era un criminal viejo y experimentado, conocido en todo el país; en mi comunidad y mi familia siempre se referían a él con gran afecto. De carácter tranquilo y pacífico, hablaba pausada y humildemente, y resultaba muy grato escucharlo. Siempre se mostraba claro y directo, si debía decirle algo a alguien no se andaba con rodeos. Vivía con su madre, una anciana más vieja que Matusalén, que se movía despacio pero estaba en plena forma; poseían una casa y algunas tierras. El tío Kostic tenía muchas palomas y a veces yo iba a verlo para cambiar ejemplares; generoso como era, siempre me regalaba alguna, me invitaba a chifir y me contaba cosas de su vida. Una hija suya vivía en alguna parte de Rusia, pero no la veía hacía tiempo, lo que creo que le hacía sufrir mucho.

Me contaba que de joven no había sido delincuente, sino que había trabajado en una gran serrería cortando troncos. Pero un día un compañero, empujado por un tronco, cayó sobre una gran sierra, que lo cortó en dos. El capataz no permitió que dejaran de trabajar, por lo que tuvieron que seguir cortando madera salpicados de la sangre del compañero. Desde entonces odiaba el comunismo, el trabajo colectivo y todo cuanto representaba el sistema soviético.

Su primera condena de cárcel se basó en un artículo del código penal soviético llamado «ocioso», según el cual los desempleados podían ser juzgados como criminales. Kostic fue condenado a tres años de prisión, que pasó en una penitenciaría común de la ciudad de Tver. En aquel momento había guerra entre castas, Semilla Negra estaba por hacerse con el control de las prisiones y no pocos se oponían a este cambio, por lo que la sangre corría a raudales. Kostic procuró mantenerse al margen y no tomar partido por ningún bando, pero no tardó en comprender que en prisión era imposible vivir por cuenta propia. Simpatizaba más con los Hombres que con los blatni porque, según decía, «son simples y no tratan de obtener nada por la fuerza y el avasallamiento, prefieren usar las palabras y el sentido común». En la cárcel se adhirió a una familia que intentaba mantenerse neutral y no se decantaba por ningún contendiente, hasta que un día asesinó a uno de sus ancianos criminales un joven blatnói que esperaba así debilitar la casta de Semilla Gris con el propósito de captar a sus miembros en provecho propio.

Los Hombres decidieron entonces oponer una especie de resistencia pacífica, pero cuando comprendieron que eso no llevaba a ninguna parte optaron por tomar las armas; armas que resultaron ser cuchillos. Como muchos de ellos trabajaban en las cocinas de la cárcel y como peluqueros (los blatni no trabajaban, iba contra sus reglas), les costó poco armarse de armas blancas y tijeras e hicieron una escabechina entre los Semilla Negra.

Kostic sabía manejar un cuchillo: se había criado en el campo, de muchacho había aprendido a sacrificar cerdos con un viejo matarife, excombatiente de la Primera Guerra Mundial que apiolaba a los animales con una bayoneta. Kostic se ganó el sobrenombre con sus primeros muertos, al empezar sus compañeros a llamarlo con el nombre de un cuchillo. Salió de la cárcel sabiendo a qué se dedicaría, y así empezó su larga carrera de asaltador de barcos en los ríos Volga, Don y Danubio.

Con el tío Kostic podía hablar libremente, sin tener que observar mayores normas de conducta. Desde luego, me mostraba deferente como con cualquier anciano de autoridad, pero también me permitía ciertas confianzas, hasta el extremo que le contaba mis aventuras y le formulaba muchas preguntas, cosa atípica en la

comunidad criminal.

A menudo me pedía que le recitara poemas de Esenin, Lermontov, Pushkin, que me sabía de memoria.

—¿Habéis oído? ¡Este muchacho será algún día un hombre inteligente, con estudios! —decía a sus compañeros cuando yo terminaba—. Que Dios te bendiga, hijo mío. Vamos, repíteme el del águila enjaulada…

Era su poesía preferida, de Pushkin, obra en que se compara a un preso con una joven águila criada en cautiverio y obligada a vivir en una jaula estrecha. Yo la recitaba con voz enérgica, él me miraba a los ojos como buscando algo que debía llegar y nunca llegaba, y repetía mis palabras moviendo levemente los labios. Cuando terminaba, con los versos: «¡A volar, echemos a volar! Somos aves libres, ¡hora es, hermano, de volar! Hacia donde la montaña blanquea tras las nubes; hacia donde el azul del mar es más intenso; hacia donde vuelo solo con el viento…», se llevaba las manos a la cabeza y declamaba en tono teatral:

—¡Sí, es verdad, así es! Pero si volviera a nacer, haría lo mismo…

Yo comprendía en esos momentos lo sencillo que era, y cuán bella y en cierto sentido pura era su simplicidad.

Un día Kostic mató a golpes a una pareja de jóvenes drogadictos que vivían en el Centro, porque habían dejado morir de hambre a su hijo de cuatro meses, abandonado en un rincón del apartamento, entre trapos y ropa sucia.

A la pareja se la conocía en la ciudad por su comportamiento chulesco y su arrogancia. La chica era bastante guapa, vestía y se comportaba de manera muy provocativa. El marido, hijo del director de una fábrica de automóviles de una gran ciudad de Rusia central, era un estudiante fracasado, toxicómano y camello, que tenía harta a mucha gente por vender su veneno a los jóvenes.

Sus vecinos, que llevaban un tiempo notando que el pequeño adelgazaba más y más y lloraba sin parar, los vieron una mañana salir sin el bebé y entrar en un bar, donde se pasaron todo el día. Sospechando que algo pasaba, echaron la puerta abajo y encontraron el cuerpecillo sin vida. Aquello sublevó los ánimos.

La turba quiso linchar a la pareja, y lo habrían hecho de no ser por el guardián del barrio, que amparó a los drogradictos en su casa

alegando que debían ser juzgados según las leyes criminales. Lo que en realidad quería el guardián era chantajear al director de la fábrica para obligarlo a pagar a cambio de la vida de su hijo. Todo el mundo sospechó la verdad pero calló. Todos menos Kostic.

Kostic hizo un gesto heroico: se presentó solo en casa del guardián, a pecho descubierto y sin más arma que un bastón. Los secuaces de éste le dieron el alto y lo amenazaron con la fuerza.

—¿Queréis pegarle a ella? —se limitó a decir, al tiempo que se señalaba la imagen de la Virgen con el Niño que llevaba tatuada en el pecho. Los otros lo dejaron pasar. A bastonazos mató a aquel par de padres degenerados y luego arrojó los cuerpos a la calle, donde la gente arremetió conta ellos a puntapiés hasta dejarlos reducidos a un amasijo de carne.

El guardián se enfureció, pero ya media hora después las personas con más autoridad de la ciudad, entre ellas el abuelo Kuzia, dieron la razón a Kostic y aconsejaron al guardián una solución simple y drástica: suicidarse.

A la semana siguiente se presentó en Bender el director de la fábrica con intención de vengar al hijo. Era evidente que sabía poco de mi ciudad, pues vino acompañado de una cuadrilla de gente armada, entre polis fuera de servicio y militares, a quienes contrató para llevar a cabo su venganza. Pues bien, todos desaparecieron en un callejón, junto con sus tres todoterrenos. Nadie vio ni oyó nada; entraron en la ciudad y ya no salieron.

Estuvieron buscándolos un tiempo, pusieron anuncios en la prensa, hasta apareció en la televisión la mujer del director suplicando a quien supiera algo que hablara. Fue en vano; como decimos nosotros, «se ahogaron sin dejar siquiera ondas en el agua».

Cuando preguntaba al abuelo Kuzia, no de manera directa, claro, sino con algún circunloquio, si creía que aquel hombre había muerto justamente, me contestaba con una frase que debía de gustarle mucho, pues siempre la repetía:

—Quien entre nosotros vive con la espada, por la espada muere.

Y me sonreía como de costumbre, aunque con la mirada misteriosa de quien se guarda muchas cosas para sí.

Mel y yo nos dirigimos a la mesa del tío Kostic, yo a paso resuelto, Mel siguiéndome más incierto. El tío Kostic nos invitó enseguida a sentarnos con él. Era un gesto generoso y aceptamos al

instante.

Acudió la tía Katia y nos comió a besos.

—¿Cómo estáis, hijos míos? —nos preguntó con su voz angelical.

—Bien, gracias, tía… Pasábamos por aquí y nos hemos dicho: vamos a ver cómo están o si necesitan algo…

—Pues aquí estamos yo y mis clientes, gracias a Dios… —Y echó al tío Kostic una mirada afectuosa.

Él le tomó la mano y le besó la palma como se estilaba en los viejos tiempos, en muestra de cariño a una mujer, generalmente la madre o la hermana.

—Que Jesucristo sea contigo, madre, gracias a ti y a tus cuidados respiramos —dijo—. Perdónanos por todo, Katiusha, somos viejos pecadores, perdónanos por todo.

Era un auténtico espectáculo contemplar aquellas sencillas y a la vez ostentosas muestras de respeto y amistad entre personas con destinos tan distintos, unidas por la soledad en un mundo caótico.

La tía Katia se sentó con nosotros. El anciano seguía teniéndole la mano cogida y miraba lejos, más allá de nuestras cabezas.

—Mi hija debe de tener tu edad, ¿lo sabías, Katia? —comentó el hombre—. Espero que esté bien, que haya encontrado su camino y que sea una senda buena y justa, distinta de la mía…

—Y de la mía… —contestó la tía Katia con voz un tanto temblorosa.

—Dios me perdone, tonto de mí. Pero qué digo… Que Dios te ayude, Katiusha…

Ella no contestó, estaba a punto de llorar.

Los demás no podíamos sino callar y escuchar; la atmósfera estaba cargada de sentimientos puros y profundos.

Eso era lo que me gustaba de aquel mundo, por violento y brutal que fuera; allí no cabían falsedades, mentiras ni hipocresías: todo era absolutamente verdadero y sincero, la verdad se presentaba espontánea, sin estudio ni afectación: la gente era auténtica.

—Tía Katia, te hemos traído una cosa… —dije tras la breve pausa.

Mel puso en la mesa la bolsa con la planta, que el tío Bosia había envuelto en unos trapos para protegerla del frío.

Ella la desenvolvió y una sonrisa le iluminó la cara.

—¿Te gusta?

—Es preciosa… Gracias, muchachos. Me la llevo ahora mismo al invernadero, que con este frío… —Y se marchó con la maceta.

Nosotros estábamos contentos, nos parecía que habíamos hecho una hazaña.

—Muy bien, chicos —nos dijo el tío Kostic—. No olvidéis nunca a esta santa mujer, porque sólo Dios sabe lo que se siente al perder a un hijo…

Cuando ella volvió del invernadero notamos que había estado llorando. Nos abrazó.

—Y ahora, ¿qué puedo daros de comer?

Era una pregunta retórica, pues cuanto cocinaba estaba buenísimo. No nos lo pensamos dos veces: pedimos sopa roja con nata ácida y pan de trigo, un pan negro como la noche y muy sabroso.

Trajo una olla llena y la puso en medio de la mesa; la sopa estaba tan caliente que el vapor casi podía cortarse. Nos servimos con un gran cucharón y añadimos una cucharada de nata ácida, que era densa y amarillenta de la mucha grasa que contenía. Y empezamos a comer: cucharadas de sopa y bocados de pan negro untado de ajo y mantequilla.

Mel era capaz de acabarse él solo una olla entera, comía deprisa, mientras que yo, entregado a la degustación, masticaba con lentitud, de manera que muchas veces, cuando quería repetir y echaba mano del cucharón, lo oía resonar tristemente en el recipiente vacío. ¡Qué ganas me daban entonces de partir el cucharón en la cabeza a mi insaciable amigo!

Después de tomar aquella sopa me sentía renacer, me acometían como oleadas de emociones positivas y grandes deseos de echarme en una cama cómoda y cálida para dormir una siesta de diez horas.

Pero a los cinco minutos, retirados los platos, llegaba el segundo: carne al horno con patatas inmersas en el jugo, que desprendían un aroma que hacía la boca agua. Y de guarnición, como siempre, los tres platos típicos: primero, col cortada en juliana y marinada en sal, algo exquisito, panacea natural para cualquier enfermedad, gracias a la cual, según afirmaba mi abuelo, habíamos ganado los rusos todas las guerras. Yo ignoraba cómo podía la col salada curar enfermedades y ganar guerras, pero sí sabía que estaba

buenísima y, como decimos nosotros, «pasaba silbando». Segunda guarnición: pepinos, salados también, crujientes como recién cogidos, aromatizados con mil especias y hierbas, para chuparse los dedos. Tercera guarnición: nabos blancos rallados, aliñados con aceite de girasol y ajo fresco. Eran todos platos de cocina campesina, con pocos y modestos ingredientes a los que, sin embargo, se sacaba el máximo provecho en numerosas recetas. Sobre la mesa había también platitos de ajo fresco, cebolla rebanada muy fina, tomatitos verdes, mantequilla, nata ácida y mucho pan negro. En el paraíso, si existe, deberá haber indefectiblemente una mesa servida como las de la tía Katia.

Delante de ella, por no disgustarla, nos absteníamos de beber alcohol y tomábamos kompot, una especie de compota o macedonia de frutas, con manzana, melocotón, ciruela, albaricoque y arándanos rojos y negros, todo cocido en una gran olla. Se elaboraba en verano y se conservaba para el resto del año en botellones de tres litros con cuello de unos diez centímetros, cerrados herméticamente. Se guardaba en el fresco de los sótanos y antes de beberlo se calentaba.

Cada vez que la tía Katia se retiraba, el tío Kostic vertía en nuestros vasos un chorrito de vodka y nos guiñaba el ojo:

—Mejor que no os vea…

Nosotros, obedientes, nos soplábamos la compota con vodka y él se reía de la cara que poníamos.

La comida duró una hora, quizá algo más. Al final nuestra anfitriona nos sirvió té hirviendo, fuerte y negro, con limón y azúcar, acompañado de tarta de miel, deliciosa, sobre la que Mel se arrojó igual que se lanzaban los invasores alemanes sobre las gallinas de los corrales de los campesinos rusos. Pero al punto le propiné un cachete y enseguida retiró las manos para esconderlas debajo de la mesa.

Me tocaba a mí partir la tarta, ya que era mi cumpleaños. El primer trozo lo di, por respeto, al tío Kostic, y el segundo a un amigo suyo, un viejo criminal llamado Beba, una especie de sombra de Kostic, silenciosa e invisible. Y sólo entonces, con calma y muy lentamente, serví a Mel, que estaba que reventaba: miraba su porción como un perro el trozo de carne que le presenta la mano del amo. Me daba risa, y me complacía sin piedad en agotar su

paciencia sirviéndole como en cámara lenta. Mel, ansioso, empezó a agitar las rodillas bajo la mesa con frenesí.

—Ojo, no vayas a tirarla —le dije con perfecta calma.

Todos se echaron a reír, y mi amigo más que ninguno.

Acabado el postre, es costumbre reposar un poco, para, como decía mi abuelo, «echar carnes», mientras se habla de varias cosas. Pero Mel no podía hablar de nada, porque, tras retirarse de la mesa y reclinarse en la silla, había caído en tal estado de aturdimiento que parecía colocado. Mi tío desde pequeño lo llamaba «cerdo», porque, como los gorrinos, al terminar de comer parecía ebrio.

La conversación, pues, la mantuvimos el tío Kostic y yo, y Beba metía baza de rato en rato.

—¿Cómo va la familia? ¿Bien? ¿Y cómo está el abuelo, que Dios lo ayude?

—Bien, gracias… Ahí rezando, como siempre… Menos mal que el Señor nos escucha siempre.

—¿Y qué fue de aquel pobre chaval, Gancho?

Kostic se refería a un hecho ocurrido semanas antes: uno de los nuestros, apenas mayor de edad, se había peleado con tres georgianos y herido gravemente a uno con la navaja. Nosotros siempre estábamos a vueltas con los del barrio del Cáucaso, aunque no se trataba de una guerra de barrios, sino que la teníamos tomada con un grupo de georgianos reaccionarios. Gancho llevaba razón en lo de la pelea, pero había cometido un error: no presentarse en una especie de juicio que organizaron las autoridades criminales de la ciudad a petición de un familiar del georgiano herido. Dejándose llevar por su cabreo, cometió la ligereza de desacatar el sistema de justicia criminal. De haber comparecido ante las autoridades y expuesto sus razones, seguramente todo se habría resuelto a su favor, mientras que así el familiar del georgiano herido había hecho creer que a éste lo había agredido sin razón un siberiano cruel y despiadado.

Kostic era una de las autoridades que entendían la causa y quería averiguar por qué Gancho había actuado así.

—¿Cómo es? Lo conoces bien, ¿no?

—Sí, tío, es un buen amigo mío, hemos armado unas cuantas juntos. Conmigo y con los demás siempre se comportó bien, como un hermano. —Quería dejarlo en buen lugar al menos ante una de

las autoridades, confiando en que luego el tío Kostic influyera en las demás. Pero tampoco podía exagerar y empeñar mi palabra, que, por otra parte, siendo yo menor, contaba poco.

—¿Y sabes por qué actuó deshonestamente con aquella gente?

Era una pregunta de las que nosotros decimos «que hace cosquillas», o sea, una demanda directa que no puede quedar sin responder. Decidí, pues, dar mi sincero parecer.

—Gancho es un tío legal. Hace tres años, en una riña con los de Parkan, recibió seis navajazos porque cubrió con su cuerpo a Mel y Gagarin. Mel era aún un crío, habría podido palmarla. A veces cuesta hablar con él porque es un poco solitario, pero tiene un gran corazón y nunca ha faltado al respeto a nadie. No sé lo que pasó con los georgianos: Gancho estaba solo. A lo mejor fue eso, que se sintió traicionado: tres tíos, y del Cáucaso nada menos, que te pillan como quien dice a la puerta de tu casa, en pleno barrio, y ni un solo amigo que acuda a ayudarte…

Conté intencionadamente lo del sacrificio de Gancho por Mel porque sabía que estas cosas pesan. Esperaba que contara también para Kostic, que era una persona sencilla y juiciosa.

—¿Y crees que se comportó bien? ¿No habría sido mejor resolverlo hablando?

Era una pregunta capciosa.

—Creo que pasó lo que tenía que pasar. Tío, sabes mejor que yo que cada situación es única. Nadie puede decir cómo reaccionará hasta que se ve inmerso en ella.

—Si creía que estaba en su derecho, ¿por qué no quiso dar la cara? ¿No será porque sabía que no tenía razón y que había obrado deshonestamente?

—Creo que temía verse atacado por segunda vez. La primera ante su casa, con navajas; la segunda, por las autoridades, en quienes ha perdido la confianza y por las que se ha sentido traicionado: ¿no atendieron acaso la petición de los georgianos aun sabiendo que lo habían atacado con navajas del modo como lo hicieron, tres contra uno y en su propio barrio? —dije, expresando por fin lo que pensaba.

Kostic me miró un momento, inexpresivo.

—Menos mal que en nuestra vieja ciudad aún hay jóvenes delincuentes… —comentó al fin, sonriendo—. No olvides nunca,

Kolima, que es un error querer ser una autoridad; lo serás si lo mereces, si has nacido para serlo.

La cuestión de Gancho se resolvió tres días después. Las autoridades criminales decidieron que los georgianos habían ofendido el honor de la justicia con su petición y los proclamaron «necios apestosos», expresión en extremo despreciativa dentro de la comunidad criminal. Los tres georgianos se largaron de Transnistria, aunque no sin antes lanzar una granada en casa de Gancho, mientras éste cenaba con su anciana madre. Por suerte la bomba procedía de una partida destinada a maniobras militares, con una anilla dibujada con tinta roja y sin carga explosiva, por lo que era tan peligrosa como un ladrillo. Los georgianos no lo sabían, la compraron pensando que estallaría.

Aunque no hubo víctimas, en el barrio consideramos el atentado una grave afrenta a la comunidad.

—Mira el telediario, a lo mejor ves algo interesante —me dijo una tarde el abuelo Kuzia.

Una de las últimas noticias se refería a Moscú: siete georgianos con antecedentes penales habían sido brutalmente asesinados mientras cenaban en casa de uno de ellos. Se veían imágenes de una mesa volcada, muebles llenos de impactos de bala, cuerpos acribillados. De la lámpara del techo pendía un cinturón de caza siberiano decorado a mano y, prendida de él, una granada falsa.

«… una salvaje matanza, sin duda un ajuste de cuentas entre criminales siberianos», comentaba el periodista.

Recuerdo que aquella noche, antes de acostarme, saqué del armario mi cinturón de caza y lo miré largo rato pensando: «¡Qué bonito es ser siberiano!».

Cuando terminé de charlar con el tío Kostic, desperté a Mel con dos leves cachetes, dimos las gracias a la tía Katia y seguimos nuestro camino. Como siempre, ella salió a la puerta a despedirnos y no volvió dentro hasta que doblamos la esquina.

Mel insistió en que le contara lo que había hablado con el tío Kostic. Pensar en resumirle el contenido de la conversación me producía vértigo, pero como me parecía tan interesado me decidí a explicárselo.

Cuando le comuniqué que Kostic me había preguntado por Gancho, se detuvo en seco y me interrumpió:

—No le habrás dicho nada, ¿eh? —exclamó enfadado, y me eché a temblar, porque cuando Mel se enfurecía acabábamos peleándonos y, dado que era cuatro veces más corpulento que yo, siempre llevaba las de perder. Una sola vez había podido con él, aunque por entonces teníamos poco más de seis años: aprovechando que se había enredado en una red de pesca, le había soltado tal estacazo en la cabeza que se la había abierto.

Pero en ese momento, allí estaba plantado en la calle, con cara torva y los puños apretados. Me quedé mirándolo largo rato, sin saber qué mosca le había picado.

—¿Y por qué no había de guardarlo en secreto? Le dije lo que pienso… —No había terminado la frase cuando me derribó y empezó a propinarme patadas y a gritar que era un traidor.

Mientras él pegaba, deslicé la diestra en el bolsillo de la chaqueta, donde llevaba un puño americano. Introduje en él los dedos, saqué rápidamente la mano y le propiné un fuerte golpe en la cabeza. Lamenté mucho pegarle allí, pues ya la tenía bastante maltrecha, pero era el único modo de pararlo. De hecho dejó de patearme y se sentó en el suelo, a mi lado.

Seguí tumbado sin poder levantarme, jadeando y observándolo. Mel se tocaba la parte de la cabeza donde había recibido el golpe y me daba pataditas, más por desprecio que por herirme.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Es que quieres matarme? ¿Qué he dicho? —exclamé cuando me repuse un poco, incorporándome sobre los codos.

—Hablaste de Gancho y seguro que lo metes en líos. Me salvó la vida, es nuestro hermano. ¿Por qué te chivaste a Kostic?

Al oír aquello casi me dio un patatús, no podía creérmelo. Me levanté, me sacudí la nieve de chaqueta y pantalones, le di la espalda y eché a andar.

—Hablé bien de Gancho, idiota, lo defendí. Y si Dios quiere, el tío Kostic nos ayudará a sacarlo del apuro —dije, para asegurarme de que lo entendía bien.

Y seguí avanzando sabedor de lo que pasaría: durante la siguiente hora caminaríamos como dos actores interpretando yo a un Jesús recién descendido de la cruz que, con la cabeza alta y la mirada colmada de promesas, se aleja cinematográficamente hacia el horizonte, y Mel a un jorobado de Notre-Dame que, dando

saltitos en pos de mí, encorvados los hombros y con expresión compungida, repite con voz plañidera la misma frase, como plegaria monótona:

—Va, Kolima, no te enfades. Ha sido un malentendido, a veces pasa…

«¡Maldita sea! —pensaba yo—. ¡Maldita sea!».

Y así, dejando atrás la última fila de viejas casas de tres pisos, salimos del barrio del Centro. Ahora debíamos cruzar un parque hasta llegar a un edificio feo y triste, un palacio construido dos siglos antes para alojar a la zarina de Rusia en sus viajes por tierras fronterizas. No sé nada de arquitectura, pero incluso para mí resultaba claro que aquel edificio era un revoltijo de estilos mal acordados: un poco de Edad Media y un poco de Renacimiento italiano, mal copiado por los rusos. Era tosco, con elementos decorativos que no pintaban nada, y para colmo estaba cubierto de musgo. Aquel lugar cochambroso, apto más bien para fiestas satánicas y sacrificios humanos, era un hospital para tuberculosos terminales. Por cierto que no iba descaminado con lo de los sacrificios humanos…

A aquel hospital lo llamábamos en Bender morilka, término que en la lengua antigua designa «algo que asfixia». Los médicos que trabajaban allí procedían en su mayoría de penitenciarías militares, médicos de cárcel, vamos. Venían de todas partes de la Unión Soviética, se instalaban con sus familias por unos años en Bender, llevaban a cabo su pequeña e inútil revolución en el hospital y luego se iban, reemplazados por otros doctores que hacían lo mismo. Los pobres enfermos estaban ya acostumbrados a los cambios y, continuamente trasladados de planta y de ala, acababan sus días en medio del caos y rodeados de desconocidos que iban y venían como en un mercado.

Se trataba de un hospital de tipo «cerrado», esto es, vigilado como una prisión, porque muchos de los pacientes eran exreclusos. Estaba circundado de alambradas y las ventanas tenían barrotes.

Estaba prohibido fumar en todo el edificio, pero los enfermeros entraban a escondidas cigarrillos y los vendían a los fumadores empedernidos al triple de su precio, con grandes ganancias.

Muchos pacientes eran enfermos imaginarios: autoridades criminales que, valiéndose de su influencia, se hacían extender

certificados médicos falsos que los declaraban «enfermos terminales», para ser recluidos en un buen hospital y no en una cárcel fría, húmeda y pestilente. Cuando les apetecía, mandaban llevar prostitutas, organizaban fiestas y hasta reuniones de autoridades criminales de todo el país. Todo se permitía y encubría, con tal que se pagara.

Garantizaba la feliz permanencia de las autoridades en el hospital una enfermera rusa, bien entrada en carnes, rozagante y siempre alegre, la tía Marusia. Tenía las mejillas coloradas y hablaba en voz muy alta y potente. Los criminales la querían mucho porque nada había que no hiciera por ellos.

El hospital estaba dividido en tres bloques incomunicados. El primero, el mejor y más soleado, disponía de grandes ventanales y una piscina de agua caliente; destinado a los enfermos terminales, cada paciente tenía un cuarto individual limpio y caldeado, y recibía continuas atenciones por parte del personal. Allí era donde estaban las autoridades: se hacían pasar por moribundos aunque estaban más sanos que una manzana; se pasaban el día jugando a las cartas, viendo películas norteamericanas, follándose a las enfermeras jóvenes y recibiendo la visita de amigos que les traían cuanto necesitaban para darse la gran vida.

El abuelo Kuzia hablaba muy mal de esta gente, los llamaba urodi, que significa «mutilados», y decía que eran la vergüenza del mundo criminal moderno, y que la culpa la tenía la cultura que venía de América y Europa.

En el segundo bloque estaban los enfermos crónicos. Los dormitorios eran para seis pacientes, no tenían televisión ni frigorífico, sólo se les daba comida y cama. Se acostaban a las nueve de la noche y los despertaban a las ocho de la mañana. No podían abandonar la habitación sin permiso del personal, ni siquiera para ir al váter. Fuera del horario previsto al efecto, debían hacer sus necesidades en una vieja letrina portátil que se vaciaba todas las noches. Comían tres veces al día y no mal. En este bloque estaban los enfermos reales, criminales o no, y los vagabundos. El tratamiento médico era el mismo para todos: pastillas y alguna inyección, inhalaciones de vapor dos veces por semana. Los enfermeros limpiaban los cuartos con zotal y hasta la comida apestaba a este desinfectante.

El tercer bloque estaba destinado a los afectados de tuberculosis aguda, los contagiosos. Orientado hacia los árboles del parque y siempre en sombra, tenía unos ventanucos con los cristales empañados y era tan húmedo que el techo rezumaba. Constaba de tres plantas de cincuenta dormitorios cada una y treinta personas por dormitorio. Los enfermos dormían en literas de madera como las de las cárceles, con colchones delgados, sábanas que se cambiaban una vez al mes y mantas bastas, de lana sintética, y no todos tenían almohada. Hacinados en aquellas habitaciones, los pacientes morían sin parar. Como muchos no podían ir al baño solos y nadie los ayudaba, se lo hacían todo encima; por añadidura, muchos escupían sangre al toser, directamente en el suelo. No había televisión ni radio ni ninguna diversión. No recibían tratamiento alguno, ya que de nada serviría. Comían poco y mal, porque, como de todas formas iban a morir, era comida desaprovechada.

Naturalmente, dado que los internos de este tercer bloque quedaban excluidos del mercado de los enfermeros, se habían inventado un sistema ingenioso para procurarse cigarrillos. Se valían de críos de la calle, como nosotros. Lanzaban por las ventanas al otro lado del muro un grueso tornillo con tuerca al que habían atado un hilo de pescar doble. Los niños colgaban del hilo una bolsa con los cigarrillos y los enfermos otra con el dinero. Estiraban del hilo y ambas bolsas emprendían su viaje en dirección contraria, la del dinero hacia los chavales y la del tabaco hacia los enfermos.

Los rapaces vendían el tabaco más o menos a precio de mercado, pero como lo robaban, todo eran ganancias.

Los enfermos estaban siempre ávidos de cigarrillos. La administración del hospital, en un intento por erradicar este tráfico, quiso asustar a los críos haciéndoles creer que si tocaban el dinero de los enfermos podían contagiarse y morir. Pero los chavales encontraron la solución: pasaban rápidamente los billetes por la llama de un mechero, para «matar» la bacteria mortal. Pensar que hacían algo prohibido y peligroso aún los atraía más.

Los guardias del hospital tenían orden de actuar. Muchos cerraban los ojos, pero algunos mierdas se divertían abortando el intercambio en el último momento: esperaban a que el enfermo sacara la mano para coger el paquete y entonces, ¡zas!, rompían el

hilo. El tabaco caía al suelo acompañado del grito desesperado del paciente. Los guardias se lo pasaban bomba; como a cerdos habría que degollarlos, en mi opinión.

Mel y yo habíamos atravesado ya el parque. Él seguía pidiéndome perdón, y yo continuaba sin hacerle caso y caminando como si fuera solo.

Flanqueábamos el muro del tercer bloque cuando de improviso me cayó un tornillo entre los pies. Me detuve y lo cogí: llevaba atado un hilo de pescar. Miré a lo alto: en una ventana del tercer piso había un hombre asomado, de mediana edad, con barba y desgreñado. Me miraba con los ojos muy abiertos y se llevaba dos dedos a los labios en ademán de fumar.

Le hice señas de que esperase. Me volví hacia mi amigo, que no entendía nada, y le pedí que me diera todo el tabaco que llevara.

—¿No ves que esa gente no tiene qué fumar? Tú puedes comprarte más —le dije con firmeza, pues Mel me miraba receloso.

—Sí, ¿con qué dinero?

Me entró una rabia tremenda, pero como por las malas nada podía sacarse de él, mantuve la calma.

—Si me lo das te perdono y no se lo cuento a nadie —le propuse.

Sin decir nada, sacó dos paquetes de Temp, el Marlboro soviético.

Le señalé el bolsillo de la chaqueta donde llevaba el mechero.

—Pero si me lo regalaste tú, ¿no te acuerdas? —dijo intentando salvar al menos eso, pero igualmente se metió la mano en el bolsillo.

—Lo robé en un quiosco de Tiraspol, te robo otro más chulo, de ésos con una tía desnuda…

—Bueno, vale… —El truco de la tía desnuda funcionó y Mel creía que salía ganando—. ¡Pero acuérdate, Kolima, con una tía desnuda, lo has prometido!

—Siempre cumplo mis promesas —repuse tomando el mechero de su grande pero cándida mano.

Uno de los paquetes estaba empezado y faltaban unos cigarrillos. Introduje en él el mechero y luego até los paquetes con varias vueltas y lazos, como si fuera un regalo. Añadí lo único que yo llevaba, un pañuelo de tela limpio, que coloqué entre ambas

cajetillas. Y empecé a tirar del hilo. Cuando mi paquete llegó a la ventana, el hombre sacó la mano por entre los barrotes y rompió a gritar de alegría.

En la bolsa que me enviaba había un billete de un rublo, medio roto, sucio y húmedo, junto con una nota que decía: «Perdonad, no podemos pagar más».

Ni toqué el billete; cerré la bolsa y di unos estirones al hilo. El hombre de la ventana tiró de él, abrió la bolsa, tomó el billete y me gritó:

—¡Mil gracias!

—¡Que Dios os bendiga, gente! —exclamé con todas mis fuerzas.

En eso se materializó a nuestra derecha un guardia que, amenazándonos con un Kaláshnikov, nos gritó:

—¡Alejaos del recinto, alejaos o disparo!

—¡Cierra esa boca de mierda, poli cabrón! —contestamos a la vez Mel y yo, con otras palabras, claro, pero con el mismo sentido.

Y continuamos nuestro camino tan campantes. Al poco nos volvimos. El poli nos fulminaba con una mirada de odio. El enfermo de la ventana seguía contemplándonos, sonriente y fumándose un cigarrillo.

—Pero el rublo podías habértelo quedado —dijo al rato Mel.

No lo maté porque lo apreciaba, e hice lo que el abuelo Kuzia me aconsejaba hacer con quienes no entienden las cosas esenciales: le deseé buena suerte en la vida. Era un imbécil de marca mayor y sigue siéndolo: con los años no ha mejorado, al contrario, quizá está peor.

Ya quedaba poco para llegar al barrio de la Estación, donde vivía el criminal al que Mel debía entregar su mensaje. Dejamos atrás el hospital y pasamos ante los almacenes de alimentos, lugar que yo conocía porque muchas noches iba allí a robar.

Era un viejo complejo de principios de siglo, formado por numerosos edificios de ladrillo, de paredes altas y ciegas. Delante pasaban las vías; los trenes paraban directamente allí y los vagones se cargaban y descargaban con prontitud.

Para robar en aquel sitio no necesitábamos ser ágiles como allanadores de moradas, sino tener un poco de diplomacia. No forzábamos ninguna entrada, pues teníamos dentro a un cómplice, una especie de infiltrado o topo que nos mantenía informados y nos

decía cuándo era el mejor momento. Una vez cargados, los trenes permanecían unas horas parados, mientras los maquinistas descansaban antes de proseguir al alba. Oportunamente avisados, nosotros abríamos los vagones durante la noche y nos llevábamos la mercancía, cargada en coches: era más fácil asaltar los convoyes que descerrajar las puertas de los almacenes.

Los trenes tenían por destino países del bloque soviético como Rumanía, Bulgaria, Yugoslavia. Transportaban azúcar, conservas, productos alimenticios de larga duración. A veces llegaban ya medio cargados con prendas de vestir, abrigos, monos de trabajo, guantes, uniformes militares. En algunos vagones había incluso electrodomésticos, artículos de ferretería, taladros, tuberías, estufas eléctricas, ventiladores. En esos casos hacíamos hasta tres o cuatro viajes para llevarnos cuanto podíamos. Pero como no todo nos era posible cargarlo en los coches, nuestro hombre nos permitía depositar mercancía provisionalmente en varios escondites de los almacenes.

El cómplice era nada menos que el guardián del almacén, un anciano japonés que llevaba tanto tiempo viviendo entre rusos que se llamaba Boriska.

Era muy viejo, había llegado a la ciudad con los siberianos durante la segunda oleada de deportaciones de finales de los años cuarenta, tras la victoria rusa en la Segunda Guerra Mundial.

Fue hecho prisionero en la batalla de Chalchin-Gol, durante el conflicto ruso-nipón. Recibió un golpe en la cabeza y perdió el conocimiento. Salió vivo de milagro, porque por el campo de batalla sembrado de cadáveres pasaron los tanques rusos. Lo encontró la caballería cosaca que llegó después, aturdido, vagando como un fantasma. Se apiadaron de él y lo hicieron prisionero, porque de haberlo dejado allí lo habrían matado los soldados de infantería que buscaban supervivientes para vengar a los compañeros caídos la noche anterior en el ataque japonés contra las primeras divisiones rusas.

En lugar de entregarlo al ejército, los cosacos lo emplearon un tiempo en las caballerizas. Limpiaba y cuidaba los caballos de los cosacos de Altái, al sur de Siberia. Lo trataban bien y habían trabado amistad.

Boriska era de Iga, tierra de ninjas y asesinos. De niño lo habían

adiestrado en el combate con las armas y las manos. También los cosacos amaban los combates con arma blanca y la lucha, y Boriska les enseñaba las técnicas de su país a la vez que aprendía las de ellos.

Odiaba a los japoneses, sobre todo a los samuráis y al emperador, que según él se olvidaban del pueblo y cometían mil injusticias. Reconocía que se había enrolado en el ejército por desesperación, por un amor contrariado, cuando la joven de quien estaba enamorado había sido dada en matrimonio a un rico potentado.

El atamán, o jefe de los cosacos, un hombre grande y fuerte, un típico siberiano del sur, lo tenía en gran estima. Un día que Boriska trabajaba en las cuadras oyó que lo llamaba. Salió y vio a los cosacos formando en corro.

—Japón ha perdido la guerra —le comunicó el atamán—. Quedas libre para volverte a casa. Pero antes quiero que hagas una cosa…

Hizo señas a un joven que llevó dos espadas: una era de Boriska, la misma que llevaba al cinto cuando lo habían encontrado; la otra era una saska, la típica espada de los cosacos siberianos, mucho más pesada que la de los cosacos de otras partes de Rusia, porque los siberianos la empleaban también para partir leña. Una saska puede llegar a pesar siete kilos, y en manos de alguien capaz de manejarla podía abrir en dos a un hombre desde la cabeza a la cintura.

—Te hemos tratado bien y no puedes quejarte —prosiguió el atamán, tomando aquellas dos espadas—, pero ahora quiero saber si has sacado alguna lección de vuestro intento de invadir la Unión Soviética. Aquí tienes estas dos espadas. Si crees que hacernos la guerra fue injusto, parte tu espada japonesa con la nuestra cosaca, y te dejaremos quedarte con nosotros y convertirte en uno de los nuestros. Si en cambio piensas que fue una guerra justa, parte nuestra espada con la tuya y te permitiremos que te vayas libremente a donde quieras y que Dios te ayude, no te haremos nada.

Boriska no sabía qué hacer. No quería volverse cosaco, pero tampoco creía que la guerra contra los rusos hubiera sido buena y justa. Y sobre todo odiaba a los japoneses.

Así que empuñó su espada, la besó como hacen los cosacos con

las suyas y se la colgó del cinto.

El atamán lo miraba con curiosidad, preguntándose qué intención tenía. Muchos de los hombres estaban convencidos de que partiría la espada cosaca.

Pero no: tomó la saska, la besó también y la devolvió al atamán.

Todos se quedaron sin habla.

—Bien, Boriska… ¡Has hecho bien, japonés! —exclamó el atamán, echándose a reír.

—No soy japonés, soy de Iga, y mi espada también —contestó.

—Sí, señor. Boriska, eres un buen hombre… Nunca olvides quién eres ni traiciones tus raíces… Debes estar orgulloso de ellas, sólo así conservarás tu dignidad.

Boriska se quedó, pues, con ellos mucho tiempo más, y desde aquel día se le permitió llevar su espada.

Cuando los cosacos retornaron a Altái, en Siberia, Boriska los siguió. El atamán lo hospedó en su casa, donde el japonés conoció a su futura mujer, la hija mayor del atamán, Svetlana, con quien se prometió. Por consideración a ella, y para poder casarse por la Iglesia, Boriska se convirtió a la fe ortodoxa con el nombre de Boris. Se construyeron una casa en un pueblecito junto al río Amur y allí vivieron.

Un día los servicios secretos de Stalin arrestaron al atamán y poco después lo fusilaron por traidor. Aquello afectó mucho a Boriska, que se sentía culpable, aunque en realidad él nada tenía que ver con lo sucedido, porque en aquellos años el gobierno soviético perseguía a los cosacos por su talante independiente y anárquico, y su desafección al comunismo.

El atamán fue declarado póstumamente «enemigo del pueblo» y su familia deportada a Transnistria junto con muchos otros siberianos.

Boriska aún recordaba aquel largo viaje. Los trenes hacían largas paradas en medio de las vías durante las cuales nadie podía salir porque los soldados armados vigilaban. A veces coincidían dos convoyes que marchaban en sentido contrario, uno cargado con gente de la parte europea de la Unión Soviética a la que deportaban a Siberia, y el otro con siberianos deportados al oeste.

—¡Dios mío, nos llevan a Siberia! ¡Moriremos de frío! —se oía gritar desde un tren.

—¡Oh, Cristo, nos mandan a Europa, donde no hay bosques, sólo montes pelados! ¡Moriremos de hambre! —respondían desde el otro.

En aquel viaje conoció Boriska a unos urcas siberianos y se unió a ellos porque fueron los únicos que no le parecieron desesperados, pues en cierto sentido podían estar tranquilos, ya que en Transnistria los esperaba una comunidad bastante desarrollada.

Boriska contó su historia a uno de ellos, un hombre anciano, respetado por todos los demás, que le dijo:

—No temas, quédate con nosotros: en Transnistria están nuestros hermanos. Si eres un hombre justo, pronto tendrás una casa y podrás criar a tus hijos con los nuestros, y que el Señor nos bendiga a todos…

Los urcas y los cosacos han vivido siempre en concordia y armonía; ambos pueblos respetaban las antiguas tradiciones, amaban su patria y su tierra, y creían en la independencia de cualquier forma de poder; ambos han sido perseguidos debido a su afán de libertad por varios gobiernos rusos en diferentes épocas de la historia. La diferencia era que, mientras los urcas eran más extremistas y se organizaban en jerarquías más o menos rígidas, los cosacos eran una especie de ejército libre con una organización de tipo paramilitar, y en tiempos de paz la mayoría se dedicaba a la ganadería.

Al llegar a Transnistria, Boriska y su mujer fueron acogidos por una familia urca, como le prometió el viejo.

Boriska enseguida se sintió como en su casa. Los urcas tenían, según él, mucho en común con las gentes de su tierra, Iga. Eran una comunidad unida, sumamente anárquica y con una acendrada tradición criminal.

Pronto participó en los negocios de los criminales siberianos, que lo respetaban porque conocía bien la ley de ellos y era un hombre de palabra.

Y poco a poco se convirtió en uno de los nuestros. Vivía con su familia en el barrio. Su mujer, a quien ya todos llamábamos abuela Svetlana, le había dado dos hijos que se educaron como urcas.

Ya anciano, Boriska aprovechó sus relaciones con el director de los almacenes de alimentos para que lo contratara como guardián, y llegaron a un acuerdo: aquél callaba cuando desaparecía la

mercancía y Boriska compartía con él su parte del botín. Organizaba los golpes a la perfección, era muy preciso y serio cuando se trataba de negocios. Sobre todo sabía controlar muy bien sus emociones, jamás lo vi perder los nervios.

Un día de otoño estábamos en mi casa haciendo conserva, como se estila por estos pagos con vistas al invierno, para lo cual se enciende un gran fuego y se pone a hervir agua en una gran caldera. Nos habíamos reunido cinco familias vecinas y, como de costumbre, las mujeres cortaban las verduras y legumbres y los hombres se encargaban del fuego y de preparar los frascos de cristal, mientras nosotros, los críos, jugábamos por allí entre ellos. Estaba también el viejo Boriska, con su hijo y sus nietos.

De pronto las trébedes se partieron y el calderón se volcó, derramando doscientos litros de agua hirviendo. A unos metros de allí había un niño sentado, hijo de un vecino, el tío Sania. Yo había salido al jardín por más frascos y cuando oí el ruido de la caldera corrí dentro, a tiempo de ver cómo el viejo Boriska cogía una gran palangana de metal, la tiraba al suelo, saltaba dentro y, deslizándose sobre ella como sobre una tabla de surf, en medio de aquel vapor blanco y denso como la niebla matutina del río, rodeado de agua hirviendo, acudía en socorro del pequeño y lo tomaba en brazos. La madre del niño se desmayó y el padre, el tío Sania, empezó a proferir gritos de espanto, mientras los únicos que estaban tranquilos eran ellos dos, Boriska y el niño.

Reaccionó de manera instintiva, sin pensárselo, y luego recobró su serenidad de siempre, como si todos los días salvara niños de aguas hirviendo.

Era una persona muy interesante; me gustaba hablar con él, que me contara historias de su vida. Solía ir a pescar con una caña que él mismo se había confeccionado, y lo hacía con los pies metidos en el agua y entonando canciones japonesas. Me enseñó una muy bonita que hablaba de un joven que cruzaba una montaña para ir a ver a su amada.

Teníamos un pacto con Boriska: cuando pasábamos por los almacenes debíamos fingir que no lo conocíamos. Ni siquiera debíamos saludarlo aunque lo viéramos junto a la verja, donde solía montar guardia acompañado de un viejo perro pastor que tenía achaques en las patas traseras y se movía con dificultad: se sentaban

en un banco, el perro dormitaba y Boriska leía el periódico, sólo uno: el Pravda, que significa «verdad», diario de propaganda comunista que leían cuantos querían creer que vivían en el país más bello y libre del mundo. El Pravda convertía cualquier noticia en pura propaganda: aunque tratara de guerras y calamidades, acababa dando la sensación de que debíamos sentirnos afortunados por vivir en un país como la Unión Soviética. No me explico por qué a Boriska le gustaba tanto aquel periódico.

—Cuando te ves obligado a oír cantar a las vacas, al menos procura escuchar a la que mejor cante —me respondió literalmente una vez que se lo pregunté.

Si pasaba por los almacenes miraba a otra parte, para no ver siquiera si Boriska estaba o no junto a la verja, pues de todas maneras tampoco podía saludarlo. En cambio, Mel nunca se acordaba de esta sencilla pero importante regla y siempre miraba, y si divisaba a Boriska en su puesto lo saludaba agitando la mano y sonriendo con su desfigurada jeta. Yo entonces le echaba una mirada fulminante, él recordaba el pacto y empezaba a darse palmadas en la frente. Era un dechado de estupidez. Con razón decía el abuelo Kuzia que era capaz de volver tarumba a un loco.

Boriska montaba en cólera cada vez que Mel lo saludaba, y cuando salía del trabajo nos buscaba a mí o a Gagarin y nos decía con tono rabioso, aunque quedo y susurrante:

—Enhorabuena, ya veo que os habéis hecho ricos…

—¿Cómo que ricos? ¿Por qué lo dices?

—Bueno, como parece que no queréis seguir trabajando conmigo…

Se me ponían los pelos de punta al oír aquello. Dejar de trabajar con Boriska significaba despedirse de la mitad de nuestros ingresos.

—Claro que queremos, tío Boriska.

—Pues si queréis, enseñad a comportarse al imbécil ese de vuestro amigo. Y si no aprende, no paséis con él por los almacenes, dad un rodeo…

Nosotros hablábamos con Mel, se lo explicábamos de nuevo, pero era inútil: volvíamos a pasar por los almacenes y él, a saludarlo. Era mi castigo.

Un día que pasábamos cerca de donde vivía Boriska decidimos acercarnos a visitarlo. Mientras hablábamos con él notamos que Mel

se había apartado y, en el otro extremo de la calle, nos daba la espalda. Boriska se quedó mirándonos, y señalándolo y poniéndose muy serio nos dijo:

—Os lo digo por vuestro bien, libraos de él. Que no se junte con vosotros porque lo único que hará será crearos problemas. Diré más, estoy dispuesto a pagarle para que se quede en su casa.

—Pero tío Boriska… Sí, será algo aturdido, pero es buen chaval —repuse, fingiendo no comprender.

Boriska me miró como si le hubiera hablado en una lengua desconocida.

—¿Algo aturdido, dices? Pero miradlo, al subnormal. ¡Si ni él sabe lo que tiene dentro de la cabeza! Os aprecio mucho, y por eso os digo la verdad. Aún sois jóvenes, ahora vuestro amigo os hace reír, pero pronto os buscará tantos líos que os hará llorar.

¡Palabras santas! Lástima que yo no las entendiera hasta muchos años después, cuando ya era demasiado tarde.

Al marcharnos le pregunté a Mel por qué se había quedado aparte.

—¡Primero me decís que no lo salude, lo saludo y me echáis la bronca, ahora no lo saludo y me echáis también la bronca! ¡No lo entiendo! ¡Para mí como si el Boriska ese no existiera! —dijo casi llorando y con expresión dolida.

Me reí, pero Boriska tenía razón: no era cosa de risa. Ojalá nos hubiéramos dado cuenta a tiempo.

Un día, cuando teníamos unos diez años, fuimos a ver una película que se titulaba El escudo y la espada. La protagonizaba un agente soviético que se lucía en varias escenas de acción luchando contra los enemigos capitalistas con su silenciosa pistola y arriesgaba a diario la vida para combatir la injusticia en los países de la OTAN. Era una especie de réplica local a las muchas películas norteamericanas e inglesas sobre la guerra fría en que los soviéticos aparecían como tontos e ineptos que jugaban con la bomba atómica y querían destruir el mundo. Nosotros, pese a que nuestros padres nos lo tenían prohibido, fuimos a verla al único cine de la ciudad (aún no habían abierto el segundo, que había de durar poquísimo, pues fue destruido en la guerra de 1992 cuando nuestros padres, para combatir a los militares rumanos allí atrincherados, volaron una noche todo el complejo, restaurante y heladería incluidos). En

una escena, el protagonista saltaba del tejado de un edificio altísimo sirviéndose de un gran paraguas a modo de paracaídas, y aterrizaba cómodamente y sin lesiones; como hacía Mary Poppins, vamos.

Pues bien: al día siguiente, sin decir palabra a nadie, Mel se tiró con una sombrilla desde el tejado de la biblioteca central, un edificio de tres plantas rodeado de castaños y abedules, fue a caer en un abedul, se rompió una mano y una pierna, sufrió un trauma cerebral y se clavó el mango de la sombrilla en el abdomen. Aquello era un mar de sangre; su madre estaba desesperada, él se pasó casi seis meses rodando de un hospital a otro.

Tomarle el pelo me parecía un buen modo de hacerle entender adónde podía llevarlo su ingenuidad. Otro día, cuando ya teníamos catorce o quince años, estábamos en mi casa preparando té para bebérnoslo en la sauna, cuando sacó a colación las islas tropicales y dijo que no estaría mal vivir en una, porque allí nunca hacía frío.

—Pero hay mucha humedad —repuse— y llueve casi todo el tiempo. Además, ¿qué hacemos en un pedazo de tierra tan pequeño?

—Cuando llueva nos metemos en una cabaña. Y ten en cuenta que en una isla no se necesita coche, se puede ir en bici y siempre hay barcas. Y los indios…

Para él todos los habitantes de países exóticos eran indios, indios americanos, que iban a caballo y llevaban plumas rojas en la cabeza y la cara pintada.

—… los indios molan —prosiguió—, estaría bien ser como ellos.

—Te equivocas —lo provoqué—. Llevan el pelo largo como homosexuales.

—Pero ¿qué dices? De homosexuales nada. Lo que pasa es que no tienen tijeras para cortárselo. Mira esto —y sacó del bolsillo una figurita que representaba a un guerrero indio de plástico en ademán de lucha, con un cuchillo en la mano—, ¿lo ves? Si fuera homosexual no llevaría ningún cuchillo, no le permitirían deshonrar un arma.

Chocaba oírlo aplicar a los indios nuestras reglas siberianas. Eso era verdad: para nosotros un «gallo», es decir, un homosexual, es un paria: si no lo matan, le hacen el vacío más absoluto y le prohíben que toque objetos de culto como cruces, cuchillos, iconos.

No tenía intención alguna de rebatir su creencia en la

maravillosa vida heterosexual de los indios. Sólo quería divertirme. Así que pasé a atacarlo en su punto flaco, el tema que para Mel era sagrado: la comida.

—No preparan sopa roja —le espeté.

Mel se puso en guardia, estiró el cuello.

—¿Cómo que no hacen sopa roja? Y entonces, ¿qué comen?

—Pues la verdad es que tampoco tienen mucho que comer. Allí hace calor, no necesitan grasa para combatir el frío, les basta con la fruta que cogen de los árboles, un poco de pescado…

—El pescado frito no está mal —sentenció en defensa de la cocina tropical.

—De frito nada, allí todo se lo comen crudo.

—¿Y qué tipo de frutas cogen?

—Por ejemplo, cocos.

—¿Y eso está bueno?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque mi tío tiene un amigo marinero en Odesa y la semana pasada nos trajo un coco con leche.

—¿Con leche?

—Con leche, sí, pero no de vaca, es del árbol, la lleva dentro el coco.

—¡A ver, enséñamelo! —exclamó excitadísimo.

Comprendí que estaba tragándose el anzuelo y decidí tirar del hilo.

—Por desgracia la pulpa nos la hemos comido, pero si quieres probar la leche, nos ha quedado una poca.

—¡Sí, quiero probarla! —Saltaba en la silla de puras ganas de saborearla.

—Vale… La tengo al fresco en el sótano, espera un segundo que voy por ella.

Partiéndome de risa salí de la casa y me dirigí al cobertizo donde mi abuelo guardaba las herramientas y todo lo útil e inútil para la casa y el huerto. En una taza de metal eché estuco blanco y yeso, agregué agua y cola para azulejos y, con el palo que usaba mi abuelo para limpiar de mierda los nidos de las palomas, removí el mejunje hasta darle la debida consistencia. Preparada la poción mágica, se la llevé a Mel con todo mi amor.

—Toma, pero no te la bebas toda, déjanos a los demás. —Ni caso: coger la taza y apurarla de un trago fue todo uno. Hizo una mueca y por el ojo sano le cruzó una tímida sombra de duda—. A lo mejor ya se ha pasado un poco, al principio estaba buenísima —comenté, siguiendo la broma.

—Sí, muy buena no está…

Desde aquel día lo llamé Cunga-Canga, pero él nunca supo por qué.

Cunga-Canga eran unos dibujos animados muy queridos de los niños en la Unión Soviética. Estaban bastante mal dibujados, con una técnica como de manifiesto de propaganda comunista: colores chillones, figuras planas y sin matices, esquemáticas y desproporcionadas, que daban una impresión de teatro de marionetas.

Querían promover la amistad entre todos los niños del mundo y contaban la historia de un nene soviético que va a visitar a otro de color a una isla llamada así, Cunga-Canga. El niño soviético tenía un carácter muy decidido (como todos los comunistas), un barco de vapor y un perrillo muy pequeño, pero también de aspecto comunista, e iba vestido de marinero. El niño de color era negro como la pez, no llevaba más ropa que un taparrabos de hojas y tenía por amigos a un mono y un loro, y luego aparecían también un cocodrilo, un hipopótamo, una cebra, una jirafa y un león, bailando en corro cogidos de las patas.

Los episodios duraban un cuarto de hora y consistían en tres canciones que duraban en total diez minutos, intercaladas de brevísimos diálogos. La canción que hizo historia y que todos los niños de la Unión Soviética cantaban era la última. Acompañada de una musiquilla alegre y entonada por una tierna voz femenina, describía la vida feliz y despreocupada en la isla Cunga-Canga:

Cunga-Canga, ¡qué isla maravillosa!
¡Qué fácil y sencillo es vivir allí!
¡Qué fácil y sencillo es vivir allí!
¡Cunga-a-a-Canga-a-a!
Cunga-Canga, el cielo es siempre azul.
Cunga-Canga, siempre reina la alegría.

Cunga-Canga, nuestra dicha no tiene igual.
Cunga-Canga, y no conocemos la dificultad.
Nuestra felicidad no tiene fin,
mastica coco y plátano mastica,
mastica coco y plátano mastica.
¡Cunga-a-a-Canga-a-a!

Pasados los almacenes de alimentos se alzaban las primeras casas del barrio de la Estación. Aquel barrio pertenecía a Semilla Negra y por lo tanto se regía por reglas distintas de las nuestras. Debíamos comportarnos bien o hasta corríamos el peligro de no salir vivos.

Los menores de aquel barrio trataban de hacerse respetar recurriendo a la violencia más extrema. El poder de los menores de Semilla Negra era simbólico, podían mandar unos sobre otros, pero ninguno valía nada ante los adultos. Por eso estaban deseando hacerse mayores, y para crecer antes muchos se convertían en perfectos imbéciles, sádicos y crueles. Tergiversaban las leyes criminales hasta que resultaban absurdas, perdían su razón de ser y se reducían a meros pretextos. Un ejemplo: nunca llevaban nada rojo, color que consideraban propio de los comunistas, y si veían a alguien con una prenda roja eran capaces hasta de torturarlo. Como es natural, nadie en el barrio llevaba nunca nada de ese color. Si uno quería putear a alguien, sólo tenía que meterle en el bolsillo un pañuelo rojo y denunciarlo por comunista. Al instante el infortunado era registrado y, en cuanto aparecía el pañuelo, ya nadie escuchaba sus razones, quedaba de inmediato proscrito para siempre.

Este espíritu de guerra sin cuartel por el poder, «la rivalidad de los cabrones», como lo definía el abuelo Kuzia, flotaba en el ambiente del barrio. Para tener autoridad entre los críos de la Estación había que engañar a los padres, no fiarse de nadie, estar siempre a la defensiva, lamerles el culo a los criminales adultos y rechazar toda enseñanza que pudiera venir de gente de bien.

Aquellos chavales crecían creyéndose rodeados de enemigos, por lo que el único lenguaje que conocían era el de la provocación.

Cuando llegaban a las manos, sin embargo, se daban

comportamientos diversos. Había bandas que peleaban honrosamente y muchos de sus miembros eran amigos nuestros. Pero las había también que trataban de «atacar en la esquina», como decimos nosotros, esto es, por la espalda, sin respetar ningún pacto; podían pegarte un tiro aunque se hubiera acordado no usar armas de fuego.

A los grupos que formaban no los llamaban, como nosotros, «bandas», palabra que consideraban insultante, sino kontora, que significa «fuerzas del orden». En cada kontora había un jefe, o como lo designaban ellos, un bugor, «colina».

Tenía una vieja rencilla con un bugor de este barrio, un tipo un año mayor que yo que se hacía llamar Buitre. Era un payaso y un mentiroso, que había llegado hacía cuatro años a la ciudad proclamándose hijo de un famoso criminal apodado Blanco. A este tal Blanco lo conocía muy bien mi tío, habían estado juntos en la cárcel, así que me contó su historia.

Blanco era un criminal de la casta Semilla Negra, aunque de la vieja guardia. Se mostraba respetuoso y humilde con todos, jamás se mostraba arrogante. Cuando, en los años ochenta, un grupo de jóvenes de Semilla Negra, queriendo desbancar a las autoridades ancianas (con el único objetivo de hacer dinero e integrarse en la sociedad civil como hombres de negocios), empezó a eliminar a los viejos que se resistían (cosa frecuente en aquellos tiempos), también Blanco estuvo en el punto de mira. Un día al apearse de un coche con sus hombres, desde otro automóvil que pasaba a toda velocidad abrieron fuego contra él. Como disparaban con Kaláshnikov y por la calle pasaba mucha gente, algunos transeúntes resultaron heridos. Blanco pudo protegerse tras el coche blindado, pero vio a una mujer al alcance de los disparos y se abalanzó sobre ella para cubrirla. Entonces fue herido de gravedad y murió en el hospital días después. Antes de fallecer pidió a sus hombres que buscaran a aquella mujer, le pidieran perdón por lo ocurrido y le dieran dinero. Este gesto tuvo gran resonancia en la comunidad criminal, al punto que sus mismos asesinos se arrepintieron y presentaron excusas a los ancianos, lo que no obstó para que a continuación siguieran matándose entre sí, y entonces, como decía mi tío, «ya sólo Cristo supo lo que había en la ensalada».

En nuestra comunidad se hablaba muy bien de Blanco. Por eso,

cuando me enteré de que su hijo había venido a la ciudad huyendo de la mucha gente que en su tierra quería vengarse en él tras la muerte de su padre, enseguida quise conocerlo. Se lo conté a mi tío, quien me aseguró que Blanco no tenía familia, porque vivía según las viejas reglas, que vedaban a los miembros de Semilla Negra casarse y tener hijos. «Estaba solo como un poste en la estepa», me juró.

Poco después tuve ocasión de conocer a Buitre y, sin andarme con rodeos, lo desenmascaré. Nos pegamos y gané, pero desde aquel día me la tuvo jurada e intentó vengarse más de una vez.

Una noche del invierno de 1991 volvíamos Mel y yo al barrio de una fiesta, a cuál más bebido. A eso de la medianoche, en el límite entre nuestro barrio y el del Centro, aparecieron Buitre y otros tres tipos en bici, que nos adelantaron y luego se detuvieron para cortarnos el paso. Buitre se sacó de la chaqueta una escopeta de cañones recortados calibre 16 y me disparó dos tiros en el pecho con cartuchos llenos de clavos. Por suerte para mí, los habían cargado mal: en uno habían puesto mucha pólvora y pocos clavos, y habían hundido demasiado el tapón, por lo que explotó en el cañón y el fogonazo le chamuscó al subnormal la mano y parte de la cara. Con el otro cartucho habían cometido el error contrario: habían puesto demasiados clavos y poca pólvora, y no apretaron bien el tapón, de suerte que la carga salió con poco impulso y solamente me agujereó un poco la chaqueta; en realidad sólo un clavo me llegó a la piel, pero sin causarme mayores daños, como que no me di cuenta hasta un par de días después, cuando me vi una ampolla rojiza. Mel se arrojó contra ellos sin más armas que sus manos y logró tumbar a uno y romperle la bici, mientras los otros se daban a la fuga.

En respuesta a este ataque, otro día mis amigos y yo pillamos por banda a Buitre y le di tres navajazos en el muslo, como solemos hacer en señal de desprecio. Él no se dio por vencido y continuó diciendo que se vengaría. Por aquel entonces no era más que uno de los muchos maleantes menores de edad que había en el barrio de la Estación, un don nadie. Más tarde hizo carrera y llegó a comandar una pandilla de cretinos con la que cometía unos desaguisados que en nuestra comunidad le habrían valido como mínimo que le cortáramos las pelotas.

Aquel día de febrero me interné en el barrio de la Estación sin pensar más que en apresurarme y rogando a Dios no toparme con aquel gilipollas que tenía por enemigo. Para que Mel no se preocupara ni se me pusiera nervioso, pues era cosa seria verlo así, procuraba disimular mi inquietud hablándole de la fiesta de cumpleaños que pensaba dar aquella noche y describiéndole toda la comida que había preparado mi madre. Me escuchaba con suma atención y, a juzgar por su expresión, ya se veía sentado a la mesa y zampándoselo todo él solo.

También en el barrio de la Estación, como en el mío, los menores ejercían de centinelas, estaban al tanto de quienes entraban y salían, y daban parte a los adultos. No pasamos, por tanto, inadvertidos a unos críos de entre siete y diez años que, cuando cruzábamos el patio de las primeras casas, vimos sentados en un rincón, punto estratégico desde el que se divisaban bien las dos calles que comunicaban el parque con el barrio. Uno de ellos, el más pequeño, a una orden de otro mayor, se levantó y nos vino al encuentro a la carrera. En nuestro barrio no se hacía así: cuando había que abordar a algún intruso nos acercábamos en grupo, nunca enviábamos a uno solo, menos aún al más pequeño. Y por lo general tampoco abordábamos a nadie, procurábamos que fueran ellos los que se aproximaran, para demostrar nuestra superioridad desde el principio.

El chaval tenía ya cara de drogata, chupada y con ojeras oscuras, claro síntoma de que inhalaba cola: muchos chavales de la Estación se colocaban así. Nosotros nos burlábamos llamándolos «los novios de la bolsa», porque siempre llevaban una bolsa de nailon; echaban dentro un poco de cola y metían la cabeza. Muchos perecían así, asfixiados, pues se quedaban sin fuerzas hasta para quitarse la bolsa de la cabeza; los encontraban muertos a porrillo en toda suerte de escondites por la ciudad, en sótanos, cuartos de la caldera…

El chaval se nos plantó delante, se limpió los mocos en la manga y con una voz cascada por las inhalaciones de cola nos dijo:

—Eh, alto, ¿adónde vais?

Para explicarle quiénes éramos le impartí un curso intensivo de buena educación.

—¿Dónde te has dejado los buenos modales, en el bolsillo con tu novia de nailon? ¿No te enseñaron que hay lugares en que por no

saludar como es debido puede uno acabar como un baklan[7]? Vuelve con tus amigotes y diles que vengan todos y se presenten como es debido, si tenéis algo que decir. ¡Si no, seguiremos adelante como si no os hubiéramos visto!

Con mis últimas palabras ya corría el chaval levantando nieve con los talones.

Pronto se presentó toda la delegación con el jefe a la cabeza, un chavalillo de unos diez años que por darse cierto tono criminal manipulaba un chiotki, un instrumento hecho de pan que usan los tironeros para entrenarse los dedos.

—Me llamo Barba, buenos días, ¿adónde vais? —dijo con voz un tanto apagada. Deduje que también debía de darle a la cola.

—Soy Nikolái Kolima y él es Andrei Mel, somos del Río Bajo. Traemos una carta para uno de vuestros ancianos.

—¿Lo conocéis personalmente? —nos preguntó con repentina amabilidad y como si acabara de despertar—. ¿Sabéis el camino o queréis que os acompañemos?

«Qué extraño», pensé. Era la primera vez que alguien de la Estación se ofrecía a acompañar a un visitante; son famosos por su falta de cortesía. «Puede que tengan órdenes de no dejar solos a quienes entren en el barrio», me dije. Aunque sería de locos acompañarlos a todos: deberían pasarse día y noche yendo y viniendo.

No conocíamos ni al destinatario ni la calle.

—La carta va dirigida a un tal Fedor Dedos; si nos decís dónde queda la calle podemos ir solos, gracias. —No sé por qué, tanta solicitud me daba mala espina y preferí rehusar.

—Os lo explico —dijo Barba, y nos indicó que debíamos tomar por aquí, girar por allí, seguir por acá, cruzar por allá… En fin, enseguida me di cuenta, porque conocía bien el barrio, de que querían hacernos dar mil rodeos inútiles. Pero como no entendía por qué, le seguí la corriente y lo escuché hasta el final.

—Pues sí —dije entonces—, parece complicado. Solos nunca daremos con la calle.

Su cara se iluminó como una moneda recién acuñada:

—Ya os lo decía, sin un guía…

—Pues no se hable más —concluí sonriendo—. ¡Andando, ve tú delante!

Se lo pedí para evaluar la gravedad del caso. Ningún jefe de pandilla encargado de vigilar un barrio abandona jamás el puesto, a lo sumo envía a uno de los suyos. Estaba sometiéndolo a una prueba: si delegaba en otro el acompañarnos, podía estar tranquilo, pero si aceptaba, significaba que cumplía la orden de conducirnos a algún sitio y tendríamos problemas.

—¡Perfecto, vamos! —contestó él casi cantando—. Le digo un par de cosas a mi kontora y vuelvo.

Mientas Barba deliberaba en un rincón con los suyos, comuniqué a Mel mis inquietudes.

—Los hincho a hostias —sentenció.

Repliqué diciendo que no me parecía buena idea. Si les pegábamos, tendríamos que salir por piernas sin entregar la carta, ¿y cómo quedaríamos ante nuestro guardián?

—Como imbéciles, Mel, quedaríamos como imbéciles perdidos. ¿Qué le diríamos? ¿«No hemos entregado la carta porque sospechamos algo y hostiamos a unos críos de nueve años que ni siquiera se sostenían en pie de lo colocados que estaban»?

Le propuse un plan distinto y más arriesgado: dejar que Barba nos acompañara y, a la primera ocasión, «romperlo», que en nuestra jerga significa sonsacarle la verdad a la fuerza. Debíamos averiguar qué tenían contra nosotros y la dirección del tal Dedos. Si resultaba que el peligro era grande, podíamos dar media vuelta y explicarle la situación a nuestro guardián; si en cambio se trataba de un peligro menor, entregábamos la carta, nos volvíamos a casa y también lo contábamos todo, con lo que nos convertíamos en los héroes del barrio.

Esta última parte de mi plan le gustó muchísimo. Era evidente que la idea de regresar al Río Bajo con un hecho glorioso que relatar lo seducía, y me aplaudió la genial estrategia. Yo sonreía y le aseguraba que todo iría bien, aunque no las tenía todas conmigo.

Mientras tanto, los críos de Barba habían formado un corro a su alrededor y nos miraban riendo por lo bajinis. Sin duda creían que ya habíamos caído en la trampa…

Pedí a Mel que se comportara como si nada supiera, y cuando volvió Barba le dirigió una sonrisa tan amplia y falsa que me dije: «Tierra, trágame».

Nos pusimos en camino. Barba iba en medio, hablábamos de

esto y de aquello. Dejamos atrás diez o doce casas con los patios desiertos: debido al frío la gente se quedaba en casa.

Pasamos delante de una vieja escuela cerrada y ruinosa donde en verano se reunían a armar bulla los chavales de la Estación. Allí había sido brutalmente asesinada dos años antes una chiquilla, una pobre desgraciada sin familia a quien sus mismos amigos, chavales como ella, obligaban a prostituirse y despojaban del poco dinero que sacaba. La habían matado porque quería dejarlo e irse a vivir a otro barrio, donde había encontrado un empleo de aprendiza de costurera.

El caso era estremecedor: durante tres días seguidos la violaron y torturaron teniéndola atada todo el tiempo a un viejo armazón de cama por las muñecas y los tobillos, los cuales, al no resistir el peso, acabaron partiéndose. Cuando la encontraron, su cuerpo estaba lleno de cortes y quemaduras de cigarrillo, en el ano le habían introducido una gran llave inglesa y en la vagina un hervidor eléctrico con el que, para hacerla sufrir más, la habían ido quemando poco a poco.

Al principio los vecinos de la Estación quisieron ocultar el horrible asesinato, pero pronto vino en conocimiento de toda la ciudad y las autoridades criminales decidieron intervenir. Ordenaron al guardián de la Estación que encontrara cuanto antes a todos los implicados, los matara a golpes, colgara sus cuerpos en el lugar del crimen y los dejara allí una semana, para a continuación enterrarlos en una tumba sin cruz ni nada que los identificase.

Y así se hizo. También nosotros nos acercamos a ver los cadáveres de aquellos cerdos asesinos colgados por las piernas en la veranda de la escuela vacía; estaban hinchados como globos y negros de hematomas. Al final tuve que apartar la mirada, que recayó en los muros: eran muy gruesos y pensé que nadie habría oído los gritos de la chica mientras la torturaban. Debe de ser terrible morir así, sabiendo que a dos pasos del calvario que uno sufre la gente está tranquilamente en su casa ocupada en sus cosas, sin tener la menor sospecha de lo que ocurre. Sólo esta circunstancia me hacía llorar: «Por mucho ruido que se haga aquí dentro, aquí se queda», y aquello no era nada comparado con lo que debía de haber sufrido la pobre chica.

Pasábamos delante de la escuela, como digo, cuando propiné un

leve codazo a Mel dándole a entender que había llegado el momento.

—Tíos —dijo entonces—, no aguanto más, estoy meándome. Vayamos a un sitio donde pueda «esperar el tren» sin molestias.

Barba miró primero a Mel y luego a mí con expresión un tanto inquieta, como si quisiera objetar algo, pero al final, sin duda para no despertar sospechas, se limitó a decir:

—Bueno, vale, te digo dónde, aquí dentro de la escuela.

En cuanto franqueamos la puerta Mel lo empujó por la espalda y Barba cayó de bruces sobre el helado pavimento.

—¿Qué pasa? ¿Es que estáis locos? —preguntó con voz temblorosa, al tiempo que se volvía despavorido.

—El loco eres tú si crees que puedes dárnosla… —dije, mientras Mel abría y cerraba su navaja a guisa de advertencia, y casi con melancolía le daba vueltas en la mano de manera que la hoja proyectaba mil reflejos sobre las paredes sucias y cubiertas de pintadas.

Yo avanzaba despacio hacia Barba y él retrocedía arrastrándose a la misma velocidad, hasta que topó con la pared. Le hablaba como si lo supiera todo, con el fin de que, viéndose en peligro, confesara espontáneamente.

—Venimos aposta para acabar con esto… Verás que es muy feo tratar de engañar a los del Río Bajo.

—¡No me hagáis daño, no tengo nada que ver! —Barba empezó a cantar antes de lo previsto—. No sé nada, sólo cumplo órdenes de Buitre…

—¿Qué órdenes? —le pregunté oprimiéndole el costado con la punta de la bota.

—Llevarle a quienes vengan del Río Bajo. —Estaba casi histérico, hablaba como con graznidos.

Mel se le acercó y empezó a pasarle la navaja por la ropa, apretando un poco más cada vez, y el otro lloraba más y más fuerte con los ojos cerrados y suplicaba que no lo matáramos. En realidad me lo suplicaba a mí, porque creía que Mel iba a matarlo sin mayor problema.

Esperé un poco y, cuando lo vi tan desesperado que no podría negarme nada, le propuse:

—Dime dónde está Dedos; nosotros le entregamos la carta y tú

te salvas. Pero no intentes engañarnos; sabemos dónde encontraros, y como nos indiques un lugar equivocado y no lo encontremos, vamos por ti y te matamos, pero no con navaja, no: a hostias, y no te dejamos un hueso sano…

En unos segundos trazó con palabras y gestos el camino exacto a la casa de Dedos.

Decidimos encerrarlo en la escuela para evitar que nos la jugara. En el semisótano encontramos una estancia cuya puerta se podía atrancar por fuera. Era un cuartucho frío y oscuro. Ideal para Barba, que aguardaba cabizbajo la suerte que le esperaba.

—Aquí te quedas encerrado, nadie se dará cuenta antes del verano. Como nos hayas mentido y nos pase algo, como nos hagan algo, aquí te pudres solo como un perro. Y si todo va bien, diremos dónde estás y vendrán a sacarte. ¿Está claro? Así vivirás y podrás recordar esta lección que te hemos dado gratis.

Mel lo empujó al oscuro interior, cerró la puerta y la atrancó poniendo un madero contra la manija.

—¡No me dejéis aquí, por favor, no me dejéis aquí! —lloraba desesperado.

—¡Cállate y pórtate como un hombre! Y ruega a Dios por nosotros, o eres hombre muerto.

La casa de Dedos quedaba más bien lejos, a un cuarto de hora de camino. Debíamos procurar no llamar la atención, pero cuanto más nos adentrábamos en el barrio, más nos alejábamos de la posibilidad de salir bien parados.

A todo esto yo iba formulando mil hipótesis acerca de lo que podía tenernos preparado aquel imbécil de Buitre, y curiosamente estaba cada vez más intrigado. Ardía en deseos de saber de qué muerte querían matarme en la Estación. No estaba asustado, sino excitado, como si se tratara de un juego de azar. Mel caminaba tranquilo y no daba muestras de sostener ningún diálogo interior. Tenía aquella expresión vacua de siempre y de rato en rato me miraba y sonreía.

—¿De qué coño te ríes? ¿No ves que estamos jodidos? —le decía yo para meterle un poco de miedo, no por maldad sino para despabilarlo.

Pero nada, él seguía tan campante y sonreía más.

—Que nos los merendamos, Kolima —fanfarroneaba—. ¡Que

hacemos una escabechina, que corre la sangre!

A decir verdad, eso era lo que yo quería evitar, una escabechina.

—Mientras no sea nuestra sangre… —repliqué, pero él ni me escuchó, avanzaba como si quisiera comerse el mundo.

Llegamos por fin a la casa de Dedos, subimos al segundo piso y nos plantamos ante su puerta. Cuando mi amigo hizo ademán de tocar el timbre, lo detuve y primero miré por el ojo de la cerradura, que era bien grande. Se veía un pasillo sucio, iluminado por una bombilla que colgaba muy baja, como si la hubieran estirado, y al fondo del pasillo, ante un televisor encendido, un hombre delgado, con el pelo corto, estaba cortándose las uñas de los pies con una cuchilla de afeitar, como se estila en la cárcel.

—Asegúrate de que llevas la carta y luego llama —dije a Mel retirándome de la cerradura—. Cuando Dedos abra, lo saludas y te presentas, luego me presentas a mí. No le hables enseguida de la carta…

—¿Por qué no me dices también cómo debo mear? ¡No es la primera carta que entrego, sé cómo se hace! —me interrumpió.

Pulsó el timbre y se oyó un sonido extraño, entrecortado, como si los cables no hicieran buen contacto. Oímos crujir el entarimado bajo las pisadas de Dedos. La puerta se abrió sin ruido de cerradura —la llave no estaba echada— y ante nosotros apareció un hombre de unos cuarenta años, cubierto de tatuajes y con dientes de metal que brillaban como piedras preciosas. Llevaba una camiseta de tirantes y unos pantalones ligeros, e iba descalzo pese a lo helado que debía de estar el suelo.

Dentro hacía tanto frío que el hombre echaba vaho. Nos miraba tranquilo, parecía un tipo normal. Esperaba.

Mel lo miraba también sin decir nada. El tipo se llevó la mano al cuello y se lo rascó, como para dar a entender que nuestro silencio lo incomodaba.

Di una patadita a mi amigo, que al punto empezó a soltar palabras como balas una metralleta. Eso sí, lo hizo conforme a las reglas, y después de las presentaciones declaró que llevaba una carta.

Dedos cambió de expresión en el acto, sonrió y nos invitó a entrar. Nos llevó ante una mesa donde había una cacerola de chifir recién hecho.

—Venga, chavales, servíos. Perdonad, pero no puedo ofreceros otra cosa. Acabo de salir de la cárcel, anteayer… ¡Esto de la libertad! ¡Con tanto espacio no se aclara uno!

Me gustó su ironía, comprendí que podía relajarme.

Nos sentamos, le dijimos que por nosotros no se preocupara. Empezamos a pasarnos la taza de chifir mientras Dedos abría la carta que le enviaba nuestro guardián.

—Debo ir con vosotros a vuestro barrio —anunció al cabo—, me invitan a hablar…

Mel y yo nos miramos. Teníamos que contarle lo que nos había pasado, sería poco leal no explicarle a lo que se exponía si nos acompañaba.

Decidí hablar yo, porque si lo hacía mi amigo complicaría las cosas. Respiré hondo y lo conté todo: mi guerra con Buitre, la trampa que nos habían tendido Barba y su banda de colgados, lo de la escuela…

Dedos escuchaba con atención, pendiente de mis palabras, como hacen los reclusos. La única diversión de los presos en la cárcel es contarse historias: se narran sus vidas unos a otros por episodios, cuando uno termina empieza el siguiente.

Concluí diciéndole que si no quería arriesgarse, podía acudir al día siguiente.

—Tranquilos, si pasa algo estoy con vosotros.

No me hacía mucha gracia, porque sabía que en aquel barrio los jóvenes no respetaban a los mayores. Los esperaban a la puerta de sus casas y cuando volvían borrachos les pegaban para robarles, y luego enseñaban a los demás el botín como un trofeo. Además, Dedos no era un criminal con autoridad; según leí en sus tatuajes —en el cuello llevaba una firma siberiana—, en la cárcel se había unido a los siberianos y nuestra comunidad lo protegía, quizá porque había hecho algo importante por nosotros.

Mientras yo pensaba todo esto, Dedos se había puesto una chaqueta llena de cosidos, unos zapatos viejos y una bufanda verde que casi le arrastraba.

Por la calle entablamos conversación. Nos contó que había estado en la cárcel desde los dieciséis años, y que lo habían encerrado por un percance estúpido: un día, borracho, había propinado sin querer un fuerte bastonazo a un policía y lo había

matado. En la cárcel de menores se juntó con la familia siberiana porque, decía, eran los únicos que estaban unidos y no pegaban a la gente, lo hacían todo juntos y no obedecían a nadie. A la cárcel para adultos llegó ya como miembro de la familia siberiana. Había cumplido veinte años de condena. En el momento de salir, un anciano le propuso que ocupara el apartamento donde lo habíamos encontrado.

Quería acercarse a nuestra comunidad, que era, aseguraba, su familia, y había pedido a las autoridades criminales siberianas de la prisión que se pusieran en contacto con el guardián de nuestro barrio.

Se sentía parte de nuestra comunidad, lo que por supuesto me complació.

Entonces se me ocurrió una idea. Puesto que necesitábamos refuerzos, pensé en pasarme a ver a un amigo que vivía por allí cerca. Se llamaba Gueka, diminutivo de Yevgueni. Nos conocíamos desde pequeños, era hijo de una pediatra muy buena, la tía Lora.

Gueka era un muchacho muy inteligente, culto y educado, no formaba parte de ninguna banda, prefería vivir tranquilo. Le interesaban muchas cosas y me gustaba por eso; iba muy a menudo a su casa y estaba fascinado por su colección de aviones de guerra en miniatura, que él mismo montaba y coloreaba. Su madre me prestaba libros, y así fue como conocí a Dickens y Conan Doyle, y sobre todo al único personaje literario que, con ser un poli traidor, me ha caído bien: Sherlock Holmes.

Gueka pasaba el verano con nosotros en el río, le enseñábamos a nadar, luchar, usar la navaja. Pero llevaba gafas, lo que a mi abuelo le daba una lástima infinita: para los siberianos ponerse gafas es como sentarse voluntariamente en una silla de ruedas; supone una muestra de debilidad, una derrota. Aunque uno no vea bien, jamás debe ponerse gafas, para no perder su dignidad y su aspecto saludable. Así que, cuando Gueka venía a mi casa, mi abuelo Boris lo llevaba al rincón rojo, se postraban de hinojos ante los iconos de la Virgen y el Salvador siberianos y, persignándose mil veces, recitaba una oración que Gueka debía repetir palabra por palabra:

—¡Oh, Madre de Dios, Virgen santa, patrona de toda Siberia y protectora de todos nosotros pecadores! ¡Asiste al milagro de Nuestro Señor! ¡Oh, Señor Nuestro, Salvador y Compañero en la

vida y la muerte, Tú que bendices nuestras armas y nuestros mezquinos esfuerzos por llevar Tu ley al mundo del pecado, Tú que nos haces fuertes ante el fuego del infierno, no nos abandones en los momentos de flaqueza! ¡No por falta de fe, sino por amor y respeto hacia tus criaturas, te ruego, haz un milagro! ¡Ayuda a tu miserable siervo Yevgueni a encontrar su camino y a vivir en la paz y la salud, para cantar tu gloria! ¡En el nombre de las madres, los padres, los hijos y nuestros resucitados en tus brazos, escúchanos y lleva tu luz y calor a nuestros corazones! Amén.

Terminada la plegaria, mi abuelo Boris se incorporaba, se volvía a Gueka y, con ademanes solemnes y aparatosos, le tocaba las gafas y lentamente se las quitaba, diciendo lo siguiente:

—Así como tantas veces diste fuerza a mis manos para empuñar la navaja contra los polis y dirigiste mi pistola para atinarles con balas por ti benditas, dame tu poder para vencer la enfermedad de tu humilde esclavo Yevgueni… —Y preguntaba a Gueka—: Dime, angelito, ¿ves ahora bien sin gafas?

Mi amigo, por respeto, no osaba decir que no.

El abuelo Boris se volvía entonces hacia los iconos y daba gracias al Señor con las consabidas fórmulas:

—¡Hágase tu voluntad, Nuestro Señor! ¡Mientras vivamos y Tú nos protejas, la sangre de policías, diablos cobardes y siervos del mal correrá a raudales! Te agradecemos tu amor. —Entonces llamaba a toda la familia y proclamaba que acababa de obrarse un milagro—. Y ahora, ángel mío, ahora que ves, ¡rompe estas inútiles gafas! —exclamaba, devolviéndole las gafas a mi amigo.

—No te enfades, abuelo Boris, las rompo luego —susurraba Gueka, guardándoselas en el bolsillo.

—Rómpelas cuando quieras, hijo mío, el caso es que no te las pongas más —decía con voz dulce y llena de alegría mi abuelo, acariciándole la cabeza.

Las veces siguientes, para que mi abuelo no se enfadara, Gueka se presentaba sin gafas, que se quitaba en la puerta antes de entrar. Mi abuelo Boris se henchía de satisfacción.

Gueka vivía con su madre y un tío cuya existencia había sido tremenda, una víctima ejemplar de la furia divina y la condenación en vida a que estaba destinada esta simpática familia. Se llamaba Iván y la gente lo apodaba el Terrible. La comparación con el gran

tirano era irónica, porque Iván era más bueno que el pan. Tenía unos treinta y cinco años, era bajo y delgado, de pelo y ojos negros, y con unos dedos asombrosamente largos. Antes de que la desgracia se abatiera sobre él había sido músico de profesión; con dieciocho años tocaba el violín en una orquesta importante de San Petersburgo y su carrera parecía ir en ascenso como un misil intercontinental soviético. Pero un día Iván se había acostado con una colega de la orquesta, una encantadora violonchelista, mujer de un importante miembro del Partido Comunista. Perdió la cabeza por aquella putilla, hizo pública su relación y llegó a pedirle que se separase del marido. El pobre infeliz no sabía que a los miembros del Partido les estaba prohibido divorciarse porque debían ser familias modélicas, ejemplos perfectos de «célula» de la sociedad soviética. ¿Y qué célula va uno a formar si puede divorciarse cuando se le antoje? Nuestras células han de ser duras como el acero, o mejor, como el metal de nuestros tanques y nuestros famosos fusiles de asalto Kaláshnikov. ¿Se ha visto alguna vez un tanque soviético defectuoso? ¿O un Kaláshnikov que se encasquille? Las familias deben ser perfectas como las armas.

Así pues, nuestro Iván, cuando quiso dejarse llevar por los dictados de su corazón, se vio aplastado por el poder del marido de su amante, poder que cayó sobre él en forma de agentes de los servicios secretos soviéticos que, a fuerza de sueros, acabaron por convertirlo en un espectro.

Oficialmente lo dieron por desaparecido y todos creyeron que había huido de la Unión Soviética a través de Finlandia. Pero meses después lo encontraron por la calle, afectado de graves trastornos mentales, y lo internaron en un psiquiátrico. No recordaba ni su nombre. Lo único que llevaba consigo era el violín, gracias al cual los médicos averiguaron que tocaba en una orquesta. Al final localizaron a su hermana y se lo entregaron.

La salud de Iván ya no se recuperó. Mantenía una invariable expresión de alguien asaltado por constantes dudas. Se comunicaba con los demás sin problemas, pero necesitaba tiempo para comprender las preguntas y pensar las respuestas, un tiempo decididamente más largo de lo normal.

Seguía tocando el violín, lo único que lo unía al mundo real, especie de ancla que lo tenía amarrado a la vida. Actuaba dos veces

por semana en un local del Centro y luego se emborrachaba hasta aturdirse; afirmaba que estando borracho tenía momentos de absoluta lucidez mental, que por desgracia duraban poco.

Un amigo fiel compartía con él sus orgías alcohólicas: se trataba de otro pobre desgraciado, llamado Fima, que a los nueve años había padecido una meningitis y perdido el juicio. Era un tipo muy violento, veía enemigos por todas partes: cuando entraba por primera vez en un sitio se metía la mano derecha en el abrigo como para sacar una pistola. Era malo y suspicaz, pero como estaba enfermo todos lo dejaban en paz. Siempre llevaba puesto un abrigo de marino y usaba frases y términos marineros: «¡Somos pocos pero llevamos camiseta a rayas!», «¡A toda máquina!», «¡Cien anclas en el culo, hundid ese cascarón fascista!». Fima dividía el mundo en dos categorías: los «nuestros», es decir, la gente en quien confiaba y que consideraba su amiga, y los «fascistas», todos aquéllos a los que veía como enemigos y a los que por tanto había que insultar y agredir. No se sabía en qué se basaba para decidir quién era de los «nuestros» y quién «fascista», al parecer se lo decía algún presentimiento muy profundo y personal.

Iván y Fima estaban siempre armando bronca. Si Fima era violento por naturaleza, Iván no lo era menos cuando se ponía.

Precisamente por estas bellas prendas confiaba en encontrarlos en su casa.

En efecto, Gueka, Iván y Fima estaban jugando a batallas navales en el salón.

A mi amigo se lo veía relajado, riendo con sorna de sus compañeros de juego.

—Glu, glu, glu —decía imitando el ruido de un barco que se hunde.

Fima, con manos trémulas, apretujaba desconsolado su hoja: la situación de su flota debía de ser desesperada.

Iván, todo abatido en un rincón —su hoja tirada por el suelo indicaba que acababa de perder la partida—, estaba tocando el violín, al que arrancaba notas lentas y tristes que parecían gritos lejanos.

En dos palabras expuse a Gueka el caso y le pregunté si quería ayudarnos a marcharnos del barrio.

Aceptó enseguida, y Fima e Iván lo siguieron como dos corderos

prontos a convertirse en leones.

Salimos a la calle. Observaba la banda que formábamos y me parecía mentira que el día de mi cumpleaños me viera en semejante trance, que cada vez resultaba más grotesco: dos menores siberianos y un adulto recién salido de la cárcel acompañados del hijo de una pediatra y de dos locos peligrosos, tratando de dejar atrás sanos y salvos el barrio en que nos daban caza.

Gueka y yo caminábamos delante, los demás nos seguían. Iba hablando con mi amigo, oyendo al mismo tiempo a Mel contar a Dedos una de sus historias milagrosas, en este caso la del gran pez que había remontado el río hasta nuestro barrio atraído por el aroma de la mermelada de manzanas de la tía Marta. El momento más absurdo de aquella historia era cuando Mel ponderaba lo grande que era el pez, porque abría los brazos como Jesús crucificado y exclamaba forzando la voz: «¡Un bicho asi-i-i-í de grande!». Así, con un oído en atenta espera de aquella frase y con el otro escuchando a Gueka, me sentía muy bien. Tenía la impresión de estar dando un plácido paseo con mis amigos.

—¡Jo, pues si vieras las bestias que vi yo desde mi barco! ¡De ballenas acaba uno hasta los huevos, el mar está lleno! —comentó Fima cuando Mel acabó su relato.

Me había vuelto para ver qué cara ponía al decir aquello, cuando vi algo que pasó volando tan cerca de mi cara que me rozó la mejilla. Era un pedazo de ladrillo.

—¡Mierda, es una emboscada! —gritó Gueka.

De dos patios opuestos aparecieron una docena de chavales armados con palos y navajas corriendo hacia nosotros:

—¡A por ellos! ¡No dejéis ni uno vivo! —gritaban.

Eché mano de mi pica. Apreté el botón y la hoja, con un chasquido, salió impulsada por el muelle. Mel apoyó su espalda contra la mía y exclamó:

—¡Yo me los cargo!

—Dales en las piernas, idiota, ¿no ves que llevan periódicos bajo la chaqueta? Nos esperaban y se han preparado…

No había acabado la frase cuando delante de mí se plantó un chaval enorme blandiendo un palo con el que trató de asestarme en la cabeza. Oí silbar la estaca junto a mis oídos, una, dos veces… El cabrón era rápido. Procuraba acercármele para clavarle la navaja,

pero no me daba ocasión, sus golpes eran cada vez más precisos y veloces. De pronto alguien me dio un fuerte empujón por la espalda que me lanzó contra el gigante de la estaca, al que instintivamente asesté tres velocísimos navajazos en el muslo, tan rápidos que sentí un calambre en el brazo, como una descarga eléctrica producida por la tensión acumulada. La sangre empezó a manchar la nieve. El tiarrón reaccionó propinándome un fuerte codazo en la cara, pero seguí dándole navajadas hasta que, cogiéndose la pierna y haciendo muecas de dolor, cayó sobre la nieve roja.

El que me había empujado me dio entonces una cuchillada por detrás, pero como yo estaba delgado y llevaba un chaleco grueso, no me llegó a la carne. Atravesó, eso sí, el chaleco, y mano y cuchillo quedaron prendidos en su interior. Me giré y con mi pica le hice un corte en la nariz y luego sobre un ojo, y en el acto su cara se cubrió de sangre. El chaval trataba de sacar la mano del chaleco, pero la navaja se había enredado en la tela y tuvo que soltarla. Se llevó las manos a la cara y gritando de dolor se arrojó al suelo, lejos de mí.

Metí dos dedos por el roto del chaleco y con cuidado saqué el arma: era un cuchillo de caza, largo y muy afilado. «Cerdo cabrón —pensé—, pudo dejarme seco. Cuando vuelva a casa le pongo una vela a la Virgen».

Salté por encima del cuerpo del enemigo empuñando su cuchillo y acudí en socorro de Gueka, que desde el suelo, apoyado en un brazo, intentaba con el otro parar los palos que descargaba sobre él un muchacho robusto. Sorprendí al agresor por la espalda y le clavé la navaja en el muslo.

Mi pica tenía una hoja muy larga que penetraba bien en la carne, ideal para dejar fuera de combate al contrincante, porque atravesaba los músculos y llegaba al hueso con facilidad.

Al mismo tiempo, con el cuchillo de caza le corté los ligamentos de las corvas de la otra pierna. Profiriendo un alarido de dolor, el muchacho se desplomó.

Gueka se levantó, recogió el palo y ambos acudimos junto a Mel, que había cogido a uno y, gritando como loco, estaba cosiéndole la tripa a navajazos, mientras otros tres trataban de detenerlo propinándole estacazos en la cabeza y la espalda. A mí me habrían liquidado, seguro, sólo Mel con su corpachón podía aguantar en pie

semejante tanda de palos.

Me arrojé cuchillo en ristre contra uno que se disponía a descargarle un fortísimo estacazo en la cabeza, y le corté por detrás un ligamento.

Por su parte, Gueka le soltó un palo en la cabeza a otro, que cayó desmayado mientras le salía sangre por la oreja. El tercero escapó por uno de los patios donde instantes antes habían aparecido todos.

Entretanto, Fima e Iván, empuñando sendos palos, estaban moliendo a golpes a dos chavales caídos junto al bordillo. El de Fima estaba muy mal, tenía la cara ensangrentada y la nariz rota, y por instinto se cubría el rostro con brazos temblorosos. Fima golpeaba con tanta violencia que el palo rebotaba contra las manos del chaval como si fueran las de un muñeco de madera: era evidente que se las había roto.

—¿Quién quiere matar a un marinero soviético? ¿Eh? ¡Di, fascista de mierda! —gritaba fuera de sí mientras le pegaba.

Iván trataba de acertarle al otro en la cara, pero éste esquivaba bien los golpes ladeando el cuerpo. Cuando ya parecía tenerlo a tiro, descargó un último golpe, pero también falló y el palo impactó contra el asfalto, cubierto de nieve teñida de sangre que apenas caía se congelaba, y se partió. Irritado, el violinista arrojó lejos el trozo que le quedaba, saltó con los pies juntos sobre la cabeza del adversario y empezó a pisotearle la cara, al tiempo que profería extraños gritos de guerra, como los indios cuando atacan a los vaqueros en las películas del Oeste.

Aquel par estaba realmente loco de atar.

La pelea había durado un instante.

Al otro lado de la calle estaba Dedos, que empuñaba una navaja y un palo, y a cuyos pies había un chico con un corte de la boca a la frente: muy profundo, fea herida. El muchacho estaba consciente pero inmóvil, aterrado, creo, por la sangre y el dolor.

Mel tenía cogido por la solapa al chaval al que antes había acuchillado en la tripa y miraba pasmado la hoja partida de la navaja. Me acerqué y de un tirón rasgué la chaqueta del crío llena de orificios: cayó al suelo un fajo de unos veinte periódicos pegados unos a otros, donde se veía clavada la otra mitad de la cuchilla.

Mi amigo asistía a todo aquello con estupor, como si fuera un

número de magia.

Cogí el fajo del suelo, lo sopesé un momento y, con todas mis fuerzas, le di con él una hostia a mi amigo que resonó como si hubiera partido un tocón con un hacha.

Al instante se le enrojeció la mejilla. Soltó al otro, se llevó la mano a la cara y me preguntó con voz nerviosa:

—¿Qué haces? ¿Por qué me pegas?

Le propiné otro golpe y Mel retrocedió dos pasos cubriéndose con la mano.

—¿Qué te dije, gilipollas? —contesté—. ¡Que tiraras a los muslos, no al cuerpo! Mientras te entretenías con ese colgado y los otros tres te molían a palos, a mí me ha tocado el cuchillo de verdad. ¡Por un pelo no me han dejado seco, joder! ¿Y tú dónde estabas? ¿Por qué no me has cubierto las espaldas?

Él puso cara compungida —mirada baja, cabeza gacha, boca entreabierta— y con tono lastimero empezó a farfullar frases incomprensibles, como cada vez que metía la pata:

—Ejem… Kolima… no… no quería… ejem… perdona…

—Perdona, y un huevo —lo interrumpí—. Quiero volver a casa a celebrar mi cumpleaños, no mi funeral. Y escúchame cuando te hablo. No es momento para bromas, aquí nos jugamos el pellejo. Y no olvides que no estamos solos, que hay personas que nos echan una mano y no podemos exponerlos demasiado. Y suerte que están aquí, porque con un amigo como tú ya estaría muerto.

Mel se encogió aún más y, como siempre en estos casos, se volvió mi sombra y me cubrió las espaldas, aunque ya era un poco tarde.

La calle parecía el escenario de una matanza: la nieve ensangrentada, los agresores que se arrastraban maltrechos junto a las aceras…

Me acerqué al chaval al que Mel había cosido a inútiles navajazos: estaba asustado pero no tenía ni un rasguño. Tocaba hacer de malo. Lo cogí del cuello y quise levantarlo, mas no pude, pesaba mucho; me agaché y con el cuchillo le pinché el muslo hasta hacerlo sangrar un poco. Él gritó, rompió a llorar y me suplicó que no lo matara. Le solté un sopapo para que se callara.

—¡Cierra esa boca, marica! ¿Eres consciente de con quiénes os habéis metido? ¿No sabes que a los del Río Bajo nos bautizan con

navajas? ¿De verdad pensabais que podríais con nosotros? Llevo peleando desde que tenía siete años, he abierto en canal a tantos como tú que ya he perdido la cuenta. —Exageraba un poco respecto al número de víctimas, claro, pero tenía que asustarlo, porque un enemigo aterrorizado es un enemigo medio vencido. Los siguientes, pues no dudaba de que pronto nos las veríamos con otros, debían tener menos humos—. Hoy no te mato porque es mi cumpleaños y es la primera vez que nos enfrentamos, pero si vuelves a cruzarte en mi camino no tendré piedad. Y cuando veas a Buitre, dile que Kolima le manda recuerdos, y que como lo vea esta noche lo rajo como a un cerdo…

El muy gilipollas, sangrando por el muslo y con cara de espanto, me miraba como si estuviera chupándole el alma.

Reanudamos la marcha: Fima empuñando una gran estaca, Iván con una porra rota que había recogido del suelo, Gueka con una barra de hierro, Dedos con un cuchillo y una estaca, yo con un cuchillo y una navaja en el bolsillo, y por último mi segunda sombra, cabizbajo, con una estaca y su cuchillo partido.

Del patio empezaron a salir los supervivientes.

—¡Cabrones siberianos! ¡Volveos a vuestro bosque de mierda! ¡Os mataremos a todos! —gritó uno de ellos cuando nos habíamos alejado unos veinte metros.

Mel se volvió y le lanzó su cuchillo roto, que voló describiendo una curiosa trayectoria y fue a impactar contra la cara de un chaval que estaba junto al que nos gritaba. Más sangre. Todos escaparon de nuevo dejando en la nieve a otro compañero herido.

—¡Santo Cristo, qué carnicería! —Se asombró Gueka.

Caminábamos rápido. Y cuando salíamos a espacios anchos, abiertos, casi corríamos. Procurábamos evitar patios y callejones.

Dejamos atrás la última fila de casas lindantes con los almacenes de alimentos y nos escondimos en unos garajes y aparcamientos ilegales. Propuse rastrear bien la zona antes de cruzar la carretera en grupo: presentía que nos esperaba una sorpresa.

—Oíd —dije—, voy a quitarme el chaleco para correr más rápido y cruzaré la carretera más abajo, donde hace la curva y se pierde entre los árboles. Luego corro a los almacenes y veo cómo está la cosa. Si hay muchos esperándonos, pasamos por otra parte. Si son pocos, los atacamos por detrás… Tardaré un cuarto de hora.

Mientras, vosotros mirad en los garajes, a ver si hay algo que podamos utilizar como arma, pero cuidaos de no llamar la atención…

Todos estuvieron de acuerdo, menos Mel.

—Kolima, voy contigo, a saber lo que puede ocurrir… —Estaba preocupado y no quería dejarme ir solo.

No podía decirle que era una carga, así que tenía que negarme con tacto.

—A ti te necesito aquí. Si os descubren tendrás que defender a los demás. Yo solo puedo escapar de cualquier lío, pero ¿y ellos?

Mel se puso serio, con el mismo semblante grave que debían de tener los kamikazes al subir al avión.

Me quité el chaleco y ya me iba cuando mi amigo me puso la barra de hierro en la mano y dijo con voz trémula:

—Por si las moscas…

Lo miré maravillado: ¡pero qué zopenco era y cuánto me quería aquel pedazo de bestia!

No entendía que cuanto menos estorbo llevara mejor. Para evitar explicaciones inútiles cogí la barra y eché a correr. Apenas traspuse el aparcamiento la tiré. Corría rápido, el aire estaba frío, respiraba bien.

Llegué a la curva, crucé la carretera y me dirigí a los almacenes. Al acercarme divisé a unos diez o doce chavales calentándose sentados en torno a un bidón de hierro donde ardía un fuego. Conté las estacas y barras que tenían apoyadas en la pared. Esperé un poco para cerciorarme de que no eran más y me volví.

Cuando me reuní con mis compañeros, ya habían abierto cinco garajes. Mel había vaciado un armario con herramientas de jardín y se había armado con una que por un extremo era azada y por el otro horca, ni idea de cómo se llamaría porque no sé nada de jardinería; en mi barrio los jardines sólo servían para esconder armas.

Además, se había llenado los bolsillos de discos de sierra de dientes grandes y afilados.

—¿Para qué quieres eso? ¿Es que piensas rebanar a la gente?

—No; son armas arrojadizas —contestó ufano, y vi cómo le brillaba el ojo, señal de que era capaz de cualquier cosa.

—Mel, esto no es ningún juego. Procura no darnos a ninguno, si

no quieres que te meta tus armas arrojadizas por el culo…

Se sintió ofendido y salió del garaje con la cabeza gacha.

Fima había cogido un hacha enorme, lo que me preocupó mucho, así que lo convencí de que la cambiase por un buen trozo de tubo de acero inoxidable.

—Mira cómo brilla —le dije—. ¿A que parece una espada?

Él agarró el tubo sin decir nada, los ojos llenos de ardor guerrero.

También Iván se había agenciado un hacha, más pequeña y larga, de las que se usan para cortar ramas. Se la arrebaté de las manos y le tendí una barra de hierro. Aquel par era demasiado violento y lo mismo provocaba una carnicería de verdad, así que había que aligerar su armamento.

Dedos se había pertrechado con un astil largo y macizo, Gueka con un gran cúter y una pesada tranca.

Perfecto.

Inspeccioné un garaje y encontré una caja de botellas vacías. Se me había ocurrido una idea: una idea tremenda, pero de gran provecho dada nuestra situación. Eché un vistazo en los otros garajes; en uno había arena, que se emplea para conservar las manzanas en invierno. Con ayuda de Gueka y un tubito, extraje gasolina de los depósitos de los coches.

Llenamos las botellas de gasolina mezclada con arena y con unos trapos confeccionamos los tapones.

Los cócteles molotov estaban listos.

Deliberamos un momento y propuse el siguiente plan:

—Cruzamos la carretera por aquí, llegamos a la tapia del almacén y, con cuidado, nos acercamos a ellos cuanto podamos. Como esperan vernos aparecer por la otra parte, los pillaremos por sorpresa. Primero les arrojamos los cócteles molotov y luego seguimos a hostias. Es la única posibilidad que tenemos de salir del barrio por nuestro propio pie.

Todos asintieron.

Cruzamos la carretera corriendo y cuando llegamos a la tapia retardamos la carrera. Gueka y yo cargábamos con la caja de los cócteles molotov.

De pronto oímos las voces del enemigo: estaba a la vuelta de la esquina. Nos detuvimos. Me asomé: ofrecían un blanco perfecto,

pegados todos a la tapia, en torno al bidón del fuego.

A uno lo conocía, era un gilipollas cuatro años mayor que yo, subnormal profundo, llamado Migas. Había matado tres gatos de una pobre anciana vecina suya y no sé luego el tiempo que había estado vanagloriándose de la hazaña, el muy sádico.

Un día que estábamos bañándonos en una playa del río, uno de los chavales de nuestro barrio, Stas, apodado Bestia, un tipo con mucha mala leche, enfadado con todo el mundo, lo oyó contar la bravuconada de los gatos. No se anduvo con chiquitas: se fue derecho a él, le agarró las manos y se las apretó con tanta fuerza que se oyeron crujir los huesos. Migas se puso blanco y perdió el conocimiento, y las manos se le amorataron e hincharon como globos. Se lo llevaron sus colegas. Cuando lo curaron en el hospital, siguió soltando bravatas y diciendo por ahí que algún día se vengaría. No tuvo ocasión, porque a Bestia lo mataron en un tiroteo con la policía poco después. Migas nos la juró entonces a todos los del barrio, se alió con Buitre y prometió destruirnos. Se decía que hasta había celebrado una misa negra en el cementerio y había maldecido a todos los chavales del Río Bajo.

Cogí dos cócteles molotov, pasé dos a Gueka y otro dos a Dedos. A Mel no le di ninguno porque una vez, de pequeños, había lanzado uno demasiado alto, explotó en el aire y por poco nos quema a todos. Desde entonces sólo le encomendaba encenderlos, con cerillas o mechero.

Agité las botellas para mezclar bien la arena del fondo, pedí que me encendieran los trapos, doblé la esquina y arrojé simultáneamente los dos cócteles contra el grupo enemigo. Un instante después ya había cogido otros dos, me los encendieron, los arrojé, y así seguí, lanzándolos a discreción.

El pánico cundía entre los enemigos, que con la cara ardiendo se arrojaban a la nieve. Había fuego por todas partes y algunos huyeron tan veloces que en un santiamén desaparecieron de la vista.

En menos de un minuto vaciamos la caja. Antes de que a Mel se le consumiera la cerilla habíamos terminado.

Saqué mis armas blancas y me abalancé sobre uno que acababa de levantarse y estaba cogiendo un palo. No presentaba quemaduras, la gasolina en llamas sólo le había salpicado la

chaqueta y había tenido tiempo de rodar por la nieve. Se lo veía bastante cabreado y gritaba como un guerrero. Trató de golpearme dos veces, manteniéndose siempre a distancia. Esquivando el tercer estacazo me arrojé y le clavé la navaja en una pierna. Con la otra me golpeó en la cara y me partió el labio —noté la sangre en la boca—, pero entretanto había conseguido asestarle unos cuantos navajazos más en el muslo y le había cortado los tendones de la corva.

Mel, detrás de mí, había tumbado ya a tres adversarios, uno con la mitad de la cara quemada, otro con tres agujeros en la cabeza de los que manaba una sangre espesa y casi negra, como la que sale cuando te alcanzan el hígado. El tercero tenía un brazo roto. Mel estaba furioso y llevaba una navaja clavada en la pierna.

Dedos estaba junto a la pared y a sus pies yacían otros tres heridos en la cabeza, uno con un hueso roto que le sobresalía bajo la rodilla.

En la pared estaba también Gueka, apoyado en ella: le habían dado un golpe en la frente, nada grave, pero era evidente que se había asustado.

Por su parte, los locos de Fima e Iván estaban moliendo a golpes a un gigante tendido en el suelo que, por alguna razón, seguía resistiéndose a soltar el mazo de madera que empuñaba. Su cara parecía carne picada y debía de llevar un buen rato sin conocimiento, pero aun así no lo soltaba. Me incliné y vi que llevaba el mazo atado a la muñeca con un elástico. Para dejarle un recuerdo de Siberia le corté los ligamentos de la rodilla: el tipo no emitió ni un quejido, estaba inconsciente de veras.

Le saqué el cuchillo de la pierna a Mel, corté el elástico en dos, con un trozo taponé la herida y con el otro hice un vendaje apretado. Para facilitarme las cosas, mi amigo se había quitado los pantalones y ahora se negaba a ponérselos, decía que quería que le diera un poco el aire, el muy gilipollas.

Dedos miraba a Fima e Iván con una sonrisa admirativa y ellos, sin duda sintiéndose héroes, enarbolaban sus barras de hierro.

Ayudé a Gueka a levantarse. Estaba bien, sólo un poco aturdido y a la vez nervioso.

—Toma, hermano, mastica esto despacio, te calmará —le dije, dándole un caramelo que llevaba en el bolsillo.

Era mentira, pero si uno se lo cree, un caramelo funciona como un tranquilizante. Es el «factor psicológico», como explicaba mi tío. A un compañero de celda le había quitado el vicio del tabaco asegurándole que si se frotaba las orejas media hora todos los días, en un mes dejaba de fumar.

Gueka masticó el caramelo y se sintió mejor. En la frente tenía un moratón alargado que le llegaba al ojo izquierdo. Le comenté que teníamos que irnos cuanto antes, salir de aquel barrio. Gueka se mostró preocupado porque aquella gente sabía dónde vivía y tenía miedo de volver a casa.

—No te preocupes, hermano —lo tranquilicé—. Cuando lleguemos a nuestro barrio se lo contaré todo al guardián. El tío Viga lo arreglará todo.

Quería que supiera que con nosotros no tenía nada que temer.

—¿Por qué estás tan seguro de que llevamos razón, de que no nos hemos equivocado? —me preguntó.

En aquel momento la pregunta me pareció estúpida. Sólo más tarde, con el tiempo, comprendí su profundidad. Porque la pregunta se refería a otra cosa: no cuestionaba que tuviéramos razón en aquel lance o en otros parecidos, sino nuestra manera de estar en el mundo.

Mi amigo Gueka era un filósofo; y yo, poco hábil con las palabras, le contesté lo primero que se me ocurrió:

—Porque somos auténticos, porque nosotros no escondemos nada.

Él sonrió de un modo extraño, como si quisiera replicar pero prefiriese dejarlo para otra ocasión.

Entretanto, Mel había registrado a nuestros enemigos y encontrado tres cuchillos, seis paquetes de cigarrillos, cuatro mecheros —uno de ellos de oro, que se guardó de inmediato—, más de cincuenta rublos y un saquito lleno de anillos y cadenas de oro, sin duda robados.

Junto al bidón nos esperaba otra parte de botín: una bolsa de tela donde había un termo de café, malo pero caliente, unos diez bocadillos de queso y, sorpresa, una escopeta de cañones recortados, sin culata, además de un montón de cartuchos sueltos, que examiné uno por uno: guardé los auténticos y deseché los caseros porque no me fiaba de los que fabricaban los desconocidos,

sobre todo si eran de la Estación.

—¿Y por qué no nos dispararon? ¿Y por qué no nos dispararon? ¿Y por qué no nos dispararon? —No dejaba de preguntar Mel como un disco rayado, de lo más sorprendido.

—Porque no tienen huevos… —contesté, aunque sólo para que se callara, pues en realidad tampoco me lo explicaba. Puede que el escopetero, pillado por sorpresa, no hubiera tenido tiempo de sacarla… Tal vez, o tal vez no. Lo cierto es que si la hubiera usado, la cosa habría sido distinta y quizá ahora no estaría contando esto.

Mel quería quedarse la escopeta, pero por derecho de ancianidad correspondía a Dedos: a él se la di y la escondió bajo la chaqueta. Por suerte Mel no se ofendió, estaba de acuerdo, lo único fue que quiso enseñarle a Dedos a disparar con aquel chisme.

Nos encaminamos a paso ligero hacia el parque. Estaba seguro de que la cosa no había acabado, tenía una extraña corazonada. Caminaba masticando un bocadillo congelado y pensando que era muy mala señal que el día de mi cumpleaños me pasara todo aquello.

«De acuerdo —me decía—, ya veo que me espera una vida difícil. Confiemos en que no sea demasiado corta».

Cuando entramos en el parque ya oscurecía. En invierno anochece pronto, la luz del día claudica rápidamente y en media hora no se ve nada. No había farolas, sólo se veían las débiles luces de la ciudad centellear entre los árboles. Íbamos por la alameda principal.

Al pasar por el sanatorio comuniqué a Gueka mi mal presentimiento. Sentía que nos tenderían otra emboscada, y dado que el mejor sitio para ello era el parque, aislado y oscuro como estaba, temía que fuera inminente.

—Por algo Buitre no ha dado la cara —sentenció Gueka, que se temía lo mismo.

Propuse que camináramos todos muy juntos, para poder cubrirnos las espaldas en caso de que nos atacaran de improviso.

Nos reunimos y seguimos andando al mismo paso, como soldados, con el temor de que de un momento a otro el enemigo se nos abalanzara encima.

Así cruzamos todo el parque, sin que nada ocurriera. Cuando vimos las luces del Centro brincamos de alegría. Mel hasta empezó

a lanzar extraños insultos hacia la Estación.

Entramos en aquel barrio. A medida que avanzábamos por las calles iluminadas íbamos sintiéndonos más relajados y hasta con ganas de bromear. Todo parecía normal y sencillo… Me sentía tan ligero que casi podía volar.

Mel empezó a tirarnos bolas de nieve, todos reíamos, íbamos camino de casa.

Cerca de la biblioteca tomamos un atajo, una callecita tranquila que atravesaba el centro histórico. Estaba deseando llegar al Río Bajo para celebrar mi cumpleaños con los demás, que nos esperaban.

—Estarán ya borrachos como cubas —decía Mel—, se habrán comido todo y nos tocará lavar los platos sucios.

—Si es así, macho, mi próximo cumpleaños lo celebro solo, anda y que os… —No terminé la frase, porque algo o alguien me dio un fuerte golpe en el costado derecho. Caí y me di con la cabeza contra el suelo helado. A pesar del dolor, reaccioné enseguida, y cuando de un salto me puse en pie ya empuñaba los cuchillos.

La calle era estrecha y estaba oscura, pero a lo lejos se veía una ventana iluminada que difundía cierta claridad. Unos bultos oscuros se acercaban a nosotros.

—¡Coño! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —me preguntó Mel.

—Sí, eso creo, me han empujado. Son ellos, estoy seguro…

—Santo Cristo, y yo que ya he tirado el palo… —Me miró desesperado.

—Toma un cuchillo. ¿Y tus discos de sierra?

—Tíraselos a la cara, tío —dijo Mel, sacándolos del bolsillo y pasándomelos.

Dicho y hecho. Lancé un disco contra el bulto más próximo y se oyó un alarido estremecedor.

—¡Fascistas de mierda, os voy a hacer pedazos! —gritaba Fima, que avanzaba hacia ellos con la tranca de hierro.

Se arrojó sobre un muchacho que ya estaba muy cerca y cuya cara podíamos ver; el chaval trató de esquivar el golpe pero éste lo alcanzó en la nuca y el tipo se desplomó sin un quejido.

Otros tres bultos se arrojaron sobre Fima e Iván trató de defenderlo atizándolos con su estaca.

A Gueka, que estaba en el suelo con una mano rota, lo atacaba

otro gigante con un palo. Dedos, escopeta en mano, se abalanzó sobre aquel tío, le disparó a bocajarro en el pecho y el tipo cayó de una manera extraña, como empujado por una fuerza invisible.

También acudí en socorro de Fima y empecé a lanzar discos, que alcanzaron a dos atacantes en plena cara. A otro le di un navajazo en el costado: la hoja penetró en la carne atravesando capas de tejido y comprendí que, sin duda seguros de pillarnos desprevenidos, ni siquiera se habían protegido con periódicos. Le asesté otras dos navajadas en el mismo punto, en la zona del hígado. Quería matarlo. Pero de pronto noté que perdía las fuerzas en la mano, como si cediera a una especie de enervamiento o parálisis.

«Lo que me faltaba…», pensé.

Quise apretar, pero mi diestra, sin fuerzas, no reaccionaba, no respondía. Entonces empuñé el arma con la izquierda y en ese momento Mel, por detrás, me agarró del cuello y se dispuso a apartarme a rastras. A todo esto se oían pasos de gente que huía.

Estaba sin aliento y me costaba respirar. Me dolía el golpe recibido en el costado, aunque no parecía cosa de cuidado. Como mucho me habría roto un par de costillas, porque el dolor aumentaba al coger aire.

El gigante yacía en tierra, inmóvil y jadeando. No se le veía ni una gota de sangre. El cartucho que Dedos le había disparado debía de ser de los de goma con una bola de hierro dentro, que no matan pero que, descargados de cerca, pueden causar graves daños.

Echamos a caminar, mejor dicho, a correr. Delante iban Dedos y Gueka, que se sujetaba la mano rota contra el pecho, seguidos de Fima, que lanzaba maldiciones, y de Iván, que avanzaba callado y concentrado. Detrás iba yo, que pese al dolor del costado corría también cuanto podía, no sabía por qué, quizá porque el ataque repentino cuando ya nos creíamos seguros nos había infundido nueva fiebre.

Mel avanzaba detrás de mí, a mi paso; podía ir más rápido, pero sin duda se daba cuenta de que yo corría con dificultad y prefería guardarme las espaldas.

Llegamos por fin a nuestro barrio. Enfilamos la calle que conducía al río y poco a poco aminoramos el paso. Nos salieron al encuentro tres amigos que estaban de guardia. En dos palabras les

contamos lo ocurrido y uno de ellos se apresuró a avisar al guardián.

Llegamos a mi casa. Mi madre se hallaba en la cocina en compañía de la tía Irina, la madre de Mel. Estaban preocupadas y cuando nos vieron entrar se quedaron clavadas en sus sillas.

—¿Qué os ha pasado? —balbució mi madre.

—Nada, un percance tonto… —Corrí al baño para evitar que me viera el chaleco roto y lavarme las manos manchadas de sangre. Cuando volví a la cocina le dije que llamara al tío Vitali—. Hay que llevar a Gueka al hospital, se ha roto un brazo…

—¿Qué se ha roto un brazo? ¿Es que os habéis peleado con alguien? —Mi madre estaba temblando.

—No, señora, me he caído, un accidente… Debería haber estado más atento —contestó el pobre Gueka, que trataba de imponer calma con una voz que parecía de ultratumba.

—Tú te habrás caído, pero ¿por qué tiene Mel un moratón en la cara? —Mi madre tenía una manera muy suya de llamarnos embusteros.

—Porque —respondió el genio de Mel— nos hemos caído todos juntos, tía Lilia…

La tía Irina la emprendió con él a bofetadas.

Me fui de nuevo al baño y me encerré. Encendí la luz y vi espantado que toda la pierna derecha me chorreaba sangre. Me desnudé y me miré en el espejo el costado que me dolía. Ahí estaba: un corte finísimo y de apenas tres centímetros de largo del que sobresalía una cuchilla rota. Cogí la pinza de las cejas de mi madre en el instante en que ella llamaba a la puerta.

—Abre, Nikolái.

—Un segundo, mamá, me lavo la cara y salgo.

Pincé el fragmento de cuchilla y empecé a sacarlo despacio. Lo veía salir más y más largo y noté que me mareaba. Lo dejé estar, abrí el grifo y me mojé la frente. Reanudé la operación hasta sacarla por completo, sin dar crédito a mis ojos: era un fragmento de casi diez centímetros de sierra de cortar metal, afilado por ambos lados y con una punta fina y frágil. Habían elegido aquella arma adrede, para que se partiera al clavarla y doliese más.

La herida sangraba. Abrí el armario y me curé como buenamente supe, untándome con pomada cicatrizante el corte y

vendándome bien para detener la hemorragia. Tiré la ropa y los zapatos por el ventanuco del baño y me puse unas prendas sucias que cogí del cesto junto a la lavadora. Lavé y sequé el cuchillo y volví a la cocina.

Mel y su madre se habían ido ya, y había llegado el tío Vitali, que con las llaves del coche en la mano se disponía a llevar a Gueka al hospital.

Fima e Iván estaban sentados a la mesa de la cocina, comiendo sopa con nata ácida y estofado de carne y patatas que mi madre les había servido.

—A ver, gamberro, ¿qué habéis hecho ahora? —me preguntó el tío Vitali de buen humor, como siempre.

Yo estaba medio desmayado y no tenía ganas de bromas.

—Luego te lo cuento, tío, ¡menuda historia!

—¡El día de tu cumpleaños tenías que armarla! Tus amigos están ya todos borrachos, esperándote…

—No quiero fiestas, tío, estoy que me caigo, lo único que deseo es irme a la cama.

Estuve en cama dos días seguidos, sin levantarme más que para comer e ir al baño. Al segundo día Mel vino a verme acompañado por el guardián, el tío Viga, que quería que le contara lo ocurrido.

Así lo hice, y él me prometió que lo arreglaría en unas horas, porque también deseaba evitar represalias contra Gueka, Fima e Iván en la Estación, ya que Dedos se quedaba a vivir en nuestro barrio.

Una semana después, Viga me convocó a su casa para hablar con cierta persona de la Estación. Era un criminal adulto, una autoridad de la casta Semilla Negra llamado Cuerda, uno de los pocos de aquel barrio que los míos respetaban.

Estaban sentados a la mesa.

—¿Conque tú eres el famoso «escritor»? —dijo Cuerda, levantándose y viniendo a mi encuentro.

Escritor, en jerga criminal, es quien maneja bien el cuchillo. Escribir es dar cuchilladas.

No sabía qué responder ni si podía hacerlo, por lo que interrogué a Viga con la mirada, que asintió con la cabeza.

—Escribo cuando hay que escribir, cuando me inspira la musa —contesté.

Cuerda esbozó una amplia sonrisa.

—Eres un pie descalzo despabilado.

Me llamó «pie descalzo», lo que era buena señal. La cosa quizá se resolvería a mi favor.

Cuerda se sentó y me invitó a hacer lo mismo.

—Te lo preguntaré una sola vez y no volveremos a hablar del tema. —Cuerda se expresaba con gran calma y voz segura, se notaba que era una autoridad capaz de controlar las cosas—. ¿Qué piensas hacer? Si renuncias a vengarte, te doy mi palabra de que nosotros, los de la Estación, castigaremos severamente a cuantos os han atacado. Si quieres vengarte de alguien en concreto, no te lo impediremos, pero tendrás que apañártelas solo.

No necesité pensármelo, la respuesta me salió sola:

—No tengo nada personal contra nadie de la Estación, lo pasado, pasado está, mejor será olvidarlo. Espero no haber matado a nadie, pero ya sabéis cómo son las peleas, cada cual se defiende como puede…

Quería que entendiera que lo de menos era la venganza, y que anteponía el bienestar y la paz de la comunidad.

—Bien, entonces te prometo que el responsable del vergonzoso atentado cometido contra vosotros, huéspedes en nuestro barrio, será castigado y expulsado —sentenció mirándome seriamente, pero con aire benévolo y amistoso—. Tus amigos pueden seguir viviendo dignamente y llevar la frente bien alta cuando vayan a la Estación… —Hizo una pausa y se volvió hacia una puerta que había al otro extremo de la estancia—. Quiero presentarte a mis sobrinos, a quienes por desgracia ya conoces, porque me gustaría que aceptes sus excusas…

A continuación entraron dos chavales con cara fúnebre y la cabeza gacha. A uno lo reconocí enseguida, era Barba, el subnormal al que habíamos encerrado en la escuela. El otro me sonaba de algo, pero no recordaba de qué. Noté que cojeaba y que en la pierna izquierda llevaba un vendaje que abultaba el pantalón: era el tipo al que había dado el mensaje para Buitre en la primera pelea y herido con la navaja.

Se acercaron y se detuvieron ante mí con el mismo entusiasmo con que un condenado a muerte se enfrenta al pelotón. Me saludaron al mismo tiempo. Era muy triste y humillante, lo sentía

por ellos.

—¡Venga, adelante! —les ordenó Cuerda con severidad.

Barba, el pequeño drogata, empezó a largar como una metralleta, palabras claramente estudiadas:

—Te pido perdón como a un hermano porque me equivoqué, si quieres puedes castigarme, pero antes perdóname. —No resultaba tan conmovedor como pudiera parecer, me daba perfecta cuenta de que era pura formalidad.

—Acepta mi humilde saludo de hermano afectuoso y compasivo. Que el Señor nos perdone a todos —repuse, pues también yo tenía que interpretar mi papel.

Era la escuela del abuelo Kuzia. Si me hubiera oído se habría sentido orgulloso de mí. Tono poético, contenido ortodoxo: de auténtico siberiano.

Tras mis palabras, Viga sonrió satisfecho, Cuerda estaba casi boquiabierto.

Ahora le tocaba al otro desgraciado:

—Por favor, perdóname como a un hermano, porque cometí una injusticia y…

Hablaba con menos convicción aún que Barba; era evidente que no recordaba bien su parte y la había acortado. Miró con extravío a Cuerda, que no se inmutó, aunque sí apretó los puños.

Resolví entonces abrumarlos con toda mi amabilidad, así que respiré hondo y empecé a recitar:

—Como nuestro glorioso señor Jesucristo nos abraza a todos nosotros, pecadores, y amorosamente nos lleva por el camino de la eterna salvación, así yo, con la misma humildad y alegría, os incluyo en la fraterna gracia.

Qué santas palabras, no parecía sino que iba a salir levitando para ascender al cielo por un agujero abierto al efecto en el techo.

Viga seguía sonriendo.

—Perdónanos, Kolima, vuelve a casa tranquilo, yo mismo lo arreglaré todo —prometió Cuerda.

Al mes supe que a Buitre le habían dado un buen repaso, le marcaron la cara con un chirlo que le cruzaba la mejilla de la boca a la oreja y lo obligaron a abandonar el barrio.

Me enteré también de que se había establecido en Odesa y se dedicaba a robar carteras en los tranvías con una banda de

menores. Era gente que no respetaba ley alguna, ni la de los hombres ni la de los criminales.

Tiempo después me llegó la noticia de que había muerto a manos de sus mismos compañeros, que lo habían arrojado de un tranvía en marcha.

Gueka se restableció pronto y la fractura no le dejó secuelas; tiempo después se matriculó en la Facultad de Medicina.

A Fima, para su desgracia, se lo llevó su familia a Israel. Me contaron que cuando fueron a subirlo al avión empezó a protestar y gritar que para un marinero era una vergüenza volar. Agredió a un copiloto y a dos agentes de aduanas. Tuvieron que dormirlo con un sedante.

Iván siguió tocando el violín en el restaurante y pronto tuvo ocasión de consolarse por la separación de su amigo: conoció a una chica y se fue a vivir con ella. Por cierto, entre las chavalas de la ciudad corría el rumor de que la naturaleza había dotado a Iván de otro don, además del musical.

Dedos vivió un tiempo en nuestro barrio, asaltó una serie de bancos con una banda siberiana y acabó estableciéndose en Bélgica, donde se casó.

Durante los dos años siguientes estuve encontrándome de cuando en cuando con chavales a quienes no conocía y que me saludaban diciendo:

—Yo también estaba aquel día.

Algunos me enseñaban los cortes de las corvas, las cicatrices de los muslos, casi con orgullo.

—¿Lo reconoces? ¡Me lo hiciste tú! —me decían.

Con muchos quedamos en buenas relaciones. Aquel día por suerte no murió nadie, aunque la herida del que acuchillé en el hígado fue de cierta gravedad.

El abuelo Kuzia, enterado por Viga de cómo me había comportado con los sobrinos de Cuerda, me felicitó con su media sonrisa y estas palabras:

—Muy bien, Kolima, una lengua amable pincha y corta mejor que un cuchillo.

Aquel cumpleaños no hubo regalos. Mi padre se enfadó conmigo.

—No eres capaz de estarte tranquilo ni el día de tu cumpleaños

—me decía.

También mi madre estaba ofendida porque le había ocultado lo ocurrido. En fin, que para colmo de adversidades, nadie me regaló nada. Bueno, sí, mi tío Vitali me trajo un balón de fútbol, de cuero, precioso, pero me lo hizo añicos mi perro aquella misma noche.

Sin regalos y con una buena herida, pero ésta me hizo reflexionar sobre la vida que llevaba, comprenderla y considerarla mejor.

Y después de tanto pensar y debatir conmigo mismo, llegué a la conclusión de que con cuchilladas y hostias no se resolvía nada. Y pasé a las pistolas.

Cárcel de menores

A finales de agosto, una noche calurosa Mel y yo volvíamos del barrio del Centro. Cuando ya casi habíamos llegado al Río Bajo, en un jardincillo a unos veinte metros de nosotros aparecieron tres muchachos de unos dieciséis años borrachos perdidos, con botellas vacías en la mano.

Por las muchas maldiciones que salían de sus labios enseguida comprendimos que habría pelea.

—Santo Cristo, sólo nos faltaban estos maricas… Kolima, como se nos acerquen me los cargo, te lo juro… —dijo Mel con voz triste y reposada. Metió la mano en el bolsillo y sacó la navaja despacio, la apoyó en la cadera y apretó el botón, la hoja se abrió y la escondió a la espalda. Hice lo mismo, pero la escondí delante, bajo la camiseta, simulando que me sujetaba el cinturón.

En cuanto los pasamos, uno de ellos tiró a Mel una botella vacía a la espalda. Se oyó un ruido extraño, como el de una bola de nieve contra una pared, e inmediatamente otro más normal, que me esperaba: el estrépito de una botella que se rompe al caer.

Antes de que pudiera reaccionar, Mel saltó sobre uno y empezó a darle de patadas, mientras los otros dos intentaban propinarle botellazos. Me arrojé sobre el que más a mano tenía y le asesté un navajazo en el costado. El otro rompió una botella contra el suelo y con el trozo que le quedó en la mano me cortó la cara. Me cabreé tanto que le cosí la pierna a navajazos. De pronto oí a mis espaldas el ruido del cargador de un Kaláshnikov, seguido de una ráfaga de detonaciones. Me arrojé instintivamente al suelo.

—¡Tirad las armas lejos! —gritó una voz—. ¡Manos arriba, piernas abiertas, cabeza gacha! ¡Estáis arrestados!

Caí como en un pozo sin fondo.

«No, imposible, cualquier cosa en el mundo, menos esto».

Mientras se investigaba el caso, lo que duró dos semanas exactas, me encerraron en la cárcel preventiva de la comisaría de Tiraspol. Nuestros agresores retiraron las denuncias después de que mi padre les enviara a las personas debidas.

Mel salió a la semana porque no usó arma blanca.

Yo en cambio sí usé, encontraron mi navaja en el lugar de los hechos, y aunque las víctimas nada pedían a la justicia, a ésta le bastaron los informes policiales y mis huellas en el arma.

Juicio veloz como el rayo: la acusación pidió tres años de reclusión en una cárcel de menores de máxima seguridad. El abogado defensor —que aunque de oficio realizó bien su trabajo ya que, como supe luego, recibió dinero de mi familia— hizo hincapié en lo peculiar del caso: ausencia de denuncia por parte de la víctima, buena conducta durante mi primer arresto domiciliario y, aún más importante, imposibilidad de probar que el arma me perteneciera. Podía habérmela encontrado en el lugar de los hechos o incluso habérsela arrebatado a las mismas víctimas, que de hecho en la segunda deposición se declararon «agresores».

—Un año de reclusión en una cárcel de menores en régimen severo, con posibilidad de excarcelación por buena conducta a los cinco meses de encierro —dictaminó al final la jueza, una señora mayor entrada en carnes, con voz lúgubre.

La cosa no me asustó ni me sorprendió. Me sentí como si fuera a ir de excursión o acampada a algún sitio, donde descansaría un poco antes de volver a casa. Diré más: tuve la impresión de que era algo que llevaba toda la vida esperando, algo grande e importante.

Me metieron, pues, en la cárcel. La prisión se llamaba De Piedra, era un edificio antiguo que databa de tiempos del zar, de tres plantas y con varios bloques y secciones. Cada planta constaba de cincuenta dormitorios idénticos de unos setenta metros cuadrados, y en cada uno de ellos había dos ventanas, o mejor dicho, dos vanos sin marcos ni cristales, con una plancha de metal llena de pequeños orificios de ventilación y soldada por fuera.

Me condujeron a un dormitorio de la tercera planta, las puertas metálicas se abrieron ante mí y el carcelero me dijo:

—Entra sin miedo y sal sin llorar…

Di un paso al frente y las puertas se cerraron a mi espalda con

estrépito. No daba crédito a lo que veía.

El dormitorio estaba ocupado por literas de madera triples tan pegadas unas a otras que entremedias quedaba el espacio justo para pasar. Los chicos se hallaban sentados en ellas o iban y venían, todos ellos medio desnudos y sudados, y la atmósfera hedía a letrina, tabaco y otro olor nauseabundo, como a trapo húmedo y podrido.

Sólo se veía claramente en la mitad inferior del recinto, pues a eso de metro y medio del suelo y hasta el techo el aire se iba enturbiando y formaba una especie de gran nube de vapor.

Seguía de pie preguntándome qué hacer. Conocía muy bien las reglas carcelarias y sabía que no debía dar un paso sin el permiso de las autoridades de la celda, pero por más que miraba a un sitio y otro, no veía a nadie que se interesara por mi presencia. Para colmo tenía la impresión de que la ropa me pesaba cada vez más, debido a la humedad ambiente. De pronto algo me cayó en la cabeza y me lo quité con la mano; al instante noté lo mismo en los hombros y los sacudí.

—Tranquilo, sólo son cucarachas… Aquí en la puerta hay muchas, pero más adentro no pasan porque echamos veneno bajo las camas… —El que me hablaba era un chaval muy delgado, con la cabeza rapada y gafas, sin dientes delanteros ni más prendas que unos calzoncillos sucios y mojados. No atiné a decir nada, me sentía como en una burbuja—. Me llamo Enano, soy el snir. ¿Tú qué quieres? Dímelo y te lo consigo.

Se me acercó y me miró el tatuaje del brazo derecho. Snir en jerga criminal significa «el que va y viene», y es el nombre de una figura que existe en todas las prisiones rusas, un sujeto al que nadie respeta ni considera honesto, esclavo de su celda y correveidile de criminales.

—¿Hay aquí siberianos? —le pregunté fríamente, para darle a entender desde un principio que conmigo le convenía guardar las distancias.

—Sí, claro: están Filat Blanco del Magadán, Keria Jakut del Urengói…

—Bien —lo interrumpí rudamente—. Ve a avisarles que ha llegado un hermano, Nikolái Kolima de Bender…

Desapareció al instante en el laberinto de literas.

—Un siberiano nuevo… Ha llegado un siberiano… Acaba de llegar un siberiano que procede de Bender… —iba diciendo de una a otra.

Pronto estuvo informada toda la celda.

A los pocos minutos reapareció Enano entre las camas, se apoyó contra la pared y volvió la vista al punto de donde acababa de salir, por donde asomaron ocho muchachos que se plantaron ante mí. Hablaba el del medio, que llevaba sendos tatuajes en las manos: por ellos supe que pertenecía a una banda de asaltantes y era de una vieja familia de urcas siberianos.

—¿Conque eres siberiano? —me preguntó con voz tranquila.

—Nikoláí Kolima, de Bender.

—Vaya, de Transnistria nada menos… —repuso, alzando el tono.

—De Bender, del Río Bajo.

—Soy Filat Blanco, del Magadán. Ven y te presento al resto de la familia…

Aquella cárcel de menores, contra mis expectativas, se parecía muy poco a la prisión rigurosa de la que siempre había oído hablar y para la que me había preparado desde pequeño. En ella no regía ley criminal alguna, todo era caótico y no respondía a ninguno de los modelos de comunidad carcelaria existentes.

Para colmo, las difíciles condiciones de vida y la falta de libertad, en un momento tan delicado del desarrollo de cualquier ser humano, lo complicaban todo. Los reclusos estaban muy rabiosos y se comportaban como bestias: eran crueles, sádicos, mentirosos, ávidos de destruir cuanto les recordara el mundo libre. Allí nadie estaba seguro, la violencia y la locura eran como llamaradas de un tremendo fuego que consumía la mente y el alma.

En cada celda se hacinaban ciento cincuenta muchachos que vivían en condiciones infrahumanas. No había cama para todos, así que era preciso dormir por turnos. No había más que un baño, al fondo de la celda, y olía tan mal que con sólo acercarse daban ganas de vomitar. La única ventilación era la que proporcionaban los agujeros de las planchas de hierro que tapaban las dos ventanas.

Como costaba respirar, los reclusos con enfermedades cardíacas o respiratorias lo pasaban fatal, muchos se desmayaban y ya no despertaban. Un día, a las pocas semanas de mi llegada, un

muchacho seriamente afectado de tuberculosis empezó a escupir sangre. Los demás lo arrojaron a un rincón y evitaban acercársele por miedo al contagio. El pobre se pasó toda la noche tirado en el suelo, en medio de la sangre que escupía, pidiendo en vano de beber, y a la mañana siguiente solicitamos al director que lo trasladaran al hospital.

Día y noche iluminaban las celdas tres bombillas de poca potencia encerradas en una especie de sarcófagos de hierro y vidrio grueso atornillados a la pared.

Del grifo del baño, que estaba siempre abierto, salía un chorro de agua blanca como la leche y muy caliente, tanto en invierno como en verano.

Las literas eran muy estrechas. Los colchones habían quedado reducidos a una tela sin casi relleno que no amortiguaba la dura superficie de madera. Como hacía un calor asfixiante, nadie usaba las mantas, que se ponían debajo de la cabeza a modo de almohada, pues los cojines de verdad eran tan delgados como los colchones. Yo prefería disponer la mía debajo del colchón, para no molerme los huesos con la madera.

No había horarios, se nos dejaba a merced de nosotros mismos las veinticuatro horas. Nos traían de comer tres veces al día. El desayuno consistía en un vaso de una especie de agua sucia con leves trazas de algo que podía haber sido té en una vida anterior, vaso sobre el que ponían un trozo de pan con una bolita de mantequilla blanca que los cocineros, ladrones de comida, adulteraban en la cocina.

Nosotros, los que ocupábamos el «bloque especial» de la tercera planta porque se nos consideraba los delincuentes más peligrosos, no merecíamos el honor de desayunar con cucharas y demás objetos de metal, por lo que la mantequilla la untábamos con el dedo. Entonces mojábamos el pan untado y nos lo comíamos como si fuera una tostada, para bebernos por último el té donde flotaba grasa derretida que lo hacía más sabroso y nutritivo.

Cuando traían la comida, acudían a la puerta tres muchachos que iban tomándola por el ventanillo de manos de los guardias y pasándola a los demás. Coger algo de manos de un policía se considera «deshonesto» y quienes lo hacían se sacrificaban por todos, a cambio de que los dejáramos en paz y no nos metiésemos

con ellos.

A mediodía servían una sopa muy ligera de verduras poco hechas que flotaban en los platos como si fueran naves espaciales. A los más afortunados les tocaba un cacho de patata, una raspa de pescado o un hueso de animal. Esto de primero. De segundo había un plato de kasa, como llaman en Rusia al trigo gruesamente molido, cocido y mezclado con un poco de mantequilla. Añadían además algo que semejaba carne, pero que sabía a suela de zapato. Para beber, también té, como el de la mañana aunque menos caliente, acompañado del trozo de pan y la pelotita de mantequilla. Para comer tan deliciosos manjares hasta se nos proporcionaban verdaderas cucharas. Eso sí, contadas, y si acabado el cuarto de hora que nos daban para la comida faltaba una sola, entraba una cuadrilla de «educadores» y nos molían a palos a todos, sin más averiguaciones. Aparecía entonces el cubierto, que el hurtador lanzaba hacia la puerta para permanecer incógnito, porque de conocerlo sus compañeros le propinaban tal paliza que, como decimos nosotros, «le sangraba hasta la sombra».

De cena, más kasa, más té con pan y mantequilla y otra cuchara, pero esta vez el tiempo para comer se reducía a diez minutos.

La comida era motivo de muchas injusticias. Había grupos de malnacidos que, unidos por su afición a la violencia y la tortura, tenían aterrorizados a quienes estaban solos y no formaban parte de una familia, y además de pegarles y martirizarlos sistemáticamente, les hacían pagar una especie de «impuesto» que consistía en una gran parte de su ración.

Para sobrevivir y estar tranquilo, uno debía formar parte de una familia, compuestas por individuos que tenían algunas características en común, sobre todo la nacionalidad. En las familias se compartía todo; quien recibía un paquete de casa lo repartía entre sus compañeros y así todos tenían siempre algo de fuera; esto era muy importante desde el punto de vista psicológico, porque ayudaba a no desesperar.

Los miembros de una misma familia se protegían mutuamente, comían juntos y organizaban su vida cotidiana de manera comunitaria.

Cada una tenía sus propias reglas internas y sus miembros debían cumplirlas a rajatabla. En nuestra familia siberiana, por

ejemplo, estaban prohibidos los juegos de azar y las apuestas, así como participar en actividades con miembros de otras familias. Si alguien hacía algo a un siberiano, toda la familia contraatacaba, aunque fuera uno solo: le propinaba una paliza y lo obligaba a «enjabonar los esquíes», esto es, a pedir a los guardias que lo trasladaran de celda con el pretexto de que su vida corría peligro; esto se consideraba deshonesto y, una vez que se lo llevaran, el pobre sería tratado fatal y despreciado por todos.

Una vez, uno de mi familia, un chico de doce años llamado Alexéi, alias Colmillo, tuvo unas palabras con uno de los simpatizantes de Semilla Negra a quienes llaman voriski, «ladronzuelos», porque vor, «ladrón», es el nombre que dan los de Semilla Negra a la máxima autoridad. Estos ladronzuelos emulaban en todo a los miembros de Semilla Negra: jugaban a las cartas haciendo trampas, apostaban a propósito de cualquier cosa, mantenían relaciones homosexuales con los más débiles, a quienes violaban y aterrorizaban para usarlos como a esclavos…

Volviendo a Colmillo, aquel día tenía que ir al váter y, como manda el reglamento, lo comunicó a todos los de la celda. Solemos advertirlo porque muchos creen que mientras alguien hace sus necesidades no se debe comer o beber, ya que, de hacerlo, la comida y el agua se manchan y quien las toca se convierte en un zakontachenni, que en jerga criminal significa «contaminado, contagiado», casta de individuos despreciados y maltratados que ocupan el escalafón más bajo de la jerarquía, del que ya no pueden ascender durante el resto de sus vidas.

Pues bien, al anuncio de Colmillo, un ladronzuelo, un gilipollas sádico llamado Piotr, saltó diciendo que lo repitiera, que no había oído bien.

Era una clara provocación, a la que Colmillo respondió no menos provocadoramente sugiriendo a Piotr que si no oía bien se desatascara los oídos.

Dicho esto, Colmillo se dirigió al váter (acompañado de otro hermano, porque en la cárcel nunca nos movíamos solos, por si acaso), hizo sus necesidades y volvió con su familia siberiana.

Después de cenar se nos acercaron unos quince ladronzuelos reclamando a Colmillo para castigarlo por haber ofendido a un criminal honesto. Como nuestro concepto de la honestidad era muy

distinto del de ellos, a ninguno se nos pasó por la cabeza entregarles a nuestro hermano. Y, sin mediar palabra, nos abalanzamos sobre ellos y les atizamos una buena paliza. El mayor de nosotros, Keria, apodado Jakut, que era un siberiano puro con rasgos amerindios, le arrancó a uno de un mordisco un trozo de oreja, que masticó y se tragó delante de todo el mundo.

Obligamos a dieciocho individuos a la vez a pedir el traslado, y la historia se difundió de celda en celda por toda la prisión; empezaron a llamarnos Caníbales. Un mes después trasladaron a un muchacho de la primera planta a nuestra celda y nos contó, espantado, que abajo se rumoreaba que los siberianos de la tercera planta se habían comido vivo a un chaval sin dejar nada.

Los siberianos trabamos amistad con la familia armenia. Conocíamos de siempre a los armenios, nuestras comunidades estaban en buenas relaciones y nos parecíamos en muchas cosas. Teníamos un pacto: que siempre nos ayudaríamos mutuamente en caso de problemas serios. De ese modo, el poder de nuestras familias aumentó.

Festejábamos los cumpleaños y otras fiestas juntos, a veces hasta nos repartíamos los paquetes que nos enviaban de casa. Y si alguien necesitaba algo con urgencia, como un medicamento o tinta de tatuar, no teníamos más que pedírnoslo.

Además de los armenios, también éramos amigos de los bielorrusos, buena gente, y de los cosacos del Don, que eran algo marciales, pero tenían un gran corazón y muchísimo valor.

En cambio, con los ucranianos nos llevábamos fatal: algunos eran nacionalistas y aborrecían a los rusos, y, no sé por qué, los que no compartían esta inquina acababan apoyándolos. Para colmo, un día un siberiano de otra celda mató a un ucraniano, lo que empeoró definitivamente la relación entre nuestras comunidades, al punto de odiarnos.

Con los georgianos, aliados de Semilla Negra, guardábamos las distancias. Todos ansiaban ser autoridades, se desvivían porque los respetaran y hacían una especie de campaña electoral criminal para ganar votos. No sabían lo que es la verdadera amistad y fraternidad, vivían en un continuo odio, procurando engañar y esclavizar al prójimo valiéndose de las leyes criminales pero violándolas cuando les convenía. Esperaban así erigirse en jefes y hacerse respetar por

los criminales adultos de Semilla Negra.

Los seguidores de este grupo eran mayoría y merced a una política de terror tenían controlado al resto de los reclusos, a quienes ellos denominaban «tacones», nombre sin un significado especial, usado únicamente para designar a la masa simple e ignorante. Eran tacones los presos comunes, chavales que no pertenecían a ninguna comunidad criminal y a los que encerraban por su mala suerte. Muchos eran hijos de alcohólicos y cumplían condena por vagabundeo, un delito nada honroso. Los pobres desgraciados daban lástima de puro consumidos e ignorantes. Los ladronzuelos los tenían esclavizados, los maltrataban con sadismo y cometían con ellos todo tipo de abusos sexuales.

Según la creencia siberiana, la homosexualidad es una enfermedad infecciosa muy grave que destruye el alma de los hombres. Nosotros crecimos en el odio absoluto hacia los homosexuales. Esta enfermedad, que denominamos con un eufemismo, «mal de carne», se transmite por la mirada, por lo que un siberiano jamás mirará a un homosexual a los ojos. En las prisiones para adultos en que la mayoría de los reclusos son siberianos ortodoxos, los homosexuales se ven obligados a suicidarse, porque no pueden compartir el espacio con los demás. Como reza un proverbio siberiano: «Los enfermos de carne no duermen al pie de los iconos».

Nunca entendí muy bien esa homofobia, pero me educaron así. A lo largo de mi vida he tenido muchos amigos homosexuales con quienes colaboré e hice negocios, con muchos estuve en muy buenas relaciones, me cayeron bien y me gustaron como personas; pero aún no he podido quitarme la fea costumbre de insultar a alguien llamándolo «maricón», aunque al punto me arrepienta o, mejor dicho, me avergüence. La educación siberiana habla por mí.

Los ladronzuelos despreciaban a los homosexuales pasivos, pese a que ellos mismos eran homosexuales activos. A los chavales de celdas en que no había familias poderosas que pudieran protegerlos, los ladronzuelos los violaban y obligaban a participar en auténticas orgías, los maltrataban, vejaban y provocaban sin cesar, reduciéndolos a vivir en condiciones inhumanas.

También muchos guardias violaban a menores, por lo general en las duchas. Los presos de régimen común tenían permiso para

ducharse una vez a la semana; los de régimen especial, como yo, una vez al mes. Pero nosotros nos duchábamos en la celda, sobre el váter, con botellas, puesto que agua caliente nunca faltaba. Cuando tocaba ir al bloque de las duchas, nos organizábamos como para una operación militar: marchábamos juntos, en pelotón, y colocábamos en medio a los compañeros débiles o enfermos, para protegerlos.

Y es que en las duchas se producían reyertas con mucha frecuencia, sin motivo, sólo porque alguno se ponía nervioso. Bastaba con que te quitaran el sitio bajo el agua y ya estaba armada. Los guardias jamás intervenían, dejaban que desahogáramos nuestra rabia, se limitaban a mirar y a veces hasta apostaban como si fuéramos perros de pelea.

Recuerdo un día que acabábamos de tenerla con los georgianos y uno de ellos me arrebató una toalla bordada de mi madre que llevaba arrollada al cuerpo y echó a correr. Salí tras él y al poco mi enemigo se detuvo y me hizo señas de no hacer ruido. Esta conducta me extrañó y pensé que me habían tendido una trampa. Dejé de correr y me acerqué a él lentamente, con los puños apretados, decidido a pegarle. Pero entonces él me señaló una cabina en la que se oía un ruido raro, como si alguien pasara un objeto metálico por los ladrillos de la pared. Aquello me dio mala espina, algo feo ocurría, no quería ni ver lo que había detrás de aquella pared.

El chaval al que un momento antes quería pegar y yo, pasando escondidos de cabina en cabina, fuimos aproximándonos al cubículo de donde provenía el ruido. El espectáculo que se ofreció a nuestra vista nos dejó de piedra: un guardia gordo y de mediana edad, con los pantalones bajados, la cabeza reclinada y los ojos cerrados, estaba dándole por culo a un muchacho bajo y delgado, que lloraba quedamente y no hacía nada por resistirse a su violador, que lo tenía sujeto por el cuello con una mano y por la cadera con la otra.

El ruido que se oía era el del manojo de llaves del policía pedófilo que, colgado del cinturón de los bajados pantalones, rozaba con el suelo a cada arremetida.

No nos quedamos mucho allí, pues en cuanto comprendimos lo que pasaba nos alejamos corriendo con sigilo. Cuando nos reunimos con los demás en las duchas le hice al georgiano seña de que no

dijera nada y él asintió con la cabeza.

No todos los guardias eran iguales. Algunos tenían cierta humanidad, que en ellos consistía solamente en abstenerse de castigarnos, humillarnos o maltratarnos, lo que ya era de gran ayuda. Otros, en cambio, obligaban a algunos presos a prostituirse.

Había uno en especial, un poli viejo y asqueroso que, después de pasarse la vida prestando servicio en cárceles de adultos, había estudiado psiquiatría infantil y pedido el traslado a una prisión de menores. Con ser un simple guardia, ostentaba incluso más poder que el director, porque mantenía relaciones con personas dedicadas a un nuevo negocio importado de otros países con la democracia: la producción de películas porno pedófilas. Estas personas obligaban a menores de edad a prostituirse con extranjeros de Europa y Estados Unidos, gente con mucho dinero y, por tanto, en el nuevo régimen democrático, con inmenso poder. A muchos de estos menores los reclutaban en la cárcel. Venían por ellos a sus celdas a cierta hora y los devolvían al día siguiente con bolsas de comida, revistas, lápices y cosas por el estilo, para envidia del resto de los presos. Sus compañeros de celda tenían prohibido meterse con ellos o maltratarlos, eran intocables. Todos sabían que aquellos muchachos eran las putas del viejo guardia, a quien llamábamos Cocodrilo Zena, como el personaje de unos dibujos animados soviéticos; les poníamos nombres de mujeres y solían dormir cerca de la puerta, donde pasaban también la mayor parte del día.

Nadie les dirigía la palabra, vivían completamente aislados, les hacíamos el vacío. Como los siberianos los considerábamos contagiosos, aún evitábamos más cualquier contacto con ellos, con sus pertenencias y hasta con quienes habían mantenido contacto con ellos o con sus cosas.

Un día, uno de los ladronzuelos de mi celda, un chico de dieciséis años llamado Pez, quiso tirarse a una de las putas, un muchacho de unos catorce al que todos llamaban Marina y al que sacaban muchas veces de la celda. Una mañana lo habían devuelto con señales de latigazos en los brazos y el cuello rojo como si hubieran intentado estrangularlo, aunque él no parecía encontrarse mal, se mostraba contento mientras comía fruta y leía tebeos. Pues bien: Pez fue y le pidió una fruta de las muchas con que lo obsequiaban. Marina se la dio. Pez se sentó con él en su litera,

empezó a hablarle y al final lo convenció para que le hiciera una mamada delante de todo el mundo.

Los siberianos estábamos en aquellos días en una situación muy delicada, porque habíamos tenido poco antes una pelea y los de la sección disciplinar nos habían advertido que nos quedáramos tranquilitos por un tiempo, si no queríamos que nos separasen en celdas distintas, con lo que tendríamos muchas posibilidades de acabar bien jodidos. Por eso nos vimos obligados a presenciar cómo Pez hundía sus órganos genitales en la boca de Marina delante de toda su familia y de otros idiotas que habían acudido a gozar del espectáculo, sentados en nuestras literas, rabiando por no poder partirles la cara y oyendo los gritos de incitación de los ladronzuelos:

—¡Venga, maricón, trágatelo todo!

—¡Eso es, Pez, hasta el fondo!

—¡Abre esa boca que voy a metértela yo también!

Pronto comprendimos que otros muchos se habían animado a que Marina les hiciese el mismo servicio que a Pez.

—No, chicos, a él se lo he hecho porque me gusta, pero ya está… —decía la débil voz de Marina, susurrando con un deje claramente femenino que daba asco.

—¡Calla y abre la boquita, si no quieres que te reviente esa nariz de maricona! —gritaba la turba, ya imposible de detener.

—Eso es, ¡chúpala bien! ¡Que luego voy yo!

Y se oían los jadeos y al final los berridos de quienes alcanzaban el orgasmo. Y Marina tosía y escupía.

—¡No lo escupas, maricón! —lo increpaban los otros—. ¡Trágatelo o te parto la cara!

Pobre Marina. Daba pena. Lloraba y, con un hilo de voz, como de enfermo grave al que le cuesta respirar, suplicaba:

—Por favor, no puedo más, ¡dejadme en paz! Después os la chupo a todos, pero ahora dejadme descansar, por favor…

—Luego no, maricón, si estás cansado échate en la litera, pero boca arriba —gritó Pez, que no quería parar.

Uno de los nuestros quiso sacudirle, pero lo retuvimos; no podíamos permitirnos más problemas. No había más remedio que presenciar aquella asquerosidad. Y aunque ninguno mirábamos, lo oíamos todo perfectamente, porque estábamos a pocos metros.

Oímos que tumbaban a Marina en la litera y a uno que decía con ostensible orgullo:

—¡Abrid paso, que lo enculo el primero!

Un instante después Marina lanzó una especie de quejido, seguido de unos suspiros como de chica al hacer el amor. Las literas se estremecían y el temblor, transmitido de unas a otras, llegaba hasta las nuestras con una vibración leve pero del todo perceptible: esto nos enloquecía de rabia, de haber podido los habríamos hecho pedazos.

—Venga, tíos —propuso uno—, hay que metérsela también por la boca, no vaya a relajársenos demasiado…

Todos se echaron a reír y bromear, y Marina siguió suplicando y prometiendo que la chuparía a todos y haría lo que fuera si lo dejaban en paz, pero nadie lo escuchaba. Y hubo más jadeos, más berridos de los que se corrían en su boca, más toses y escupitajos de aquel pobre infeliz.

De pronto alguien le arreó una bofetada y él empezó a chillar. Le apretaron la garganta y siguieron violándolo. De vez en cuando, lo soltaban y recomenzaba a toser y escupir, e intentaba decir algo pero se atragantaba. Los otros gritaban de alegría, eufóricos.

—¿Qué? ¿Está buena mi niña? ¡Porque es mía! ¡Hoy os la presto gratis, pero desde mañana a pagar! ¡O si no, os hacéis pajas! —gritaba Pez.

Esta obscenidad había empezado hacia las nueve y así siguió toda la noche. Ni una vez vinieron los guardias a ver qué sucedía. Los violadores se turnaban, descansaban un rato y volvían, bromeando:

—¡Eh, tíos!, ¿estáis seguros de que aún vive?

—¡Qué más da! Lo importante es que esté caliente…

—¡Sí está vivo, mira cómo la mama!

La fiesta acabó hacia las seis de la madrugada.

Todos reían y se gastaban bromas. Marina quedó tumbado en su litera, inmóvil, y a ratos se lo oía llorar y susurrar con su vocecita femenina.

Tres días después vinieron los guardias por él, como de costumbre.

—Marina, como te vayas de la lengua te mato con mis propias manos… —le avisó Pez para asegurarse de que no los denunciaría a

la sección disciplinar—. Si callas nadie volverá a tocarte, sólo yo, yo y quien pague. ¿Entiendes? Sin mí, éstos te romperán todos los agujeros, como la otra noche.

Pez creía haber estado tan persuasivo que apenas Marina salió de la celda, empezó a deliberar con sus amigos quién se lo tiraría primero cuando volviese.

Unas horas después se presentaron seis miembros de la sección disciplinar, con Cocodrilo Zena a la cabeza, y empezaron a llamar por el apellido a todos los que habían participado en la violación. Entre los ladronzuelos cundió el pánico.

—¡Yo no hice nada, lo vi pero no hice nada! —chillaban.

Nosotros presenciamos la escena con sumo interés.

Cuando el guardia terminó de leer la lista de nombres, se oyó la repugnante voz de Cocodrilo Zena:

—¿Estáis todos? ¡Pues venga, en fila de a uno!

Y así los vimos salir de la celda. Durante dos días no supimos nada. La expectación se palpaba en el ambiente; no hablábamos, pero muchos nos temíamos lo peor.

La noche del tercer día, mientras todos dormíamos, se abrió la puerta e hicieron entrar a los ladronzuelos. Los guardias nos prohibieron levantarnos, así que nos asomamos desde las literas para ver qué facha traían. Cuando la puerta se cerró, empezaron a oírse quejidos. Algunos lloraban, otros decían cosas sin sentido.

Lo primero que hacían muchos de ellos era coger una toalla y mojarla en el grifo del baño. Luego vi pasar a dos por entre las literas: traían la toalla mojada sujeta al trasero, bajo los calzoncillos.

—Déjame pasar, déjame pasar, que no aguanto, que me sale sangre… —dijo uno, y enseguida empezaron a pelearse por el retrete.

Nosotros reíamos.

—¡Qué prisa tienen esos maricas de mierda!

—¿No querían dar? ¡Pues donde las dan las toman!

—Claro, si no ¿qué clase de maricas serían? ¿Maricas a medias?

—¡Eh, fijaos en aquél! ¡Le han dado pero de verdad!

—Bien merecido lo tiene el muy mierda, maricón asqueroso…

—¡Estáis todos contaminados! ¡A dormir al rincón de la puerta, lejos de nosotros, que nos dais asco! —gritó nuestro Filat Blanco,

incorporándose en la cama.

Los ladronzuelos ni rechistaron; estaban amedrentados, debían de haberlo pasado mal de verdad. Cogieron sus cosas obedientes y se trasladaron.

—¡El éxodo de los maricas! —exclamó uno de los nuestros, y nos echamos a reír.

Al día siguiente, por los rumores que corrían y por los retazos de conversación que oímos a los ladronzuelos, pudimos reconstruirlo todo. Cocodrilo Zena los había llevado a la primera planta, a la sala de visitas, una estancia espaciosa y con muchas camas donde los padres podían pasar todo un día y una noche con sus hijos, y allí los amigos del guardia los violaron, filmando cuanto ocurría durante dos días y medio. Se decía que a Pez le habían metido una botella por el culo y se lo habían rajado.

A partir de aquel momento, Pez se convirtió en una sombra. Se movía por el dormitorio en silencio y con la cabeza gacha, iba al baño de noche y durante el día evitaba en lo posible bajar de su litera.

Los ladronzuelos abusaban sobre todo de los más indefensos y asustadizos. Con amenazas o por la fuerza se los llevaban al «rincón negro», el bloque de literas donde vivían, y allí les infligían las más sofisticadas y terribles torturas.

Casi todos los días violaban a alguno, y después le pegaban y lo obligaban a bailar desnudo, con un cilindro de papel ardiendo en el culo. Este tormento se llamaba «el diablillo del infierno». Cada prueba tenía su nombre, casi siempre irónico.

«El combate con el conejo», por ejemplo, consistía en lo siguiente: al desgraciado de turno lo ponían delante de una pared en que habían dibujado un conejo con guantes de boxeo y le decían que le pegara lo más fuerte que pudiese. «¡Más, más fuerte!», gritaban todos hasta desgañitarse. La víctima debía golpear el muro y al poco tenía las manos ensangrentadas.

—¡Ánimo, marica!, ¿de qué tienes miedo? ¡Si sólo es un conejo de mierda! ¡Dale más fuerte, con la pierna, con la cabeza! ¡Dale o te rajamos el culo como un trapo! —lo intimidaban.

Y el pobre obedecía, y cuando tenía la cabeza y las piernas destrozadas, lo obligaban a arremeter con el cuerpo entero, si bien eran muy pocos quienes no se desplomaban antes por el dolor.

—¡Menuda puta blandengue! No vales nada, te has dejado vencer por un conejo. ¡Cuando te recuperes ya te haremos parecer una linda muchachita! —le gritaban, dejándolo tirado en el suelo.

Así era como los ladronzuelos sembraban el terror entre los presos.

Otra tortura era «el vuelo de Gagarin»: la víctima debía lanzarse desde la litera más alta hecho un ovillo. Aunque a veces le enrollaban una toalla a la cabeza para «protegérsela», la caída acababa siempre en huesos rotos y el desventurado iba derecho al hospital.

Estaba también «el fantasma»: obligaban a la víctima a pasearse con una manta en la cabeza a veces durante dos días, y cualquiera podía pegarle y golpearlo cuando quisiera. «No siento nada porque soy un fantasma», debía contestar el pobre. Por lo general le atizaban con objetos contundentes, casi siempre el cazo del té, donde previamente introducían una bolsa de azúcar para que pesara más.

Un día, en una celda vecina, mataron a un muchacho de un fuerte golpe en la cabeza.

—El fantasma era demasiado débil —los oí jactarse al día siguiente en el recreo.

La dirección de la prisión hacía pasar todos los actos violentos por accidentes. Los «caídos de la litera mientras dormían» eran legión; muchos fallecieron de resultas de ello, otros quedaron inválidos para siempre.

Nadie se atrevía a decir la verdad.

Los siberianos estábamos contra todo tipo de perversión sexual y aborrecíamos la prepotencia y la violencia injustificada, por lo que siempre que veíamos a los ladronzuelos torturar a alguien, iniciábamos una pelea que muchas veces acababa mal.

En nuestra celda, el que mandaba sobre todos los pobres desgraciados era un ladronzuelo sádico y cabrón apodado Búlgaro, hijo de un criminal de Semilla Negra y hermano menor de un blatnói. Búlgaro era delgado como yo, sólo que yo hacía gimnasia, me movía bastante y estaba fuerte, mientras que él fumaba, siempre estaba quieto y parecía una momia. Además, su piel era de un color extrañísimo, como de enfermo de hepatitis, y por eso lo apodábamos Amarillo en vez de Búlgaro.

Cuando Búlgaro llegó a la celda, los ladronzuelos, para alimentar el mito, empezaron a contar mil leyendas acerca de él. Durante una semana estuvo saliendo a colación en todas las conversaciones, que si Búlgaro esto, que si Búlgaro aquello, como si no hubiera nadie ni nada más en el mundo.

—Otro gilipollas, seguro. Esperemos que no le dé por armar bronca… —decíamos los siberianos.

A las dos semanas de su llegada, Búlgaro se peleó con los armenios, a los que llamó «culos negros» (nombre que daban los nacionalistas rusos a los caucasianos por su piel oscura) y amenazó con usar sus influencias en la comunidad criminal para liquidarlos a todos. Era un fantoche, un niño mimado que no sabía del mundo más que lo que veía desde las rodillas de su padre, de las que no había bajado sino para ir a la cárcel.

Los armenios nos contaron el percance y nosotros enseguida les ofrecimos nuestro apoyo en caso de pelea, garantizándoles asimismo el auxilio de los siberianos en el exterior. Sabíamos que tarde o temprano nuestra rivalidad con los ladronzuelos desembocaría en guerra abierta y sólo esperábamos el momento justo de declararla, y sobre todo la ocasión: que cometieran un error. Si queríamos el beneplácito de nuestros mayores debíamos tener una buena justificación que la ley criminal siberiana aprobase. En esto también nos diferenciábamos de los ladronzuelos, que podían meterse con cualquier miembro de otra comunidad, infringir las leyes criminales y hacer cosas incluso más graves, porque los de Semilla Negra siempre los defendían; con esta protección no se detenían ante nada. Nuestra ley, en cambio, era sumamente severa: todo error, toda ofensa a personas a quienes nuestra comunidad considerase honestas, se castigaba. Nadie, ni pariente ni amigo, se atrevería a proteger a alguien que la hubiese transgredido.

No esperábamos, pues, sino que Búlgaro y su banda de pederastas (como los llamábamos por su inclinación a los abusos sexuales) nos enseñaran sus sucias uñas o nos buscaran las cosquillas, para triturarlos como a carne cruda. Pero lo que hicieron superó todas las expectativas.

Ocurrió un día que estábamos reunidos en torno a la «encina», nombre que dábamos a la mesa fijada al suelo que había en cada celda. Teníamos un acuerdo por el que cada familia o «brigada»

(como se denominaban los grupos que de algún modo se inspiraban en Semilla Negra) disponía de ella a cierta hora y por equis tiempo. Aunque en cada celda era distinto, por lo general la encina se usaba para comer. Los primeros que la ocupaban a la hora de las comidas era la familia más poderosa; comían, hablaban un rato y la dejaban libre para los siguientes, más débiles que ellos pero más fuertes que los que venían después. La mayor parte de los presos ni siquiera accedía a la mesa y debía comer en las literas, porque de otro modo no les daba tiempo a consumir su ración. Comer en la encina era una especie de privilegio que demostraba el poder del grupo al que se pertenecía. En nuestra celda, los primeros que comían en la encina éramos nosotros, con los armenios y los bielorrusos. Aunque a la mesa no cabían más de cuarenta personas, éramos sesenta y nos apretujábamos. Así demostrábamos a los demás que nuestra alianza era estrechísima y que dominábamos sobre todos. Esto fastidiaba a los ladronzuelos de nuestra celda, que se sentían en un segundo plano y para colmo eran el hazmerreír de los ladronzuelos de otras celdas. Pero no podían hacer nada, sabían que plantarnos cara era un suicidio. Un día dieron con una excusa para dejar de comer en la encina: que la mesa estaba contaminada porque alguien la había lavado con los trapos de fregar el suelo y, según sus reglas, no podían tocarla ni con el dedo. Era mentira, desde luego, un cuento que se inventaron para no perder por completo la dignidad.

Pues bien, como decía, aquel día estábamos almorzando en la encina. Los armenios habían traído un trozo de queso que uno de ellos acababa de recibir de casa, lo habíamos cortado en tacos y estábamos comiéndolo con gran delectación: sabía a mundo libre, a hogar, a la vida que todos esperábamos volver a tener.

De pronto oímos un grito. Yo estaba vuelto hacia la puerta y no supe bien lo que ocurría, pero unos hermanos siberianos que estaban más cerca de las literas se levantaron proclamando con rabia:

—¡Gente honesta! ¡Mientras nosotros comemos lo que el Señor ha tenido a bien mandarnos para nuestro sustento, esos desgraciados están destapando a uno!

«Destapar» a alguien significa violarlo. Aquello era muy grave. Grave en sí mismo, claro, pero no sólo por eso: mantener relaciones sexuales en el mismo espacio —por ejemplo en la celda, que en la

lengua criminal llamamos «casa»— en que otras personas comen, o leen la Biblia, o rezan, es ofender directamente nuestra ley. Y si en muchas ocasiones, aun aborreciéndolos, habíamos tenido que cerrar los ojos ante los desmanes homosexuales de los ladronzuelos, esta vez era imposible.

Nos levantamos y corrimos al rincón negro. Tenían tumbado en la litera a un pobre diablo, y oprimiéndole la garganta con una toalla, al punto de que la cara se le había puesto encarnada, le gritaban que si no se estaba quieto y no les dejaba darle por culo vivo, le darían por culo muerto.

Filat Blanco cogió a uno por el cuello —Blanco era un tiarrón fornido pero sin corazón, o con mal corazón, como dicen en Siberia (lo que no es exactamente lo mismo); en fin, que no sentía piedad por los enemigos— y empezó a darle puñetazos, y sus puños eran como bolas de acero. En unos instantes el otro perdió el conocimiento y su cara quedó convertida en una chuleta roja. Filat tenía las dos manos completamente ensangrentadas.

De las literas de los ladronzuelos se levantaron insultos y amenazas de venganza, en los que ellos eran muy pródigos.

Filat se volvió al que se disponía a violar al muchacho con los calzoncillos ya bajados. Todos estábamos en paños menores y bañados de sudor en aquel horno infernal, pero nosotros íbamos a machacar a aquellos cabrones.

Filat, digo, se volvió hacia el violador, lo cogió del brazo y empezó a sacudirlo contra la esquina de la litera.

—¡Soy Búlgaro! —empezó a gritar el otro—. ¡Me ha levantado la mano, sois testigos! ¡Éste ya es hombre muerto, hombre muerto! ¡Decídselo a mi hermano, no quedará ni uno de su familia! —chillaba como el silbato oxidado de un poli rural borracho.

Nadie lo tomaba en serio.

Filat dejó de zarandearlo y lo soltó. Búlgaro se tambaleó un momento y se desplomó.

—Tu nombre, gilipollas, dime cómo te llamas, y verás que esta misma noche mi hermano despanzurra a tu madre… —dijo cuando se repuso y logró levantarse.

Oír Filat mentar a su madre y propinarle un formidable puñetazo fue todo uno. Enseguida oyó un ruido extraño, como si alguien hubiera partido una tabla. Pero no se trataba de una tabla,

no: era la nariz de Búlgaro, quien cayó al suelo sin sentido.

Filat se quedó mirándolo un momento y acto seguido le soltó una patada en la cara, luego otra, y otra y otra… A cada patada la cabeza de Búlgaro se sacudía como si no estuviera unida a la columna vertebral, como si entre el cráneo y el resto del esqueleto no hubiera hueso sino un cuello elástico y flexible.

—¿Es que no os basta con haceros pajas? —preguntó Filat—. ¿Es que no podéis esperar a salir para follar con tías? ¿Es que os gustan los culos? ¿Es que os habéis vuelto todos maricas?

Tras estas palabras corrió por las literas un murmullo de alarma: ofender así a un grupo es un error condenado por la ley criminal. Pero Filat había sido listo: había formulado su ofensa en forma interrogativa y, según nuestra ley, en situaciones como ésa, máxime si antes han insultado a nuestra madre, no es del todo ilícito enfrontar al grupo de manera indirecta.

Sin añadir más, Filat puso un pie en las partes de Búlgaro, tristemente disminuidas de volumen en aquel cuerpo inmóvil, y empezó a pisar con todas sus fuerzas. Saltó luego sobre él profiriendo un grito horrible y empezó a brincar sobre la tripa hasta que sonó un crac espantoso. Yo no sabía nada de anatomía, pero sí tuve claro qué era aquel ruido: le había quebrado la pelvis.

Los ladronzuelos estaba mudos de espanto.

—Ahora —les dijo Filat— os doy un minuto para enjabonar los esquíes… Al que dentro de un minuto siga aquí, le pasará lo mismo que…

No tuvo que terminar la frase. Los ladronzuelos habían saltado ya de sus literas, se precipitaban a la puerta y gritaban, aporreándola:

—¡Socorro! ¡Guardias! ¡Que nos matan! ¡El traslado, queremos el traslado inmediato!

Instantes después entraron los guardias del equipo disciplinar, armados de porras. Se llevaron a rastras, como bolsas de basura, a los dos heridos, que dejaron un reguero de sangre, y luego desalojaron a los ladronzuelos.

A la semana llegó una carta del exterior. Decía que Búlgaro había muerto en el hospital, que su hermano había pedido justicia a los siberianos y que, viendo que no le hacían caso, había amenazado con vengarse, por lo que acabaron atropellándolo con

un coche. Trató de escapar de sus verdugos, pero fue inútil. Junto al cadáver, para que no cupieran dudas, dejaron un cinturón siberiano.

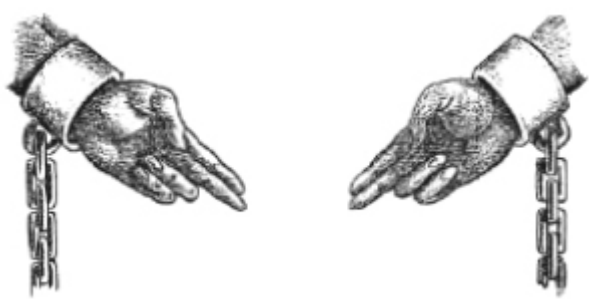
Así acabó aquella guerra. Nadie buscó venganza, todos nos estuvimos quietecitos. Unos meses después llegaron más ladronzuelos a la celda, pero no volvieron a equivocarse con nosotros.

Pasé nueve meses en aquella prisión con la familia siberiana. Después me soltaron por buena conducta, tres meses antes de lo previsto. Me despedí de los chicos y nos deseamos buena suerte, como manda la tradición.

Durante mucho tiempo en mis sueños continuó apareciendo la cárcel, mis compañeros, aquella vida. A menudo despertaba con la extraña sensación de seguir allí. Cuando pensaba que estaba en casa me alegraba, claro, pero sentía también una misteriosa nostalgia, como un desasosiego que me duraba bastante; echaba de menos a mis amigos siberianos. Poco a poco reanudé mi vida y fui olvidando la cara de aquellos chicos.

De muchos de ellos no he vuelto a saber nada. Años después, en Moscú, me encontré con Keria Jakut, que me contó algo de alguno que otro; pero él mismo no pertenecía ya a aquel mundo, trabajaba de guardaespaldas para un rico hombre de negocios y no tenía ninguna intención de volver a la vida criminal.

Me causó buena impresión. Hablamos un rato, recordamos los tiempos de la cárcel y a nuestra familia siberiana, y nos despedimos. No intercambiamos las señas, formábamos parte de ese pasado que no se recuerda con agrado.



Xiusa

Xiusa era una chica muy guapa, de típicas facciones rusas. Alta, rubia, bien formada, con la cara pecosa y los ojos azules oscuros y profundos.

Tenía mi misma edad y vivía con una tía, una buena mujer a quien todos llamábamos tía Anfisa.

Desde la infancia viví rodeado de adultos y niños afectados de algún tipo de minusvalía, como mi querido amigo Boris, el maquinista, cuyo trágico fin ya he contado. En mi barrio vivían muchos enfermos mentales, y muchos otros siguieron trasladándose a Transnistria hasta los años noventa, cuando se derogó la ley que prohibía a sus parientes tenerlos en casa.

Me doy cuenta ahora de que la cultura siberiana ha inculcado en mí un profundo sentimiento de aceptación hacia personas que, fuera de la sociedad natal a la que pertenezco, son tenidas por anormales. Como digo, para mí nunca fueron tal cosa.

Crecí con enfermos mentales y de ellos aprendí muchas cosas, y he llegado a la conclusión de que son personas de una gran pureza interior, algo que sólo pueden advertir quienes se liberan por completo del peso terrenal.

Xiusa era una amiga muy especial.

Recuerdo el día que la vi por primera vez. Estaba sentado con mi abuelo en el banco de casa y ella venía hacia nosotros. Caminaba con pasos tímidos pero a la vez enérgicos y resueltos, como un animalillo salvaje triscando en el bosque. Cuando estuvo cerca, mi abuelo la miró y dijo, como dirigiéndose a alguien que yo no podía ver:

—Gracias por haber mandado a otro ángel entre nosotros, pecadores.

Comprendí que se trataba de un ser «querido por Dios», como los llamábamos nosotros; una persona a quien en otros sitios considerarían sin más una loca.

Padecía una especie de autismo desde su nacimiento.

—Ha sufrido por todos nosotros, como Nuestro Señor Jesucristo —me explicó mi abuelo.

Estuve de acuerdo con él. No tanto porque entendiese el sufrimiento de Jesús como porque había aprendido que en mi familia, para sobrevivir y prosperar, siempre había que estar de acuerdo con el abuelo, aun en materias que iban más allá de la razón, pues de otro modo no se progresaba.

Como tantos otros niños y adultos «queridos por Dios», Xiusa venía muy a menudo a mi casa: entraba y salía cuando quería, y a veces se quedaba hasta tarde, hasta que la tía Anfisa pasaba a recogerla.

La muchacha se mostraba expansiva, incluso a veces muy habladora. Le gustaba contar las últimas noticias que hubiera oído.

La educaron los criminales, y por eso sabía que los policías eran malos y los del barrio buenos, y que todos formábamos una familia.

Esto había creado una atmósfera de protección en torno a ella, y Xiusa se sentía libre de existir.

También de mayor siguió entrando libremente en mi casa como cuando niña: cocinaba lo que le apetecía sin necesidad de pedir permiso, iba al huerto a ayudar a mi tía o miraba a mi abuela hacer calceta.

A menudo subíamos a la azotea, donde mi abuelo tenía las palomas. A ella le encantaban estas aves, reía al verlas saltar y comer, y extendía las manos como si quisiera tocarlas a todas.

Con mi abuelo las echábamos a volar. Él tomaba una paloma hembra, pequeña y pobre de colores y pluma, y la lanzaba; el ave se remontaba en el aire más y más, hasta que se la veía como un puntito en el cielo. Entonces nos daba a cada uno un macho bien hermoso, de plumaje tan tupido y brillante que daba gusto mirarlo, y a una señal suya lo lanzábamos a lo alto: el palomo volaba tras la paloma dando cabriolas y volteretas para llamar su atención, y batiendo las alas con tal vigor que parecía dar palmas.

¡Cómo reía entonces Xiusa! A ella sí daba gozo verla.

Le gustaba imitar los gestos y el decir del abuelo. Cuando veía

una hermosa paloma nueva se llevaba las manos al pecho, igualito que mi abuelo Borís, y con su mismo tono decía, como cantando:

—¡Pero qué maravilla de paloma, viene directamente de Dios!

Al oírla todos rompíamos a reír, admirados de lo bien que reproducía los gestos y la pronunciación siberiana de mi abuelo, y ella, al percatarse de que había hecho algo gracioso, reía también.

Xiusa no tenía padres ni otros parientes. Anfisa no era en realidad su tía carnal, sino que se hacía pasar por tal para simplificar las cosas. La tía Anfisa había sido klava, zentriaska o sajárnaia, como en jerga criminal se denomina a las mujeres que, habiendo estado en la cárcel, se establecen luego bajo la protección de los criminales, tienen un trabajo normal y simulan vivir honradamente para despistar a la policía. Son como un punto de apoyo en la sociedad civil para delincuentes con problemas, como prófugos o buscados, a quienes sirven de mediadoras con sus amigos y para obtener ayudas que exigen la intervención de personas limpias que no despierten sospechas. El mundo criminal respeta mucho a estas mujeres, que con frecuencia se ocupan en negocios secundarios, como tráficos ilícitos modestos o venta de mercancía robada. Según el reglamento criminal, no pueden casarse, porque son y deben seguir siendo las esposas del mundo criminal. La antigua Unión Soviética está llena de mujeres solteras de este tipo: aseguran que no se han casado porque tuvieron malas experiencias con los hombres, pero la verdad es otra. Viven en lugares aislados, en las afueras de las ciudades, en barrios tranquilos, y en sus casas no hay rastro de ese mundo al que, sin embargo, están estrecha y definitivamente atadas. La única señal visible de su identidad puede ser un tatuaje desvaído en alguna parte del cuerpo.

Las señas de estas personas no figuran en las guías, y en cualquier caso de nada sirve saberlas: si a uno no lo manda un criminal con autoridad, o ellas no han sido avisadas de su llegada, o no reconocen la firma en su brazo, jamás abrirán la puerta.

Antes de mudarse a Transnistria, la tía Anfisa vivía en una pequeña ciudad de Rusia central, donde, como hemos explicado, acogía a los delincuentes recién salidos de la cárcel. Al menos por dos razones acudían a ella: para pasar un rato con una mujer que sabía amar como quiere un criminal y para obtener ayuda en su

nueva vida, reencontrar amigos y ponerse al día sobre la comunidad.

Una noche se presentó en su casa un prófugo al que la policía buscaba hacía tiempo. Él y su banda habían asaltado varias cajas de ahorros, hasta que un día algo se torció y los polis dieron con su paradero. Comenzó entonces una persecución violenta. Antes de huir, los criminales se repartieron el botín y luego, para despistar a los agentes, se separaron. Por lo que la tía Anfisa sabía, sólo dos de ellos consiguieron escapar, los otros seis murieron en enfrentamientos con las fuerzas del orden. La banda tenía sobre la conciencia más de treinta muertos, entre agentes y guardias jurados, por lo que para la pasma era casi una cuestión de honor atraparlos y darles un castigo ejemplar que disuadiera a la gente de andar por ahí matando polis.

El prófugo se presentó en casa de Anfisa con una niñita de meses. Explicó que su intención había sido huir por el Cáucaso, Turquía y Grecia, pero no había tenido tiempo porque la policía había irrumpido en su casa y matado a su mujer (la madre de la pequeña). Él, obligado a huir, acudía a ella enviado por un amigo.

Además de una bolsa con dinero, diamantes y tres lingotes de oro, le encomendó a su hija. Anfisa aceptó cuidarla no sólo por el dinero, sino porque no podía tener hijos y, como toda mujer que los desea, no fue capaz de negarse.

El hombre le dijo que si quería vivir tranquila debía marcharse, y le aconsejó que se trasladara a Bender, en Transnistria, tierra de criminales, donde él tenía contactos y nadie la encontraría ni le haría daño.

Aquella misma noche Anfisa, con un bolso lleno de dinero y comida y con la pequeña en brazos, partió para Transnistria. Luego se enteró de que el padre de la niña había muerto en un tiroteo con la policía cuando trataba de llegar al Cáucaso.

Anfisa no sabía ni cómo se llamaba la cría; con la alarma y las prisas el padre había olvidado decirle su nombre. Así que decidió imponerle el de la santa protectora de los padres, santa Xenia, o «Xiusa», como la llamábamos con cariño.

Anfisa comprendió desde el principio que Xiusa era distinta a los demás niños, pero eso no le impidió sentirse orgullosa de ella. Tenían una relación muy bonita, sin duda eran una verdadera

familia.

Xiusa vivía en su mundo y siempre iba a sus cosas, pero todos le abrían sus puertas y la querían.

Su autismo se manifestaba a veces de manera aguda: se quedaba quieta de repente, con la mirada perdida, como concentrada en algo lejano. En esos momentos nada podía despertarla ni hacerla volver en sí. Al rato salía de ese estado tan repentinamente como había caído y seguía con lo que estaba haciendo.

En el barrio vivía un anciano doctor que había elaborado una teoría sobre Xiusa y sus momentos de ausencia.

Era un médico peculiar, amante de la literatura y la vida. Me prestaba muchos libros, sobre todo de escritores norteamericanos prohibidos en la Unión Soviética, así como traducciones no censuradas de clásicos europeos, de Dante por ejemplo.

En tiempos de Stalin había sido condenado a varios años de reclusión en un campo de concentración por haber ocultado en su casa a una familia de judíos, declarados entonces enemigos del pueblo. Como a muchos presos políticos de entonces, lo encerraron con presos comunes, que odiaban a los primeros. Pero él supo bienquistarse con ellos, y ya en el tren camino del campo les demostró lo útil que podía serles recomponiéndole los huesos rotos a un delincuente importante al que la guardia militar había apaleado salvajemente. En el campo de concentración fue nombrado lepila oficial, doctor de los criminales.

A los pocos años había trabado una relación tan estrecha con la comunidad criminal que, cuando por fin fue liberado, no sintiéndose ya miembro de la sociedad civil, decidió establecerse en Transnistria, en nuestro barrio, donde tenía un amigo.

Por este carácter polifacético era un individuo muy interesante: un médico, un intelectual que había conservado la urbanidad y el refinamiento inherentes a su formación universitaria, pero también un exrecluso amigo de criminales, cuya lengua hablaba perfectamente y a quienes se parecía en casi todo.

Pues bien: él afirmaba que era muy importante no molestar a Xiusa cuando entraba en esos trances, y sobre todo que, cuando volviese a la realidad, todo su entorno siguiera tal cual estaba en el momento del ensimismamiento.

Así que los chavales sabíamos que no había que tocarla cuando

caía en ese estado. Queríamos protegerla a toda costa, evitarle cualquier posible trauma, y tan a pecho nos tomamos el consejo médico que, como ocurre a menudo a los jóvenes, a veces hacíamos el ridículo.

Recuerdo un día que salimos a dar un paseo en barca: íbamos Xiusa, dos amigos más y yo, y estábamos remontando el río cuando de pronto el motor se caló y la corriente empezó a arrastrarnos aguas abajo. Pero entonces noté rara a Xiusa: iba sentada con la espalda recta, la cabeza quieta y la mirada perdida, como una estatua… ¡Había caído en uno de sus trances! Rápidamente, temiendo que al despertar viera un paisaje distinto y su salud quedara gravemente dañada, echamos como tontos los remos al agua y empezamos a remar contracorriente con desesperación.

Así estuvimos casi una hora, y aunque nos turnábamos acabamos rendidos. La gente nos miraba desde la orilla como preguntándose qué estarían haciendo aquellos subnormales en medio del río, donde la corriente era más fuerte, remando contra ella para no dejarnos arrastrar del mismo punto.

Cuando Xiusa despertó todos suspiramos aliviados y enseguida regresamos a la orilla, aunque ella deseaba que siguiéramos otro poco…

Queríamos mucho a nuestra Xiusa, era como nuestra hermanita.

Cuando salí de la cárcel, tras mi segunda condena como menor, estuve festejándolo una semana. Luego me pasé un día entero en la sauna, durmiendo envuelto en un vapor caliente con olor a extracto de pino que me dejó clavado en el lecho de madera. Y después fui a pescar con mis amigos.

Salimos en cuatro barcas con redes largas y nos alejamos mucho: remontamos el río hasta llegar al pie de las colinas, donde la corriente era menos fuerte y el caudal se ensanchaba al punto de que no se veía la orilla opuesta, formando una llanura llena de pequeños lagos entre bosques y campos, donde soplaba un viento cargado de mil aromas de flores y hierbas que le hacía a uno sentirse en el paraíso.

Pescábamos de noche y descansábamos de día, encendíamos fuego y preparábamos sopa de pescado o pescado cocido en tierra, nuestros platos preferidos. Conversábamos mucho y yo contaba lo que había visto en prisión, el día a día de la cárcel, hablaba de la

gente que había conocido y de las cosas interesantes que había oído. Y mis amigos me ponían al corriente de lo ocurrido en el barrio durante mi ausencia, quién se había marchado, quién estaba a la sombra, quién muerto, quién enfermo o desaparecido, qué peleas y conflictos se habían producido con otros barrios. Unos contaban de sus últimas condenas, otros de lo que les habían contado sus parientes salidos de la cárcel. Y así pasábamos las jornadas.

Regresamos a casa al cabo de diez días.

Amarré mi barca al muelle. Era una mañana espléndida: tibia, con brisa. Lo dejé todo en la barca: el bolso con el jabón, el cepillo y la pasta de dientes, hasta las zapatillas; quería caminar sin cargas. Me sentía bien, como se sienten quienes se saben libres.

Me calé mi gorra de ocho triángulos, con la visera vuelta a la derecha, metí las manos en los bolsillos, palpé la navaja con la diestra, partí un tallo de hierba aromática de la ribera y me lo encajé entre los labios.

Y así, descalzo, en compañía de mis amigos y a ritmo de paseo, me encaminé a casa.

Ya al llegar a la primera calle del barrio comprendimos que algo había pasado: la gente salía de sus hogares, las mujeres en pos de los hombres con los niños en brazos, y se había formado una gran fila. Apretamos el paso, alcanzamos la multitud y preguntamos qué sucedía. La tía Marfa, una mujer de mediana edad, esposa de un amigo de mi padre, nos contestó horrorizada:

—Hijos, ¡qué desgracia, qué desgracia…! El Señor está castigándonos…

—Pero ¿qué ha pasado, tía Marfa? ¿Es que se ha muerto alguien? —preguntó Mel.

Ella lo miró con ojos llenos de dolor y dijo algo que jamás olvidaré:

—Te juro por Jesucristo que cuando se me murió mi hijo en la cárcel no sufrí tanto…

Y rompió a llorar y balbucir palabras ininteligibles, de las que sólo entendimos tres: «desecho de aborto», insulto muy fuerte entre nosotros, porque además de ofender a la persona así calificada, ofende el nombre de la madre, que en la tradición siberiana es sagrado.

Cuando una mujer, una madre, afrenta el nombre de otra madre, puede tenerse por seguro que la persona a quien dirige el insulto ha cometido una atrocidad.

¿Qué pasaba allí? No entendíamos nada.

Para colmo, de pronto todas las mujeres de la fila prorrumpieron también en gritos, llantos, insultos y maldiciones. Y aunque los hombres, como dicta la ley criminal, mantenían la calma, no manifestaban menos su estado de ánimo con miradas de rabia y dolor.

El tío Anatoli, un viejo criminal que había perdido el ojo izquierdo en una trifulca cuando era joven y al que por eso apodaban Cíclope, se acercó y abrazó a la tía Marfa. Era un hombre alto y robusto, y nunca se vendaba el ojo lisiado: prefería enseñar al mundo aquella órbita negra y horrible.

Cíclope se ocupaba de la tía Marfa y los hijos de ésta mientras el marido, que era su mejor amigo, estaba en la cárcel. Se trata de una costumbre entre criminales siberianos: cuando uno es condenado a una pena de prisión larga, pide a un amigo, persona de su confianza, que vigile a su mujer para que no lo engañe (cosa casi imposible en nuestra comunidad) y vele por sus hijos.

Cíclope abrazaba a la tía Marfa tratando de calmarla, pero ella gritaba cada vez más fuerte, igual que las demás mujeres. De suerte que al poco también los niños pequeños empezaron a llorar, y asimismo los grandes.

Aquello era un infierno: hasta yo me puse a llorar, y eso que no sabía a qué venía tanto lamento.

Por nuestra expresión, Cíclope comprendió que no nos habían explicado nada y murmuró con rabia y congoja:

—Han violado a Xiusa… ¡Mundo cabrón!

—¡Anatoli, no digas eso! ¡No enfades más a Nuestro Señor! —lo reprendió el abuelo Filat, un criminal muy anciano al que todos llamaban Invierno, nunca supe por qué.

De Filat se contaba que de muchacho había robado al mismísimo Lenin: un día él y su banda asaltaron el coche del dirigente y otros miembros del Partido en las afueras de San Petersburgo. Al parecer Lenin se negó a entregar a los salteadores el coche y su dinero, e Invierno lo golpeó en la cabeza. Desde entonces Lenin había sufrido el famoso tic de girar la cabeza a la izquierda. Nunca di mucho

crédito a la historia, pero me hacía gracia oírsela a los adultos, que estaban convencidos de que era verdad.

En cualquier caso, Invierno era una vieja autoridad, y a él correspondía amonestar a Cíclope por haberse dejado llevar de la ira y haber proferido blasfemias que un criminal siberiano bien educado jamás debe pronunciar.

—¿Quién eres tú, joven, para llamar al mundo «cabrón»? Lo creó Nuestro Señor y puso en él a muchos hombres justos. ¿Quieres ofenderlos también? Cuida tus palabras, porque una vez que echan a volar, ya no vuelven —declaró el viejo. Cíclope lo escuchaba cabizbajo—. Es verdad —prosiguió el abuelo Filat— que nos ha ocurrido una gran desgracia e injusticia; no supimos proteger al ángel de Nuestro Señor y Él ahora nos lo hará pagar. Puede que a ti mismo, mañana, te caiga una larga condena, o que alguien muera a manos de la policía, o pierda la fe en la Madre Iglesia… El castigo nos espera a todos, porque el pecado es de todos. También yo, con ser viejo, seré castigado de algún modo. Pero no es el momento de perder la cabeza, debemos demostrar al Señor que estamos atentos a sus señales y ayudarlo a hacer Su justicia…

El resto del parlamento de Invierno me lo perdí, porque salí a la carrera a casa de Xiusa.

Todas las puertas y ventanas estaban abiertas de par en par.

La tía Anfisa deambulaba por la casa como un fantasma, blanca la cara, arrasados en lágrimas los ojos, las manos y el cuerpo temblorosos. No daba gritos ni decía nada, sólo exhalaba un gemido débil y prolongado, como el de los perros cuando sufren dolor.

Verla en aquel estado me asustó. Me quedé como paralizado. Ella vino a mí, me cogió la cara con sus manos trémulas, se quedó mirándome y empezó a susurrar algo que no entendí, porque lo oía como con sordina. Me resonaba en los oídos un silbido que aumentaba de volumen, como cuando uno bucea más y más hondo. La cabeza empezó a dolerme, cerré los ojos y me oprimí las sienes con fuerza. Entonces volví a la realidad y comprendí lo que la tía Anfisa estaba susurrando sin parar:

—¿Por qué?

Un lacónico y terminante «¿Por qué?».

Me sentí desfallecer. No me tenía en pie. Debió de notárseme ya que, cuando eché a andar hacia la habitación de Xiusa, dos amigos

me sostuvieron por los codos y me tambaleé como si estuviera borracho. Ahora sentía también un dolor en el pecho, una opresión en los pulmones que me impedía respirar. Todo me daba vueltas, procuraba fijar la mirada al frente pero el tiovivo que era mi cabeza giraba más y más rápido… Aun así miré a mi amiga y, aunque la vi borrosa, su imagen no me causó menos impresión: yacía en la cama en posición fetal, con las rodillas dobladas contra el rostro, rodeándoselas con las manos; cerrada, completamente cerrada. Quise mirarla a la cara, parar aquel tiovivo de mi cabeza, pero no pude dominarlo, vi una fuerte luz y perdí el conocimiento en brazos de mis amigos.

Cuando desperté me hallaba en el patio, con los otros. Un colega me dio de beber agua. Me puse en pie y enseguida me sentí bien, fuerte, como después de un largo reposo.

Entretanto, el patio se había llenado de gente, había una larga fila junto al cancel y en la calle, todos pedían perdón a la tía Anfisa, las mujeres seguían llorando y maldiciendo a los violadores.

Yo sólo deseaba una cosa: averiguar quiénes habían sido.

Un amigo, Bizco, llamado así porque de pequeño tenía los ojos torcidos —y aunque luego se le arreglaron, se quedó con el apodo—, se nos acercó y nos dijo que el abuelo Kuzia nos convocaba a todos a un coñac en su casa, una especie de gran reunión de criminales de todas las categorías a la que están obligados a asistir también los menores.

Le preguntamos si sabía quién había violado a Xiusa y cómo había sucedido.

—Lo único que sé es que dos mujeres del barrio la encontraron en el Centro, muy cerca del mercado, tirada entre los contenedores de la basura, desmayada.

En señal de respeto, estas reuniones se celebran siempre en casa de ancianos criminales retirados: su experiencia los convierte en valiosísimos consejeros, pues como ya carecen de responsabilidades, de algún modo están al margen y todos se sienten libres para decir cuanto piensan sin que los coarten las leyes de la hospitalidad, que obligan al anfitrión a no contradecir al invitado. Pueden así debatir libremente, dentro, claro está, de los límites del sentido común.

Cuando llegamos a casa del abuelo Kuzia, la puerta estaba abierta de par en par, como siempre. Entramos sin pedir permiso, lo

que es también norma de buena conducta: para acceder a casa de un anciano criminal con autoridad nunca se pide permiso, ya que, según su filosofía, él nada propio posee ni nada le pertenece en esta vida, salvo el poder de la palabra. La casa que habita tampoco es suya, siempre dirá que es un huésped. El abuelo Kuzia, además, era un huésped en sentido estricto, pues la vivienda era propiedad de una hermana menor, la abuela Liusia, una simpática ancianita.

Entre los presentes había muchos criminales del Río Bajo, incluido mi tío Serguéi, hermano menor de mi padre. Saludamos con un apretón de manos y tres besos en la cara, a usanza siberiana. La abuela Liusia nos invitó a tomar asiento y trajo una garrafa de kvas. Cuando ya estuvimos todos, nuestro guardián, Viga, dio inicio a la sesión con una seña.

La finalidad de este tipo de reuniones es resolver de manera conjunta una situación anómala, para que todos se pongan de acuerdo y cada cual contribuya como pueda.

Como queda dicho, cada barrio tiene un guardián, encargado de aplicar las leyes criminales y responsable ante las máximas autoridades, las cuales nunca participan en reuniones como éstas. El cometido del guardián es sumamente difícil, porque debe estar siempre informado de lo que acontece en su barrio y dar cuenta de ello ante las autoridades. Si algo grave ocurre, éstas lo «reclaman», como se llama en jerga criminal, es decir, lo castigan. Nadie usa nunca la palabra «castigar», sino «reclamar» por algo. Se puede reclamar de tres modos: de manera leve, y entonces se denomina «reclamar como a un hermano»; de forma más seria, o «poner marco»; y de modo mucho más grave y definitivo, con lo que la vida del criminal cambia a peor, cuando no queda cercenada, «reclamar como el Gad».

Las viejas autoridades no resuelven problemas personalmente: para eso está el guardián, al que han elegido y que de algún modo las representa, al menos mientras actúe como debe. Pero si el caso es arduo y supera sus capacidades, el guardián puede dirigirse a una autoridad y exponérselo en presencia de testigos escogidos entre criminales comunes, sin mencionar, por supuesto, a las personas implicadas, y así garantizar la imparcialidad del juicio. Si el guardián nombra a alguna persona o da a entender de quién se trata, el anciano puede castigarlo, o él mismo renunciar al caso y

encomendarlo a otra persona, por lo general alguien con quien tiene poca o ninguna relación. Todo esto garantiza la máxima imparcialidad a la justicia criminal, en la que nada ajeno a la misma ley criminal interfiere.

Claro está, pues, que cuando se presenta un problema, el guardián es el primer interesado en resolverlo pronto y bien, para que no se complique y acabe requiriendo la intervención de las autoridades.

Viga era un viejo ladrón educado a la antigua. Para abrir la sesión saludó a la usanza siberiana, o sea, dando las gracias a Dios por permitirnos a todos estar presentes.

Hablaba despacio, pero con una voz profunda que más parecía de oso que de humano. Mientras lo escuchábamos, a ratos se oían suspiros que ponían de manifiesto la dolorosa coyuntura a que nos enfrentábamos.

La alocución de Viga era clara: había ocurrido un hecho gravísimo; si abusar de una mujer es algo de por sí intolerable para la comunidad siberiana, violar a una «querida por Dios» es como violar la mismísima tradición siberiana.

—Os doy una semana —concluyó mirándonos—. Tenéis que encontrar al culpable, o culpables si son varios, y matarlos.

La misión nos correspondía a nosotros. Dado que Xiusa era una menor, las reglas del barrio dictaban que fuéramos nosotros, menores también, quienes capturásemos a los violadores y los ejecutásemos.

Los adultos no nos dejarían solos, nos ayudarían cuanto pudieran, pero ante las demás comunidades únicamente nos presentaríamos nosotros, para que vieran cómo funcionaba nuestra ley.

Así es la ley siberiana: los adultos no deben ocuparse de lo que compete a los menores; pueden ayudarlos, aconsejarlos y apoyarlos, pero son los jóvenes quienes han de dar la cara. Tampoco se meten en las peleas entre menores, a diferencia de lo que ocurre en otros barrios, donde los chavales pueden llamarlos de refuerzo. En Siberia un adulto jamás se permitirá levantarle la mano a un menor, si no quiere perder su dignidad criminal, y, por lo mismo, tampoco un menor importunará a un adulto, sino que sabrá estar donde le corresponde.

Por otra parte, los muchachos siberianos debemos demostrar que somos capaces de resolver nuestros propios problemas a fin de que todos los demás se percaten de lo fuerte que es nuestra ley.

—Empezaréis yendo de barrio en barrio para recabar información —explicó Viga—. Esto os será útil. —Y nos entregó un fajo de billetes: diez mil dólares, una bonita suma.

La reunión se dio por concluida y con la bendición de todos nos dispusimos a partir.

Cuando ya salía de casa, el abuelo Kuzia me llamó con un gesto, igual que hacía siempre que tenía algo que decirme «ojo a ojo», como decimos nosotros.

—Ven un momento, Kolima.

Lo seguí hasta la azotea y entré, precedido por él, en el palomar.

—Vas a la ciudad y debes ir bien preparado —dijo, volviéndose y mirándome de hito en hito—. Deja que hablen los demás, tú limítate a escuchar. Y ten cuidado sobre todo con judíos y ucranianos… —Retiró una capa de paja del suelo y me señaló una ranura en el entarimado—. Levanta la tabla suelta y coge lo que encuentres dentro. Nunca te separes de él, y si alguien se mete contigo, úsalo. Yo mismo lo cargué. —Y salió dejándome solo. Levanté la tabla y hallé un Nagant, el mítico revólver de nuestros mayores.

Lo que el abuelo Kuzia acababa de hacer —darme una pistola cargada por él mismo, es decir, por una autoridad— tenía un significado muy preciso en la cultura criminal: que podía usarla cuando lo creyera conveniente; era una licencia para matar. Significaba que contaba con la protección de la comunidad y no debía preocuparme de las consecuencias. En muchas situaciones difíciles bastaba con anunciar «Tengo una pistola cargada…» para que todo se resolviera a nuestro favor, pues quien va contra nosotros va contra quien nos cargó la pistola.

Ante la casa del abuelo Kuzia nos esperaban dos coches conducidos por jóvenes criminales del barrio, adultos que tenían órdenes de llevarnos adonde quisiéramos, pero no intervenir salvo en caso de vida o muerte.

Antes de subir a los coches deliberamos un rato y trazamos un plan estratégico: el dinero lo llevaría Gagarin, que era el mayor y se encargaría también de hablar con la gente; los demás nos

dividiríamos en dos grupos: el primero cubriría la espalda a Gagarin; el segundo merodearía por el lugar en busca de pistas mientras él hablaba.

—Es la primera vez que nos toca hacer curro de polis —comentó Gagarin.

Nos reímos un poco y al fin partimos a explorar la ciudad. En realidad no tenía ni pizca de gracia: era un descenso a los infiernos.

En el coche, Mel me confesó que estaba un tanto nervioso y me tendió una pistola.

—Ya sé que sólo llevas la navaja, como siempre, pero esto es serio. Toma, cógela aunque te fastidie, hazlo por mí —me dijo. Como repuse que ya no la necesitaba, se tranquilizó y hasta me hizo un guiño—. Eso es que fuiste a ver a tu tío…

Me sentía demasiado importante para revelar de buenas a primeras el secreto del Nagant, así que sonreí y me puse a canturrear:

—«Mamá Siberia, perdóname la vida…».

Llegamos al Centro y fuimos al local que regentaba el guardián del barrio, un viejo criminal llamado Pavel. No era siberiano ni vivía según nuestras reglas, luego debíamos mostrarnos diplomáticos, aunque sin exagerar: al fin y al cabo procedíamos del barrio más antiguo e importante del mundo criminal, Río Bajo, y por el solo hecho de ser siberianos merecíamos respeto.

Pavel estaba sentado a una mesa jugando a las cartas con unos amigos, gente del sur de Rusia que no observaba reglas precisas salvo las del dios dinero, personas que hacían ostentación de su riqueza, vestían a la moda y lucían cadenas, brazaletes, anillos y todo tipo de joyas de oro. Eran hábitos ostentosos que no nos gustaban: según la tradición siberiana, un criminal digno no lleva más que tatuajes y es humilde en todo, como enseña el Señor.

Entramos y saludamos. De la mesa se levantó un hombre de unos treinta años, delgado, cubierto de oro, con una chaqueta roja perfumada cual rosa en primavera o, como diría mi tío Serguéi, «como la entrepierna de una zorra», que nos apostrofó en tono sumamente agresivo: según nuestro reglamento, ya desde las primeras palabras se habría ganado un navajazo.

Era un provocador: hombres como él son igual que perros que ladran para asustar al transeúnte, no tienen otra función. Un

criminal con experiencia y buena educación lo sabe y no les hace caso, ni los mira, por lo que enseguida se comprende que no es un fraer, un payaso.

Dejamos, pues, que aquel cretino siguiera voceando y blasfemando y nos dirigimos a la mesa.

El viejo Pavel nos miró con atención y nos preguntó de manera poco educada qué queríamos.

Gagarin, que tenía en su haber tres condenas como menor y la muerte un año antes de dos policías, y en sus diecisiete años de vida había acumulado la suficiente experiencia para saber dirigirse a gente como aquélla, en dos palabras expuso la situación.

Añadió que llevábamos dinero y era necesario dar con los culpables.

En un instante todo cambió. Pavel se levantó y con brusco ademán se abrió la camisa para mostrar el pecho cubierto de tatuajes y cadenas de oro, al tiempo que clamaba:

—¡Eso no tiene perdón de Dios, juro que si encuentro al culpable lo mato con mis propias manos!

Gagarin, sereno como un muerto el día de su entierro, repuso que no tenía por qué matarlo, que de eso ya nos encargábamos nosotros, pero que podía correr la voz y echarnos una mano, y que recompensaríamos generosamente a quien nos ayudara.

Pavel nos aseguró que haría cuanto pudiese para dar con los violadores y nos invitó a beber, pero nosotros le pedimos permiso para retirarnos, alegando que debíamos proseguir nuestras pesquisas.

Cuando nos marchamos, vimos que empezaban a llegar coches y motos: estaba claro que el viejo Pavel ya había convocado a los del barrio para explicarles el caso.

La segunda etapa era el barrio de la Estación. Los criminales de esta zona se dedicaban principalmente al allanamiento y robo de viviendas. Conformaban una comunidad multiétnica cuyas reglas regían en la mayor parte de las prisiones de la Unión Soviética, fundada sobre bases colectivistas; las máximas autoridades, los Ladrones, administraban el dinero de todos.

La Estación era, como ya queda dicho, territorio de Semilla Negra, la casta que oficialmente mandaba en el mundo criminal ruso gracias al gran número de adeptos y sobre todo de gente que

les prestaba apoyo.

Innegablemente, entre Semilla Negra y nosotros había existido siempre cierta tensión. Ellos se creían los amos del mundo criminal y estaban muy presentes tanto en la cárcel como fuera de ella, pero los fundamentos de su tradición, gran parte de sus reglas y hasta sus tatuajes, los habían copiado de nosotros, los urcas.

Era una comunidad que había prosperado muchísimo a principios de siglo, en un momento de gran debilidad social del país, gracias al gran número de desesperados, vagabundos y delincuentes comunes que iban de buen grado a la cárcel porque allí tenían techo y comida gratis. Semilla Negra fue adquiriendo así más y más poder, si bien no todos sus miembros eran honestos, como reconocían incluso muchas de sus autoridades.

En la Estación todo estaba organizado más o menos como en nuestro barrio. Existía un guardián responsable de lo que ocurría en el territorio y que rendía cuentas ante sus superiores, además de un dispositivo de control de quienes entraban y salían.

En efecto, en cuanto penetramos en la zona nos dio el alto un grupo de jóvenes criminales.

Para demostrarles que estábamos tranquilos nos quedamos esperando en los coches, hasta que uno de ellos se acercó y se puso a hablar con Gagarin. Los otros fumaban apoyados contra los vehículos, y de tanto en tanto nos miraban, aunque sin mayor intención, como por casualidad.

Conocía a uno; le había asestado un navajazo en la pelea del Centro. Pero como luego todo se había arreglado, nada debía temer: conforme al reglamento, una vez resuelto un asunto, es cosa pasada. Me miró y lo saludé desde el coche. Me respondió con un gesto de que aún le dolía aquel navajazo en el costado, y se echó a reír blandiendo el dedo índice como para advertirme que me anduviera con ojo. Pero era evidente que lo hacía en broma, que en realidad lo había olvidado. Se trataba incluso de una buena señal: me daba a entender que nada personal tenía contra mí, que reconocía que aquella pelea había sido inevitable, dadas las circunstancias.

Le sonreí jocosamente y le mostré las manos con las palmas hacia arriba, un gesto que denota humildad, sencillez y aceptación de la realidad.

Mientras intercambiaba estos gestos de paz y buena educación,

Gagarin acabó de explicar el motivo de nuestra visita. Llamaron entonces a alguien por el móvil y a los pocos minutos se presentó un chaval en moto. Sería nuestro guía y nos llevaría ante el guardián del barrio, un tal Barbos, apodado así porque era enano y «barbos» es el apelativo con que se denomina a los perros pequeños y débiles.

Barbos era una persona singular. Instruido, inteligente, astuto, tenía un peculiar sentido del humor que le permitía reírse de todo, incluso de su corta estatura. Aunque también poseía rasgos menos positivos y era muy irascible: en sus cuarenta y seis años de vida había cumplido cuatro condenas por homicidio.

Acerca de él se contaban cantidad de disparates. Se decía, por ejemplo, que su madre era una bruja que lo había vuelto inmortal dándole de comer cenizas de diamante. O que había devorado a su hermano gemelo en el vientre materno y por eso ella lo había maldecido impidiéndole crecer.

Mi tío, que lo conocía de toda la vida, contaba que de crío iba al matadero a adiestrarse en el manejo de la barra de hierro con vistas a usarla contra la cabeza de las personas, y daba así estacazos a las bestias despellejadas que colgaban de los ganchos. De ese modo había perfeccionado su técnica con la barra hasta convertirse en un hábil asesino.

Era muy raro que alguien como él hubiera llegado tan alto en la jerarquía de Semilla Negra, en cuya comunidad casi se despreciaba el delito de homicidio, al menos por las máximas autoridades; creo que le encomendaron el cargo de guardián porque Semilla Negra estaba atravesando un momento delicado de gran desmandamiento y necesitaba un hombre con mano firme para imponer orden.

Siguiendo al de la moto, nos internamos por las calles secundarias del otro lado de las vías. Al cabo, el muchacho se detuvo y señaló una puerta abierta. Cuando nos apeábamos salieron Barbos y tres jóvenes criminales.

Se acercaron y nos saludamos. Conforme a las reglas siberianas, lo primero que hizo Barbos fue interesarse por la salud de algunos ancianos del Río Bajo. A cada respuesta nuestra se santiguaba y daba gracias al Señor por Su benevolencia para con nuestros ancianos. Concluidas las formalidades, nos preguntó el motivo de nuestra visita.

Gagarin se lo expuso en pocas palabras, y cuando mencionó el dinero con que recompensaríamos a quien nos facilitara información fidedigna acerca del violador, la expresión del enano fue de desdén.

Llamó a uno de sus hombres, le dijo algo al oído y nos pidió excusas, agregando que enseguida nos lo explicaba. Minutos después volvía su hombre con un pequeño bolso de deporte que entregó a Barbos. Éste se lo tendió a su vez a Gagarin, que lo abrió y nos mostró su contenido: fajos de billetes y dos pistolas.

—Hay diez mil dólares, que me permito sumar a los vuestros por la cabeza de ese cerdo… En cuanto a las pistolas —y sonrió con malignidad—, también os las regalo, para que lo llenéis de plomo en nombre de todos los ladrones honestos de este barrio, ya que no podemos hacerlo nosotros mismos. Es vuestra justicia.

Como hubiera sido poco cortés rehusar, aceptamos y le dimos las gracias.

Salimos del barrio contentos de la acogida y el gesto de Barbos, aunque no me sentía mejor. Al contrario, el recuerdo de Xiusa me atormentaba cada vez más, aquello me había herido muy hondo y me sorprendía pensando en mi amiga como en una muerta.

Ahora tocaba visitar una zona llamada Bam, por la sigla de Baikal-Amur Magistral, nombre de una línea ferroviaria que comunicaba el famoso lago Baikal con el gran río siberiano.

Paralela a las vías corría una autopista a cuyo lado se construyeron, en los años setenta, una serie de ciudades industriales para los muchos trabajadores que habían de contribuir al progreso del país socialista. Todos aquellos lugares eran idénticos y tristísimos: constaban de cinco o seis barrios compuestos de series de tres filas de inmuebles de nueve pisos, todos iguales, con jardines delanteros en que la hierba nunca crecía ni los árboles sobrevivían más de una estación por falta de sol. Cada parcela incluía también un parque infantil con espantosos aparatos de juego, hechos de hierro y cemento, llenos de aristas y pintados de un solo color, a la usanza comunista, según la cual todo debe ser uniforme. Así, por más que la naturaleza haya hecho al cocodrilo verde y al león amarillo, ambos estaban pintados de rojo, con lo que parecían obra de algún pintor loco. Estos animales de juguete, fabricados para el entretenimiento infantil, estaban fijados al suelo y con las primeras

lluvias se oxidaban: el riesgo de contraer tétanos era altísimo.

A esta bella iniciativa de los constructores de las nuevas ciudades pronto se la llamó «adiós, hijos», por los numerosos accidentes y lesiones que jugar en aquellos parques acarreaba a los niños a diario. Así, pocos años después, lo primero que hacían los nuevos vecinos era desmantelarlos, a fin de garantizar a sus hijos una niñez sana y feliz.

Realidades como éstas, en que la naturaleza había sido reemplazada por un estúpido y grotesco afán de exaltación del hombre, me causaban tristeza y dolor.

En Bam vivían pobres diablos y desesperados, camorristas los más, así como aquellos que en Siberia llaman «fuera de límite», delincuentes que por pura ignorancia eran incapaces de llevar una existencia honesta y digna conforme a la ley criminal.

En Bam la toxicomanía campaba a sus anchas. La droga circulaba día y noche, los chavales empezaban a meterse a los doce años y pocos llegaban a los dieciocho, y los que resistían parecían viejos, habían perdido dientes y tenían la piel como marmórea. Cometían delitos menores, robos, hurtos, aunque también muchos homicidios.

Sobre Bam se contaban historias que helaban la sangre y horrorizaban por el grado de abyección y barbarie a que puede llegar el hombre: madres que arrojaban a sus hijos recién nacidos por la ventana, hijos que asesinaban brutalmente a sus padres, hermanos que se mataban entre sí, niñas menores de edad obligadas a prostituirse por sus hermanos, padres o tíos…

Era una zona bastante multiétnica, había muchos moldavos, gitanos, ucranianos, gente del sur de Rusia y alguna familia del Cáucaso. Todos tenían algo en común: una total incapacidad para vivir humanamente.

En ese lugar no regían leyes ni había nadie que ante los criminales honestos pudiera asumir la responsabilidad de lo que allí sucedía.

Por este motivo a la gente de aquel barrio se la consideraba zakontachennaia, «contaminada». Nuestras reglas prohíben tratar con ellos, así como cualquier tipo de contacto físico, saludarlos con palabras o estrechándoles la mano, usar objetos de los que ellos se hayan servido, comer o beber en su compañía y compartir casa o

mesa. Como ya dije, en la cárcel los contaminados viven en un rincón aparte, a muchos los obligan a dormir debajo de la cama, comer con platos y cucharas marcados y llevar ropa sucia, harapienta y sin bolsillos, que arrancan o descosen. Cada vez que usan el váter deben quemar papel dentro, porque según las creencias criminales solamente el fuego purifica lo que ha estado en contacto con un contaminado.

Las personas tachadas de contaminadas ya no tienen posibilidad de rehabilitarse y quedan marcadas de por vida; por eso en libertad se ven obligadas a vivir con sus semejantes, pues nadie más quiere tenerlos cerca.

Entre ellos son frecuentes las relaciones homosexuales, sobre todo entre los jóvenes toxicómanos, que se prostituyen en las grandes ciudades de Rusia y son muy apreciados por su joven edad y sus pocas pretensiones. En San Petersburgo, por ejemplo, son numerosos los ciudadanos acomodados que tienen trato carnal con ellos, y después les pagan una cena en cualquier bar o una noche en una habitación de hotel donde pueden dormir en una cama caliente y darse una ducha. La edad de estos muchachos oscila entre los doce y los dieciséis: hacia los diecisiete, tras cuatro años pasados en el «sistema», como se denomina la drogodependencia en jerga criminal, están definitivamente acabados.

Según nuestras reglas, a un contagiado no se le puede golpear con las manos: si es necesario hacerlo, se le pega con los pies o mejor aún con un palo o una barra. Pero tampoco se le puede apuñalar, porque matar con arma blanca se considera casi una muestra de respeto que la víctima debe merecer. El criminal honesto que apuñale a un contagiado quedará también contaminado para siempre y su vida, arruinada.

Así pues, debíamos estar muy atentos y saber comportarnos a la hora de tratar con los de Bam, o nos exponíamos a perder nuestra posición en la comunidad.

En aquel barrio había un lugar que llamaban el Poste, donde, en efecto, en su día habían erigido un poste de cemento para un tendido eléctrico que nunca se terminó. En torno a este poste se reunían los criminales que circunstancialmente ostentaban el poder en el barrio, como si se tratara de un trono real. El poder cambiaba de manos tan a menudo que a las guerras que los contaminados

libraban por él, los criminales honestos del Río Bajo las llamaban «la vuelta al poste».

Y es que allí, como no regía ningún código moral ni criminal, las luchas entre delincuentes eran muy violentas, parecían escenas sangrientas de una película de terror. Los clanes se agrupaban en torno a un anciano, que con la ayuda de sus guerreros, todos toxicómanos y menores de edad, trataba de hacerse con el control del mercado de la droga eliminando físicamente a sus adversarios, esto es, a los miembros del clan que en aquel momento lo controlaban y era por tanto el más poderoso. Empleaban armas blancas, porque de fuego tenían pocas y tampoco eran capaces de usarlas bien, ya que no habían sido educados en su manejo. En el curso de sus guerras mataban también a las mujeres y los niños del clan rival: su ferocidad no conocía límites.

Nos adentramos en el barrio y enseguida nos dirigimos al Poste. Recorrimos en coche una serie de calles cuya sola visión daba pena y angustia, aunque también cierto alivio, al pensar en lo afortunado que era uno por no haber nacido en aquel lugar.

El Poste se alzaba en medio de una plazuela rodeada de bancos, y donde había también un pupitre de colegio y una silla de plástico. Sentados en los bancos había unos quince chavales y en la silla de plástico, un viejo de edad indefinible de puro decrépito.

Nos apeamos. Según el reglamento, debíamos hacernos los duros, así que echamos mano de los palos que llevábamos en el maletero y nos dirigimos hacia el grupo. En el ambiente flotaba una tensión que cuando nos detuvimos a unos metros se convirtió en terror. Era importante no acercarnos demasiado, mantener las distancias, para subrayar la relevancia de nuestra posición en la comunidad criminal. Ellos permanecieron callados y con la mirada baja, sabían cómo comportarse con las personas honestas. No podían ser los primeros en hablar, sólo les estaba permitido responder a las eventuales preguntas. Sin saludarlos, Gagarin se dirigió al viejo y le explicó que buscábamos a quien había violado a una chica en el mercado y que recompensaríamos con veinte mil dólares al que nos ayudara a encontrarlo.

El viejo saltó al instante de la silla, se fue derecho a un chavalín que estaba sentado en un banco y tenía la cara desfigurada por una quemadura, lo cogió por el cuello y lo levantó. El chaval protestó

desesperadamente asegurando que no había sido, pero el viejo empezó a golpearle la cara hasta que lo hizo sangrar.

—¡Hijo de perra, cabronazo! ¡Sabía que ibas a violarla! ¡Mierda! —le gritaba.

También los otros saltaron de los bancos y empezaron a pegar al compañero.

Dejándolo en sus manos, el viejo volvió a nuestro lado como queriendo decir algo. Gagarin le ordenó que hablara y él empezó a barbotar palabras (mezcladas con blasfemias e insultos que en nuestro barrio le habrían costado la vida) para explicarnos lo que ya habíamos comprendido: que el violador era el chaval de la cara quemada.

—Estábamos en el mercado —contó el viejo—, cuando vi que este desgraciado seguía a la muchacha. Le grité que no lo hiciera, pero él desapareció y ya no volví a verlo; lo que pasó después no lo sé.

Su cuento era tan necio e ingenuo que ninguno lo creímos ni por un segundo.

Gagarin le pidió que describiera a la chica, y el viejo, tras un instante de vacilación y embarazo, empezó a mascullar de manera incomprensible, al tiempo que dibujaba en el aire formas de mujer.

De pronto vimos que el palo de Gagarin se abatía con fuerza y velocidad fulminantes sobre la cabeza del anciano, quien se desplomó echando sangre por la nariz.

Los otros cesaron en el acto de pegar al falso violador —que ni siquiera parecía capaz de hacerse una paja, a juzgar por lo débil y lastimoso de su aspecto— y escaparon en todas direcciones.

En un instante no quedaron al pie del Poste más que el viejo, que yacía con la cabeza abierta en medio de un charco de sangre, y el chaval al que por dinero habían querido convertir en cabeza de turco. Semejante espectáculo y aquella traición no hicieron sino acongojarme más el alma, ya de por sí triste y desesperada.

Sin averiguar nada, pues, abandonamos el lugar, confiando en que los que habían escapado buscaran al verdadero violador para vendérnoslo.

Decidimos ir a una especie de restaurante llamado Silbato, que en realidad era la casa de una anciana, la abuela Masha, que cocinaba para criminales. Se comía muy bien y la atmósfera era

cálida y familiar.

De joven, la abuela Masha había trabajado en el ferrocarril y aún llevaba al cuello el silbato con el que avisaba de la salida de los trenes y que daba nombre al local.

Tenía tres hijos, que estaban cumpliendo largas condenas en sendas prisiones de Rusia.

Al Silbato acudían los delincuentes a comer pero también a pasar una velada tranquila, hablar de negocios y jugar a las cartas, así como a llevar cosas al sótano, que se había convertido en una especie de caja fuerte bancaria llena de objetos y bienes. En determinados casos la abuela Masha incluso daba un recibo, una hoja de cuaderno en la que escribía con letra casi perfecta algo como: «La mano honesta —es decir, un criminal— ha devuelto al querido dientecillo —en jerga, "depositado en un lugar seguro"— un látigo con setas en aceite y tres coles verdes —un fusil automático con silenciador y cargador y tres mil dólares—. Que Dios nos bendiga y aleje el mal y los peligros de nuestras pobres almas —fórmula criminal para desear suerte y el buen desenlace de un negocio conjunto. Y firmaba—: Pobre Madre —una mujer que tiene a los hijos o al marido en la cárcel: en la comunidad criminal es una especie de estado social, como el de viuda o soltero— Masha».

La abuela Masha preparaba exquisitos pelmeni, grandes raviolis rellenos de carne, un plato siberiano muy difundido en todo el territorio soviético. Cuando se proponía cocinarlos hacía correr la voz un par de días antes, empleando para ello a los niños de la calle que alojaba en su casa a cambio de que la ayudaran en la cocina e hicieran los recados. Los chavales se recorrían en bici los lugares donde se reunía la gente justa e informaban de lo que iba a cocinar la abuela Masha.

Éstos también hacían circular otras noticias: si uno quería dar a conocer algún hecho, sólo tenía que darles un poco de dinero o un par de paquetes de tabaco y en dos o tres horas toda la ciudad estaba enterada. Por lo mismo, eran muy útiles en la lucha contra la pasma: cuando ocurría un desaguisado en algún barrio de Bender y los polis arrestaban a alguien, los chavales propagaban la noticia y las personas interesadas se movilizaban para liberar al detenido o simplemente para darse el gusto de tirotearse con los agentes.

Nosotros necesitábamos la ayuda de aquella mujer para que la gente se enterara de nuestro empeño y nuestra honesta oferta, pero estábamos un poco cansados y con hambre.

Cuando llegamos al Silbato anochecía. La abuela Masha nos recibió como siempre, con sonrisas, besos y buenas palabras. Nos llamaba «hijos» porque para ella todos éramos unas criaturas, incluidos los más talluditos. Nos sentamos a una mesa y tomó asiento con nosotros: lo hacía con todos sus clientes y hablaba un ratito antes de servir la comida. Le contamos nuestra desgracia. Nos escuchó hasta el final y entonces nos dijo que ya lo sabía por sus muchachos. Nos quedamos en silencio. Con el trapo que siempre llevaba en la mano, se enjugaba las lágrimas que le resbalaban por la cara arrugada. Uno miraba aquel rostro y tenía la impresión de hallarse ante la encarnación de la Madre Tierra.

Por fin se levantó, nos trajo algo de beber y los cubiertos. Nosotros llamamos entretanto a uno de sus ahijados, un chaval delgado, bajito, tuerto y con el pelo blanco como la nieve, el más despabilado de todos, llamado Begunok, «el que corre veloz». Era un muchacho muy serio y cumplidor. Le pedimos que hiciera correr la voz entre sus amigos y conocidos, pero sobre todo que se pasara por los locales donde se reunía la gente para beber y pasar el rato. Mel le puso en la mano un paquete de cigarrillos y un billete de cinco dólares, e instantes después lo oímos salir zumbando con su bicicleta.

Cenamos en silencio, sin ganas de armar la acostumbrada bulla. Tenía un hambre canina pero apenas podía comer, masticaba sintiendo una opresión en el pecho y para tragar tenía que beber mucho. Pronto me achispé bastante, me hallaba confuso y con una sensación de ahogo. Los demás se encontraban más o menos como yo, la cena se desenvolvía lenta, sin entusiasmo, el alcohol empañaba más y más los ojos de mis compañeros y en la mesa reinaba un ambiente fúnebre.

De pronto, en medio del resoplar cansado y los suspiros de congoja, alguien prorrumpió en llanto, un llanto contenido, vergonzante. Era Locha, el más pequeño de la banda, un chaval de trece años al que llamábamos Tumba porque parecía un muerto viviente (era delgado y siempre estaba enfermo y de mal humor). Locha había intentado ahorcarse en unas diez ocasiones, pero cada

vez lo habíamos salvado. Un día hasta se había pegado un tiro en el corazón con la pistola de un tío suyo, pero la bala sólo le había perforado un pulmón, con lo que su salud ya de por sí precaria se resintió gravemente. Otra vez se había arrojado borracho al río, pero lo había salvado su instinto de supervivencia, unido a su condición de excelente nadador. Y si no había intentado cortarse la venas era sólo porque la sangre lo impresionaba (en las peleas, por ejemplo, nunca usaba navaja, sino una barra de hierro y un puño americano).

Tumba era un chiquillo con muchos problemas, pero aun así se integraba bien en el grupo y todos lo considerábamos un hermano. Su tendencia suicida era un fantasma oculto en su mente, y como no sabíamos a ciencia cierta cuándo reaparecería, por nuestro amigo velaba un mayor, Vitia, al que apodábamos Gato porque, según contaba su madre, cuando nació, la gata de la casa, Lisa, madre también de cuatro gatitos, se subía por las noches a su cuna y le daba de mamar, con lo que lo había vuelto medio gato. Tumba y Gato estaban siempre juntos y su ocupación principal era la pesca y el robo de barcas a motor. Eran los expertos del río, conocían todas sus particularidades —dónde era más profundo, dónde se aquietaba, se aceleraba o refluía la corriente— y sabían en qué puntos había pesca según la época del año. Nunca regresaban con las manos vacías, jamás.

Cuando estábamos de fiesta y bebíamos juntos, el llanto repentino de Tumba era señal segura de que no tardaría en intentar saldar cuentas con su existencia: entonces, según teníamos acordado con él mismo (que sobrio tenía, pese a todos sus problemas psicológicos, muchas ganas de vivir), le quitábamos el alcohol y en casos extremos hasta lo atábamos a la silla.

También aquel día, en el Silbato, en vista del llanto de Tumba, que él se esforzaba por reprimir limpiándose la cara con un pañuelo, fue el caso de aplicar lo acordado: a una seña de Gagarin, Gato retiró la botella de vodka que nuestro amigo tenía delante y puso en su lugar otra de Monigote, un refresco dulce efervescente, la
Coca-Cola
soviética. Tumba dejó de llorar, tomó la botella de Monigote, se la sopló de un trago y soltó un prolongado y triste eructo.

Gagarin estaba hablando con nuestros conductores, Makar, alias Lince, e Iván, alias Rueda. Tenían poco más de veinte años y acababan de cumplir una condena de cinco. Eran uña y carne. Habían cometido muchos robos juntos, y en el último, durante un tiroteo con la policía, Rueda resultó herido y Lince no quiso abandonarlo: se dejó arrestar por seguir con él.

En la misión que se nos había encomendado no podían, según las reglas, ayudarnos a conferenciar con los criminales de otros barrios, y era una lástima, porque nos habrían sido muy útiles: todos éramos menores de edad y los delincuentes que no compartían nuestro credo siberiano reputaban ignominioso tratar con menores. Ambos podían, eso sí, aconsejarnos sobre cómo movernos, tratar con gentes de otros credos criminales y sacar provecho de las características de cada persona y comunidad. Esta relación entre jóvenes y adultos que explicaban determinada situación con arreglo a la ley de nuestros mayores era muy importante y formaba parte integrante de nuestra educación.

Mientras Gagarin escuchaba lo que Lince y Rueda le decían, los demás nos pusimos a hablar: tal vez el llanto de Tumba nos había despabilado y queríamos demostrarnos que seguíamos presentes y unidos.

Mel empezó a contar una historia que venía repitiendo desde los diez años siempre que se emborrachaba, una fantasía infantil: un día había conocido a una chica en la orilla del río y le había prometido que la llevaría al cine. Al final hacían el amor.

—Era como hacerlo con una princesa —decía siempre cuando llegaba a este punto de la historia.

Tras lo cual venía la descripción detallada del acto sexual, en la que Mel se presentaba como un amante vigoroso y experto. La historia acababa cuando ella, llorando en su hombro, le pedía que se quedara otro rato, y él le contestaba que, muy a su pesar, debía dejarla porque tenía que ir a pescar.

Era la historia más tonta e increíble del mundo, pero como Mel era mi amigo, la escuchaba con vivo interés y mucha paciencia.

La contaba con tanta unción que su único ojo se iba cerrando hasta parecer una cicatriz, y acompañándose con tales aspavientos de sus enormes manos, que cada vez que una de ellas pasaba por encima de la botella de vodka, yo debía cogerla para que no se

cayera.

Observando aquella cena, me sentía como podía sentirse Judas al compartir mesa con Jesucristo. Mejor dicho, no; en realidad me sentía inútil, absurdo, impotente. También estaba bastante borracho.

La cena, como siempre, acabó en borrachera general. No parábamos de beber y la abuela Masha, para que no la cogiéramos demasiado gorda, nos servía sin cesar platitos de la comida que suele acompañar el vodka.

Hacia medianoche regresó Begunok con una noticia: unos chavales del barrio del Cáucaso habían visto en el Centro a unos desconocidos a la misma hora en que Xiusa había sido violada.

—Estaban junto a las cabinas telefónicas —añadió serio—, molestando a una chica.

Sin más dilación corrimos a los coches.

Aquél era un barrio casi tan antiguo como el nuestro. Debía su nombre a que muchos de sus habitantes fueran oriundos del Cáucaso, y también a su ubicación sobre una serie de colinas. Coexistían allí varias comunidades criminales, pero la que mandaba sobre todas era la llamada Familia Georgiana, tras la cual venía el Kamaschatoi, el crimen organizado armenio, y el resto de las comunidades de diferentes regiones: Azerbaiyán, Chechenia, Daguestán, Kazajistán y Uzbekistán.

Los georgianos y los armenios hacían buenas migas, y los unía además el ser dos pueblos caucásicos de religión cristiana ortodoxa, mientras que el resto de los habitantes del barrio eran musulmanes o ateos, en cualquier caso de tradición islámica. Las comunidades de georgianos y armenios tenían una estructura de tipo familiar: para ser una autoridad no era preciso ganarse el respeto de los demás, como entre los siberianos, sino que bastaba con nacer en la familia justa. Los miembros de los clanes eran a la vez los miembros de las familias, y se dedicaban a varias actividades criminales, como tráficos ilícitos, extorsiones, robos a pequeña escala y homicidios.

Por su manera de gestionar las cosas, los georgianos no eran bien vistos en nuestra comunidad: no era infrecuente que nuestros criminales se negasen a tratar con ellos solamente porque se presentaban como hijos o parientes de alguna autoridad, lo que para los siberianos es intolerable, porque nosotros valoramos a las

personas por lo que son, su parentesco es secundario. En Siberia sólo se recurre a la familia en caso de necesidad, cuando es cuestión de vida o muerte.

Por este y otros motivos teníamos bastantes conflictos con los del barrio del Cáucaso: siempre que nos encontrábamos en algún punto de la ciudad acabábamos peleando, con el resultado de algún que otro muerto.

Dos años antes un amigo nuestro, Mitia, alias Giulic, que en jerga significa «pequeño criminal», había matado de un navajazo a un georgiano que lo ofendió por hablar en su idioma ante él. Giulic le advirtió que su actitud era insultante, a lo que el otro replicó que hablaba georgiano porque despreciaba a los rusos, a quienes calificó de «ocupantes». Fue una provocación política a la que Giulic reaccionó asestándole un navajazo, de resultas del cual el georgiano falleció en el hospital. Los compatriotas de éste reclamaron entonces justicia a los ancianos criminales de Semilla Negra, que dictaminaron en su contra, ya que según la ley criminal el georgiano había cometido dos errores graves: primero, mostrarse descortés con otro delincuente sin ningún motivo; segundo, hablar de política, algo que el reglamento condena como una grave afrenta al conjunto de la comunidad criminal, por ser la política cosa de policías, con quienes los delincuentes nada tienen que ver.

Pese a este veredicto, los georgianos no dieron su brazo a torcer e intentaron vengarse, una vez al disparar contra un amigo nuestro, Vasia, que por suerte se salvó, y otra cuando agredieron a Giulic en una discoteca. En esta última ocasión provocaron una pelea para obligarlo a salir, y una vez fuera lo atacaron en grupo. Por suerte estábamos con él y nos lanzamos a la refriega en su defensa.

En mitad de la pelea nos percatamos de que planeaban lanzar un «torpedo» contra Giulic, como llamamos al sistema usado en las riñas para matar a una persona de manera que parezca una muerte accidental. Mientras que dos o tres contrincantes arremeten como al azar contra la víctima, denominada «cliente», otro, el torpedo, aprovecha la confusión creada por los primeros para golpear con precisión mortal, tras lo cual todos vuelven a la refriega general y al final, si el torpedo ha sido hábil, rápido y certero, nadie se da cuenta de nada: la muerte del cliente pasa por ser una consecuencia normal de la pelea, modalidad última de obtener satisfacción en

que cada participante sabe desde el principio el riesgo que corre. Ahora bien, si durante la riña se descubre al torpedo y sus cómplices, el reglamento manda que se los ejecute por violación de las normas de la pelea, pues se considera un auténtico asesinato. El homicidio premeditado de otro delincuente es una cobardía. El asesino pierde en ese mismo instante la dignidad criminal y, como dice la ley, «cuando muere la dignidad criminal, muere también el propio criminal».

Aquella vez estábamos en franca minoría. Querían machacarnos y lanzar un torpedo contra Giulic, pero, por desgracia para ellos, al cabo de unos minutos intervinieron los chicos del Centro, el barrio donde nos encontrábamos, y ejerciendo el derecho de «propietarios» de la zona ordenaron poner fin a la pelea.

Fue entonces cuando, ante todo el mundo, el torpedo de los georgianos se abalanzó contra Giulic con la intención de apuñalarlo, pero éste logró esquivar el ataque. El torpedo cayó al suelo y se puso a gritar algo en su lengua, desoyendo las órdenes de los amos del barrio de que se calmara y guardase la navaja.

Acto seguido los del Centro, que eran unos treinta, arremetieron contra los georgianos y los masacraron sin piedad.

Nosotros explicamos el caso, pedimos disculpas y nos retiramos en orden, llenos de cortes y contusiones.

Cuando llegamos al Río Bajo referimos todo al guardián. Para que se nos hiciera justicia contra los georgianos necesitábamos un testigo neutral. Por fortuna, tres personas del Centro declararon ante las autoridades que vieron al torpedo con sus propios ojos.

En consecuencia, a la semana siguiente los siberianos enviaron al barrio del Cáucaso una expedición de castigo, que se saldó con la muerte de ocho georgianos que habían participado en el complot contra Giulic.

Esta fea historia, claro está, había empeorado no poco nuestras ya de por sí difíciles relaciones con los georgianos, que nos tachaban de asesinos e injustos. Nosotros sabíamos que teníamos razón y que la situación se había resuelto a nuestro favor; y, por lo demás, nos importaba un rábano.

De los armenios, en cambio, sí éramos buenos amigos. Eran mucho más humildes y sencillos que los georgianos, quizá por razones históricas, al haber sido siempre un pueblo dominado; ni

siquiera los aristócratas armenios de familias importantes se mostraban arrogantes o soberbios. Hacíamos muchos negocios con ellos. Se ocupaban en grandes tráficos ilícitos y, junto con la comunidad criminal judía, controlaban buena parte del mercado de piedras preciosas.

Yo mismo tenía amistad con un muchacho armenio de nombre Spartak, nieto de un viejo criminal llamado Armen, buen amigo de mi abuelo, porque habían pasado mucho tiempo juntos en un campo de concentración siberiano.

Nos dirigimos en coche a un local del barrio del Cáucaso que se llamaba Laberinto, una especie de bar restaurante, con una sala donde se podía jugar al billar y las cartas.

Begunok nos había informado bien cuando dijo que quienes contaron la historia de las cabinas telefónicas eran los hijos del que regentaba aquel lugar. Y que se trataba de georgianos.

Llegamos al Laberinto hacia las dos de la noche. Aparcados a la puerta había un montón de coches y desde fuera se oían las voces de los jugadores. Eran palabras en georgiano, mezcladas con exabruptos en ruso con terminaciones georgianas.

Bajamos de los coches —los conductores dijeron que nos esperarían con los motores en marcha por si acaso— y entramos todos juntos.

Ahora lo pienso y se me pone la piel de gallina: unos menores, unos mocosos, que no sólo se meten tan campantes en un barrio donde querían verlos muertos, sino también en un local atestado de criminales de verdad, mucho más peligrosos que ellos. Pero en aquel momento no teníamos miedo: cumplíamos una misión.

En cuanto entramos nos vino al encuentro el hijo del dueño, un muchacho llamado Mino. Lo conocía de vista, sabía que era un tío tranquilo que no se metía en problemas. Nos saludó estrechándonos la mano a todos y nos invitó a tomar asiento a una mesa. Nos sentamos y él pidió a una camarera que trajera vino y pan georgiano, invitaba la casa. Antes incluso de que le preguntáramos, empezó a contarnos lo que había visto en el Centro.

Estaba con unos amigos, entre ellos tres armenios, uno de los cuales tenía un puesto de flores en el mercado. Se hallaban junto a las cabinas telefónicas (sitio donde suele quedar la gente), cuando vieron a unos diez chicos borrachos o drogados molestando y

acosando a una chica de mala manera. Uno de los armenios les dijo que la dejaran en paz, pero ellos lo insultaron y hasta hubo uno que sacó una pistola y le ordenó que se largara.

—Preferimos retirarnos —prosiguió Mino—. Es verdad que dejamos sola a la chavala con aquellos subnormales, pero fue porque no sabíamos quiénes eran. Pensamos que podían ser colegas de los del Centro y temimos que le quitaran a mi amigo el puesto de flores…

Sin embargo, por la descripción que nos dio de la chica, no parecía tratarse de nuestra Xiusa.

La camarera nos había traído vino y pan típico georgiano, que se cuece pegándolo a las paredes del horno. Estaba bueno y bebimos y comimos con deleite acompañados por Mino, con quien hablamos de muchas cosas, entre ellas de la relación entre siberianos y georgianos.

Él nos daba la razón pues creía que sus compatriotas se habían comportado de manera bochornosa, como traidores.

—Además, ¿no somos todos cristianos? Todos creemos en Jesucristo, somos criminales, y nuestra ley vale para todos por igual, georgianos, siberianos, armenios…

Nos contó que la comunidad georgiana llevaba tiempo dividida. Una facción apoyaba a un joven rico de familia noble que se hacía llamar el Conde, predicaba el odio a los rusos y prohibía a los georgianos casarse con armenios, para conservar la pureza de la raza. Mino lo llamaba Hitler y estaba muy enfadado con él porque, decía, había debilitado a toda la comunidad. El resto de los georgianos apoyaba a un anciano criminal, conocido nuestro porque iba a menudo al Río Bajo, el abuelo Vano, un hombre sabio que había pasado mucho tiempo encarcelado en Siberia y gozaba de gran respeto en la comunidad criminal. Lo estimaban sobre todo los viejos; entre los jóvenes no era tan popular porque les impedía darse la gran vida y atacaba el nacionalismo, lo que les hacía muy poca gracia.

Por lo que nos contó Mino, comprendimos que la cosa estaba peor de lo que pudiera parecer a primera vista, pues la división afectaba a las familias, y muchos hijos, hermanos y padres se hallaban en bandos opuestos. En estas circunstancias, una guerra abierta era imposible, por lo que todo permanecía como en

suspenso, lo que según Mino resultaba aún más peligroso.

En esto irrumpieron cinco jóvenes, de no más de veinticinco años, y se dirigieron a Mino en georgiano, que se levantó enseguida y fue a su encuentro.

Parecían bastante cabreados y un par de veces vi que nos señalaban. Al principio hablaban todos a un tiempo, luego siguió haciéndolo sólo el jefe, un muchacho delgado con los ojos que se salían de las órbitas cada vez que alzaba la voz.

Mino, tranquilo, apoyado en la barra con un vaso de vino en la mano, los escuchaba mirando al suelo con expresión indiferente.

El jefe calló de pronto y los cinco se marcharon. Mino se acercó a nosotros.

—Son de la banda del Conde; dicen que si no salís ahora mismo del barrio vuelven con otros y os matan —nos dijo alarmado.

Después de su cálida acogida, la amenaza nos chocó sobremanera.

—Me juego la mano derecha a que están esperándonos fuera —proclamó Mudo levantándose de la mesa.

Lo llamábamos así porque siempre estaba callado, pero cuando hablaba casi siempre daba en el clavo. Una vez me pasé tres días pescando con él y en todo ese tiempo no dijo una sola palabra, lo juro, ni una.

Gagarin nos hizo señal de prepararnos para salir. Entonces metimos las manos bajo la mesa y uno tras otro amartillamos las pistolas.

Mel me dio un codazo y me instó a coger el arma que me presentaba, pero la rechacé con indiferencia.

—Cuando te maten —me dijo—, te meteré tu inútil navaja por el culo.

Sonreí con expresión enigmática.

Nos despedimos de Mino, que nos pedía encarecidamente que nos marcháramos por la puerta trasera; pero salimos por la principal, por donde habíamos entrado.

En la explanada exterior, en torno a una farola, había unas quince personas esperándonos.

Mel y Gagarin iban los primeros; los seguíamos Mudo y yo, luego los demás. Vi que Mel sacaba su Tókarev y que Gagarin se escondía a la espalda su Makárov. Yo empuñaba en el bolsillo de la

chaqueta el Nagant del abuelo Kuzia.

Nos cortaban el paso hacia los coches. Nuestros chóferes se habían apeado y fumaban tranquilamente apoyados contra el maletero.

Nos detuvimos a unos metros de los georgianos.

—Estáis perdidos, no tenéis escapatoria —nos dijo desafiante y con gran seguridad el muchacho delgado, dando unos pasos al frente. Llevaba una pistola y otro detrás de él una escopeta de cañones recortados—. Si no queréis problemas, sólo os queda un recurso: dejar las armas y rendiros. —Y en tono de burla añadió—: ¿Y no sois un poco pequeños para jugar con pistolas?

Gagarin les expuso con toda tranquilidad el motivo de nuestra visita, recalcando que nada tenía que ver con el conflicto entre siberianos y georgianos.

—Además —recordó—, según la ley criminal, en estos casos se suspenden las guerras.

Y puso el ejemplo de San Petersburgo, donde dos bandas en guerra, la del barrio de Lígovka y la de la isla Vasílev, habían suspendido las sangrientas hostilidades y se habían unido para atrapar a un pedófilo que violaba y mataba a sus víctimas.

Los georgianos quedaron bastante confundidos.

Observé que mientras Gagarin hablaba con el jefe, muchos habían bajado las armas y parecían recapacitar, indicio cierto de que las solas palabras los habían convencido.

—Entonces ¿por qué no os habéis dirigido a nuestro guardián? —preguntó de sopetón el georgiano, que no las tenía todas consigo —. ¿Por qué habéis venido a escondidas como serpientes?

No le faltaba razón: nuestra obligación era presentarnos a su guardián, porque hacer averiguaciones a sus espaldas va contra el reglamento criminal. Sin embargo, no tenía en cuenta dos cosas.

Primera: éramos menores y, según la ley, solamente otros menores podían «reclamarnos», los adultos no tenían ningún derecho a ello. Si observábamos las reglas y leyes de los adultos era únicamente por gusto y respeto, pero hasta que no fuéramos mayores de edad no formábamos parte de la comunidad criminal. Si un guardián hubiera llevado el caso ante una vieja autoridad, ésta se le habría reído en las narices, porque, como decimos los siberianos, «los chicos son como los gatos: van a donde quieren».

El segundo error cometido por el georgiano era mucho más grave y delataba lo poco que entendía de tratos y diplomacia criminal: nos había insultado.

Todas las comunidades consideran el insulto un error propio de gente débil, obtusa y carente de dignidad criminal. Los siberianos estimamos que cualquier vilipendio es un delito; otras comunidades hacen distingos, pero en general puede decirse que insultar es el camino más recto para ganarse un navajazo.

El insulto puede ser «aprobado» cuando uno lo dirige a otro por razones personales y no es grave, por ejemplo, llamar «tonto» a quien ha dañado nuestras propiedades. En tal caso se comparece ante un anciano con autoridad y se le explica la razón de la ofensa, tras lo cual él decide el castigo que merecemos. Aunque los insultos aprobados siempre se castigan, nunca se pagan con la muerte o el «rebajamiento», es decir, que seguimos siendo quienes somos y sólo se nos avisa. Esto, claro, si no hemos ofendido el nombre de la madre del otro, porque entonces lo más probable es que nos llevemos un navajazo.

Se aprueba el insulto proferido en estado de furia, desesperación o intenso dolor (causado, pongamos, por la muerte de la madre, el padre o un amigo íntimo), y en tal caso ni siquiera se pide justicia, se considera que el ofensor «estaba fuera de sí» y la cosa no pasa a mayores.

En cambio, no se aprueba si la ofensa se produce durante una disputa por juego o negocios, por amor o amistad; en estos casos, el hecho de pronunciar palabras injuriantes puede costar la vida.

Pero el insulto más grave, el que no tiene justificación ni perdón, es el llamado baklanka, el que se dirige a un grupo o comunidad. Entonces al ofensor se lo ejecuta o rebaja, es decir, se lo relega definitivamente a la categoría de los contaminados, como los del barrio de Bam.

Por eso desde niños aprendemos a «filtrar las palabras», a controlar siempre nuestro lenguaje, para no cometer ni aun involuntariamente un error. Pues según la regla siberiana, la palabra que vuela ya no vuelve.

El insulto que nos dirigió aquel georgiano era bastante grave: dijo que habíamos ido «como serpientes», ofendiéndonos a todos.

Interpretamos, pues, la típica escena que llamamos

«adquisición». Se trata de una de las muchas estratagemas que usan los criminales para cerrar un trato a su favor, y en las que los siberianos somos maestros. La «adquisición» consiste en convencer al adversario de que se ha equivocado y lograr que se desanime, para luego asustarlo y tomar las riendas de la situación, lo que en jerga se llama así precisamente, «adquirir».

Pues bien: a ejemplo de Gagarin, todos dimos la espalda a los georgianos. Este gesto los desarmó, porque significaba que los desposeíamos de todo derecho a la comunicación criminal, incluido el de provocar una pelea.

Se da la espalda a los llamados «basura», policías y traidores, gente tan despreciable que no merecen ni una bala. Sin embargo, dársela a un delincuente supone otra cosa: es un mensaje concreto, que comunica que se le priva de la dignidad criminal, se le expulsa de la comunidad.

Por otro lado, volverse implica también un riesgo, porque aunque un verdadero delincuente nunca atacará o disparará a nadie por detrás, alguien poco versado en tratos criminales o un cobarde sí podría hacerlo.

Dándoles, pues, todos la espalda, Gagarin explicó a los georgianos que habían cometido un grave error: habían ofendido a unos menores de otro barrio que estaban cumpliendo una misión sagrada para su comunidad, misión que todas las comunidades criminales debían respetar.

—Renuncio a seguir tratando con vosotros —añadió—. Y si queréis dispararnos a traición, adelante. Si no, retiraos. En los próximos días expondremos el caso ante las autoridades del Río Bajo y pediremos justicia.

Gagarin concluyó con un golpe de efecto magistral: les preguntó cómo se llamaban. Con eso puso de manifiesto otro error cometido por los georgianos, poco grave pero bastante significativo. Los criminales dignos se presentan, se saludan y se desean lo mejor incluso cuando van a matarse.

El georgiano no contestó enseguida: era evidente que la adquisición estaba dando resultado. Al cabo se presentó como el hermano de un criminal joven muy próximo al Conde, y acto seguido agregó:

—Por esta vez dejo que os vayáis, pero solamente porque no

quiero complicar más la relación que existe entre nuestras comunidades.

—Pues me parece —replicó Gagarin con sorna— que ya has hecho bastante para agravar la situación: la tuya y la de quien está por encima de ti.

Nos encaminamos a nuestros coches sin despedirnos. Cuando arrancamos aún los vimos allí, al pie de la farola, hablando. Era evidente que no acababan de entender lo ocurrido.

Pronto había de aclararse todo.

Para ser exactos, tres días después, cuando Gagarin, Mel, Mudo y yo pedimos formalmente desagravio ante el abuelo Kuzia por ofensa al grupo y amenazas.

Hubo negociaciones diplomáticas con los criminales de otros barrios de la ciudad, tras lo cual aquellos subnormales fueron castigados por los mismos georgianos, cansados de sufrir el boicot de las demás comunidades. Los del Centro, por ejemplo, amenazaron con obligar al cierre de todos los comercios y tiendas georgianos de la zona.

El muchacho delgado que había hablado con nosotros desapareció, literalmente, de la faz de la tierra. Se dijo que lo habían enterrado en doble tumba, esto es, escondiendo su cadáver en una sepultura ya ocupada, método seguro para hacer desaparecer gente incómoda. En la tumba de cualquier anciano podía haber varias personas dadas por desaparecidas en su comunidad.

Salimos del Cáucaso rumbo al Centro, donde queríamos recabar más información sobre los extraños agresores que habían visto Mino y sus amigos. Se trataba de saber si tenían algo que ver con nuestro tristísimo y desesperado caso.

La carretera que comunicaba el Cáucaso con el centro de Bender pasaba por un barrio llamado Balka, que en ruso significa «viga de madera», pero que en jerga criminal quiere decir cementerio, nombre debido al simple hecho de hallarse allí antiguamente el viejo cementerio judeopolaco, alrededor del cual, como me explicaba mi abuelo, había nacido y después crecido, a partir de los años treinta, el barrio judío.

No podía pasar por el Balka sin recordar una bella y terrible historia que mi abuelo me refería, y que ahora contaré.

El guía espiritual de la comunidad judía del Balka era un anciano llamado Moisa. Según la leyenda, había sido el primer judío llegado a Transnistria. Su carácter y su fuerte personalidad le habían granjeado la estima de todos. Tenía tres hijos varones y una hija casadera, la cual no cumplía más función social que la de cuidar de la casa y aprender a obedecer al futuro marido, criar a los hijos y, como decimos nosotros, «toser en el puño», esto es, ser sumisa.

La hija del rabino se llamaba Zilia y era una muchacha muy hermosa, con un par de ojazos azules. Ayudaba a la madre a llevar una tienda de tejidos del Centro y no pocos clientes entraban sólo por gozar un instante de su compañía. Muchas familias judías la habían pedido en matrimonio para sus hijos, pero el padre rechazaba a todos los pretendientes, pues ya nada más nacer Zilia la había prometido a un joven de Odesa, hijo de un amigo.

Era costumbre judía que los padres, al objeto de unir familias, concertaran matrimonios entre los hijos. En tales tristes casos, los novios nada sabían uno del otro y rara vez estaban de acuerdo con la elección de los progenitores, aunque tampoco se atrevían a contradecirlos y menos aún a oponerse a la tradición, porque entonces eran expulsados para siempre de la comunidad. Con gran dolor se resignaban a su destino y el resto de sus vidas era una verdadera tragedia. La costumbre estaba tan arraigada que, por ejemplo, los siberianos ironizábamos a propósito de la infelicidad de las mujeres judías, comparando con éstas los trances tristes o desesperados.

Zilia parecía ya resignada. Como una perfecta judía, aceptaba sin rebelarse el proyecto paterno de casarla con un hombre veinte años mayor que ella, lleno, por lo que se decía, de defectos.

Así estaban las cosas cuando un día entró en la tienda un joven criminal siberiano recién llegado a Transnistria, de nombre Sviatoslav. Era miembro de la banda del famoso Ángel, que llevaba más de diez años hostigando a los comunistas y asaltando trenes en Siberia. A resultas de haber sido herido en un tiroteo, Sviatoslav había sido enviado por sus amigos a convalecer en Transnistria. Le habían proporcionado dinero para la comunidad siberiana, que lo acogió sin problemas. El joven no tenía familia y sus padres habían muerto. Pues bien: Sviatoslav se enamoró de Zilia, y ella de él.

Por respeto a las conveniencias, Sviatoslav se presentó en casa del rabino Moisa y le pidió la mano de su hija. Pero éste, juzgando por la modesta apariencia del joven, propia del que observa la ley siberiana de no hacer ostentación de su riqueza, dedujo que era un pobre diablo y lo echó.

Humillado, Sviatoslav apeló al guardián del Río Bajo, que por entonces era un criminal llamado Sura, alias Pata de Lince, un anciano urca siberiano. Oído el caso, Pata de Lince supuso que el judío había reaccionado así por dudar de los posibles de Sviatoslav y le aconsejó que no desesperase y que volviera a casa del rabino con joyas para obsequio de la hija.

Es costumbre siberiana que sea el mismo novio quien pida a la novia en matrimonio, aunque yendo acompañado por un familiar o, en última instancia, por un viejo amigo. Por respeto a esta costumbre, Pata de Lince se ofreció a acompañar personalmente a Sviatoslav en su segundo intento. Se presentaron, pues, de nuevo en casa del rabino, esta vez cargados de joyas preciosas, pero el judío volvió a despedirlos de malos modos, y encima ofendiéndolos: tomó las joyas en la palma de la mano y al instante, dejándolas caer, la retiró como si se hubiera quemado.

—Me he quemado con la sangre humana en que están bañadas —contestó cuando le preguntaron por la razón de tan extraño gesto.

Los dos siberianos marcharon con una decisión tomada. Pata de Lince dio al joven permiso para llevarse a la hija del rabino a vivir al barrio siberiano, si ella consentía.

La hermosa Zilia huyó de su casa aquella misma noche. Según la ley siberiana, no podía llevarse consigo ningún bien de la casa paterna, por lo que Sviatoslav la proveyó de ropa para la fuga.

Al día siguiente el rabino mandó a unos criminales judíos a negociar con los siberianos. Pata de Lince les explicó que, según nuestra ley, las personas son libres de hacer lo que quieran al cumplir dieciocho años y es un gran pecado oponerse a sus decisiones, sobre todo cuando se trata de una pareja que se ama, por voluntad de Dios. Los judíos se insolentaron y amenazaron a Pata de Lince con matarlo. Entonces el guardián perdió la paciencia y, armándose de una silla de madera, liquidó a tres y le rompió un brazo al cuarto, al que mandó de vuelta con el siguiente mensaje para el rabino: «Quien a la muerte nombre, sepa que la tiene cerca».

Esto desencadenó un infierno. Moisa, frente a unos siberianos de los que nada sabía excepto que eran unos asesinos y ladrones muy unidos, y sin poder desafiarlos en su territorio, pidió ayuda a los judíos de Odesa.

Los jefes de la comunidad judía, personas muy ricas y poderosas, organizaron una reunión para averiguar dónde estaba la verdad y cómo podía hacerse justicia. A dicha reunión asistieron Sviatoslav, Zilia y el propio Moisa.

Escuchadas ambas partes, los judíos acusaron al joven de haber raptado a la hija de Moisa, a lo que los siberianos replicaron que según la ley siberiana no hubo rapto alguno, ya que la joven había huido por voluntad propia, como demostraba el hecho de no haberse llevado nada que la ligase a la casa paterna.

A esto Moisa objetó que una cosa sí se había llevado: una cintita de colores con que se recogía el pelo, lo que era cierto. Zilia había olvidado quitársela y su madre se la había visto.

Detalle tan insignificante consiguió volver la situación en contra de los siberianos. Según nuestras reglas, la hija debía ser devuelta al padre de inmediato. No obstante, había un pero.

Zilia, adujeron los siberianos, estaba ya casada con Sviatoslav, para lo cual se había convertido a la fe ortodoxa y había sido bautizada con la Cruz Siberiana: según nuestras leyes, por consiguiente, siendo de fe distinta a la del padre, quedaba fuera de la patria potestad. Ahora bien, si Moisa quería convertirse a su vez a la fe ortodoxa, la cosa cambiaría…

El rabino, presa de la ira, atacó a Sviatoslav con un cuchillo y lo hirió. Y así cometió un error gravísimo: el de violar la paz de una reunión criminal, que se castigaba con el ahorcamiento inmediato.

Moisa quiso quitarse la vida con la cinta del pelo de su hija. Pero antes de morir maldijo a Zilia, a su marido y sus hijos, y a los hijos de sus hijos, y a todos cuantos los quisiesen.

Zilia cayó enferma poco después. Empeoraba a ojos vistas y ninguna medicina la curaba. Sviatoslav la llevó entonces a Siberia para que la viera un viejo chamán de la tribu de los nenet, pueblo de aborígenes estrechamente vinculados con los criminales siberianos, los urcas.

El chamán aseguró que la muchacha sufría porque un espíritu maligno la mantenía en el frío de la muerte y la privaba del calor de

la vida. Para vencerlo era preciso quemar el lugar que lo ataba al mundo. Sviatoslav volvió a Transnistria y con ayuda de otros siberianos prendió fuego a la casa del rabino y la sinagoga.

Zilia sanó y ambos vivieron mucho tiempo en nuestro barrio. Tuvieron seis hijos: dos asesinos de policías, que murieron en la cárcel aún jóvenes; un muchacho que se fue a vivir a Odesa y montó un gran negocio de ropa falsificada (fue el más afortunado de los hermanos); y tres que vivían en nuestro barrio, dedicados a robar, y el más pequeño, Zora, formaba parte de la banda de mi padre.

De viejos, Sviatoslav y Zilia fueron a pasar sus últimos días a la taiga, como siempre habían deseado.

Tras el incendio de la sinagoga por los siberianos, muchos judíos abandonaron el barrio. Los últimos habían sido deportados por los nazis en la Segunda Guerra Mundial, y de aquella comunidad quedó solamente el viejo cementerio.

Abandonado durante años, el camposanto se convirtió en un lugar desolado, vertedero de basuras y campo de batallas juveniles. Las tumbas fueron saqueadas por miembros de la comunidad moldava, que cometían estas profanaciones sólo por llevarse adornos de piedra con los que decoraban las verjas de sus casas, costumbre que dio pie a un dicho muy ofensivo: «El alma de un moldavo es tan bonita como la verja de su casa».

En los años setenta, los ucranianos empezaron a construir viviendas en el viejo barrio judío. En el Balka vivían muchas chicas ligeras de cascos, con quienes solíamos salir. Para poseer a una chica del Balka bastaba con invitarla a beber. No habían sido educadas con la rigidez de las muchachas del Río Bajo y se tomaban el sexo como un divertimiento, aunque, como suele suceder en estos casos, su actitud demasiado liberal a la larga les pasaba factura y muchas acababan mal. Empezaban a tener relaciones sexuales a los catorce años o incluso antes, y a los dieciocho ya las conocían en toda la ciudad. Los hombres disponían de mujeres que se acostaban con ellos sin pedir nada a cambio, era como un juego que duraba hasta que se cansaban de una y tomaban a otra.

Cuando se hacían mayores, muchas se daban cuenta de su situación y sentían un gran vacío. Deseaban encontrar marido, formar una familia y ser como las demás, pero ya era demasiado

tarde: la comunidad las había marcado para siempre, ningún hombre digno se casaría jamás con ellas.

Y viendo que nunca podrían disfrutar de los placeres de una vida sencilla, se suicidaban. Los casos de chicas suicidas eran frecuentísimos y tenían consternada a la ciudad. Cuando descubrieron la causa del fenómeno, muchos hombres renunciaron a mantener trato sexual con ellas, para no contribuir a la ruina de sus vidas.

Conocía el caso de un viejo criminal del Centro, Vitia, alias Canguro, porque a raíz de una herida sufrida de joven en un tiroteo caminaba dando saltitos. Era dueño de varios locales nocturnos en distintas ciudades de Rusia y siempre había sentido debilidad por las chicas del Balka. Pues bien: fue uno de los primeros en intuir el verdadero alcance del problema, prometió públicamente no seguir aprovechándose de ellas y propuso hablar abiertamente del tema con sus familias. Sin embargo, los ucranianos tenían un extraño concepto de la dignidad, pues permitían que sus hijas hicieran cuanto quisiesen y luego se desentendían y se enfadaban cuando se les decía la verdad. Muchos de ellos tomaron a mal la iniciativa de Canguro y de quienes la apoyaban, alegando que se trataba de una conjura para deshonrar el barrio. El asunto tuvo pésimas consecuencias: hubo padres que llegaron a matar a sus hijas con sus propias manos sólo para demostrar que no aceptaban injerencias.

Agravaba la situación el altísimo consumo de alcohol por parte de los habitantes del barrio. Los ucranianos bebían mucho, igual que el resto de la población, sólo que ellos lo hacían de manera particularmente inmoderada, sin el filtro de la tradición ni moralidad alguna. En Siberia, el alcohol se consume según reglas razonables que evitan que cause daños irreparables a la salud; el vodka, por ejemplo, sólo se bebe comiendo (en Siberia se come mucho y los platos están muy condimentados, ya que, para resistir el frío y conservar vitaminas en el invierno, se queman muchas grasas): si come debidamente, una persona puede llegar a consumir un litro de vodka sin problemas. Además, el vodka siberiano se elabora solamente con trigo y se purifica con leche, que retiene los residuos de la fermentación, con lo que el producto final es de una gran pureza. En Ucrania, en cambio, beben vodka destilado de patatas o calabaza, cuyos azúcares embriagan enseguida. Los

siberianos nunca beben hasta perder el conocimiento o vomitar, mientras que los ucranianos se emborrachan hasta caer redondos y sufren resacas de dos días.

El estilo de vida en el Balka, el barrio ucraniano que en otro tiempo fuera judío, semejaba una fiesta continua, bien que una fiesta triste, teñida de la nostalgia de algo sencillo y humano perdido para siempre.

Mi abuelo aseguraba que esto se debía a que eran gentes olvidadas de Dios, que vivían pero estaban muertas. Yo en cambio pensaba que era fruto de una degradación social que afectaba a toda la comunidad. La causa quizá estribaba en el hecho de que los jóvenes que se habían instalado en el barrio lo habían hecho separándose violentamente de sus padres, con lo que, abandonados a su suerte y sin ninguna instancia que los controlase, se habían dado a todos los vicios. Y sin la tutela de los mayores, también educaban mal a sus hijos.

Y es que los hijos varones de los ucranianos tenían fama de vagos e inútiles, que nada hacían por sí mismos ni por los demás. En Bender nadie se fiaba de ellos porque para presumir mentían más que hablaban, aunque con tal torpeza que nadie les daba crédito. Los tratábamos de pobres tontos y no les hacíamos caso. Algunos intentaban hacer carrera inventándose leyes que los amparasen, como por ejemplo la de que los hermanos podían obligar a las hermanas a prostituirse. La explotación sexual era considerada un delito indigno de un criminal, y los presos condenados por esta causa morían asesinados en la cárcel o fuera de ella si salían vivos. Pero los ucranianos no se daban por enterados de nada, y se recorrían los barrios de la ciudad tratando de entrar en los locales, inútilmente, pues todas las puertas les estaban siempre cerradas y nadie aceptaba un dinero que seguramente habían ganado de manera indigna. Ellos seguían adelante sin cuestionarse nada, y aumentando cada vez más la distancia que los separaba del resto de las comunidades.

Una sola carretera atravesaba el barrio del Balka, junto a la cual tenía su quiosco un viejo criminal ucraniano llamado Stepan. Despachaba tabaco, bebidas y a veces droga, casi siempre para fumar. También vendía armas y municiones procedentes de bases militares ucranianas que le conseguía su hermano mayor, militar de

carrera.

Stepan tenía paralizado medio cuerpo, por haber ingerido en una ocasión alcohol químico para uso industrial. Lo contaba bromeando: cuando, aquel terrible día, empezó a perder sensibilidad en la parte izquierda del cuerpo, se apresuró a desplazar su «miembro honorario» a la derecha, con lo que lo salvó.

Me pasaba a menudo por su quiosco para hablar un rato con él, pues me agradaba aquel hombre, rebosante de vitalidad y buen humor pese a su no poco desesperada situación. Estaba todo el día en su silla de ruedas, bajo un gran parasol, delante del quiosco, hablando con la gente que pasaba. Tenía una hija, estudiante de arquitectura y quizá la única chica decente del barrio, que lo cuidaba. Su mujer se había fugado con un amante, un enfermero joven, poco antes del ataque de parálisis. Yo respetaba a Stepan por el simple hecho de haber logrado educar a su hija manteniéndose fiel a sí mismo, por ser, pese a su ignorancia, una buena persona que había sabido transmitir su natural bondad a los otros.

Su quiosco estaba siempre abierto. De día lo llevaba él, a veces con la ayuda de su hija, y de noche su fiel ayudante, un chaval de nombre Kiril, al que todos llamaban Nixon por su obsesión por los presidentes americanos. Muchos decían que era retrasado mental, aunque yo más bien creo que era sólo algo tardo en sus reacciones. Stepan le pagaba con comida y tabaco. Nixon fumaba de manera teatral, como un actor. Tenía un perro, un chucho bastardo, feo, pequeño y de lo más antipático, que cuando menos lo esperabas, te pegaba un mordisco en el tobillo. Nixon lo llamaba «mi secretario» y en ocasiones «querido señor»: no tenía otro nombre el can.

Nixon siempre hablaba mal de los comunistas a quien quisiera escucharlo. Los acusaba de querer destruir su país y los llamaba «sucios terroristas». Decía no fiarse de nadie más que de su «secretario», que en tales ocasiones manifestaba su lealtad sacudiendo la pierna del amo con su asqueroso y despeluchado rabo.

—Los árabes dan mucho por el culo —sentenciaba— y a Fidel Castro habría que matarlo, pero es imposible. ¿Y sabes por qué? Porque los comunistas lo tienen escondido en Siberia y lo protegen. En Cuba han puesto a un doble, se nota en que lleva barba postiza y fuma puros sin tragarse el humo. ¿Y sabes lo que representa la

bandera norteamericana? —proseguía—. Pues verás: un comunista muerto. Las estrellas son el cerebro hecho trizas por el tiro en la cabeza, y las franjas blancas y rojas, su piel ensangrentada.

También aborrecía a los negros que, según él, habían detenido el progreso de la democracia. Confundía a Martin Luther King con Michael Jackson, y decía que el primero «era un negro bueno, aficionado a cantar y bailar», pero al que otros negros habían asesinado porque un día había querido volverse blanco.

Así era Nixon.

Cuando llegamos al quiosco lo vimos sentado como siempre en su sillón presidencial, jugando al Tetris. Me apeé del coche y, al verme, vino corriendo a saludarme, como hacía con quienes le caían bien. Le di un abrazo y le pedí que fuera a despertar a Stepan, porque era cosa urgente. Nixon corrió a casa de su amigo, que no estaba lejos.

Debo decir que Nixon no tragaba a Mel: decía, él sabría por qué, que era un espía, y le tenía tanto miedo que una vez hasta le había dado dos estacazos con una barra. Por eso le pedí a Mel que se quedara en el coche, no fuera a armarse una pelotera en plena noche. Con todo, cuando Nixon desapareció, Mel bajó del vehículo y se acercó a unos matorrales a hacer sus menesteres. Y mientras él orinaba con un ruido de cascada, llegó Nixon empujando la silla de ruedas de Stepan, donde éste iba aún medio dormido.

Como yo conocía a Stepan mejor que mis amigos, les pedí que me dejaran hablar a mí, y con él nos quedamos Mudo y yo, mientras los demás esperaban en el coche o bebían cerveza en el quiosco.

Stepan debía de haber entendido que se trataba de algo importante, porque no bromeaba como de costumbre. Me excusé por haberlo despertado a aquellas horas y le conté nuestra triste historia. Mientras hablaba vi que la mitad viva de su cara se convertía en una especie de máscara, como las que usan los japoneses para representar sus demonios.

Estaba enfadado. Cuando mencioné la recompensa, hizo un ademán desdeñoso y comentó que quería entregarnos una cosa. Llamó a Nixon y le dio una orden. Nixon desapareció y volvió al poco con una caja de cartón. Stepan me presentó la caja y me explicó que era una persona humilde y pobre, y que no podía

darnos más, pero que, en su modestia, era lo más bonito y útil que tenía.

La caja contenía una Stechkin con silenciador y estabilizador y seis cargadores llenos. Un arma magnífica y bastante cara: la única pistola fabricada en la Unión Soviética capaz de disparar ráfagas, con veinte balas por cargador.

Se lo agradecí y me ofrecí a pagarla, pero él rehusó asegurando que no importaba y que bastaba con que les refiriese su gesto a nuestros mayores. Me prometió que tendría los oídos bien alertas y que si se enteraba de algo me lo haría saber enseguida. Antes de irnos quise pagar al menos lo que habían consumido mis compañeros en el quiosco, cervezas, cigarrillos y algo de comer, pero tampoco quiso aceptar. Le metí un poco de dinero en el bolsillo a Nixon que, más contento que unas pascuas, nos despidió con la mano.

Subimos a los coches y arrancamos. Doscientos metros más adelante nos esperaba un Mel cabreadísimo porque, para no encontrarse con Nixon, había cruzado los matorrales y se había arañado toda la cara.

Ninguno quiso la pistola de Stepan, porque, como supe, todos tenían ya un par, así que me la quedé.

Camino del Centro vimos que empezaba a clarear: amanecía el segundo día de búsqueda.

Me quedé dormido. No soñé nada, fue como caer en un vacío. Cuando desperté estábamos ya en aquel barrio, aparcados en el patio de una casa. Menos Mel, que seguía durmiendo, y yo, todos se habían apeado y hablaban junto al portal con dos personas.

Bajé del coche y me acerqué. Pregunté a Tumba qué pasaba y me contestó que aquellos dos eran ayudantes del guardián del Centro.

—¿Y qué dicen?

—Que no saben nada de lo de las cabinas telefónicas. Que no han oído hablar de que unos desconocidos molestaran a ninguna chica en el barrio.

Al poco los dos se marcharon.

—¿Y bien? —pregunté a Gagarin.

—La cosa los pone en un serio compromiso. Admitir que no saben nada es reconocer su incompetencia y puede costarles caro.

Nos piden que les demos tiempo para hacer averiguaciones, y que de momento no informemos al guardián. Dicen que podemos contar con ellos. Hemos quedado a mediodía bajo el puente viejo.

Subimos, pues, a los coches y decidimos ir a desayunar a un local llamado Blínnaia, en el barrio de la Orilla.

El barrio de la Orilla estaba situado en la parte más bonita de la ciudad. Había un gran parque junto al río con playas y lugares donde relajarse y pasar el rato agradablemente. Allí estaban los restaurantes, bares y locales nocturnos más caros de Bender. Había también un local de juego clandestino donde sólo se entraba con invitación.

Controlaban el barrio varios criminales de la ciudad. Era una especie de atracción turística que visitaba mucha gente de Odesa, judíos ricos y comerciantes, porque estaba muy de moda respirar aires de criminalidad exótica. Sin embargo, a los criminales de verdad les estaba prohibido ajustar cuentas en la Orilla. Si se producía algún problema o refriega, era sólo para entretenimiento de los clientes, para que se sintieran en un barrio de mala fama y peligroso y descargaran adrenalina. En realidad, nunca había ocurrido nada serio en aquel barrio.

En el Blínnaia servían las mejores crepes de la ciudad, que en Rusia se llaman blinnis y hay muchas variedades: los más buenos son los de los cosacos del Don, porque leudan la masa y los cuecen en sartenes muy calientes untadas de mantequilla, con lo que salen espesos y muy grasos, crujientes y sabrosísimos.

En el Blínnaia los hacían al estilo siberiano, con nata ácida mezclada con miel y acompañados de té negro con limón.

En el local había bastante gente. Teníamos hambre y para empezar pedimos unos cincuenta blinnis (un ruso consume una media de quince de una sentada, y gente como Mel y Gagarin incluso el triple). En tres minutos dejamos el plato vacío. Bebíamos el té directamente de un samovar que había fijado a la mesa y que de vez en cuando iba rellenando de agua el camarero. En muchos locales se sirve así, y los clientes, aparte de lo que pidan, pueden beber gratis tanto té como quieran.

Mientras comíamos y bebíamos hicimos balance de la situación. La moral del grupo estaba bastante alta, como grandes eran el nerviosismo y la sed de justicia.

—No veo la hora de romperle el espinazo al hijoputa que la ha violado —dijo Mudo.

Pensé que nuestra situación debía de ser realmente particular, pues ya era la segunda vez en dos días que Mudo hablaba.

Y pensé también en lo curiosos que éramos todos y cada uno de los que allí estábamos, y en las historias de nuestras vidas. En Guiguit y Besa, sobre todo.

Guiguit era hijo de un criminal siberiano y de una mujer armenia, muerta cuando él tenía poco más de seis años a manos de uno de sus propios hermanos por haberse casado con un criminal siberiano, ofendiendo así el nombre de la familia.

Era un buen chaval, tenía un gran sentido de la justicia: solía lanzarse de los primeros a las refriegas y por eso estaba cubierto de cicatrices. En un par de ocasiones resultó herido de gravedad, y en una de ellas yo le doné sangre, porque mi grupo es compatible con todos: creyó que nos habíamos convertido en hermanos de sangre y desde entonces siempre me guardaba las espaldas. Éramos amigos, nos entendíamos con medias palabras. Era un tipo tranquilo, a quien le gustaba leer y con quien se podía hablar de literatura. Bueno, tranquilo hasta cierto punto, porque una vez había matado a martillazos a un chaval del Centro que había querido rebajarlo ante una chica con la que Guiguit mantuvo primero una relación de amor y luego de amistad.

Besa era lo que se denomina un tipo duro. Tenía un año menos que yo pero aparentaba bastantes más a causa de sus muchas canas. No nació en el barrio, era oriundo de Siberia. Su madre, la tía Svetlana, era jefa de una pequeña banda de ladrones que se dedicaba a hacer turnéi, esto es, a robar de ciudad en ciudad. Asaltaban casas de ricos y políticos locales, pero sobre todo de los llamados «empresarios ocultos», productores y comerciantes ilegales asociados con los directores de las grandes fábricas. El que una mujer dirigiera una banda era algo bastante común en Siberia. Allí, a las mujeres con cargos criminales se las denomina «madres», «madres gatas» o «madres ladronas», y su palabra y opinión van a misa: se las cree poseedoras de la máxima sabiduría criminal.

La madre de Besa había estado varias veces en prisión, y Besa mismo vino al mundo en la cárcel de mujeres del Magadán, Siberia. Nacido en prisión, no había vivido en libertad hasta los ocho años;

su educación carcelaria era muy evidente y le había dejado una marca indeleble, en especial un rencor sordo.

Besa nunca conoció a su padre, un condenado a muerte con el que su madre, por piedad, había pasado una noche en la prisión de Kurgán, a la que acababan de trasladarla. No bien entró en la celda del bloque especial al que la asignaron, recibió una carta de la celda vecina en que un joven apodado Besa, «diablillo», le pedía que pasara la noche con él. La mujer, por compasión y por lo que podríamos llamar solidaridad criminal, accedió y pagó a los guardias para que la llevaran a la celda de él. Quedó embarazada. Meses después, por el correo secreto de los reclusos supo que el padre había sido ejecutado a la semana del encuentro, y decidió ponerle su nombre al hijo que llevaba en el vientre. De aquel hombre sólo sabía que era un asesino de policías, guapo y de pelo cano, un rasgo que Besa había de heredar, pues, como decía su madre, «se parecía al padre como Adán al Creador».

Besa tenía una idea fija desde que lo conocí. En la cárcel, donde se crió, le contaron una historia acerca de la estrella del Kremlin, la que corona la torre principal en que hay también un inmenso reloj; historia según la cual dicha estrella pesaba quinientos quilos y era de oro macizo, aunque por precaución la hubieran pintado de verde. Fábulas como ésta circulan a montones entre los hijos de los criminales, sobre todo en las cárceles de menores; fábulas sobre grandes tesoros ocultos en lugares famosos que todo el mundo puede ver y dificilísimos de robar: la de los diamantes que la zarina Catalina II escondiera en el puente de la Esperanza de Moscú, junto con el cuerpo de su ama de llaves, a la que mató por intentar robárselos; la de la armadura de oro del caballero Elías de Murom, sepultada bajo el monumento al zar Alejandro III en un monasterio próximo a Moscú.

Todas estas historias se contaban para pasar el rato e inventar misterios, siempre relacionadas, eso sí, con la actividad criminal, para que nadie pudiera decir al final que habían perdido el tiempo. Pues después de dos horas de intrigas burguesas y palaciegas, de guerras, zares, héroes, caballeros, fantasmas, ladrones misteriosos y homicidios perpetrados con técnicas sofisticadas, siempre había un tesoro que sólo esperaba a ser robado.

—Y si sabes el secreto, ¿por qué no vas tú por el tesoro? —solía

preguntar el auditorio acabado el relato.

—Pues porque soy un criminal honesto. Me conformo con que me invitéis a fumar por habéroslo confiado —respondía el narrador.

Lo invitaban a fumar o a lo que fuera y enseguida se ponían a discurrir sobre la forma de rescatar el tesoro, a costa de destruir los monumentos de la arquitectura nacional. Besa no era una excepción: también él tenía concebido un plan para llevarse la estrella de la torre del Kremlin, plan al que volvía para mejorar una y otra vez; al principio, por ejemplo, ignoraba que al Kremlin no se podía entrar libremente, y cuando lo supo (por mí) resolvió que secuestraríamos a cinco vigilantes y, disfrazados de lo propio, entraríamos. En un primer momento había pensado bajar la estrella con una grúa, que pensaba robar en alguna obra. Pero luego decidió arriesgarse: la cortaríamos a mano, la dejaríamos caer (poco importaba la cuestión estética, si de todas maneras habíamos de despedazarla), la cargaríamos en un coche y nos largaríamos. Eso sí, para evitar que al estrellarse contra el suelo hiciese mucho ruido debíamos recubrirla de trapos.

Besa siempre estaba preparando este golpe del siglo, del que nosotros teníamos el honor de formar parte en calidad de ayudantes. Lo decía en serio, y como tenía un carácter de lo más inflamable, ninguno nos atrevíamos a contradecirlo.

Mientras tanto, nosotros seguíamos ocupados en nuestros humildes negocios criminales, contentos con participar en modestos tráficos ilícitos y procurando impedir que Besa pasara de la fase creativa del proyecto a la fase decisiva, menos aún a la ejecutiva. Verdad es que, de un tiempo a aquella parte, lo veíamos un poco nervioso, quizá porque empezaba a notar que teníamos pocas ganas de robarle su estrella al Kremlin.

Con la panza bien llena, salimos del Blínnaia y decidimos separarnos. Gagarin iría en coche con Tumba, Gato y Guiguit, recorrería los locales del barrio y hablaría con los criminales; Mel, Mudo, Besa y yo visitaríamos a un viejo amigo de mi padre, el tío Fedia, dueño de una gran discoteca situada en la otra punta de la ciudad y que lo sabía todo de todos, y hasta podía contarnos sucesos aún no acaecidos, usando su intuición de delincuente y su conocimiento de la naturaleza humana.

El tío Fedia era lo que en la comunidad criminal se llama un

«Santo», designación sumamente respetuosa. Santo es aquella persona que vive según reglas severísimas de dominio de sí mismo y trata en todos los órdenes de su vida de ser un espejo de criminales. Vive despegado de todos, como una especie de eremita, y al igual que las autoridades ancianas, nada propio posee: ni siquiera la ropa que lleva, que es regalo de los delincuentes. La diferencia es que no ostenta ningún poder real sobre el resto de los criminales, a quienes se limita a dar ejemplo con su vida y su total respeto a nuestras reglas.

El Santo envía todos sus ingresos a la cárcel: es el único que puede repartir los dones directamente a los reclusos sin pasar por el obscak, la caja común de los criminales. Así, los presos pueden estar más seguros de recibir la ayuda, pues no es raro que el tesorero del obscak no dé abasto para satisfacer a todos, especialmente en prisiones grandes donde hay más de treinta mil reclusos y cientos de bloques. Es cierto que en tales casos reparte la caja entre varios ayudantes de diferentes celdas, pero también lo es que con frecuencia los ayudantes disputan y muchos reclusos corren el riesgo de quedarse sin sostén material. Es entonces cuando el Santo interviene, ya que su función y figura están por encima de cualquier conflicto interno.

El Santo no tiene ningún derecho a juzgar a delincuentes y debe mantenerse neutral en todos los conflictos, aunque sí puede contribuir a resolverlos mediando entre las partes y sin comprometerse con ninguna. Y a diferencia de las autoridades ancianas, le está permitido tocar el dinero y cometer crímenes personalmente.

Uno no puede convertirse en Santo por voluntad propia: es un cargo que, como todos los de la comunidad criminal, se concede a quien lo merece por sus capacidades y dotes personales.

El cargo de Santo es el más raro, porque son quienes administran el mayor circuito de dinero, los que lo atesoran de todas las comunidades y lo mandan a las prisiones en metálico o en forma de ayuda material. Por eso son muy protegidos.

En Bender sólo había habido tres Santos. El primero, un siberiano del barrio, el abuelo Demián, alias Colbac, había muerto de viejo a finales de los años ochenta. El segundo, el tío Kostia, alias Bosque, también del barrio, había perdido la vida durante un gran

tiroteo entre criminales y policías en San Petersburgo a comienzos de los años noventa. El tercero era precisamente el tío Fedia, el último Santo de mi ciudad.

Era un hombre muy alegre y optimista, más parecía un monje que un delincuente. De joven había matado a tres policías y lo habían condenado a muerte, aunque luego le conmutaron la pena por cadena perpetua. Al cabo de treinta años de cárcel en régimen especial lo habían soltado, juzgándolo «apto para la reinserción social». Tenía entonces más de cincuenta años. Pronto fue hecho Santo. Controlaba varios tráficos ilícitos y era el jefe de un grupo de criminales leales a su persona, siberianos casi todos, con quienes compartía casa; ninguno de ellos tenía familia, se hallaban todos al servicio del mundo criminal, ayudaban a los colegas encarcelados o que acababan de salir de prisión y mantenían a las familias de los delincuentes muertos y los ancianos. Para ganar dinero regentaban una serie de locales.

Si ocurría algo en la ciudad, seguro que los hombres del tío Fedia lo sabían. Estaban también en contacto con los reclusos de las prisiones más lejanas, incluso las de Siberia, y podían obtener la información más exacta en poquísimo tiempo.

Dada su posición en nuestra sociedad, consideraba muy importante ponerlos al corriente de lo sucedido. Aunque no condujera a nada decisivo para nuestra empresa, no dejaba de ser una muestra de respeto, y siempre podían ofrecernos ayuda secundaria, a nivel logístico o informativo.

Fuimos, pues, a ver al Santo. Vivía en un bloque de pisos con patio y un bonito jardín lleno de mesas y bancos. Según la antigua tradición, la puerta de su hogar, desgoznada, yacía por tierra en señal de que aquella morada estaba abierta a todos; de hecho, siempre había visitantes, que acudían de todas partes de la Unión Soviética a ver al Santo y sus amigos.

También yo había ido muchas veces de visita a aquella casa, porque mi padre era muy amigo del tío Fedia, habían hecho negocios juntos y a ambos apasionaban las palomas. Mi padre se las regalaba porque él no podía comprar: las tenía en su casa pero decía que pertenecían a mi padre, y cuando se me escapaba un elogio de «sus» palomas, siempre me corregía observando que las palomas no eran suyas, y que sólo las tenía porque en mi casa no

cabían.

Como de costumbre, el tío Fedia se hallaba en la azotea, donde en un palomar estaban «las palomas de mi padre». Al verme me hizo señas de que subiera; yo le señalé a mis compañeros y él repitió el gesto, invitándonos así a todos. Entramos en la casa, subimos tres pisos de escaleras saludando a cuantas personas fuimos encontrándonos y finalmente llegamos ante la puerta que daba a la azotea. Depusimos las armas sobre un estante donde había un cubo con comida para las palomas. Las reglas prohíben presentarse armado ante el Santo. Ni siquiera armado de una navaja, e importa recalcarlo porque, como quedó dicho, la navaja es, igual que la cruz, un objeto de culto que siempre hay que llevar encima. Desarmarse hasta de la navaja al comparecer ante un Santo es un acto de acatamiento a su poder, superior al de la fuerza y el dinero.

Nos desarmamos, digo, de navajas y pistolas, y al hacerlo Mel me vio dejar en el estante el Nagant del abuelo Kuzia. Se quedó contrariadísimo. Como yo siempre le contaba si llevaba un arma nueva y cuál, casi lo ofendió advertir que de aquélla nada le había dicho, ni siquiera se la había enseñado. Me preguntó de dónde la había sacado.

—Te lo cuento luego —repuse—, es una larga historia.

Me miró con su único ojo lleno de despecho.

Por fin abrimos la puerta y subimos la angosta escalera que conducía a la azotea. Allí estaba el tío Fedia, rodeado de palomas que picoteaban granos de trigo. En la mano tenía una pareja de raza Baku, como enseguida reconocí, raza que vuela y sobre todo «pega» bien, que es como denominamos la manera particularmente ágil que tienen los machos de algunas razas de llamar la atención de las hembras.

Lo saludamos y mis amigos se presentaron. Como manda la tradición, antes debía hablar un poco de temas ajenos al objeto de nuestra visita: no es únicamente una formalidad, sirve también para sondear el estado de ánimo del interlocutor y comprobar si es buen momento para abordar la cuestión importante. Le pregunté, pues, por su salud y charlamos sobre las palomas… Al final quiso saber qué me traía por allí.

—Vengo por unas «palabritas» —le contesté.

Cuando uno habla de sus problemas, sobre todo con personas

importantes del mundo criminal a quienes quiere pedir ayuda, suele emplearse un tono ligero e irónico. Por lo mismo, tampoco las autoridades hablan de su vida o su persona como de asuntos de la máxima importancia, sino con suma modestia y aun frivolidad. Si, por ejemplo, preguntamos a un criminal cómo le van las cosas, nos contestará con ironía que está investigándoselas la fiscalía y que no se dedica más que a menudencias sin importancia.

Por eso, procurando exponer el caso con cierta indiferencia, dije que había ido por «unas palabritas», como si fuera cosa de poca monta.

El tío Fedia me sonrió, me dijo que estaba al corriente de todo y me pidió que le contara cómo iba la búsqueda. Por encima, sin entrar en detalles, le expuse la situación; él escuchaba tranquilo, paciente, pero a ratos dejaba escapar un hondo suspiro.

Cuando terminé se quedó quieto un rato, pensando, y al cabo dijo que sería mejor que bajáramos a tomar un chifir sentados, pues «difícilmente se halla la verdad estando en pie».

Así lo hicimos. Sentados a la mesa había dos viejos criminales a los que él nos presentó: eran huéspedes que venían de un pueblecito siberiano a orillas del río Amur.

Dio comienzo la ceremonia del chifir.

El tío Fedia se dispuso a prepararlo él mismo. Tenía los dientes ennegrecidos, señal inequívoca que identifica a los consumidores empedernidos de chifir. Primero calentó agua en la estufa de leña, retiró luego el chifirbak, lo puso en la mesa y vertió en él un paquete entero de té de Irkutsk.

Mientras esperábamos a que estuviera a punto, contó nuestra historia a sus amigos, que escucharon con tristeza. Uno de ellos, un hombre alto y gordo con la cara tatuada, se persignaba cada vez que oía el nombre de Xiusa.

El tío Fedia vertió chifir en un vaso, bebió tres grandes tragos y me lo pasó. Estaba fuerte y quemaba, y «subía», es decir, surtía efecto inmediatamente, causando un leve mareo. Dio para tres rondas. Mel bebió el último trago y lavó el vaso, como manda la tradición.

Nuestro anfitrión puso entonces sobre la mesa un plato con caramelos, ideales para rebajar el regusto a té cargado. Mis preferidos eran los de kliushva, una baya muy ácida que crece en

pequeños arbustos en zonas pantanosas del norte de Rusia. Con los caramelos reanudamos la conversación.

El tío Fedia dijo que quien regentaba sus locales estaba informado de todo, y que si había alguna novedad en la Jaula, que era la discoteca más grande y espectacular de la ciudad, a la que acudía muchísima gente, nos la comunicaría al instante.

Luego puso sobre la mesa su contribución personal a la causa. Uno de sus visitantes lo imitó en el acto, depositando un fajo de billetes por valor de unos diez mil dólares, y el gigante siberiano de la cara tatuada, que se llamaba Cojo, añadió sin decir nada otros cinco mil.

Nos dio un par de consejos: por ejemplo, que volviéramos al barrio de Bam.

—Con esa gente es difícil hablar honestamente; es mejor la política del terror —dijo guiñándome el ojo—. Vamos, que si se te escapa algún tiro y por casualidad dejas a uno seco, no pasa nada, de todas maneras se matarían entre sí tarde o temprano. Si les metes miedo se moverán en serio, y a lo mejor entre la basura que allí vive encuentran a vuestro hombre.

Nos aconsejó también que apretáramos las tuercas a los del Centro, que tenían parte de culpa por haber permitido que violaran a la muchacha en su territorio. En su opinión (y las personas como él rara vez se equivocaban), todos los responsables del Centro podían ponerse a «escribir cartas a casa», esto es, prepararse para un violento encuentro con lo desconocido.

El tío Fedia no aprobó la generosa decisión de Gagarin de dar medio día a los chicos del Centro para hacer averiguaciones sin que lo supiera el guardián.

—¡Por amor de Jesucristo! —comentó—. ¿Qué nos importa si el guardián los castiga? Haría bien, porque son unos incompetentes. Estos del Centro no piensan más que en mujeres y jugar a las cartas, se visten como chulos, llevan encima más oro que los gitanos, y luego, cuando sucede algo en su zona, se cagan delante de toda la ciudad… No, vosotros os vais ahora derechos al guardián y le decís que si no os entrega esta misma noche a los cabrones que abusaron de esa pobre chica mientras él y los suyos dormían, informaréis a todas las autoridades… Veréis como os los sirven en bandeja de plata, veréis…

Oyéndolo, me imaginaba la escena. Si ya el guardián del Centro no quería ni recibirnos, ¡cuánto menos permitiría que lo amenazáramos! Pero, como decía mi difunto tío, «quien no se arriesga, no bebe champán».

Le dimos las gracias por la acogida, los preciosísimos consejos y el dinero con que contribuía a la recompensa, y fuimos a reunirnos con los otros para planear la cita con los del Centro.

Habíamos quedado en el bar del viejo Ciruela, un criminal que hacía mucho que no participaba en ninguna actividad y solamente regentaba su bar, es decir, estaba siempre sentado a una mesa, comiendo o bebiendo algo, mientras dos jóvenes chicas, sus sobrinas, trabajaban.

Ciruela era famoso en la ciudad por su existencia difícil y llena de penalidades. No procedía de una familia criminal: sus progenitores habían sido personas instruidas, intelectuales; su padre fue un químico dedicado a la investigación y su madre enseñó literatura en la Universidad de Moscú. A finales de los años treinta, bajo el régimen de terror estaliniano, los padres fueron arrestados y proclamados enemigos del pueblo. Al padre lo acusaron de tener contactos con espías americanos e ingleses; a la madre, de hacer propaganda antisoviética. Toda la familia, incluidos los dos hijos —Ciruela, que entonces tenía doce años, y su hermana Lesia, que contaba poco más de tres—, fue deportada al campo de concentración de Vorkutá, donde los camaradas comunistas, aquellos patriotas artífices de la paz mundial, sometían a los presos políticos a las más inhumanas torturas. El padre de Ciruela, un hombre físicamente débil, murió ya en el tren debido a los golpes recibidos y a una fuerte pulmonía. Madre e hijos vivieron allí mucho tiempo juntos —si no los separaron fue sólo porque aún no habían construido un barracón para niños—, y vieron morir a mucha gente por frío, enfermedades, parásitos, malos tratos y desnutrición.

Ciruela contaba que un día los llevaron a él, a su hermana y su madre a un recinto donde operaba la llamada «sección especial de investigaciones internas», un hatajo de carniceros que torturaban a los presos no para obtener información, sino a efectos «reeducativos». A la madre la obligaron a desnudarse y a desnudar a sus hijos, tras lo cual empezaron a pegarle y torturarla delante de

los niños. Luego aquellos animales cogieron a Ciruela y le propusieron el siguiente juego: si su madre no le rompía el dedo meñique a su hermanita, ellos se los romperían a él todos, uno tras otro. Durante una tortura lenta y terrible, le fracturaron seis dedos delante de su madre. Contaba que estaba aterrado y gritaba que no podía soportarlo, y que su madre, en un ataque de locura y desesperación, cogió a la pequeña Lesia que tenía en brazos y le estampó la cabeza contra la pared. Después intentó matarlo a él también, pero los guardias la detuvieron y le propinaron una brutal paliza. No salió viva.

A Ciruela, con los dedos rotos y medio muerto, lo arrojaron fuera, a la nieve, para que pereciera de frío. El crío sólo deseaba morir lo antes posible, y a fin de congelarse empezó a comer nieve. En aquel momento trabajaba cerca de allí, cortando leña para construir los barracones con que se quería ampliar el campo, un grupo de presos comunes que, al ver a aquel niño tendido en la nieve, lo recogieron y tomaron bajo su protección. Los guardias hicieron la vista gorda porque a los presos comunes —al menos al principio, antes de que el sistema penitenciario soviético se convirtiera en una máquina perfecta, en una especie de cadena industrial— se los trataba mejor que a los políticos: la administración los temía pues estaban unidos y muy bien organizados y podían provocar graves amotinamientos.

Desde aquel día los presos comunes cuidaron de él y lo criaron en sus barracones. Le curaron los dedos rotos con torniquetes de madera y vendajes. Le pusieron de nombre Ciruela porque siempre estaba helado y tenía la cara azulada.

A los quince años Ciruela fue nombrado «ejecutor» de la banda que lo encontró y acogió. En el campo de concentración estalló una guerra entre criminales: por un lado, los partidarios de las viejas autoridades —entre ellos, los amigos de Ciruela— y, por otro, quienes se autoproclamaban autoridades y proponían nuevas reglas. Estos últimos eran mayoría, procedían de las clases sociales más bajas y pertenecían a la generación de los huérfanos de guerra; constituían una realidad criminal nunca vista, ni allí ni en toda Rusia, en la que la ignorancia, la crueldad y la falta de leyes morales estaban a la orden del día. Por la noche, Ciruela y sus amigos entraban en los barracones de los ziyani —criminales

jóvenes y soberbios— y los pasaban a cuchillo mientras dormían; antes de que los otros se percataran de lo que ocurría, ya habían eliminado a medio barracón.

Ciruela asesinó a muchas personas; aunque parezca fuerte decirlo, creo que se salvó por eso. Quizá de ese modo, desahogando su rabia, superó su gravísimo trauma infantil y pudo mantenerse cuerdo.

Pasó por muchas cárceles y vivió también muchos años libre, siempre como ejecutor criminal. Se casó con una buena mujer, tuvo tres hijos y dos hijas. En la mano derecha, cuyos dedos le habían roto, llevaba tatuada una calavera con gorra de policía. En la frente, unas palabras, «Az vozdam», que en ruso antiguo significa «Me vengaré».

No sé si se vengó, pero sí que mató policías a montones. Tenía una colección interminable de los escudos de éstos y de los de agentes de otras fuerzas del orden que se había cargado a lo largo de su vida, todos guardados en una gran cómoda, en el rincón rojo de su casa, bajo los iconos, donde estaba también la foto de familia con una vela siempre encendida.

Vi esa colección con mis propios ojos; era impresionante. Escudos de todas las épocas, desde los años cincuenta hasta mitad de los ochenta, algunos manchados de sangre, otros perforados por balazos. Y de todos los cuerpos: de policías de distrito de varias ciudades de Rusia, de grupos especiales de lucha contra el crimen, de agentes del KGB, de policías penitenciarios, de la judicial…

Ciruela decía que sumaban más de doce mil, y eso que no había podido apoderarse de todos. Y recordaba con total claridad cómo y cuándo había matado a sus dueños.

—Míralos bien, hijo, mira la cara de esos asesinos… Las lágrimas humanas nunca caen al suelo, el Señor las recoge antes —decía, enseñándomelos.

Contaba que tenía dicho a sus hijas que cuando muriese enviaran todos aquellos escudos al Ministerio del Interior en Moscú acompañados de una carta que llevaba escribiendo y reescribiendo toda su vida.

Me la mostró: ocupaba un cuaderno entero y en ella contaba un poco su vida, las razones de su rabia, su visión del mundo. Al final revelaba los lugares donde había escondido los cuerpos de varios

policías, añadiendo que lo hacía por generosidad, para que dieran digna sepultura a los muertos, y sus deudos, pese a los muchos años transcurridos, supieran dónde ir a llorarlos, algo que a él se le había negado con su padre, su madre y su hermana.

Había dedicado una parte del cuaderno a sus poesías, que eran sencillas, cándidas, un tanto pueriles si uno ignoraba la historia que había detrás. Recuerdo una dedicada a su hermanita, a Lesia, quizá la más larga de todas. La llamaba «inocente ángel de nuestro dulce Señor», decía que sonreía «como sonríe el cielo después de la lluvia», que sus cabellos «brillaban como el sol» y que tenían el color de «los trigales en sazón». En versos libres, sencillos y llenos de amor, contaba cuánto la quería, y le pedía perdón por no haber soportado que los policías le rompieran los dedos, porque era «sólo un niño que temía el dolor como todos los niños». Y le decía también que el acto de la madre de golpearle la cabeza contra la pared no había sido sino «el gesto generoso de una madre amorosa pero desesperada; sé que tú lo entiendes y que ahora estáis juntas en el paraíso con Nuestro Señor».

Por este poemita se comprendía lo sencilla y en muchos aspectos primitiva que era el alma de Ciruela, y a su modo su gran generosidad y bondad.

Ahora que era viejo y su mujer había muerto, le pesaba mucho la soledad. En el bar buscaba siempre compañía, contaba su vida, mostraba el retrato de tamaño natural de su familia que allí tenía.

Me gustaba conversar con él, estaba siempre dispuesto a compartir su sabiduría y a enseñarme algo.

Con él aprendí a disparar con pistola. Es verdad que ya me habían iniciado mi padre, mi tío y mi abuelo, pero entonces yo estaba demasiado delgado y tenía la mano pequeña y delicada, apretaba mucho el arma y no la manejaba bien. Ciruela me llevó al río, donde se podía disparar tranquilamente al agua sin riesgo de alcanzar a nadie.

—Muchacho, relaja esa mano —me aconsejó.

Usábamos una Tókarev 7,62, pistola grande y potente, pero bien equilibrada y con poco retroceso. También me enseñó a disparar al estilo macedonio, ideal para hacerlo con dos pistolas y en movimiento.

En fin, que lo visitaba a menudo con mucho gusto. Porque

además su nieta era una buena amiga mía y hacía la tarta de manzana más sabrosa de toda la ciudad.

Llegamos al bar de Ciruela; nuestros amigos no habían acudido todavía. Ciruela estaba sentado a su mesa como siempre, tomando té y tarta de manzana y leyendo un libro de poesía. En cuanto me vio dejó el libro y vino a mi encuentro con los brazos abiertos:

—Hijo mío, ¿cómo estás? ¿Lo habéis encontrado?

Ya lo sabía todo, y pensé que era mejor: así al menos me ahorraba contar de nuevo aquella historia que tanto me dolía al expresarla en palabras.

Le dije que seguíamos buscando al culpable y él enseguida me ofreció su ayuda, dinero y armas.

Le contesté que dinero teníamos ya de sobra, y armas quizá también, pero como, según dicen en Siberia, «para no ofender al viejo tigre sordo, hay que caminar haciendo un poco de ruido», añadí:

—Pero si haces correr la voz entre tus clientes y tienes los oídos alertas, te lo agradeceremos. Y también un trozo de tarta de tu nieta con un poco de té nos reconfortaría mucho.

Poco después estábamos todos sentados a una mesa comiendo tarta y bebiendo un té con limón, que era lo que necesitábamos después del chifir del tío Fedia. Y de la tarta, para qué hablar, para chuparse los dedos.

Comentamos los consejos de Fedia y convinimos en lo sensato de ellos: si hubiéramos recurrido a él antes habríamos ahorrado un montón de tiempo.

En eso llegaron los otros. Parecían cansados, incluso agotados; Tumba daba la impresión de estar más muerto que de costumbre, y al fijarme advertí que llevaba un cardenal bajo el ojo izquierdo. La verdad, se los veía a todos bastante nerviosos.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

Gagarin refirió que se habían encontrado con los gilipollas de los que nos había hablado Mino. Eran siete y llevaban un todoterreno con matrícula ucraniana.

—Les pedimos que hablaran, y ellos, por toda respuesta, empezaron a dispararnos. Uno le pegó a Tumba en la cara con uno de esos palitroques japoneses.

—¿Palitroques japoneses? —preguntó Besa.

—Sí, esa arma de combate que sale en las películas de artes marciales, unos palos que se hacen girar rápidamente entre las manos… El caso es que quisimos detenerlos disparando al coche pero nada, no hubo manera…

—Pero yo juraría que a uno le di en la cabeza… —añadió Guiguit.

—Cuando llegó Rueda con el coche ya era tarde, el todoterreno había desaparecido —repuso Gagarin—. Me fui a una cabina y telefoneé al barrio para que los viejos monten puestos de control y los detengan antes de que salgan de la ciudad.

Viendo el triste careto de Tumba agredido con un chisme de película de acción nipoamericana y escuchando aquel relato de tiroteos y persecuciones, por un momento pensé si no estaríamos volviéndonos majaras. Tuve un fuerte impulso de moverme, de hacer algo. Pero, como decía mi difunto tío, «la gata no pare cuando quiere, sino cuando le llega el momento».

Conté a Gagarin lo que nos había dicho el tío Fedia.

—Ya sospeché cuando hablamos con esos dos —comentó—. Me pareció que escondían algo. Querían librarse de nosotros, necesitaban tiempo para hacer alguna cosa… Pero ¿qué?

Decidimos de todas maneras acudir a la cita del puente viejo.

—Pero, Gagarin quizá sea mejor que no acudamos todos —observé—. Vayamos sólo tres, y a pie, para que cada cual pueda escapar por su lado si el asunto se pone feo…

—Sí, pero uno de esos tres quiero ser yo —repuso él.

—No, tú ni hablar —replicó Mel—; eres el jefe de la misión, los viejos te la encargaron a ti. Si te pasara algo sería aún peor.

Deliberamos un momento y resolvimos ir Mel, Besa y yo; los demás nos esperarían en las inmediaciones, prontos a actuar si llegara el caso.

En el coche trazamos un plan: yo iría en medio para controlar el frente y la izquierda, Mel a mi derecha vigilando ese lado (porque era el del ojo sano), y Besa, algo rezagado, fingiendo a ratos que se ataba los zapatos y mirando atrás al agacharse.

Nos apeamos en una callecita próxima al puente y los demás se quedaron esperando en el coche. Nos dispusimos según lo acordado y bajamos al río despacio, como si estuviéramos de paseo.

Llegábamos diez minutos tarde, adrede para impacientar a los

que nos esperaban.

Pero cuando estuvimos abajo vimos que en el puente no había nadie. Dimos media vuelta y volvimos al coche.

Ahora sí que nos íbamos derechos a hablar con el guardián del Centro en los términos que nos había aconsejado el tío Fedia. Estaba claro que sus dos ayudantes habían cometido algún desmán y por eso nos habían plantado.

Fuimos volando al Centro, como una escuadrilla de cazas, todos cabreadísimos y con caras torvas. Ya nos imaginábamos la que se iba a armar en la ciudad cuando cumpliéramos nuestra misión.

Mel y yo hablábamos incluso de lo que le esperaba al guardián, como si su suerte estuviera en nuestras manos.

—Lo matan seguro —decía mi amigo—. Después de esta muestra de debilidad no se salva. Peor que unos ayudantes se rían de uno es que lo traicionen.

—Creo que sólo lo rebajarán —opinaba yo—. Tendrá que trasladarse a Bam, donde malvivirá hasta el día en que algún pobre diablo lo mate para robarle la cadena de oro.

No es frecuente que dos menores deliberen sobre el futuro de un delincuente experto y con autoridad.

En el mundo criminal es mejor procurar no verse en determinadas situaciones: aunque nos parezca que todos se equivocan y estemos seguros de llevar razón, conviene «hacerse treinta veces la señal de la cruz», como decía mi abuelo, antes de pasar a la acción.

Estar en la cresta de la ola más alta del mar es muy bonito, pero ¿cuánto puede durar una ola así? ¿Y qué sucede cuando la bestia que uno está montando nos derriba como a un minúsculo parásito?

Siempre pienso estas cosas cuando veo la ocasión de subirme a una ola grande y violenta.

Hay criminales que, en el instante en que sienten que el suelo se desmorona bajo sus pies, olvidan todas las reglas y leyes buenas y justas, empiezan a soltar balas y ya nadie sabe lo que puede pasar.

Me decía que estábamos metiéndonos en un territorio controlado por un hombre para quien ni siquiera existíamos, ya que, según sus reglas, los menores nada pintan; ahora bien: ¿qué pasaría si esos mismos menores ponían en entredicho su poder? Pues que no nos dejaría volver a casa sanos y salvos. Lo mismo nos

declaraba la guerra y entonces nosotros pasaríamos de cazadores a cazados. Por muy duros y malos que pareciéramos, y aunque lo fuéramos realmente, ¿qué podíamos nosotros, diez chavales, contra todo un barrio cuyo guardián, enloquecido, nos la tenía jurada? Nada; nos matarían como a pavos de Navidad.

Llegamos al Centro y nos dirigimos al local al que habíamos ido la primera vez. A la puerta había muchos coches aparcados. Allí estaban todos, esperándonos quizá, tal vez deliberando lo que hacer. Por el ambiente, por el viento que soplaba, supe que estábamos en lo alto de la ola.

Nos apeamos y miré a Gagarin. Me preocupaba su estado de ánimo, pues debía hablar por todos nosotros y de él, de lo que dijera y cómo lo dijera, dependía nuestra suerte.

Estaba tranquilo y por su mirada astuta comprendí que tenía un plan.

Sin hablar entre nosotros para no parecer irresolutos, entramos en el local. Todos los del Centro se volvieron a mirarnos.

Estaban comiendo y bebiendo congregados a una mesa en cuyo centro se encontraba el guardián, Pavel, que con expresión irritada daba fieros mordiscos a una pata de cerdo frita y salpicaba grasa por todas partes. A su lado estaba el provocador que nos había increpado la otra vez, y que, en cuanto nos vio, se levantó y empezó a gritar como loco: «¿Qué coño queréis? ¿Qué coño queréis?», alternando la pregunta con insultos.

Nosotros permanecimos quietos. El payaso nos vino al encuentro, volviéndose para ver qué cara ponía su jefe y si aprobaba o no su comportamiento. Sin embargo, Pavel seguía comiendo con aire indiferente y sin reparar al parecer en nuestra presencia.

El boceras se plantó ante Gagarin y empezó a gritarle no sé qué a la cara, cuando de pronto mi amigo lo agarró con la izquierda por el cuello (un cuello largo y delgado, de pavo), mientras, lentamente, se metía la derecha en el bolsillo y sacaba la Tókarev.

Apretándole con una mano el cuello al tipo, que daba puñetazos sin alcanzarlo y parecía un insecto pinchado en una aguja, y empuñando la pistola con la otra, Gagarin miraba fijamente a Pavel. Al cabo alzó la diestra y la dejó suspendida en lo alto: el payaso empezó entonces a berrear como un animal herido y a ladear la

cabeza lo más posible para apartarla de la previsible trayectoria de la mano amenazadora. Fue en vano. Porque de repente esa mano se abatió sobre su cara y comenzó a golpeársela con la pistola con una fuerza y velocidad formidable.

Al instante la cara se convirtió en una gran llaga sangrante. El hombre perdió el conocimiento y las piernas le flaquearon, pero no cayó, porque Gagarin seguía sosteniéndolo por el cuello y pegándole en el mismo sitio, hasta que, tan bruscamente como había empezado, cesó de golpearlo y lo soltó. El otro cayó como un saco de patatas, y Gagarin entonces la emprendió a patadas. Toda una debacle.

Cuando mi amigo finalmente acabó con él y se aproximó a la mesa donde estaba sentado Pavel (el cual tenía una expresión fúnebre y se atragantaba con un trozo de carne de cerdo), me di cuenta de que todos habíamos sacado las armas, yo incluido.

Gagarin acercó con el pie una silla a la mesa, se sentó y aprovechando el estupor y confusión que en los del Centro había causado la paliza recién propinada al payaso, empezó a insultar a Pavel. Empleaba palabras muy ofensivas, le hablaba como a una persona cuya suerte está echada.

Era arriesgarse mucho, pero si funcionaba, si conseguíamos sembrar el terror entre sus hombres, venceríamos. Ningún criminal que se precie sostendrá nunca a un guardián condenado por sus errores. Era un modo de alejarlo de su gente.

La decisión de Gagarin era de lo más temeraria, y suerte que no nos la participó, porque seguramente nos habríamos opuesto en bloque. Sin embargo, el baile ya había empezado y había que bailar, y bien, si no queríamos que nos echaran de la pista.

El mensaje que mi amigo transmitía a Pavel era sencillo a la par que ofensivo: le reprochaba su incompetencia y lo humillaba ante sus hombres.

Y estaba surtiendo efecto, pues Pavel se había demudado; se lo veía muy pálido y hasta había variado de postura: si antes estaba sentado con la espalda recta y el pecho sacado, ahora tenía los hombros encorvados, el pecho hundido y toda su persona parecía una mierda seca. Sólo los ojos seguían mirando con la misma rabia y el mismo desprecio que antes.

Gagarin le reprochó que nos tratara mal desde el principio sólo

porque éramos menores, sin tener en cuenta que ante todo veníamos en representación de nuestro barrio y de la comunidad siberiana en su conjunto, que nos había encomendado aquella misión porque quería solucionar un problema que todas las comunidades dignas de ese nombre consideraban gravísimo.

Añadió que había dado parte a nuestros mayores de lo ocurrido aquella mañana, esto es, de que se había negado a hablar con nosotros y nos había enviado a dos ayudantes de muy poco fiar, pues después de quedar con nosotros no se habían presentado a la cita, poniendo en cuestión su misma autoridad. Porque una de dos: o él era un guardián sin control alguno sobre su barrio, o, aún peor, trataba de ocultarnos algo importante.

—A nosotros sólo nos interesa llevar a buen término nuestra misión —explicó Gagarin a todos los presentes—. No nos corresponde ocuparnos de lo demás. Las autoridades ya están informadas y tomarán las decisiones que correspondan: eso es lo que cuenta.

Pavel, que observaba hablar a Gagarin con cara de asco, tuvo de pronto un arranque de ira. Le arrojó en plena cara un pañuelo sucio, se levantó y protagonizó el mismo número de la otra vez: se rasgó la camisa, dejando a la vista el pecho cubierto de añosos tatuajes y de cadenas de oro que colgaban hasta el ombligo, y soltó una ristra de palabrotas e insultos en jerga criminal que, en sustancia, venía a significar lo siguiente:

—¿Desde cuándo les está permitido a unos críos discutir con criminales adultos? —Y que remató repitiendo una y otra vez—: ¿Quieres disparar a una autoridad? ¡Pues dispárame!

Gagarin permanecía inmóvil y yo no acababa de comprender lo que tenía pensado.

Me percaté de que los hombres de Pavel se preparaban para algo: uno se había destacado del grupo y se alejaba hacia la cocina. Pavel se nos acercó y, desplazándose de uno a otro, siguió voceándonos a la cara si aún teníamos ganas de matarlo.

Mis compañeros estaban quietos y callados; era evidente que no querían dar un paso en falso y esperaban una orden o señal de Gagarin, que seguía sentado a la mesa, inmóvil, dándonos la espalda.

Cuando Pavel se plantó ante mí y sentí el aliento a vino y

cebolla que despedía aquella boca asquerosa junto con las palabras de marras, rápidamente me saqué de la chaqueta el Nagant del abuelo Kuzia, apunté a aquella cara que se desencajó por la sorpresa y empujé tan fuerte que la punta del cañón se hundió en la mejilla.

—Ésta me la cargó el abuelo Kuzia, ¿comprendes? Y me dijo que puedo matar a quienquiera que me impida dar con el que violó a nuestra hermana, y si se tercia, incluso a una autoridad —mascullé.

Pavel me fulminó con una mirada de rabia, pero también de tristeza.

Gagarin se levantó de la mesa y comunicó a los presentes que nos íbamos del barrio y nos llevábamos a Pavel, para asegurarnos de que no nos disparasen por la espalda.

Entonces un hombre con la cara desfigurada por una larga cicatriz, que iba de la frente al cuello cruzándole el ojo derecho y la nariz, se levantó y con toda tranquilidad señaló:

—Nadie os hará nada, lo teníamos acordado antes de que llegarais. Pensábamos denunciar a Pavel ante las autoridades.

Y añadió que éste, con el apoyo de ciertos secuaces a quienes ya habían puesto a buen recaudo, tenía planeado cometer una serie de asesinatos y atentados a fin de desencadenar una guerra entre comunidades y acabar haciéndose con el control del tráfico de alcohol, hasta entonces en manos de un grupo de viejos criminales de varios barrios.

Mientras el del chirlo hablaba, Pavel había palidecido, y yo, que lo tenía encañonado, sentía a través de la pistola cómo temblaba. Era su fin: acababa de saberlo.

El de la cicatriz se presentó como Panza. Yo nunca había oído hablar de él. Por su modo de expresarse y su postura de pie, algo encorvado y con la cabeza gacha, supuse que había salido de la cárcel hacía poco, dato que él mismo confirmó poco después, cuando dijo que llevaba libre menos de un mes y que, estando dentro, había tenido ocasión de oír muchas quejas de Pavel y su modo de apoyar a los presos. Al parecer sólo mandaba ayudas a los que él quería, nunca visitaba a nadie y había provocado guerras internas con resultados devastadores. Por ese motivo algunos criminales ancianos le habían encargado a él, Panza, que se infiltrara en la banda de Pavel, lo vigilara y diera parte de sus

acciones.

Panza era, ni más ni menos, un voidot, un ejecutor e investigador criminal que sólo respondía ante las viejas autoridades, y cuyo cometido era descubrir las iniquidades de las jóvenes autoridades y los guardianes de barrio.

Era la primera vez en mi vida que veía a uno de ellos, pues por lo general ocultan su identidad, aunque nada nos indicara, claro, que Panza fuera su verdadero nombre.

Aquel hombre siguió contando que Pavel había pagado a un grupo de jóvenes ucranianos para que armaran camorra. En el último mes habían matado a dos personas, pero nadie sospechó de ellos porque lo hicieron de modo que pareciera obra de gentes de otro barrio, una declaración de guerra, en fin. Los mismos métodos que años antes había usado la policía.

No daba crédito a mis oídos, me parecía estar soñando.

—Y entonces ¿por qué violaron a Xiusa? —pregunté.

—Por diversión. Porque se les fue la cabeza. Sin más razón —contestó el voidot—. Ante la reacción de vuestra comunidad, Pavel trató de esconderlos, pero ellos han salido igualmente a provocar.

Todo el mundo los había visto, pues habían dejado rastro por donde pasaron. Después del tiroteo con Gagarin y los otros, trataron de huir de la ciudad cruzando primero el barrio del Balka, donde asaltaron el quiosco de Stepan —le robaron tabaco y cervezas— y pegaron a Nixon, que al menos pudo herir a uno con su barra de hierro (para que aprendan los que agreden a minusválidos), y luego el del Cáucaso, a cuya entrada, sin embargo, los esperaba un grupo de armenios. Con el todoterreno quisieron atravesar un huerto, atropellaron a un armenio y acabaron hundidos en un riachuelo que discurría entre el Cáucaso y el Balka.

Todo esto había ocurrido en el lapso de dos horas, y en aquellos momentos los sinvergüenzas eran rehenes de los armenios, que según Panza nos esperaban.

El voidot dijo que debía acompañarnos, porque necesitaba que, en presencia de tres testigos, le confirmaran que Pavel les había pagado: sólo así podía llevarlo ante las autoridades ancianas, que lo juzgarían.

—No lo soltéis hasta estar seguros de que lo que os he dicho es verdad —sentenció.

Uno de nosotros, pues, debía ceder su puesto a Pavel y subir en el coche con Panza. Anticipándome a los demás, me ofrecí.

Nos montamos en un automóvil que conducía un muchacho del Centro.

—¿De verdad quieres matarlos? —me preguntó Panza cuando arrancamos.

—No soy un asesino, no me gusta matar. Pero deseo que se haga justicia —respondí tras reflexionar un instante.

Panza asintió con la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla. Siguió así, inmóvil y en silencio, hasta que llegamos al Cáucaso. Me pareció que mi respuesta lo había impresionado, pero no supe si estaba de acuerdo o no.

Una vez en el Cáucaso, fuimos a casa de un viejo armenio llamado Frunzic, a quien conocía, pues era un buen amigo de mi abuelo. Había sido uno de los organizadores de la revuelta armada de los prisioneros del Gulag siberianos, en 1953. Aunque su existencia había sido muy triste, sin embargo no se le había agriado el carácter: incluso una breve conversación con él le alegraba a uno el ánimo.

Nos esperaba a la puerta de su casa en un coche con otros tres armenios jóvenes, uno de ellos incluso menor de edad. En cuanto nos vio llegar arrancó y nos precedió para mostrarnos el camino.

Nos condujo a un viejo almacén militar situado en las afueras del barrio, ya en el campo, entre los primeros árboles del bosque. Lo habían construido los alemanes en la Segunda Guerra Mundial y tenía una serie de subterráneos que los criminales usaban para asuntos sucios que exigían derramamiento de sangre.

Dentro había unos veinte armenios, entre críos y adultos, todos armados con Kaláshnikov, en torno a un todoterreno medio destrozado, con el parabrisas roto y sin la portezuela derecha. Sentados en el habitáculo había cinco tipos con caras fúnebres y, no sé por qué, completamente desnudos.

Sus ropas se amontonaban delante del coche, junto a dos cuerpos, uno con una herida sangrante en el cuello y el otro con un orificio en la cabeza del que ya no salía sangre.

Me apeé del coche después de Panza y me acerqué a aquellos muchachos armenios que cercaban a los cinco animales aún vivos del vehículo.

—Son todos nuestros, pero antes le toca a Panza —dijo Gagarin.

No tuve tiempo de preguntarme cómo los haría hablar el voidot cuando vi a Pavel caer al suelo por efecto de un fortísimo culatazo.

Lo miré allí tirado y me dio pena. Me recordó a un chaval gordo de mi barrio: se movía torpemente no tanto por su peso como por su carácter débil; convencido de ser casi un minusválido, en cuanto veía la ocasión se arrojaba al suelo, a veces sin motivo, para llamar la atención, llorar y lamentarse. Pero años después el dichoso gordinflón había descubierto que la naturaleza lo había dotado de una pieza de artillería larga y potente como un fusil de precisión Dragunov y había olvidado para siempre sus blandenguerías infantiles. Sobre todo ante las chicas, que cambiaba con la misma frecuencia con que se muda de calcetines un caballero que observa rígidas reglas de higiene.

Siempre que pensaba en aquel chaval me entraban ganas de reír, pero en ese momento el recuerdo suscitó en mí un extraño sentimiento de rabia. Estaba enfadado, sí. Acababa de darme cuenta de que, a un paso de cumplir nuestra misión, no sentía nada en particular, ninguna emoción especial, nada. Solamente rabia y cansancio, es decir, dos sensaciones primitivas, animales, pero nada, absolutamente nada humano y elevado.

Allí estaba Pavel, víctima de los golpes que le propinaban, acurrucado en el suelo en una posición que mi tío habría descrito así: «La cabeza le tocaba el culo». Lo miraba y pensaba que en la vida nada hay cierto ni definitivo, porque aquella especie de desecho humano, aquel pedazo de carne apaleada, poco antes había sido una persona llena de engreimiento y poder.

Cuando se cansaron de pegarle lo cargaron en el maletero de un coche, como dictan las reglas: ahora estaba contaminado y no podía compartir el mismo espacio con criminales honestos.

No creo que los cinco subnormales del todoterreno supieran lo que les esperaba; no sé qué estarían pensando, pero parecían como atontados, como bajo los efectos de una droga.

No me gustaba; había pensado mucho en aquel momento, me había imaginado el miedo en sus ojos, las palabras con que pedirían clemencia, «No queremos morir, tened piedad…», las que yo replicaría con palabras profundas para que comprendieran la magnitud del horror que habían cometido y pasaran sus últimos

momentos en el terror más completo, que sintieran algo espantoso que de alguna manera se asemejara a lo que había experimentado Xiusa. Sin embargo, sólo veía caras de indiferencia e inconsciencia, que nos miraban como apremiándonos a hacer lo que debíamos. O quizá sólo era una impresión mía, porque mis amigos parecían contentos y se acercaban al todoterreno sonriendo satisfechos, sacando las armas con aire amenazador y amartillándolas tan despacio que se oían las balas pasar de los cargadores a los cañones y chocar contra los topes.

Miré a Mel: caminaba detrás de Gagarin con una pistola en cada mano y en su horrible cara se pintaba una mueca de lo más maligna.

Empuñé el Nagant del abuelo Kuzia y lo amartillé con el pulgar. El tambor giró un poco y se detuvo con un ruido seco. Sentí en el dedo que el gatillo se tensaba: listo para disparar.

En la otra mano llevaba la Stechkin; para cargarla con una sola mano seguí la técnica que me había enseñado el abuelo Ciruela: bien empuñada, quité con el índice el seguro, apoyé la mira trasera contra el borde del cinturón y apreté hacia abajo, desplazando la parte fija y cargando la bala en el cañón.

Cuando concentré mi atención en el todoterreno para decidir a qué capullo disparar primero, Gagarin, sin previo aviso, abrió fuego con sus dos pistolas. Casi al mismo tiempo dispararon los otros, y no tardé en darme cuenta de que también yo lo hacía.

Tumba disparaba con los ojos cerrados y muy rápido. Fue el primero que descargó la recámara de sus Makárov y se quedó quieto en la misma postura, con las dos pistolas en alto, mirando cómo aquellos cinco recibían toda nuestra rabia en especie de plomo.

Gagarin, en cambio, disparaba relajado, tranquilo, dejando que las balas acertaran su trayectoria, sin afinar la puntería.

Mel, como siempre, disparaba fatal, quería imitar con la pistola una ráfaga de metralleta y enviaba plomo en todas direcciones; por eso nadie se le ponía nunca delante en los tiroteos, excepto Gagarin, por una instintiva confianza en Mel comparable a un sexto sentido.

Gato disparaba con tal concentración que no se daba cuenta de que tenía la lengua fuera; ponía los cinco sentidos en ello.

Guiguit disparaba bien, con puntería certera, sin prisa;

apuntaba, pegaba dos o tres tiros y apuntaba de nuevo.

Besa lo hacía como los pistoleros del Lejano Oeste, manteniendo las pistolas a la altura de las caderas y disparando con regularidad de reloj; casi nunca daba en el blanco, pero quedaba muy bien.

Yo apretaba el gatillo sin pensarlo mucho, como solía, al estilo macedonio, copiado de la técnica de los antiguos macedonios de usar dos espadas a la vez. No apuntaba: disparaba a bulto, y veía cómo los del coche se sacudían con los últimos espasmos, cómo morían.

De pronto uno de ellos abrió la portezuela y echó a correr desesperadamente, cruzó la nave y enfiló un túnel de chapa, angosto pasadizo por el que se filtraba la luz del día, especie de camino iluminado en la oscuridad. Parecía mentira que pudiera correr tan deprisa.

Mel le disparó unos tiros, pero no le acertó. Entonces Gagarin se acercó a un muchacho armenio, un menor con un Kaláshnikov, y le pidió «un segundo» el fusil. Cuando el muchacho, impresionado por lo que acababa de ver, se lo entregó, noté que la mano le temblaba.

Mi amigo se llevó el fusil al hombro y descargó una prolongada ráfaga en dirección al fugitivo, que ya había recorrido unos treinta metros y cayó de bruces. Luego echó a andar hacia él como si se paseara por un parque, y cuando llegó descerrajó otra ráfaga contra el cuerpo, que dio una última sacudida antes de quedar inmóvil.

Gagarin lo cogió de un pie, lo arrastró hasta el coche y lo dejó junto a los dos cuerpos que ya había allí antes de la matanza.

Dentro del habitáculo yacían los otros cuatro cadáveres, desfigurados por las balas. El vehículo había quedado acribillado, de una rueda salía aire porque un fragmento de la carrocería, desprendido por los balazos, había penetrado en el neumático. Había sangre por doquier: salpicaduras, charcos que se dilataban por el suelo en un radio de cinco metros, gotas que caían del coche y, mezcladas con gasolina, formaban regueros que corrían hacia nosotros, a nuestros pies.

Se hizo un silencio absoluto, todos inmóviles mirando lo que había quedado de aquellos seres humanos.

Dejamos el todoterreno y los cadáveres allí, donde habíamos hecho justicia.

Nos dirigimos a casa del viejo Frunzic. Panza debía irse, pero

antes se despidió de nosotros con calor y respeto, asegurando que habíamos hecho lo que debíamos.

Frunzic dijo que de los cadáveres se encargarían los parientes del hombre al que habían atropellado al dar el alto al coche, pues para ellos era una especie de satisfacción, y aseguró que «sobre esos perros no habrá ni una cruz».

No se mostraba alegre y hablador como siempre, sino serio, aunque en el buen sentido de la palabra, como dándonos a entender que estaba de acuerdo con nosotros. Nos regaló unas botellas de excelente coñac armenio.

Bebimos en silencio y empecé a sentir un inmenso cansancio.

Gagarin sacó la bolsa del dinero y anunció a Frunzic que la recompensa le correspondía. El anciano se levantó de la mesa, pasó a una estancia contigua y volvió con un fajo de billetes de cinco mil dólares.

—No puedo dar más porque soy un humilde viejo —dijo, metiéndolo con el resto del dinero en la bolsa—. Por favor, Gagarin, llévaselo a la tía Anfisa y pídele perdón por todos nosotros, pecadores y mala gente.

Apuramos la tercera botella en silencio y cuando salimos del Cáucaso ya era de noche; casi me dormía en el coche. Mil cosas me rondaban por la cabeza, recuerdos, sensaciones turbias, como si hubiera dejado algo a medias o lo hubiera hecho mal. Era un momento triste, no sentía ninguna satisfacción. No podía dejar de pensar en lo que le había ocurrido a Xiusa. Me era imposible sentir paz.

Algún tiempo después hablé de todo aquello con el abuelo Kuzia.

—Era justo castigarlos por lo que hicieron —le dije—, pero con el castigo no ayudamos a Xiusa. Lo que aún sigue torturándome es su dolor, contra el cual toda nuestra justicia fue inútil.

Tras escucharme atentamente, me sonrió y dijo que yo debía seguir los pasos de su hermano mayor, es decir, irme a vivir solo a los bosques, a la naturaleza, porque era demasiado humano para quedarme entre los hombres.

Le devolví el Nagant, pero no lo quiso y me lo regaló.

Casi un mes después supimos que habían matado a Pavel y otros tres participantes en la conjura contra la comunidad criminal: los

ataron a unos árboles del parque, frente a la comisaría de policía de Tiraspol, y les clavaron unos clavos en la cabeza.

Se decía que en aquella conspiración estaban implicados también policías, que querían debilitar la comunidad delincuente de la ciudad. Habían de conseguirlo cinco años después, cuando enfrentaron a muchos jóvenes criminales contra los viejos y desataron una guerra sumamente sangrienta que fue el principio del fin de nuestra comunidad, la cual de hecho no existe hoy de la forma que existía en tiempos de esta historia.

El abuelo Kuzia murió de viejo tres años después, y su muerte, unida a otros acontecimientos, provocó un auténtico terremoto en la comunidad siberiana. Muchos delincuentes de la vieja guardia, descontentos con el régimen militar y policial instaurado en el país, abandonaron Transnistria y volvieron a Siberia, o emigraron a lugares lejanos.

Mi padre se fue a vivir a Grecia, donde cumplió cinco años de cárcel, y todavía vive en Atenas.

El viejo Ciruela sigue vivo y en su bar; últimamente se ha quedado sordo y por eso grita cuando habla. Su nieta, la que preparaba las mejores tartas de manzana de la ciudad y era amiga mía, se casó con un buen tío que vendía accesorios de ordenadores personales y se fueron a vivir a Volgogrado.

El tío Fedia encajó muy mal el advenimiento del régimen gubernamental en Transnistria: resistió hasta el último momento procurando convencer a los criminales para luchar, pero al final se rindió y se marchó a vivir a Siberia, a un pueblecito junto al río Lena, donde continúa desempeñando su función de Santo.

Barbos llegó a ser persona de mucha importancia en la comunidad delincuente: pactó con la policía y ahora ostenta un gran poder en nuestra ciudad, donde Semilla Negra es de hecho la única casta protegida por las fuerzas del orden. Pero aunque todas las demás la odian, nadie puede hacer nada, pues es la que manda y controla todas las cárceles y actividades criminales.

En el seno de la comunidad georgiana estalló un sangriento enfrentamiento que llevó a los jóvenes al poder. Nacionalistas a ultranza, empezaron una guerra contra los armenios, que aún continúa. A Mino lo mataron en este conflicto, al dispararle cuando iba camino del hospital, donde su mujer acababa de dar a luz un

hijo que él no llegó a conocer.

El abuelo Frunzic, a causa también de la guerra entre georgianos y armenios, prefirió dejar Bender. Como tantos ancianos de las dos comunidades enfrentadas, se declaró al margen de todo y volvió a su patria, donde ahora se dedica a modestos tráficos de alcohol.

Stepan sigue al frente de su quiosco en la carretera, pero ya no vende armas, pues los criminales de Semilla Negra se lo tienen prohibido; sobrevive con la venta de cigarrillos y partidas de vodka adulterado. Su hija terminó los estudios y encontró trabajo en un despacho de arquitectos en Moscú. Nixon ayuda a Stepan con la misma fidelidad de siempre, sigue abominando de los comunistas y los negros, pero por fin se reconcilió con Mel, aunque no sin que éste sacrificara su Game Boy, juego que ha sustituido en el corazón de Nixon al viejo y queridísimo Tetris.

Por cierto, Mel asegura que en los últimos tiempos a Nixon le han salido muchas canas y está envejeciendo muy deprisa.

Gagarin vivió sólo tres años más después de esta historia: lo mataron en San Petersburgo ciertas personas que gozaban de la protección de la policía y el antiguo KGB. De su muerte nos enteramos más tarde, por una amante que se puso en contacto con sus padres y les comunicó que estaba enterrado en el cementerio de Ligovo.

Gato se trasladó al sur de Rusia, donde por algún tiempo formó parte de la banda de un criminal siberiano dedicado al robo de camiones y tráileres provenientes de países asiáticos. Luego conoció a una chica de Rostov del Ron, tierra de cosacos, y se fue a vivir con ella al campo, cerca del mismo río Ron. Oficialmente ha dejado el crimen, tiene dos hijos y una hija, es aficionado a la caza y realiza trabajos de carpintería con su padre y los hermanos de su mujer. Mel ha ido a visitarlo bastantes veces, y Gato siempre trata de convencerlo para que se case con la hermana menor de su mujer, sin resultado de momento.

A Tumba lo detuvieron en Moscú durante un asalto a un furgón blindado y lo condenaron a dieciséis años de cárcel. En prisión mató a dos personas, lo que le valió la cadena perpetua y el traslado a la cárcel especial de
Ust’llimsk
, donde todavía sigue. Es imposible ponerse en contacto con él

debido al severo reglamento.

Guiguit y Besa robaron juntos varios bancos, hasta que la brigada antirrobo los localizó y, después de vigilarlos un tiempo, les tendió una trampa: por indicación de un informante de la policía, Guiguit y Besa robaron cierto banco, y la misma noche del atraco, en una habitación del hotel Inturist de la ciudad de Tver, fueron sorprendidos y asesinados por los agentes, que se llevaron el botín. Mel fue solo a recoger los cuerpos y los enterró en el cementerio viejo de Bender. De sus amigos, únicamente Mel asistió al funeral, con algunos parientes.

Mel continúa viviendo en Transnistria con sus padres y de vez en cuando nos telefoneamos. Ya no se dedica a ninguna actividad criminal, porque no es capaz de hacerlo solo y no tiene a nadie con quien asociarse. Por un tiempo trabajó de guardaespaldas de una autoridad criminal de última generación, pero al final acabó cansándose. Luego siguió un curso de aikido y empezó a enseñar a unos niños, pero la cosa se frustró porque se presentaba a las clases borracho. Ahora no hace nada, se pasa el tiempo jugando a la PlayStation, sale con alguna que otra chica y ayuda de vez en cuando a alguien a hacer justicia.

Xiusa no se recuperó del trauma de la violación. Desde aquel día no volvió a comunicarse con nadie: estaba siempre callada, con los ojos bajos, y casi nunca salía de casa. A veces la convencía para dar un paseo en barca por el río, pero era como cargar con un saco. Antes le encantaba ir en el bote, se movía sin parar, cambiaba de sitio, se tumbaba a proa, metía las manos en el agua, enredaba, se enmarañaba en las redes, jugaba con los peces que habíamos pescado, les hablaba y les ponía nombres. Desde la violación se quedaba quieta e inerte, y como máximo sacaba la mano, metía un dedo en el agua y se quedaba mirándolo hasta que llegábamos a la orilla y yo la cogía en brazos para desembarcarla.

Al principio creí que poco a poco iría recuperándose, pero ocurrió todo lo contrario: empeoró cada vez más hasta que dejó de comer. La tía Anfisa, deshecha siempre en lágrimas, la llevó a varios hospitales y especialistas, pero todos le decían lo mismo: aquella actitud era consecuencia de su antiguo trastorno mental y no había nada que hacer. En los peores momentos, para mantenerla con vida, la tía Anfisa le ponía inyecciones de vitaminas y la alimentaba con

gotero.

El día que me fui del país, Xiusa estaba sentada en un banco enfrente de su casa. Tenía en las manos su juguete favorito, una flor de lana, que en Siberia se usa para adornar jerséis.

Seis años después de esta triste historia, una noche recibí una llamada de Mel: Xiusa había fallecido. «Llevaba sin moverse mucho tiempo —me dijo—, se dejó morir poco a poco». Tras su muerte, la tía Anfisa se fue a vivir con un vecino, que necesitaba a alguien que ayudase a su mujer con los hijos.

Dejé mi país y he vivido muchas experiencias, procurando hacer con mi vida lo que creo justo, pero aún no estoy seguro sobre qué es lo que mueve el mundo. Y cuanto más tiempo pasa, más me convenzo de que la justicia, al menos la humana, es un error.

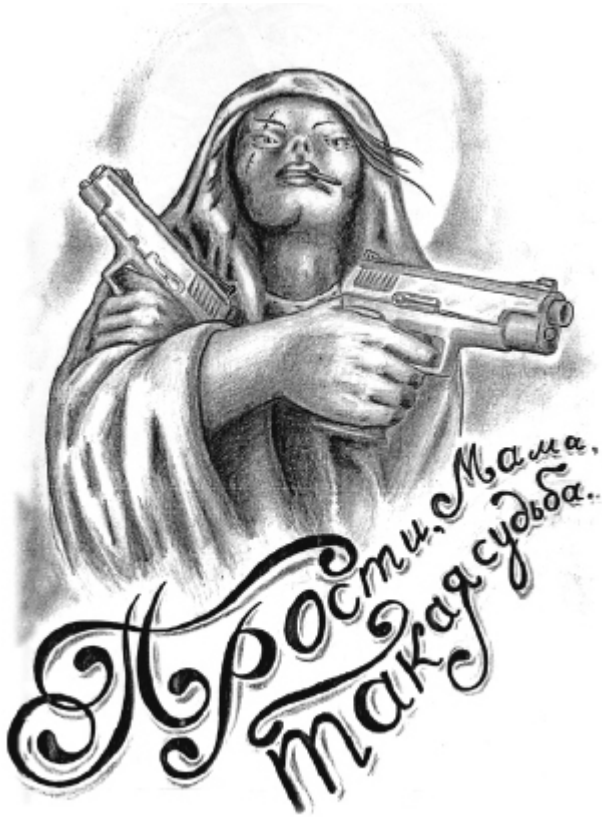
Dos semanas después de nuestro acto justiciero, llegó a mi casa un desconocido que se presentó como amigo de Panza. Me explicó que éste se había marchado no sabía dónde con intención de no volver, pero antes le había pedido que me entregara algo. Era un paquete. Lo tomé y, sin abrirlo, lo invité a entrar y le presenté a mi abuelo.

El hombre se quedó hasta el día siguiente, bebió, comió y conversó con mi abuelo de asuntos criminales: de ética, de la falta de educación de los jóvenes, de lo mucho que habían cambiado las comunidades criminales, de la mala influencia de los países europeos y americanos, que estaba destruyendo a las nuevas generaciones de criminales rusos.

Les hice compañía todo el tiempo y cuando apuraban la botella, yo corría al sótano a llenarla de un tonel.

Cuando el huésped se fue, abrí el paquete. Dentro hallé un cuchillo llamado finka, que significa «finlandés», la típica arma de los criminales de San Petersburgo y del noroeste de Rusia. Era un cuchillo usado, «con historia», con un bonito mango de hueso blanco. Lo acompañaba un papel donde Panza había escrito a lápiz:

«La justicia humana es horrible y errada, por eso solamente Dios puede juzgar. Lástima que a veces tengamos que decidir por Él.».


Прости, Мама, такая судьба..

Caída libre

Cuando cumplí dieciocho años estaba fuera de mi país. Estudiaba Educación Física en una escuela deportiva y trataba de labrarme un futuro distinto, al margen de la comunidad criminal.

Fue un período extraño: leía mucho, conocía a gente nueva y empezaba a comprender que el camino del crimen, que antes me había parecido bueno y honesto, era una senda extremada, que la sociedad consideraba «fuera de lo normal». Sin embargo, tampoco la sociedad acababa de convencerme, la gente me parecía ciega y sorda a los problemas ajenos y aun a los propios. No entendía los mecanismos que hacían funcionar el mundo «normal», un mundo donde las personas seguían también enfrentadas, nada tenían en común ni disfrutaban de la satisfacción de compartir las cosas. La típica moral rusa me sublevaba, todo el mundo juzgaba y criticaba a los demás, pero luego ellos mismos se pasaban la vida delante de la tele, llenando el frigorífico de comida buena y barata, emborrachándose en las celebraciones familiares, envidiando a los vecinos y queriendo a su vez que los envidiaran. Conducían automóviles caros, preferiblemente extranjeros, se vestían igual para ser como los demás, los sábados por la noche acudían muy peripuestos al bar del pueblo, bebían cerveza en lata producida en Turquía, mientras explicaban a los otros que todo funcionaba, que «los negocios» iban bien, aunque uno no fuera más que un pobre trabajador explotado incapaz de ver la realidad de su vida.

El consumismo que siguió a la era soviética fue algo impresionante para alguien como yo. La gente se dejaba inundar por detergentes de marca y dentífricos, nadie consumía más que bebidas de importación y las mujeres se embadurnaban el cuerpo con cantidades industriales de cremas francesas, que un día sí y otro

también anunciaban por la tele, creyendo que se asemejarían a las modelos de los anuncios.

Estaba cansado, desorientado, no creía que pudiera realizarme de una manera provechosa y honrada.

Eso sí, al menos seguía asistiendo a los cursos de deporte que se impartían en mi ciudad. Practicaba yoga, estaba delgado y ágil, el ejercicio se me daba bien y todos estaban contentos conmigo. Un maestro de lucha libre me había aconsejado que tomara clases de yoga de un profesor ucraniano que había estudiado muchos años en la India, de modo que viajaba con frecuencia a Ucrania para perfeccionarme, y todos los veranos pasaba un mes y medio en la India con un grupo de colegas.

A los dieciocho años pude haber obtenido el diploma de profesor de yoga, pero entonces las cosas se torcieron. No me gustaba la manera como se dirigía la escuela de yoga y discutía mucho con el profesor, para quien yo era un rebelde al cual no echaba sólo porque muchos compañeros me apoyaban.

Y es que este profesor explotaba a los alumnos. Por ejemplo, los hacía llevar la contabilidad a cambio de una paga mísera, y justificaba todos los abusos con peregrinas razones de filosofía yóguica, que en mi opinión eran falsas y oportunistas. Yo lo soportaba todo porque necesitaba aquel diploma, con el que podría seguir estudiando en una universidad estatal y me libraría del servicio militar. Soñaba con abrir mi propia escuela deportiva y enseñar yoga a mis conciudadanos.

Soñaba, digo bien, porque poco antes de acabar los estudios ocurrió algo muy desagradable: un compañero murió de un infarto.

Muchos yoguis creen cosas falsas sobre esta práctica. Nuestro profesor, por ejemplo, contaba que había gente que al cabo de años de practicar yoga levitaba, o adoptaba otras formas de vida, mil necedades por el estilo a las que yo no hacía ni caso. Pero tenía compañeros a quienes sí interesaban estos asuntos. Uno de ellos era Serguéi, que sufría del corazón desde su nacimiento y estaba en tratamiento médico, pero al que nuestro profesor había persuadido de que su problema cardíaco podía curarse con ejercicios de yoga. Serguéi lo creía realmente. Intenté explicarle muchas veces que el yoga no podía curar ninguna enfermedad seria, pero no quiso escucharme, pues afirmaba que era cuestión de ejercicio.

Un día, cuando volvía en tren de un importante congreso de yoga celebrado en Hungría, sufrió un infarto y murió. Lo sentí, aunque poco más, porque no éramos grandes amigos ni nos tratábamos mucho. Pero sí pensé que la culpa de su muerte la tenía el profesor.

Así se lo dije y, naturalmente, nos peleamos. Me expulsó de la escuela y me quedé sin diploma, en lugar del cual me extendieron una especie de certificado que me permitiría impartir ciertas disciplinas. En fin, una tomadura de pelo.

Todo esto sucedió en primavera, cuando Transnistria se engalanaba como una novia vestida de blanco y se llenaba de flores y fragancias.

Estuve un tiempo reflexionando sobre lo ocurrido y después decidí ir a visitar a mi abuelo Nikolái a la taiga. Salíamos a cazar, construíamos redes y laberintos para pescar en el río, nos relajábamos en la sauna y hablábamos de la vida.

Mi abuelo Nikolái vivía solo en el bosque desde que tenía veinticuatro años y a su modo era un verdadero sabio. Me sentó muy bien estar con él.

Cuando volví a Transnistria organicé una gran fiesta en el río para celebrar mi cumpleaños, que había sido unos meses antes. Con diez barcas llenas de botellas de vino, pan hecho por la abuela de Mel y utensilios de pesca, partimos río arriba hasta un paraje llamado Gran Gota.

Era un lugar famoso por su belleza y tranquilidad, a unos cincuenta kilómetros de la ciudad. Allí el río se remansaba y formaba pequeños lagos de aguas cálidas y serenas, y sólo había corriente con las crecidas en época de lluvias, desde marzo hasta mediados de abril. Muchos peces, sobre todo siluros, se detenían en la zona, y allí los capturábamos. Salíamos a pescar de noche, encendíamos una potente linterna y la acercábamos al agua: cuando, atraídos por la luz, los siluros emergían, los golpeábamos con una especie de martillo de madera con mango largo, específico de esta pesca. Mientras uno sostenía la linterna, otro se apercibía con el martillo; lo importante era actuar con el máximo silencio y sigilo, porque al menor ruido o movimiento los siluros se espantaban y no volvían a salir hasta un par de horas después.

Mel y yo formábamos equipo porque nadie más quería pescar

con él, dada su incapacidad de estarse callado en los momentos decisivos. Eso sí, lo que no había que permitirle era manejar el martillo: mi amigo tenía mucha fuerza pero poco tino. Una vez que había fallado el golpe, en vez de al siluro le había dado al compañero, a Besa, y le había roto el brazo; desde aquel día nadie había querido tenerlo por pareja y todos lo evitaban con excusas, por ejemplo: «No te enfades, pero es que ya teníamos acordado ir juntos, búscate a otro…».

Y como ninguno lo quería, casi siempre me tocaba a mí, con riesgo de mi integridad. Verdad es que también era yo el único que lo hacía entrar en cintura.

Tuvimos un grato viaje hasta la Gran Gota; el tiempo era espléndido, el agua parecía bendita y aunque avanzábamos a contracorriente, ésta no oponía resistencia alguna, el motor funcionó aquel día a la perfección y no se caló una sola vez; en fin, de cine.

Al llegar comimos; me pasé un poco con el vino, me volví más bueno de lo habitual y por enésima vez acabé consintiendo en ir de pareja con Mel, que se puso muy contento de que no lo dejáramos en la orilla como muchas veces sucedía.

Me sentía tan bien que le permití manejar el martillo. O mejor dicho, no me opuse a ello, porque en cuanto se sentó en la barca, sin preguntar nada echó mano del instrumento y me miró como si tal cosa. No dije nada, pero sí le alcé el puño para que viera lo que le esperaba como errase el golpe.

Zarpamos rumbo a nuestro lago. Cada barca tenía el suyo, y sólo podía haber una por lago, para no espantarnos mutuamente los siluros, que al ruido de los golpes se escondían en el fondo.

Era una noche hermosa; en el cielo lucía una multitud de estrellas y en la atmósfera flotaba una leve bruma blanca que brillaba y ondulaba como algo mágico. A lo lejos se oía el susurro del viento que barría los campos, pero a ratos percibíamos muy cerca su silbido prolongado y sutil, como si soplase al lado. Los olores cambiantes del río se mezclaban con los del bosque, aromas de acacia, tilo, musgo. Las ranas croaban a coro sus serenatas, a ratos un pez salía a la superficie con un sonido fuerte, una especie de bofetada al agua. En cierto momento asomaron de la espesura tres pequeños gamos para abrevar en la orilla: chascaban la lengua

y estornudaban como los caballos.

Me sentía fundido en aquella naturaleza encantada; momentos como aquél eran los más bonitos de mi vida, hasta el punto de que si me hubieran preguntado cómo creía que era el paraíso, habría contestado que como aquellos instantes pero eternos.

Lo único que me impedía ascender plenamente hacia las inalcanzables alturas celestes era Mel: lo miraba y al punto me sentía presa del grávido sentido de la realidad. Sabía que mientras aquel individuo —especie de condena con que mi destino me castigaba— siguiera a mi lado, no podría trascender por completo mi triste condición humana.

—Mel, mantén la boca cerrada o te parto el martillo en la cabeza… —le dije, y empecé a remar despacio, con cuidado de no hacer mucho ruido.

Mi amigo iba concentradísimo; sentado en medio de la barca, sostenía el martillo con ambas manos, como si temiera que se le escapase.

Llegamos al centro del lago, tomé una vieja linterna acuática, la encendí e, inclinándome sobre la borda, fui sumergiéndola poco a poco, sostenida de la cuerda. La luz creaba un bonito efecto bajo el agua, se difundía unos diez metros hacia el fondo y se apreciaban muchos detalles, incluso pececillos que giraban en torno a la linterna como si le rindieran homenaje.

Mel estaba inclinado sobre mí con el martillo en ristre, esperando mi señal.

La aproximación del siluro se manifestaba como una gran sombra negra que ascendía del fondo hacia la luz. En cuanto dicha sombra aparecía, había que ir sacando la linterna despacio, en completo silencio, de manera que el siluro la siguiese pero sin llegar a alcanzarla. El momento culminante se producía cuando la linterna llegaba a la superficie y salía del agua: entonces había que pegar un fuerte martillazo justo en ese punto, para acertar de lleno al pez. Un segundo más tarde, si el siluro tocaba la linterna, enseguida descendía, porque son peces muy asustadizos y temen el contacto con objetos desconocidos. Queda claro pues que, para pescar siluros con esta técnica, es imprescindible proceder en perfecta sincronía.

Observaba con atención cuando de pronto vi una sombra que subía del fondo. Y empecé a estirar lentamente de la cuerda. Mel,

detrás de mí, levantó el martillo, dispuesto a descargar el golpe.

No cabía duda, era un siluro, ascendía rapidísimo. Sólo tenía que retirar la linterna a tiempo.

Cuando ya casi la había sacado del todo y sólo quedaba una pequeña parte en el agua, Mel abatió el martillo con tal violencia que oí un silbido cerca de mis oídos, como de una bala.

—¡Joder! —grité, y apenas tuve tiempo de apartar las manos cuando el martillo impactó brutalmente en la linterna. La caja se rompió, la luz se apagó y quedamos a oscuras.

—Coño, qué pez más tonto… Me ha parecido que subía más rápido… —dijo Mel suspirando, aún inclinado por encima de mí, empuñando el martillo.

Me incorporé, tomé un remo y le solté un estacazo en la espalda.

—¿Por qué? —preguntó asustado, retrocediendo hacia la popa.

—¡Mel! ¡Me cago en la puta! ¡So imbécil!, ¿para qué le pegas a la linterna?

Oímos las voces de Gagarin, Guiguit y Besa desde la orilla.

—¿Qué pasa? ¿Estáis tontos? —gritaba Gagarin.

—¿Qué va a pasar? Pues que el pez es muy grande y no pueden cargarlo en la barca —contestó Guiguit con ironía, deduciendo que el subnormal de Mel habría espantado la pesca, como siempre.

—¡Kolima! —gritó Besa—. Mátalo si quieres, nosotros no hemos visto nada, luego contamos que se ahogó.

Yo estaba enfadado, pero al mismo tiempo reventaba de ganas de reír.

—Arranca el motor, volvemos a la orilla… —mascullé a Mel.

—¿No quieres que lo intentemos otra vez? —repuso en tono compungido.

Me quedé mirándolo: en la oscuridad su cara parecía la de un demonio.

—¿Ah, sí? ¿Otra vez? —contesté sonriendo—. ¿Y con qué linterna?

En la orilla todos reían.

Cuando llegamos, Besa, que tenía un sentido del humor muy particular, mirando dentro de la barca, dijo:

—¡Lo que suponía, tíos! ¡Se han comido el pescado ellos solos! ¡Y para no tener que compartirlo, hasta crudo se lo han zampado!

Y se desternillaron de risa. Hasta Mel rió. Pero yo estaba triste,

presentía que mi vida iba a dar un vuelco, notaba en mi interior aires de cambio.

Montamos una buena fiesta. Los otros habían pescado unos buenos siluros, que los limpiamos y preparamos para cocinarlos en tierra. Sin embargo, todos estábamos un poco raros, como si de algún modo supiéramos que ya nada volvería a ser igual. Hablamos de tiempos pasados y nos contamos aventuras de la niñez, riendo o callando, en sintonía con la atmósfera que cada relato creaba.

Pasamos toda la noche junto al fuego, viendo las chispas y pavesas ascender por el aire y fundirse con las primeras claridades del nuevo día.

También reí y conté historias, aunque siempre embargado por una sensación nueva, una especie de nostalgia triste. Era como si tuviera delante un gran vacío hacia el cual debía dar el primer paso y, por última vez, pudiera mirar atrás para guardar en la memoria lo más bonito e importante que dejaría a mis espaldas.

Al amanecer, pues, tras comer, beber y conversar toda la noche, quise dormir en el bosque. Cogí una manta de mi barca, me la eché por encima y me adentré en la espesura, donde se notaba un frescor reconfortante. Mis amigos se acostaron también aquí y allá, algunos junto a los rescoldos casi extintos. Mel fue a tumbarse en medio del camino del lago donde habíamos dejado la barca: era un sendero embarrado, pero él se durmió como un ceporro, abrazado a un remo. Besa daba vueltas con una botella vacía preguntando a los demás si sabían dónde estaban las provisiones. Ninguno le contestaba, no porque no lo supieran sino porque se hallaban demasiado perjudicados.

Mientras caminaba envuelto en la manta, de pronto sentí asco: también estaba borracho y avanzaba haciendo eses, y pensé con absoluta lucidez que no éramos más que un hatajo de miserables borrachines que sólo sabíamos armar camorra y destrozarnos la vida.

Me tumbé en el suelo y me dormí. Cuando desperté ya anochecía. Mis amigos me llamaban a voces. Abrí los ojos y seguí allí tendido, sin moverme; sentía más vivamente que antes que algo iba a ocurrir en mi vida. No quería levantarme, deseaba seguir allí, oculto en la maleza, para siempre.

De vuelta en casa me preparé una sauna. Encendí la estufa,

quemé un poco de leña, reuní unas ramas secas de encina y las sumergí en el agua caliente para usarlas después en el masaje. Mezclé extracto de pino con esencia de tilo y puse la mezcla junto a la estufa, a fin de que el vapor colmase el recinto. Me preparé dos litros de infusión de escaramujo, tila, menta y flores de cerezo. Pasé todo el día en la sauna, tumbado desnudo en el banco de madera, cociéndome en aquel vapor aromatizado y bebiendo grandes tragos de infusión hirviente, sin notar que me quemaba.

Por la noche dormí como un muerto, como inconsciente. Al día siguiente, al abrir el buzón encontré un papel blanco cruzado de esquina a esquina por una franja roja. Enviado por la oficina militar de la Federación Rusa, se me instaba a presentarme provisto de documentación personal para realizar no sé qué pruebas, añadiendo que era el tercer y último aviso, por lo que, si no me presentaba en el plazo de tres días, me esperaba una sanción penal por, literalmente, «negarme a pagar la deuda con la Patria prestando el servicio militar».

No di mucha importancia al papelote, creí que sería una formalidad. Entré en casa, cogí mis documentos y, sin cambiarme siquiera de ropa, en zapatillas, me encaminé al lugar indicado, una vieja base militar rusa en el otro extremo de la ciudad.

Al llegar enseñé la nota a los soldados de la entrada, que me hicieron pasar sin decir nada.

—¿Adónde he de ir? —les pregunté.

—Tú sigue derecho, no tiene pérdida… —contestó uno con tono desabrido.

«Imbécil», pensé. Me dirigí a un bloque de oficinas donde un cartel rezaba: caja de reclutamiento.

El recinto se hallaba en penumbra, apenas se veía nada. Al fondo había una ventanilla de la que salía una luz débil, triste, amarillenta, y por la que se oía el tabaleo de una máquina de escribir.

Me acerqué. Sentada a una mesa, vestida con uniforme militar, una mujer joven escribía a máquina con una sola mano mientras con la otra sostenía un vaso de té, que bebía a sorbitos y enfriaba soplando.

Me apoyé en la repisa y asomé la cabeza. Bajo la mesa, la mujer tenía en las rodillas un periódico abierto por un artículo sobre las

estrellas de la música rusa, ilustrado con la foto de una cantante tocada con una corona de plumas de pavo real. Me entristecí aún más.

—Hola, perdone, señora. He recibido esto… —dije presentando la citación.

Se volvió hacia mí y se quedó mirándome como si no comprendiera dónde estaba ni lo que pasaba. Era evidente que acababa de interrumpir el hilo de sus sueños y pensamientos. Con rápido ademán tomó el periódico de sus rodillas y lo puso vuelto detrás de la máquina de escribir, para que yo no pudiera verlo. Dejó el vaso de té y sin levantarse ni decir nada, con expresión indiferente, tomó de mi mano el papel blanco con la franja roja, lo miró un instante y con un tono que se me antojó fantasmal preguntó:

—¿Documentos?

—¿Qué documentos? ¿Los míos? —inquirí tontamente, sacando del bolsillo de los pantalones el pasaporte y demás.

—No van a ser los míos —repuso entre dientes, mirándolos con cierto desdén.

Tomó los papeles y los metió en una caja fuerte. De un estante cogió un formulario y empezó a rellenarlo. Me preguntó nombre, apellido, fecha y lugar de nacimiento y dirección, y luego pidió los datos de mis padres. Por último inquirió información más personal:

—¿Te han arrestado alguna vez? ¿Has tenido problemas con la ley?

—Nunca he tenido problemas con la ley, más bien es la ley la que los tuvo conmigo… Me arrestaron muchas veces, no recuerdo cuántas. Y cumplí dos condenas en cárceles de menores.

Oído esto, rasgó el formulario que estaba rellenando y cogió otro más grande, con una franja roja que iba de una esquina a otra, como la carta.

Así pues, recomenzamos con los datos personales, y esta vez también los de las condenas: los artículos del código penal, las fechas. Pasamos luego al capítulo de la salud: enfermedades, vacunas, si consumía alcohol o drogas, si fumaba… Así estuvimos una hora. Como no recordaba las fechas exactas de las condenas me las inventé, procurando al menos acertar el año y el mes.

Cuando terminamos le expliqué que debía de tratarse de un

error, que no podía cumplir el servicio militar, que había solicitado y obtenido una prórroga de seis meses por estudios, que iría después a la universidad, y que si todo salía bien abriría una escuela de educación física para jóvenes en Bender…

Me escuchó sin mirarme a la cara, lo que me daba mala espina. Al final me entregó un papel donde se especificaba que desde aquel momento yo era propiedad del Estado ruso y mi vida quedaba protegida por la ley.

No entendía qué significaba aquello.

—Significa que si intentas escapar, hacerte daño o suicidarte, se te juzgará por atentar contra la propiedad del Estado —me explicó con frialdad.

De repente me sentí atrapado, todo me pareció mucho más opresivo y macabro que antes.

—Escucha —estallé—, vuestras leyes me importan un bledo, soy un criminal y punto. Si debo ir a la cárcel voy, pero no tomaré las armas por tu Estado de los cojones… —Me sentía rabioso, y hablar en aquellos términos me enardecía aún más, me sabía más fuerte que todo, seguro, absolutamente seguro de que podía controlar el mecanismo que gobernaba mi vida—. ¡Un general! ¿Dónde coño hay un general, o como se llamen aquí los jefes? ¡Quiero hablar con un superior, ya que tú y yo no nos entendemos! —exclamé alzando el tono, y ella me miró con la misma indiferencia.

—Si deseas hablar con el coronel, ahora te recibirá, pero no creo que sirva de nada… Más vale que te calmes y no empeores tu situación…

Ahora que lo pienso, era un buen consejo. Lo dijo por mi bien, sin duda, pero en aquel momento yo estaba cegado por la rabia.

La rabia, sí. ¿Cómo era posible? ¡Aquella misma mañana había sido un ser libre, lleno de planes para el día, para el futuro, para el resto de mi vida, y de pronto un papelote me arrebataba la libertad! Quería, necesitaba gritar, pelearme, manifestar la rabia que me invadía.

—¡Jesús bendito y crucificado! —le espeté—. ¿Es que no me oyes? ¡Que quiero hablar con alguien! ¿Dónde coño está ese comandante, general o lo que sea?

Se levantó de la silla y me pidió que me calmara y esperase unos minutos sentado en el banco. Miré a un lado y otro, pero no vi

ninguno. «¡Me cago en la puta! ¡Dónde me he metido! ¡Aquí están todos zumbados!», pensé mientras aguardaba en la penumbra.

Al rato se abrió una puerta y apareció un militar, un hombre de mediana edad, que me llamó por el nombre:

—Ven, Nikolái; el coronel te espera.

Me precipité de un brinco hacia él sólo por huir de aquel agujero asqueroso.

Salimos a una plazuela rodeada de edificios de paredes blancas, llenas de dibujos propagandísticos y carteles que representaban ejercicios para aprender a marchar. Cruzamos la plazuela y entramos en un local lleno de luz, con grandes ventanas y muchos jarrones con flores. Entre los jarrones había un banco, y junto al banco, un gran cenicero.

—Espera aquí, el coronel saldrá a llamarte por esa puerta. Puedes fumar si quieres… —dijo el militar con amable tono amistoso.

Esto me tranquilizó, me sentí más seguro, pensé que la situación empezaba a aclararse y me escucharían.

—Gracias, señor, pero no fumo. Le agradezco su amabilidad. —También procuré ser afable y causar buena impresión.

Él me saludó y se fue. Quedé solo, sentado en aquel banco, oyendo a los soldados que acababan de salir a la plazuela y empezaban la instrucción. Me asomé a una ventana.

—¡Izquierda, izquierda, un, dos, tres! —gritaba animoso el instructor, un joven impecablemente uniformado, marchando con un pelotón de soldados que no parecían con muchas ganas de ejercitarse.

—Nikolái, hijo, puedes entrar —me llamó una voz masculina ruda, en la que pese al tono cercano y casi melifluo había un eco falso, pérfido.

Me acerqué a la puerta, llamé y pedí permiso para entrar.

—¡Adelante, hijo, adelante! —me animó, con la misma inflexión afable y campechana, un hombre gordo y fuerte, sentado a un enorme escritorio.

Entré, cerré la puerta, di unos pasos hacia él y me detuve en seco.

El coronel tendría unos cincuenta años y era muy robusto. En la cabeza, rapada al cero, se veían dos largas cicatrices. El uniforme

verde le venía estrecho, y su cuello era tan ancho que el de la chaqueta se lo ceñía, como a punto de reventar. Las manos eran rollizas, al punto que las uñas casi no se le veían, por lo muy hundidas que estaban en la carne. Tenía una oreja partida que lo revelaba como luchador profesional. Su cara parecía sacada de los manifiestos militares de propaganda soviética de la Segunda Guerra Mundial: rasgos duros, nariz recta y ancha, ojos grandes y decididos. En el pecho, a la derecha, una ristra de medallas.

«Dios me guarde, éste es peor que un policía…». Ya me imaginaba en qué acabaría la entrevista. No supe qué decir, me sentía incapaz de expresarme ante un hombretón como aquél.

Fue él quien, de pronto, interrumpiendo mis pensamientos, empezó a hablar, a la vez que consultaba el contenido de una carpeta como las que usa la policía para guardar información secreta sobre los criminales.

—Leo tu expediente, querido Nikolái, y cada vez me caes mejor. En la escuela no es que fueras muy bien; vamos, por ir, casi no ibas, pero te ejercitabas en varios deportes… Sí, señor, también yo practiqué mucho deporte de joven, el estudio es para los duros de mollera, un hombre de verdad hace deporte, se prepara para luchar… Has hecho lucha libre, natación, maratón y tiro al blanco… Muy bien, estás muy en forma, creo que tendrás un buen futuro en el ejército… Sólo hay una pega. Dime, ¿por qué te condenaron dos veces? ¿Robo? —Me miraba a los ojos, pero si hubiera podido me habría mirado al cerebro.

—No, no robé nada, no robo a la gente… Pegué dos veces a unas personas, me juzgaron por «tentativa de homicidio con consecuencias graves».

—No importa, no te preocupes… También yo de joven tuve mis riñas, ¡te comprendo! Un hombre necesita hacerse sitio en el mundo, saber quién es, y para eso lo mejor es pelear, entonces se ve quién vale y quién no…

Me hablaba como si fuera a darme un premio. Yo estaba confundido, no sabía qué contestar y menos aún cómo explicarle que no tenía ninguna intención de hacer la mili.

—Mira, hijo, tu pasado de preso, tus juicios y demás no me importan, para mí eres un buen chaval, Dios te bendiga, y te echaré una mano porque me caes bien. Aquí tengo relatada toda tu vida,

desde que empezaste a ir a la escuela… —Dejó la carpeta en la mesa, la cerró y ató las dos cintas del canto—. Te doy a elegir entre dos posibilidades, y conste que sólo lo hago en casos excepcionales, con personas que me resultan simpáticas. Puedo enviarte a servir en la guardia costera, a la frontera con Tayikistán; allí harás carrera, y si te gusta escalar montañas no encontrarás sitio mejor. O puedo mandarte con los paracaidistas, a una escuela para profesionales: en seis meses ascenderás a sargento; también es una buena carrera, pese a tu pasado, con el tiempo hasta puedes ingresar en las fuerzas especiales. El ejército te lo dará todo: paga, casa, amigos y un empleo a tu altura. ¿Qué opinas, adónde deseas ir?

Aquello me parecía el monólogo de un loco, lo que decía no tenía para mí ningún sentido. ¿Un ejército que me daría lo que ya tenía? ¿Cómo explicarle que no necesitaba ni empleo a mi altura, ni amigos ni paga ni casa…?

Me sentía como cuando uno sube a un tren equivocado y de pronto se da cuenta de que no hay manera de hacerlo volver.

—Sinceramente, señor, ¡quiero irme a mi casa! —contesté, tomando aire.

De pronto todo en él cambió. La cara se le puso roja, como si un hombre invisible estuviera estrangulándolo. Apretó los puños y sus ojos tomaron una extraña expresión, que recordaba un cielo antes de la tempestad.

Cogió mi expediente y me lo arrojó a la cara, aunque tuve tiempo de interponer las manos, de modo que la carpeta chocó contra ellas y se abrió. Las hojas acabaron desparramándose por toda la estancia, sobre la mesa, la repisa de la ventana, el suelo…

Permanecí quieto como una estatua, mientras él seguía mirándome con odio.

—¡Desgraciado! ¿Es que quieres pudrirte en la mierda? —empezó a gritar de pronto con una voz terrible, sin duda la suya genuina—. ¡Pues yo haré que te pudras en la mierda! Te mandaré a un sitio donde no tendrás ni tiempo de bajarte los pantalones, de lo mucho que te cagarás encima, y cada vez que te pase acuérdate de mí, ¡desagradecido! ¿Quieres regresar a casa? ¡Pues desde hoy tu hogar será la brigada de saboteadores! ¡Allí aprenderás lo que es la vida! —gritaba, y yo lo escuchaba sin moverme, inerte, sintiéndome completamente desarmado.

Mejor era recibir palos de la policía, al menos uno sabía a qué atenerse; aquella situación, en cambio, me resultaba desconocida y me angustiaba sobremanera: nada sabía del ejército, ni comprendía por qué debía cagarme encima, ni recordaba quiénes eran los saboteadores…

—¡Fuera, fuera de aquí! —chilló señalando la puerta.

Sin despedirme, giré sobre los talones y salí del despacho. Fuera me esperaba un soldado, que me saludó militarmente y me dijo, con una voz que sonaba como el carro de un Kaláshnikov al cargar la bala:

—¡Se presenta el sargento Glasunov! ¡Compañero, sígueme!

«Compañero tuyo será un perro sarnoso», pensé, aunque dije en tono humilde:

—Usted perdone, señor, ¿puedo ir al servicio?

Me miró extrañado, pero no me lo impidió.

—Claro, al final del pasillo a la derecha.

Hacia allí me encaminé, seguido por él, y cuando entré en el baño se quedó fuera esperándome.

Me encaramé a la ventana, que no tenía barrotes, y salté fuera sin problemas. Daba al jardín trasero de la oficina y no había nadie.

«Por mí que arda el manicomio este, yo me largo a mi casa…».

Pensando esto y otras cosas parecidas me dirigí a la salida, donde un guardia me dio el alto. Era un soldado joven, más o menos de mi misma edad, muy delgado y que bizqueaba un poco.

—¡Documentos!

—No los llevo encima, vine a saludar a un amigo…

Me miró con escepticismo.

—¡Enséñame la autorización para abandonar la base!

Al oírlo se me cayó el alma a los pies.

—¡Qué autorización ni qué cuernos! —exclamé, decidido a hacer el tonto—. Abre esa puerta, que quiero irme… —Eché a andar y pasé junto a él.

—¡Quieto o disparo! —gritó entonces, encañonándome con la metralleta.

—¡Aparta! —repliqué, asiendo el fusil por el cañón y arrebatándoselo de las manos.

El soldado intentó darme un puñetazo en la cara, pero me defendí con la culata. Alguien me propinó entonces un fuerte golpe

en la cabeza por detrás, sentí que las piernas me fallaban y se me secaba la boca, di dos hondos suspiros y al tercero perdí el conocimiento.

Desperté minutos después. Estaba tendido en el suelo, rodeado de soldados. Se hallaba allí también el sargento que había de escoltarme.

—Aquí no ha pasado nada, nadie ha visto nada, ya me encargo… —decía a todos en tono conspiratorio y con expresión preocupada.

Era evidente que temía que lo castigaran por su negligencia.

Se acercó a mí y me soltó una patada en las costillas.

—¡Inténtalo otra vez, cabrón, y te mato con mis propias manos!

Me dio otro puntapié, y uno más, y luego me tendió la mano, me ayudó a levantarme y me condujo a un pabellón con ventanas de barrotes y puerta blindada. Parecía una cárcel.

Entramos. Había poca luz, todo parecía sucio, gris, abandonado. Al fondo de un pasillo corto y estrecho al que daban tres puertas blindadas apareció un soldado de unos veinte años, más bien delgado, con cara de buena persona. Llevaba un gran manojo con llaves de varios tamaños, que agitaba sin parar produciendo un ruido extraño, que en aquel momento casi me hizo llorar de pena y desesperación. Con una de aquellas llaves abrió una puerta y el sargento me hizo pasar a un cuarto angosto con un ventanuco enrejado y un catre contra la pared.

Me quedé mirando aquello, incapaz de dar crédito. Así, de pronto, como quien no quiere la cosa, me hallé encarcelado.

—Dale de cenar lo que a todos y ten cuidado, que es violento… —dijo en tono autoritario el sargento al soldado, que debía de ser una especie de carcelero—. Si quiere ir al baño, no lo escoltes solo, despierta a tu compañero e id juntos: es peligroso, acaba de agredir al guardia de la entrada e intentó quitarle la metralleta…

El soldado veinteañero me miró asustado: era evidente que estaba deseando echar la llave.

—¡Espera aquí! —gritó el sargento mirándome a los ojos.

—¿Qué coño debo esperar, qué significa todo esto? —repliqué sin dejar de mirarlo a mi vez fijamente, ni de disimular mi odio.

—¡Pues el fin del mundo, cacho mierda! Si te digo que esperes, obedece y calla. ¡Soy yo quien decide lo que debes esperar! —Indicó

al soldado que cerrara la puerta y se marchó con aire triunfal.

—¿Cómo te llamas, chaval? —preguntó el muchacho en tono sereno y sin rastro de maldad, acercándose, antes de cerrar la puerta.

—Nikolái —contesté en voz baja.

—No te preocupes, Nikolái, aquí estarás más seguro que con ellos… Descansa, dentro de un par de días te pondrán en un tren para Rusia y te unirás a la compañía a la que te hayan destinado… ¿Te han dicho ya cuál?

—La de saboteadores, según me comunicó el coronel… —respondí con voz fatigada.

—¿Saboteadores? ¡Santo Dios!, ¿cómo es eso? ¿Qué hiciste para merecerlo? —preguntó alarmado, tras un instante de silencio.

—Recibir una educación siberiana —contesté, y él cerró la puerta.

NICOLAI LILIN (Moldavia, 1980) es el seudónimo de Nicolaj Veržbickij, elegido en honor a su madre Lilia.

Nació en Bender (Moldavia) el 12 de febrero de 1980. Es un escritor y tatuador ruso nacionalizado italiano cuyos orígenes familiares provienen de tramperos y comerciantes fuera de la ley de Siberia.

Conoció la guerra a los 12 años durante la guerra civil entre Moldavia y Transnistria (que había proclamado su independencia), lo que junto a haber crecido en un suburbio con una alta concentración de delincuencia le ha conferido una actitud violenta. Hizo el servicio militar en Chechenia, en unidades antiterroristas y luego trabajó como consultor en este campo en Afganistán e Iraq.

En 2004 se trasladó a Italia donde además de escribir novelas desarrolló el proyecto cultural Kolima Contemporary Culture e imparte cursos de escritura creativa para el Istituto Europeo di Design.

En la actualidad combina su trabajo realizando tatuajes al estilo siberiano con su pasión por la escritura.

Notas

[1] Lena y Amur son dos ríos siberianos. Según la tradición, la suerte de un delincuente depende de ellos; se los adora como a divinidades, se les hacen ofrendas y se les pide protección en el desempeño de las actividades criminales. Aparecen mencionados en numerosos proverbios, cuentos, canciones y poemas. De un criminal afortunado se dice que «su destino lo arrastra el Lena». <<

[2] Especie de cuchillo-bayoneta usado en los abordajes fluviales de barcos. < <

[3] Es decir, «lustrados»; se llama así a las botas. <<

[4] Camiseta marinera de manga larga a rayas blancas y azules. < <

[5] En la lengua criminal significa «el que pincha», esto es, el tatuador. < <

[6] Los tatuajes así llamados no reproducen ni semillas ni alas, sino imágenes que encierran datos personales, promesas, lazos sentimentales… < <

[7] Nombre despectivo que se aplica a quienes no respetan las normas que regulan el comportamiento criminal. <<